

Johana Connor

El beso de la
Bestia

Oráculos II

EL BESO DE LA BESTIA
Oráculos II

Johana Connor

EL BESO DE LA BESTIA. ORÁCULOS II.

Primera Edición Abril de 2018

ISBN-13: 978-1987450040

ISBN-10: 1987450043

© Edición, diseño y portada **Jonaira Campagnuolo**

<http://desdemicaldero.blogspot.com>

© *Johana Connor, 2018. Todos los derechos reservados.*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

DEDICATORIA

A mi Rosa, la primera lectora de estas historias fantásticas...

QEPD

ÍNDICE

[Capítulo 1. El inicio del fin](#)

[Capítulo 2. El detonante](#)

[Capítulo 3. El encuentro](#)

[Capítulo 4. Noche de San Juan](#)

[Capítulo 5. Juntos](#)

[Capítulo 6. El ataque](#)

[Capítulo 7. Leyendas](#)

[Capítulo 8. Liberaciones](#)

[Capítulo 9. Destrucción](#)

[Capítulo 10. La profecía](#)

[Capítulo 11. Medidas extremas](#)

[Capítulo 12. Un poder superior](#)

[Capítulo 13. Una historia sorprendente](#)

[Capítulo 14. El rostro de la bestia](#)

[Capítulo 15. Marca de nacimiento](#)

[Capítulo 16. De la fantasía a la realidad](#)

[Capítulo 17. Confía en mí](#)

[Capítulo 18. El fondo del abismo](#)

[Capítulo 19. La amenaza de la bestia](#)

[Capítulo 20. Peligro](#)

[Capítulo 21. Sálvame](#)

[Capítulo 22. En equipo](#)

[Capítulo 23. Regresa a mí](#)

[Capítulo 24. El sueño de los ancestros](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo 1. El inicio del fin

Isabel nunca imaginó lo que le depararía el destino al levantarse de la cama la mañana del penúltimo día del mes de mayo. El sol alumbraba con intensidad cada rincón de la congestionada ciudad de Caracas, aunque en el horizonte podían divisarse oscuras nubes de lluvia acompañadas de truenos. El aire resultaba pesado y cálido, como si fuera el vapor de una enorme caldera, alterando las emociones de cada ser viviente.

Apretó el agarre de los libros que llevaba en el brazo izquierdo y cerró el puño derecho alrededor de las tiras de su cartera para cruzar la calle a toda prisa. La ansiedad la asfixiaba y ella no comprendía las razones, caminaba hacia su departamento como si huyera de alguien, o de algo, pero tuvo que detenerse en medio de la vía al escuchar el bocinazo de un auto que de manera imprevista salió de un estacionamiento privado y estuvo a punto de arrollarla.

Por instinto, soltó la cartera, y se aferró al collar de cadena con dije de cristal transparente con forma de estrella que le colgaba del cuello. Aquel objeto se lo habían regalado sus padres días antes de morir y para ella era como un escudo de protección. Al sentirlo entre los dedos una sensación de tranquilidad la invadía.

Ignoró los insultos del conductor que la acusaba de distraída para llegar al otro extremo de la calle. En otro momento se hubiera enzarzado con el hombre en una intensa discusión, pero ese día le fue imposible. El agobio la desesperaba, necesitaba llegar con urgencia a su casa.

Andaba por las atiborradas avenidas como en las nubes, por esa razón había abandonado las clases en la universidad. Su mente estaba colmada por un revoltijo de recuerdos que no le permitían concentrarse en ninguna tarea, brotándole las inseguridades.

Mientras esquivaba a los transeúntes el teléfono móvil le sonó dentro de la

cartera. Su intervención le contrajo el rostro en una mueca de disgusto.

—¿Quién será? —masculló al tiempo que se detenía para buscar el aparato con una mano. Cuando al fin lo encontró, miró la pantalla. Era Aarón, su hermano.

Se apresuró en responder, pero un sujeto tropezó con ella y provocó que soltara los libros dejándolos caer en una cuneta.

—¡Imbécil, fíjate por donde andas! —le recriminó, pero el hombre siguió su camino ignorándola por completo. En medio de un gruñido ella levantó los textos y respondió la llamada—. ¡Dime! —gritó con enfado. En ese instante pasó un vehículo por su lado con la bocina oprimida. El fuerte sonido la crispó y la obligó a encogerse.

—¿Dónde estás? —le preguntó su hermano con extrañeza.

—¡De camino a casa! —contestó y continuó la caminata con rapidez mirando a su alrededor con recelo.

—¿Por qué? ¿No tuviste clase?

—No me siento bien, creo que estoy por enfermar. Por eso regreso.

Al pasar frente a una iglesia se topó con una muchedumbre que rodeaba a un grupo de hombres, quienes bailaban a orillas de la plaza ataviados con trajes de pantalón y camisa roja y con los rostros cubiertos por una enorme máscara colorida que pretendía reflejar la cara del diablo, de cuyos cachos colgaban largas cintas de colores. Mientras atravesaba al gentío que ocupaba toda la acera, lanzó una ojeada hacia los hombres. Al ver los ojos enloquecidos de sus máscaras se erizó por completo. Le dio la impresión de que eran reales, y que la vigilaban.

Ese día se celebraba la fiesta de *Corpus Christi*, en que el maligno veneraba el cuerpo de Cristo reconociéndolo como la única vía de salvación aunque sin dejar de evaluar a sus posibles víctimas, perturbándolas.

Enseguida bajó a la calle y corrió por el borde para llegar a la esquina.

—¿Qué tienes? —preguntó Aarón a través de la línea telefónica.

—No sabría explicarte, me siento extraña, solo necesito descansar — comentó ella para resumir la sensación de asfixia, la perenne sed y el calor que la abrumaban, así como la angustiada seguridad de que en cualquier momento el mundo se derrumbaría bajo sus pies, haciéndola caer en un hoyo sin fin.

Un ciclista pasó a toda prisa por su lado, empujándola hacia las personas que se encontraban al borde de la calzada.

—Pero... ¡¿qué haces?! —le reclamó una mujer robusta a la que inevitablemente ella tuvo que pisotear.

—¡Por favor, disculpe! —rogó Isabel sin detenerse.

—¿Qué sucedió? —curioseó Aarón con la voz algo irritada.

—Nada... mejor te llamo cuando llegue a casa, es complicado hablar por teléfono y caminar en esta ciudad —se quejó siguiendo su camino.

—¡Espera! —exigió su hermano para evitar que cortara la llamada—. Quería avisarte que me ofrecieron un trabajo muy bueno en Maracay y me piden que confirme ya mismo si acepto o no. —Ella se impactó. Su rápido andar se aplacó—. Es una empresa tecnológica que se está consolidando y necesitan con urgencia a un informático de confianza. Pagan bien y hasta nos ayudaran a conseguir un lugar donde quedarnos.

—¿En Maracay?

El rostro de Isabel reflejó más angustia. Un año atrás, después de la muerte repentina de sus padres en un accidente de tránsito, la vida de ella y de su hermano entró en un torbellino. Perdieron la casa, la empresa familiar y la posibilidad de acceder a las cuentas bancarias de su padre por una mala jugada del hombre que meses antes, se había asociado con él. Gracias a la benevolencia de Armando, el abogado y amigo de su padre, pudieron iniciar una demanda a pesar de que no contaban con dinero para pagarle, pero los

ahorros que tenían para sobrevivir se agotaban, por eso Aarón estaba en la cacería de un empleo que le aportara mejores ingresos.

Sin embargo, para Isabel, mudarse a Maracay, una ciudad industrial ubicada a más de cien kilómetros de distancia de la capital, significaría un cambio muy brusco. Aún se sentía inestable por la pérdida repentina de sus seres queridos, sus estudios eran lo único que la ayudaba a distraerse y sobrellevar la pena, irse de Caracas significaría dejarlos o estresarse con viajes diarios entre dos ciudades que se hallaban a más de dos horas de distancia, y que cada día se volvían más caóticas.

—Los dueños son clientes de Armando —continuó Aarón, consciente de que aquella noticia había generado inquietud en su hermana—. Él intervino para que me dieran una buena oferta. El sueldo es insuperable y nos permitirá invertir en la demanda para recuperar nuestra herencia lo más pronto posible. Si pretendemos ganar esa pelea, necesitamos estabilidad económica.

—Te comprendo, es solo...

Isabel se sintió tan impactada que tuvo que desviarse en dirección a la plaza para sentarse en un banco al borde de un jardín. La noticia la abrumó.

—Lo sé, te preocupa la universidad —completó el hombre al notar que su hermana guardaba silencio—. Pensé en eso, pero vienen las vacaciones de verano. Te quería proponer que no inscribieras materias durante esa época y me acompañaras tomándote un descanso mientras nos instalamos. Luego evaluamos si para el próximo semestre viajas todos los días o buscamos una residencia económica para ti en la capital. Me gustaría que te dieras un tiempo, no han sido fáciles las cosas, por eso no quiero dejarte sola en Caracas. Recuerda que el psiquiatra te recomendó una pausa.

Ella suspiró hondo, sintiéndose derrotada, y con toda su realidad afianzada sobre sus hombros. Ni visitando a un psiquiatra encontraba la calma emocional que anhelaba.

—Sé que es una decisión difícil, pero tenemos que alejarnos de los problemas para recuperar fuerzas. Las vamos a necesitar luego —insistió Aarón tratando de convencer a la chica—. El antiguo socio de papá prepara una contrademanda, necesitamos recursos para enfrentarlo. Además, Armando y yo estamos seguros de que él envió a Jairo Contreras para vigilarnos. Debemos alejarnos lo más que podamos de ese sujeto.

Isabel se mordió los labios buscando mantener la serenidad. A los veinte años el mundo se le había transformado en un carrusel que la obligaba a girar alrededor de problemas. Entre ellos, la presencia del fulano Jairo Contreras, uno de los empleados de confianza del antiguo socio de su padre, quien semanas atrás había alquilado un departamento frente al suyo y le gustaba provocar a su hermano.

—Está bien —claudicó invadida por la tristeza—. Me iré contigo a Maracay este verano.

—Allá estaremos mejor, te lo aseguro —garantizó el hombre antes de despedirse.

Isabel cortó la llamada y se quedó por algunos minutos allí, con la mirada fija en el jardín ubicado frente a ella. Trataba de reunir fuerzas para pasar el trago amargo y aceptar la dura realidad de un nuevo cambio.

Pero fue interrumpida por la llegada de un sujeto que se detuvo para husmear dentro de un cesto de basura. Ella primero divisó sus pies maltratados y sucios antes de detallar su raído pantalón. El hombre tenía el pecho desnudo, huesudo y encorvado, y la piel marcada por arañazos humedecidos con sangre y sudor. Su cabeza estaba rodeada por un cabello espeso, mugriento y despeinado, al igual que la extensa barba que le tapada el rostro.

Le fue imposible no sentir pena por él mientras lo veía comer los restos de la comida que había hallado en la basura. No obstante, cuando el hombre le

dirigió la mirada, ella se estremeció de pies a cabeza. Sus ojos tenían las pupilas secas y sin color, parecían sin vida.

El terror se le agolpó en el pecho y la dejó inmóvil, observando con angustia como el hombre se aproximaba con pasos lentos y temblorosos.

—La bestia se acerca —exclamó con una voz ronca y baja, que a ella le alteró todos los nervios—. Prepárate —dijo cuando estaba más cerca y estiró una mano pretendiendo tocarla.

Isabel enseguida se levantó del asiento y corrió apresurada sin mirar atrás. El corazón le galopaba con un ritmo frenético, despertando sus temores.

Hundió con energía el machete en la gruesa rama logrando que esta se partiera de un solo golpe. Los empleados que estaban bajo el árbol corrieron para protegerse. El tronco cayó al suelo con estruendo y salpicó lodo en todas direcciones.

Javier se limpió el rostro con el dorso de su muñeca para apartar los hilos de agua que la lluvia le dejaba. Se incorporó y saltó al vacío, su cuerpo cruzó en segundos los casi cuatro metros que lo separaban del piso, hasta caer de pie, como los gatos.

Risas toscas y gritos autoritarios se escucharon en los alrededores mientras los empleados corrían para cortar en pedazos la rama y llevar los restos al camión apostado a un costado del camino.

Nadie hacía algún comentario por la forma física o las proezas sobrenaturales de los seis hombres encargados de dirigir las labores en la cosecha de cacao donde laboraban. Aquellos sujetos altos, de contextura recia y musculosa, con una fuerza y agilidad superior a la de cualquier ser humano, administraban con justicia, pagaban bien y, en ocasiones, tenían buen humor. Mejores jefes no podían encontrar en medio de la selva.

—Creo que es suficiente —expresó Deibi y pasó junto a Javier en dirección

al camión para supervisar la recolección de los desechos.

La lluvia arreciaba y aunque ellos tenían la capacidad de soportar las inclemencias del clima y continuar el trabajo, los empleados que estaban a su cargo no lo harían. Ellos estaban allí para velar por la seguridad de esas tierras y de la gente que la poblaba. Era suficiente por ese día.

Javier clavó en el suelo el machete y se alejó del ajetreo. La lluvia helada le bañaba el torso desnudo y lo reconfortaba. Dirigió la mirada hacia las montañas que bordeaban La Costa, cubiertas por una exuberante vegetación propia de las selvas nubladas.

Se frotó el pecho con una mano, se sentía inquieto y ansioso. Tenía meses siendo torturado por emociones sin sentido, que no solo lo afectaban a él, sino también al espíritu que habitaba en su interior y había heredado de sus antepasados indígenas.

Apoyó un pie sobre un tronco caído y suspiró con agobio. Los instintos que la bestia le otorgaba le permitieron presentir la cercanía de Deibi.

—¿Qué te pasa? —preguntó su amigo, quien compartía con él las mismas capacidades sobrenaturales.

—Lo de siempre.

—Falta poco para terminar el trabajo y regresar a casa.

—En casa o aquí es igual. Esta maldita sensación no se me irá hasta que haga algo.

—¿Hacer qué? —Deibi se ubicó a su lado y miró las montañas con detenimiento. Sus ojos grises se perdieron en la espesura de la vegetación, que era de un verde tan profundo como los secretos que encerraba.

—Aún no sé qué debo hacer, pero siento que si no actúo no podré arrancarme esta condena.

—Estamos malditos desde que nacimos, lo único que nos quitará este peso serán los años.

Javier quedó en silencio. Cuando hablaba de una condena no hacía referencia a la bestia que habitaba en ellos, sino al sentimiento de culpa, miedo y zozobra que lo embargaba.

—Quizás deba marcharme.

Deibi lo observó con las cejas arqueadas.

—¿A dónde?

—Tal vez a Maracay, es la ciudad más cercana. Estaría a pocos kilómetros de mis tierras.

Su amigo emitió un bufido y se rascó la cabeza.

—No creo eso resuelva el problema. Tu padre no soportará tenerte lejos, aún no supera la pérdida de tu madre a pesar de que han pasado dieciséis años de su muerte. Y Gabriel no se calmará si no estás, lo más seguro, es que te siga.

Deibi hubiera preferido contar con más tiempo para convencer a su amigo, pero los empleados requerían de la presencia de alguno de ellos para dar término al trabajo. Se marchó y lo dejó solo, aun sabiendo que su comentario lo había afectado.

Cada vez que Javier escuchaba el nombre de Gabriel, su hermano en espíritu, quien también poseía en su interior a la bestia, el enfado amenazaba con hacerle perder la cordura.

Los líderes, hombres de mayor edad en la sociedad étnica a la que pertenecían, hablaban de la posible aparición de fuerzas superiores que actuaban en contra de la comunidad, por razones que aún desconocían. Era trabajo de los guerreros, como solían llamar a los seis miembros elegidos por la naturaleza para portar el espíritu de la bestia, averiguar lo que sucedía y eliminar al enemigo.

El problema era que entre ellos se presentaban peleas sin sentido, que ponían en riesgo la paz en La Costa. Se volvieron habituales los

enfrentamientos, las discusiones y las enemistades, en un grupo donde por centenares de años había reinado la fraternidad.

Javier elevó el rostro al cielo con los ojos cerrados y dejó que la lluvia lo empapara. Sus oráculos predecían que algún día llegaría a su cielo una estrella de poca luz, a la que él le devolvería el brillo. Con su resplandor se le aclararía el entendimiento y podría cumplir con la misión que el destino le había asignado, haciéndolo más fuerte.

Sus raíces indígenas, reveladas en su rostro ovalado, de mandíbula firme y ojos rasgados, le hacían creer firmemente en esas disposiciones. Los oráculos le otorgaban las pistas de su futuro, estaba en ellos elegir el camino correcto y completar o no esa misión.

A él, sus padres no lo habían educado para ir en contra de las normativas naturales de la vida que los regía, sin embargo, era autónomo en sus decisiones.

Por ahora, debía soportar en silencio la espera.

En su viejo camión Chevrolet, el negro Ismael Miranda recorría a una velocidad prudencial la parte más alta de la estrecha carretera que conectaba el poblado de La Costa con la ciudad de Maracay, donde la selva nublada se imponía soberbia y ocultaba el camino tras la neblina. Además de la bruma, la lluvia hacía de aquella subida una aventura peligrosa, pero Ismael sabía que mientras acatara obediente las normas de precaución no había nada que temer. Conocía a la perfección la carretera y era consciente que debía respetar a la orgullosa naturaleza.

Le faltaba tan solo un tramo de subida para salir del sector de neblina y comenzar a bajar hacia el pueblo costero cuando escuchó un fuerte ruido en la parte trasera de su camión. Algo había caído sobre la plataforma y sacudió el auto con energía.

Se detuvo en medio de la carretera y salió del vehículo. El corazón le latía en la garganta.

Por la densa niebla solo apreció la silueta de un hombre parado encima del armazón, con el musculoso torso desnudo y el cabello largo hasta los hombros humedecido por la lluvia.

Quedó petrificado. Observaba como el sujeto se acercaba con sigilo y se agachaba frente a él. Con la cercanía, pudo atisbar unos ojos negros que lo traspasaron con rencor y una mezcla soberbia de facciones indígenas e italianas en su rostro.

—Joven Gabriel, me dio un susto de muerte —le dijo con labios temblorosos al tiempo que colocaba una mano sobre su desbocado corazón.

—¿Qué averiguaste? —preguntó. Su voz era pausada y profunda.

Ismael tragó saliva e intentó no moverse para no despertar a la bestia de Gabriel Veldetta y morir en menos de cinco segundos. Ordenó con rapidez las ideas en su memoria para darle razón sobre la misión que le había encomendado.

—La información que le dieron es cierta, los hombres están dispuestos a comenzar de inmediato la arremetida. Solo esperan las últimas instrucciones —le notificó con palabras atropelladas.

—¿Qué más?

—Se preparan con mucho armamento. Escuché que algunos se internaran en la sociedad con su ayuda.

Gabriel desvió la mirada hacia la selva y cerró las manos en apretados puños que le permitieron a Ismael notar como las venas de sus brazos y cuello se tensaban por la presión. El negro retrocedió con disimulo para no estar cerca de aquel sujeto.

—Van a esperar que usted dé el primer paso —continuó con inseguridad—, luego darán punto final al plan para asegurar el control de las tierras.

El guerrero volvió a posar su mirada iracunda en Ismael. El negro, al percibir el aura de violencia que lo cubría, retrocedió aún más, pero estuvo a punto de expulsar el temeroso corazón por la boca al verlo saltar de improviso de la plataforma y dirigirse con pasos largos hacia la selva.

Con torpeza, Ismael le dio movimiento a sus piernas para correr tras él.

—Joven Gabriel, no les siga el juego. ¡Va a desatar una guerra sin tregua en La Costa! —gritó, pero Gabriel no atendió sus súplicas. Continuó su camino sin mirar atrás, directo al barranco hasta desaparecer entre la neblina y la vegetación.

—¡Joven, por favor! ¡Ustedes están aquí para defendernos, no para amenazar nuestras vidas! —insistió, aunque sus lamentos fueron en vano. Gabriel ya había saltado al vacío y lo dejó con el corazón anclado en la garganta y los nervios a flor de piel.

—¡No ataque a sus hermanos, ustedes comparten una naturaleza especial! —vociferó hacia la selva— ¡Son un equipo! —exclamó, aferrado a sus esperanzas. Sin embargo, las únicas respuestas que recibió provenían de los diversos sonidos de la selva y de los animales que habitaban en ella. Gabriel se había marchado.

Se llenó los pulmones de oxígeno antes de regresar a su camión. No le quedaba otra opción que rezar para que no se desatara un enfrentamiento entre los guerreros y confrontaran entre sí a las bestias. Cuando las fieras tomaban el control de sus cuerpos dominaban las acciones de sus portadores. Si estaban furiosas y se sentían acechadas, eran capaces de atacar lo que tuvieran cerca. No comprenderían quién era el amigo ni quién el enemigo. La sobrevivencia era primordial para ellas.

Al trepar a su vehículo escuchó un extraño eco, parecido al de una bandada de grillos que subía por la carretera. La neblina no le daba mucha visión, pero logró divisar una sombra negra que se acercaba con lentitud hacia él, similar a

una bola de humo que se expandía entre la bruma y hacía visible la silueta de un enorme felino de ojos llameantes.

Se persignó tres veces mientras todo su cuerpo empalidecía. Subió a trompicones a su camión y con manos temblorosas puso en marcha el auto para escapar de aquello.

Estaba seguro que la maldad se acercaba a esas tierras. La llamada que centenares de años atrás fue realizada para sobrevivir al exterminio, ahora pesaba sobre la humanidad de los guerreros. No sería utilizada para la protección, sino para la destrucción, y él estaba seguro de que ese actuar no dejaría nada bueno en ningún habitante de la región.

Mucho menos, en los propios portadores de la bestia.

Capítulo 2. El detonante

Isabel gritó al despertar. En su mente aún se reflejaba la imagen de unos ojos enrojecidos similares al de los felinos, que la observaban con furia.

Se levantó nerviosa y con la frente perlada de sudor. Las manos le temblaban de forma casi imperceptible. Para calmarse decidió ir a la cocina en busca de un botellín de agua.

El departamento donde vivía con su hermano era extremadamente pequeño, las habitaciones eran chicas y la sala, cocina y comedor se encontraba en un mismo espacio, pero no podían aspirar a más. Sus posibilidades económicas eran precarias y su hermano era el único que trabajaba porque ella se encontraba en el último año de la carrera, por eso Aarón buscaba mejores opciones laborales.

Regresó a su dormitorio bebiéndose el agua y dejando la botella sobre una mesita de noche para atarse con una goma los largos y suaves rizos castaños de su cabellera. Se sentía agotada. Esos ojos enrojecidos la habían despertado en más de una ocasión desde hacía semanas y cada vez que lo hacían, ella creía que le arrancarían la vida del cuerpo.

Se sentó sobre el colchón y tomó de nuevo la botella, viendo la hora en su reloj de mesa. La tarde caía, Aarón estaba por regresar del trabajo y con seguridad llegaría dispuesto a que hablaran sobre la mudanza. Recordar aquel tema le produjo un ramalazo de amargura en el pecho que pretendió aliviar tomando un largo trago de agua.

Sin embargo, el sonido de un golpe fuerte producido en el pasillo de la residencia casi la ahoga. Dejó la botella sobre la mesa y salió a la sala con sus ojos angustiados fijos en el borde inferior de la puerta de entrada. El brillo de la luz artificial se colaba, pero el paso repentino de una sombra la sobresaltó, erizándole toda la piel.

Escuchó el rodar de un objeto pesado que se difuminaba en dirección a las escaleras. La residencia contaba con cuatro pisos de ocho departamentos cada uno. El suyo estaba ubicado al final de la segunda planta, frente al de Jairo Contreras. Si alguien salía en ese momento, seguramente sería él.

Cuando el ruido se apagó y ella se quedó inmóvil un instante, esperando. Al notar que nada ocurría decidió acercarse a la cocina y preparar algo de comer. La actividad la distraería.

Tomó unos tomates de una cesta que descansaba sobre una encimera y agarró un cuchillo dispuesta a cortarlos en rebanadas, pero un golpeteo insistente en la puerta la hizo pegar un brinco y soltar el cuchillo, dejándolo caer al suelo.

—¿Quién? —preguntó con temor.

—Miss Venezuela.

Exhaló todo el aire que tenía acumulado en los pulmones sintiendo alivio. La voz socarrona que estaba al otro lado era la de Jesenia, su mejor amiga. Enseguida fue a abrirle.

Una chica alta, de figura estilizada y larga cabellera negra, entró con coquetería.

—Te escapaste de clase —reprochó utilizando un tono burlón y dejando sobre la mesa su enorme cartera y los libros que llevaba en las manos.

—Me sentía un poco mal —respondió Isabel dando una mirada precavida al pasillo. Al verlo desierto, frunció el ceño.

—¿Qué tienes? ¿Estás embarazada? —bromeó la chica y abrió el refrigerador sacando todo lo necesario para prepararse una malteada de chocolate.

Isabel cerró la puerta y se acercó a ella aún desconcertada.

—¿De quién? ¿Del Espíritu Santo? —ironizó.

—Es posible, en la historia tenemos varios casos confirmados de niños

milagrosos —remedó Jesenia con una sonrisa pícaro mientras agregaba los ingredientes en una licuadora.

—No sé qué me pasa, llevo algún tiempo así. Duermo mal por culpa de pesadillas y en el día estoy ansiosa, como si esperara que algo malo sucediera de un momento a otro; pero hoy ha sido diferente, me siento asfixiada y hay ocasiones en que me invade una especie de temor —explicó mientras se inclinaba para tomar el cuchillo del suelo, pero lanzó un grito al escuchar que la licuadora se encendía.

Jesenia la miró perpleja.

—¡Ey, relájate! —recomendó apagando el aparato—. Hoy hemos tenido un día extraño. De un momento a otro se desatará una tormenta, el calor es agobiante y la gente está... como agitada —comentó sirviendo la bebida en dos vasos.

Isabel recordó la locura en la que se había convertido el camino de la universidad a la residencia y al indigente que se le acercó en la plaza, con los ojos blancos y sin vida, así como las palabras fatalistas que le dijo advirtiéndole sobre una bestia que se acercaba. Su piel de nuevo se erizó.

—Hasta la bruja de Programación decidió suspender la evaluación —pronunció Jesenia sacándola de golpe de sus pensamientos y entregándole un vaso con malteada.

—¿No hicieron el examen?

—No. Lo dejó para la próxima semana. Decía que a su abuela no le gustaba estar sola cuando se avecinaban tormentas. —La joven interrumpió su comentario para tomarse la mitad su bebida—. Yo creo que necesitaba irse más temprano para preparar el caldero.

Isabel dibujó una sonrisa mientras probaba su malteada.

—No te rías, hoy es *Corpus Christi* —continuó Jesenia con obviedad—, muchos aseguran que el diablo anda suelto y con ganas de pelea. Más de uno

aprovechará la ocasión para pedirle favores.

Isabel disimuló su inquietud bebiendo otro trago del chocolate. No le gustaba que hicieran ese tipo de referencias en un día de tanta tensión.

—En fin... —comentó Jesenia luego de terminar de beberse su malteada y dirigiéndose al fregador para lavar el vaso—. Solo vine a ver qué te había sucedido, y a tomarme un chocolate —bromeó—. Me voy antes de que se desate una tempestad. No he terminado el informe que tenemos que entregar mañana —comunicó y apoyó el vaso limpio en la encimera para luego ir en busca de sus libros.

—Gracias por la visita —contestó Isabel dejando su vaso en la mesa y acompañándola hasta la puerta. La cabellera de Jesenia se batía con cada paso que daba.

—Irás mañana a clase, ¿cierto?

—Si me siento mejor.

La chica se giró hacia ella cuando estuvo en el pasillo exterior.

—Descansa. Queda poco para terminar el semestre, luego... vendrán las vacaciones —canturreó y movió sus caderas en un baile exótico.

Isabel se esforzó por contagiarse de su alegría, pero la falta de ánimo la vencía.

—Tenemos que planificar algo bueno este año —expuso para no cortar la emoción de su amiga.

—Claro, hay que liberar tensiones. El último año de la carrera es el más difícil.

—Pero en Maracay —insinuó Isabel—, a Aarón le ofrecieron un trabajo por allá y quiere que lo acompañe durante el verano.

—¿Maracay? Eso está cerca de las playas de La Costa, allí podremos encontrar a hombres atractivos y semidesnudos. Me gusta —reflexionó Jesenia mirando pensativa la nada y con un dedo golpeando con suavidad su

mandíbula. Isabel la observó con aprehensión. Su amiga era imparable cuando rumiaba una idea en su mente—. Creo que este verano será interesante.

Ambas se carcajearon mientras Jesenia le daba un beso de despedida y se marchaba. Isabel se quedó en la puerta hasta que ella desapareció por las escaleras, sintiendo cierta envidia por el optimismo que siempre reflejaba su amiga, incluso, en los momentos de pena.

Al entrar, activó la lista de reproducción de su laptop para escuchar música mientras preparaba la cena y se terminaba su malteada. Sabía que con el estómago lleno se vivía mejor.

Culminaba de aderezar una ensalada cuando por segunda vez se produjo un sonido fuerte en el pasillo. Dio un respingo y miró por el borde de la puerta, se oían pasos lentos y divisó una sombra que atravesaba su departamento. Quedó paralizada hasta que el sonido se silenció. Lamentó haber tenido la laptop encendida, si era Jairo que llegaba a su casa, hubiera preferido que pensara que ella no estaba. Hizo un esfuerzo por no preocuparse y retomar su tarea, pero un imprevisto golpeteo en la puerta la sobresaltó.

El corazón le martilló en el pecho, pero al ver que nada sucedía se acercó al computador y lo apagó.

—¿Quién? —preguntó con curiosidad.

—Tu tigre, adorada conejita.

Isabel se alteró al escuchar la voz embriagada de Jairo. Retrocedió un par de pasos hasta quedar con la espalda apoyada en la encimera. No era la primera vez que él la molestaba cuando estaba borracho, cada vez que lo hacía pretendía lastimarla, pero Aarón siempre lo impedía enfrascándose con el hombre en discusiones y hasta en peleas. Sin embargo, su hermano aún no había llegado del trabajo.

—¡Vete! —le pidió, a pesar de saber que eso no lo alejaría, y menos, en el estado en el que se encontraba.

Una risa mordaz, e interrumpida por una tos, retumbó al otro lado. Isabel no quería entrar en pánico. Se dirigió al perchero donde tenía colgada su cartera y buscó con premura su teléfono móvil.

—Me gustaría... que habláramos —indicó el hombre desde el otro lado.

—Hola, ¿la policía? Quiero denunciar la presencia de un intruso en mi casa —pronunció en voz alta para hacerle creer a Jairo que notificaba su presencia a las autoridades, como en muchas otras ocasiones lo había hecho. Aunque en realidad, lo que hacía era pasarle un mensaje de texto a su hermano para alertarlo.

La risa de Jairo aumentó, así como la intensidad de los golpes.

—¡Abre la maldita puerta, Isabel! —vociferó.

Ella hizo un gran esfuerzo por mantenerse serena.

Se quedó pegada a la encimera a la espera de que algo sucediera. Ansiaba que Jairo se cansara y se marchara, pero al sentir que el hombre golpeaba con mayor ímpetu comprendió que su deseo jamás se cumpliría.

Después de varias patadas, la cerradura cedió. Él entró con una mirada asesina y el cuerpo en posición de ataque.

—¡Estúpida, te voy a enseñar a obedecerme!

Ella intentó escapar corriendo a su habitación para encerrarse, pero él en pocas zancadas la alcanzó, la apresó por el cuello y la fijó contra la pared elevándola algunos centímetros del suelo.

Sus ojos verdes la traspasaron con ira. Isabel se debatía. Soltó el teléfono para intentar arañarle el rostro, pero Jairo la dominaba con facilidad.

—Estoy harto de ti. ¡Debería matarte!

A pesar de estar al borde de la desesperación por la asfixia ella no paraba de batallar. Sin embargo, la respiración comenzaba a fallarle. Por un momento pensó que moriría.

—Pero antes jugaré contigo un poco —expresó con una sonrisa enloquecida

y la soltó dejándola caer al suelo. Ella se esforzó por recuperar el aire perdido.

Jairo retrocedió porque le costaba mantener el equilibrio por la borrachera, al tiempo que intentaba desabrocharse el cinto del pantalón.

Al recobrar la respiración, Isabel alzó el rostro. Sintió náuseas al verlo bajarse los pantalones y el boxer. Se levantó a toda prisa y corrió hacia la encimera donde antes había cortado los vegetales de la ensalada. Jairo fue tras ella para no dejarla escapar, pero como tenía los pantalones en las rodillas cayó de boca. No obstante, pudo atraparla por un tobillo, haciéndola caer también y arrastrándola con violencia hacia él.

Isabel había alcanzado el cuchillo antes de desplomarse. Cuando Jairo trató de ubicarla bajo su cuerpo, ella no dudó en girarse y clavárselo en un hombro.

Un grito desgarrador tronó en la habitación. Isabel lo observó aterrada. Estaba tan asustada que le pareció que los ojos del hombre cambiaban de color. Ahora lo que veía era la mirada colérica y enrojecida del felino que invadía sus sueños y su grito se transformaba en un rugido ensordecedor.

Alguien le quitó de encima el cuerpo sangrante para proyectarlo hacia un rincón. Quedó petrificada mientras veía como Aarón se lanzaba sobre Jairo y le golpeaba el rostro en repetidas ocasiones.

Uno de los vecinos, que había escuchado cuando Jairo tumbó la puerta del departamento, logró llamar a la policía a tiempo. Por eso aparecieron dos oficiales y lucharon con Aarón para apartarlo del invasor, que yacía inconsciente y ensangrentado.

Isabel se arrastró por el suelo con las lágrimas corriéndoles copiosas por las pálidas mejillas y se arrinconó contra la pared, abrazándose a sus piernas para calmar los temblores del cuerpo.

Sus ojos aterrados no podían apartarse de Jairo y su cabeza no paraba de repetir las palabras del indigente con el que se había topado en la calle: «La

bestia se acerca... prepárate».

Javier caminaba por la orilla de un río junto a Albert, otro de los guerreros de la sociedad étnica portador del espíritu de la bestia. Minutos antes habían sentido la presencia de un ente de poder en sus tierras y escucharon la confesión de varios testigos que habían visto a una figura fantasmagórica, como la de un felino, avanzando por la carretera en dirección a La Costa.

El grupo de los seis guerreros se dividió para recorrer la zona e investigar. Aún llovía. Desde hacía dos días eran afectados por una lluvia suave que no paraba y comenzaba a convertirse en una amenaza para los sembradíos de cacao que mantenían.

—Siento su fuerza, pero no puedo determinar su ubicación —expresó Albert, y se inclinó en el suelo para apoyar una mano en la tierra lodosa intentando percibir alguna vibración.

Javier cerró los ojos y aspiró los aromas, esperaba captar fragancias diferentes que lo ayudaran a encontrar al extraño, pero nada le llegaba. Creía que eso ocurría porque sus sentidos estaban siendo alterados por la sensación de angustia que lo atormentaba día y noche desde hacía meses y hacía que su bestia se revoliera inquieta dentro de él.

—No puedo concentrarme —confesó.

—¿Qué te pasa?

—No sé. Odio esta situación. Siento rabia, quiero golpear algo.

Albert se levantó y lo observó con preocupación. Ambos sintieron la cercanía de Gabriel y sabían que el joven venía con ganas de pelea. Javier y él llevaban un tiempo enfrentándose entre sí por cualquier cosa. Discutían mucho y hasta parecían odiarse, cuando antes la camaradería entre ellos había sido fuerte.

Javier se tensó al ver al guerrero salir de entre los matorrales. Su bestia

rugió inquieta. Reclamaba libertad para encargarse del que creía, el enemigo.

—¿Paseando en horas de trabajo? —se burló Gabriel y mantuvo sobre ellos una mirada mortal.

—Deja la provocación, hemos tenido suficiente estos días. Debemos ocuparnos de otros asuntos —exigió Albert al ver que ambos se debatían en silencio. Podía sentir la irritación que los embargaba. Sabía que pronto iniciarían un altercado.

—Yo atiendo los míos —expuso Gabriel y se acercó a Javier con lentitud. Tenía a su bestia a flor de piel, preparada para hacer su aparición en cualquier momento.

—Esto es absurdo. No podemos perder el tiempo con peleas y menos, ahora —insistió Albert al ver que ninguno de los dos entraba en razón—. Tenemos a un posible invasor en nuestras tierras, hay que ocuparse de eso.

—Quizás el enemigo está frente a nosotros y no lo notamos —expresó Javier en dirección a Gabriel. Este le mostró una sonrisa lobuna y sin previo aviso se arrojó sobre él en medio de un rugido.

Las manos y colmillos de Javier se afilaron en segundos. Resistió la arremetida ayudado por el poder de su bestia. Sin embargo, Gabriel pudo estrellarlo contra el tronco de un gran árbol que vibró al recibir el peso de ambos. Con el puño cerrado intentó golpearle el rostro, pero Javier lo esquivó dejando que se hundiera en la madera para luego empujarlo hasta tumbarlo de espaldas sobre un charco.

Se lanzó sobre él y dio inicio a una lucha encarnecida.

Albert se enfureció. No podía dominarlos a los dos. Sabía que no se darían muerte, la naturaleza de las bestias no se los permitiría, pero podían lastimarse seriamente. Se dejó llenar de ira y emitió un rugido feroz para alertar al resto de los guerreros. Debían detenerlos.

Javier y Gabriel continuaban su disputa ajenos a la preocupación de su

hermano. Utilizaban los colmillos, las garras y los puños con rudeza para lastimar al otro, sin dejar que sus bestias los dominaran por completo. Lo que querían era descargar energías, calmar los miedos que sentían.

Cuando los cuerpos estaban irreconocibles por la cantidad de sangre y lodo que los cubría, Gabriel logró doblegar a Javier. Lo abatió en el suelo y le apretó el cuello con fuerza. Para liberarse, Javier tomó una piedra filosa que proyectó en dirección a la cabeza del guerrero. Si no hubiera sido por la oportuna intervención de sus compañeros, que los separaron en segundos, le hubiera partido el cráneo.

A pesar del odio que sentía, no pudo evitar ser invadido por un sentimiento de culpa cuando logró calmarse y darse cuenta de la situación. Todos ellos estaban unidos por una afiliación ancestral que les despertaba el sentido de hermandad. Si hubiera logrado su cometido, le hubiera desgraciado la existencia a su hermano.

Todos se miraron con aprehensión, cansados de las contiendas internas.

—Esto no puede continuar —expuso Jonathan, quien ejercía una mayor autoridad en el grupo. Su cuerpo vigoroso y moreno se interpuso entre ambos, con las palmas de las manos apoyadas en el pecho de cada uno.

Javier respiraba con agitación, aún tenía la piedra en la mano. Deibi lo sostenía con firmeza con un brazo cruzado en su cuello.

—Entonces, que se vaya —habló Gabriel con el rostro ensangrentado y la mirada enloquecida, apretado entre los fuertes brazos de Gregory.

Javier dejó caer la piedra al suelo.

—Lo haré. Me iré —exclamó resignado.

Gabriel no podía marcharse de La Costa porque a Rebeca, su novia, solo le faltaban dos meses para dar a luz a su hijo. La única manera de apaciguar la pelea entre ellos era que uno se alejara y el que podía irse era él, a pesar de no estar convencido de su propia decisión.

Gabriel sonrió exhausto mientras el resto del grupo se mostraba receloso.

Un posible enemigo rondaba sus tierras y una fuerza desconocida perturbaba a sus bestias. No era momento para divisiones, la lejanía de Javier los afectaría a todos. No obstante, parecía una decisión sabia. Así eliminaban un problema mientras pensaban como resolver los demás.

Javier se marchó del lugar en silencio y con la mirada clavada en el suelo. Sentía a su bestia retorcerse de pena. No soportaría separarse de sus tierras.

Gabriel se apartó de sus hermanos y se retiró a las carreras. La furia le recorría las venas como lava, minutos después, mientras rodaba a toda velocidad por un sendero inundado de lodo y restos de vegetación. Tomó el teléfono móvil que tenía en la guantera de su Nissan Patrol y marcó el número telefónico de Rebeca.

—Gabriel, ¿dónde estás? —respondió enseguida la chica con angustia.

—De camino a la plantación. Espérame en la plaza del pueblo. Cuando salga de aquí voy a buscarte —ordenó él. Ese día ella había asistido a una consulta médica prenatal.

—Pero, ¿qué sucedió? Se escucharon rugidos...

—¡No sucedió nada! —interrumpió—. Confía en mí y ve a la plaza.

—Mi amor, tengo miedo —expresó ella con voz trémula. Gabriel suspiró y cerró con fuerza los ojos por unos segundos antes de fijarlos de nuevo en la vía.

—Se irá, Rebeca. Hoy mismo Javier se irá de La Costa —aseguró con forzada calma.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo prometió. Voy a encontrarme con María Tomasa para asegurarme de que no vuelva hasta que todo pase.

—Te amo —gimió la chica.

—Y yo a ti, por eso tienes que confiar en mí. Estaremos bien.

El vehículo cayó en un bache profundo del que no pudo salir. La violenta sacudida hizo que Gabriel perdiera el teléfono.

Después de una sonora maldición se inclinó para recuperarlo, pero estaba apagado y no quería encenderse de nuevo. Con enfado lo lanzó al asiento del copiloto y se bajó del auto dejándose empapar por la lluvia. Corrió hacia la finca La Gran Madonna, una de las tantas propiedades de su padre. Se sumergió entre los sembradíos de aguacate y plátano para encontrar a la mujer que había contratado. La vio sentada sobre la tierra húmeda, bajo una carpa improvisada con un par de colchas viejas y desgastadas.

María Tomasa, una mujer entrada en años, gorda, morena y soez, pudo igualar las tradiciones mágicas de la sociedad sin formar parte de sus filas. Gabriel estuvo a punto de asesinarla meses atrás, cuando descubrió que había sido ella quien, por encargo de su padre, había maldecido a los guerreros de la sociedad para que se enfrentaran entre ellos ocasionando conflictos en La Costa. La perdonó porque la mujer le había confesado sobre la amenaza de muerte que recaía en su mujer y en el hijo que esperaban, y provenía de una profecía vaticinada por sus oráculos.

Él deseaba detener esa tragedia, no estaba dispuesto a perder a los suyos, y a la bruja le fascinaba desafiar a las leyes de la naturaleza y a fuerzas desconocidas, como lo hacía desde hacía días desatando un aguacero incontrolable en la región solo para demostrar sus capacidades.

—¿Listo para comenzar, joven? —le preguntó con una voz gruesa, sin hacer mención al estado ensangrentado que tenía. Ella había visto muchas cosas terroríficas en su vida. No le importaba lo que hiciera el guerrero mientras le pagara lo acordado.

—Sí.

—¿Trajo la prenda?

Gabriel sacó del bolsillo del pantalón un trozo de tela manchada con sangre.

Era de Javier, y la había obtenido en el enfrentamiento ocurrido minutos antes.

La bruja sonrió con perversión y la tomó con sus dedos callosos, sucios y maltratados, para introducirla dentro de un tarro de cerámica hundiéndola en un líquido oscuro y espeso.

—¿Qué es? —preguntó intrigado, refiriéndose al contenido.

—Es parte del conjuro —indicó la mujer con desinterés—. Joven Veldetta, ¿está seguro de querer continuar? —consultó al notar que el guerrero se mostraba receloso.

—Claro que lo estoy —respondió con sequedad, ocultando así su inquietud. Su bestia se retorció en su pecho presintiendo el peligro. Lo que haría sería una traición contra su gente, pero era la única manera de proteger a su mujer y a su hijo.

—Su sangre y la de su hermano Javier están unidas desde hace centenares de años —rememoró la bruja machacando entre sus dedos hojas de ramas secas que tenía a su lado, agregándolas al tarro—. Pero este conjuro unirá sus existencias concediéndole la posibilidad de afectarla, e incluso, de destruirla. Así evitará que él interfiera en la suya —explicó sin dejar de atender su tarea—. Lo que debe comprender, joven, es que usted sufrirá con él.

Gabriel arrugó el ceño y la miró con aprehensión.

—Pero, ¿Rebeca y el niño estarán seguros?

La mujer sonrió mostrando su dentadura deteriorada y amarillenta.

—Se detendrá la profecía, eso es lo que los amenaza. Según los oráculos, su hermano será quien lo empuje al sacrificio. Si él no está. Nada ocurrirá.

Gabriel la observó con rudeza, poco convencido de sus palabras. María Tomaza era despreciada en La Costa, una mujer mentirosa, malvada y codiciosa, pero la única dispuesta a ayudarlo a pesar del peligro.

Una profecía señalaba el sacrificio de sangre que él debería entregar para lograr transformar el futuro de la sociedad étnica a la que pertenecían, sobre

todo, el de los guerreros que la conformaban. Una entrega injusta que pretendía arrebatarle lo único que le quedaba a cambio del beneficio del resto de su gente. Ir en contra de esos dictámenes, era como enfrentarse a la naturaleza misma, procurando modificar su curso.

—Quiero asegurarme de que Javier se mantenga lejos y débil —expresó con enfado—. Lo que yo sufra es lo de menos, he aprendido a manejar mi propio dolor.

—Bien, entonces, córtese la mano derecha y deje caer sangre en el tarro. La necesitamos caliente.

La bruja le entregó un cuchillo afilado con el que Gabriel hizo lo que le había pedido. Al tener todo listo, María Tomasa realizó diversas oraciones en un idioma poco entendible mientras movía las manos sobre el tarro, haciendo que el líquido se agitara como por arte de magia. Luego encendió una cerilla y la lanzó dentro creando una llama azulada.

La bruja tomó el envase pasándolo en ocasiones cerca del rostro de Gabriel. Él miraba absorto como el vapor negruzco, que olía a agua podrida, le bañaba la cara haciéndole picar la nariz. Luego de un minuto comenzó a sentirse cansado y los párpados se le cerraban. Luchaba para no dormirse, pero el efecto era cada vez más intenso.

—Maldita bruja, ¿qué me estás haciendo?

—Lo que pidió, joven Veldetta. Déjese llevar, es parte del conjuro.

—¡Esto no me lo habías dicho, no puedo quedarme dormido aquí!

María Tomasa ignoró las quejas y continuó con las oraciones. Gabriel se levantó y caminó tambaleante en dirección al auto. Debía ir con Rebeca. Ella lo esperaba y no podía dejarla sola. Tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer, pero se aferró a la manija de la puerta.

Trató de incorporarse. No obstante, al escuchar que la lluvia paraba, miró con extrañeza a su alrededor. Se sobresaltó al ver a la bruja a su lado. Había

quedado tan afectado por el hechizo que hasta los instintos que le aportaba la bestia se le habían dormido, por eso no pudo sentirla cuando ella se le acercó. Eso lo llenó de temor.

—Está hecho, joven Veldetta —aseguró la mujer observándolo con unos iris que se notaban más agrandados, como demoníacos—. Usted y su hermano ahora serán uno —confirmó, al tiempo que le mostraba el tarro vacío.

Él miró el envase con incredulidad mientras una intensa sensación de cansancio le subía por el cuerpo, doblgando cada uno de sus miembros. Hasta que le llegó a la cabeza y el sueño lo reclamó por completo, sumiéndolo en una pesadilla que marcaría su vida para siempre.

Capítulo 3. El encuentro

Al abrir los ojos se encontró rodeada de naturaleza muerta. Árboles secos y deshojados extendían sus ramas sobre ella como si fueran garras de largos dedos y los rayos del sol estaban siendo bloqueados por un humo espeso, que parecía emerger de la tierra, e invadían el lugar con una penumbra asfixiante.

Al bajar el rostro, Isabel pudo divisar en el suelo erosionado la forma difusa de un sendero que se perdía entre matorrales. Con más curiosidad que temor lo siguió. Los bucles castaños se le enredaban entre las ramas o estas le arañaban la piel cubierta solo por un pijama de pantalón corto y camisa de tirantes. Los pies desnudos pisaban piedras y restos de vegetación, dificultándole el paso. Sin embargo, nada podía detenerla. Sentía una imperiosa necesidad por llegar al final de ese camino.

El sonido de una respiración pesada a su espalda le heló la sangre. Se giró pero no encontró nada, aunque presentía que la acechaban. Continuó acompañada del crujir de las hojas bajo sus pies mientras cubría con los dedos de una mano el collar de cadena con dije en forma de estrella que le habían obsequiado sus padres. Al final halló una casa de dos plantas, con las paredes de cemento revestidas hasta la mitad por láminas de madera color caoba que brillaban con el sol como si fueran un diamante en medio de la desolación. Poseía una entrada de tres escalones que llevaba a un pórtico y amplios ventanales, aunque era imposible mirar al interior, ya que estaban cubiertos por gruesas cortinas.

Avanzó hacia la puerta, que se encontraba sellada con maderas clavadas sobre el marco. Al tocar una de ellas sintió un calor acogedor que aplacó sus temores.

Quería entrar. Tenía la certeza de que adentro podía hallar la seguridad que anhelaba y la protegería del ente que la acechaba. Sostuvo la madera con

ambas manos y aplicó todas sus fuerzas para despegarla. Al ver que cedía comenzó a arrancar las demás. Algunas salían con facilidad, otras le aportaban más dificultad.

Luego de culminar su tarea sostuvo la manija con intención de abrir, pero el sonido de unas pisadas cautelosas que se acercaban y rompían hojas secas a su paso la inmovilizó, agitando sus miedos.

Acarició la puerta aún cerrada con una mano temblorosa y se dio vuelta para ver quién o qué se aproximaba. La visión la dejó perpleja.

Frente a ella, a pocos metros de distancia, se hallaba una bestia terrorífica balanceándose con suavidad acuclillada sobre sus dos piernas que la observaba con unos ojos fieros y amarillentos. Su piel estaba cubierta por un pelo corto y dorado salpicado de manchas oscuras. El cuerpo era colosal, robusto y musculoso, de hombros y pecho anchos, permitiendo predecir la fuerza descomunal que poseía. Los brazos estaban arqueados, listos para la lucha, y dispuestos a acuchillarle el cuerpo con sus garras.

Era un animal espeluznante, no podía pertenecer a este mundo. Sin embargo, el cabello liso y castaño que le caía sobre los hombros y el pantalón vaquero que llevaba puesto intentaban humanizarla.

A Isabel le era imposible apartar su mirada asombrada de ella. El animal se acercaba con cautela, atento al más mínimo de sus movimientos. Ella se recostó en la puerta mientras el monstruo se erguía y levantaba una de sus garras con intención de golpearla.

Sus ojos se ampliaron en su máxima expresión al ver como la bestia abría la boca mostrando sus dientes filosos y vociferaba un rugido. Los cerró con fuerza en espera de la muerte, pero de pronto la puerta se abrió y ella cayó dentro de la casa justo en el momento en que el animal lanzaba un zarpazo.

La garra le pasó muy cerca de su cuello, rozándole la piel. Ella siguió cayendo, pero antes de tocar el suelo unos brazos la acunaron y le transmitieron

una paz que alejó todo el temor que había albergado su corazón...

Se levantó jadeante y bañada en sudor. Aquella pesadilla la revivía cada noche desde hacía tres semanas, después del incidente con Jairo.

Salió de la cama y se dirigió al baño para refrescarse. No se preocupó en ver el reloj. El sueño la atormentaba a la misma hora: doce y cuarenta de la noche. Funcionaba mejor que un despertador.

Se metió en la ducha y abrió al máximo el agua fría. Quería congelar los malos recuerdos y las sensaciones amargas. Su situación empezaba a volverse desquiciante. «Es el estrés por la repentina pérdida de tus padres, por los conflictos y los cambios bruscos», le aseguraba su psiquiatra, pero ella comenzaba a sospechar que algo extraño, quizá, sobrenatural, la afectaba.

La mirada demoníaca de la bestia que rondaba sus sueños no la abandonaba, menos ahora, que tenía una forma más completa y aterradora. Pero además habían hechos que no tenían explicación, como la desaparición de su collar con dije de estrella, que se había extraviado el día en que tuvo por primera vez esa pesadilla, y la pequeña cicatriz que le había quedado en su cuello: la marca de una herida que debió hacerse con un objeto filoso y por la que tuvo que recibir dos puntos de sutura.

Aarón tejió diversas teorías para explicar esas situaciones, desde una caída aparatosa de la cama donde ella debió lastimarse perdiendo su collar, hasta la posibilidad de que fuera sonámbula. Sin embargo, Isabel creía poco probables esas hipótesis. Su mayor sospecha recaía en la veracidad del sueño, de la bestia y de sus garras amenazantes, pero aquello no lo decía en voz alta, no fueran a tildarla de loca.

Al terminar el baño se cubrió con una toalla y entró en el cuarto para cepillarse los cabellos. En la actualidad, ella y su hermano vivían en la ciudad de Maracay, su vida había cambiado por completo al llegar a esa ciudad. No solo lo hizo por el verano, sino por una temporada más larga, debiendo

detener los estudios por un semestre para poder descansar y superar los conflictos. Los problemas con Jairo Contreras y con el antiguo socio de su padre se agravaban y ella necesitaba paz para estabilizarse, tanto personal como psíquicamente.

Trabajaba en las mañanas en un café en el centro de la ciudad y el resto del día lo pasaba en casa, haciendo un esfuerzo por darle un aire hogareño a ese espacio extraño. Al menos, le resultaba más acogedor que la residencia de Caracas. Las estancias estaban separadas y hasta contaba con un pequeño patio trasero que tenía un frondoso árbol de limón y donde ella podía practicar la jardinería como método de relajación. Pero ni remotamente se asimilaba a la vivienda donde había vivido con sus padres: una casa grande de dos plantas, con pisos de granito y un patio amplio cubierto de grama, con enormes árboles de mango y aguacate en el fondo, así como sembradíos de orquídeas, girasoles y claveles que había mantenido con dedicación su madre. En ese hogar se hallaban todos los recuerdos de su infancia y le había sido arrebatado por el antiguo socio de su padre. Por él luchaban día y noche, así como por el resto de las pertenencias que él hombre les había quitado con trampas.

Cuando terminó de peinarse, escuchó que su teléfono móvil sonaba anunciándole la llegada de un mensaje de texto. Tomó el aparato para revisarlo, extrañada de que alguien se comunicara con ella a esa hora de la noche.

Se trataba de su amiga Jesenia.

«Isa, estoy aquí. Responde!!!». Completamente desconcertada, decidió llamarla.

—¿Jesi? ¿Dónde estás? —saludó, oyendo al otro lado de la línea una música de fondo y varias voces que hablaban y reían.

—¡En Maracay! —dijo a los gritos, haciendo que Isabel se carcajeara. Jesenia siempre hacía cosas impensables.

—¿En Maracay? ¿Por qué no me avisaste que venías?

—Acabo de llegar. Vine con Tyler.

—¿Con Tyler? —consultó con desconcierto.

—Sí. Estábamos en una fiesta y él me dijo que te extrañaba y que quería verte, por eso lo convencí de venir. ¡Y aquí estamos! —vociferó siendo acompañada por los vítores de las personas que estaban con ella.

Isabel volvió a reír. Tyler era uno de sus compañeros de estudio, un chico alto y atlético que desde los inicios de la carrera había expresado un interés por ella, pero a quien le rehuía por su personalidad arrogante. Aunque en ese momento se convertía en un buen partido para relajarse y olvidar los problemas, así como a las misteriosas pesadillas que la acechaban.

—¿Y qué tienes en mente? —preguntó algo recelosa. Jesenia era de cuidado cuando se le ocurría un plan para divertirse.

—Nada serio, no te asustes. Me recomendaron una discoteca en esta ciudad. Podríamos ir para verificar si es tan buena como dicen.

Isabel amplió la sonrisa.

—Me parece perfecto. Aún no conozco la vida nocturna de esta ciudad.

—¿Qué pecado! Eso es imperdonable.

—¿Puedes venir a buscarme?

—Por supuesto, hermosa princesa. Vístase sensual, porque esta noche será inolvidable.

Isabel se mordió el labio inferior para controlar la alegría que sintió. Necesitaba emociones intensas que le suplantaran la pena y el temor que tenía anclados en el pecho.

—Excelente. ¿Recuerdas la dirección?

—Claro, la tengo en el móvil desde que me la enviaste y uno de los chicos que está conmigo conoce bien la ciudad. ¡No tendré problemas en llegar! —canturreó divertida—. Espérame, chica. En unos minutos tocaré a tu puerta.

—Bien. Estaré lista para cuando llegues —le avisó y cortó la llamada.

Miró la habitación pensando qué hacer. Aarón estaría dormido. Tenía el sueño pesado. Le dejaría una nota pegada en el refrigerador para que supiera de su salida. Así que abrió el ropero y buscó un vestido blanco de falda corta y tirantes, deseaba resaltar en medio de la multitud. Sacó unas sandalias altas de pedrería dorada y hurgó en su cómoda en busca de aretes llamativos. Esa noche quería brillar. Era hora de experimentar un cambio positivo.

Parado sobre el tejado del edificio donde se residenciaba, Javier miraba hacia las montañas. Una inmensa luna, más grande de lo habitual gracias a un fenómeno natural que ese día se producía, las iluminaba con un aura mágica.

Esa noche era el prelude de una fecha especial: la noche de San Juan.

Tanto él como su bestia añoraban sus tierras. Aquel ambiente era diferente. La dureza del asfalto, los olores de las cañerías y los ruidos urbanos lo perturbaban desde hacía tres semanas, cuando se marchó de La Costa para evitar más enfrentamientos con Gabriel.

Se asentó en Maracay para encontrar algún medio que lo ayudara a liberarse de la maldición que lo descontrolaba y lo volvía peligroso. No quería ser un problema para su gente. Prometió no regresar hasta hallar una cura, pero nada de lo que hacía parecía resultar.

—Confirmaron la reunión. —Deibi lo acompañaba en algunas ocasiones para evitar que se sintiera tan solo y lo ayudaba a encontrar una solución.

—¿Dónde?

—En una discoteca al este de la ciudad. Habrá mucha gente y podrán pasar desapercibidos. La policía los busca.

Javier arrugó el ceño. Los hombres que en esa oportunidad había contactado eran delincuentes con amplio prontuario policial, pero no tenía a quien más recurrir. Se le habían agotado las ideas. Según sus fuentes, los trabajos que

esos sujetos realizaban eran eficaces y eso necesitaba. Si no se desprendía del hechizo, no podría volver a La Costa.

La bestia se le agitó en el pecho. Ansiaba la selva y odiaba soportar las repetidas sesiones de brujería a las que él se sometía.

Alzó la mirada al cielo y detalló la luna, era brillante y perfecta. Según las creencias de su gente, esa luna era esencial para limpiar el subconsciente y liberarse de las ataduras que impedían el desenvolvimiento de la vida. Ahora más que nunca él requería de esa pureza. Anhelaba arrancarse del pecho el dolor que lo doblegaba y ser libre de nuevo.

Se dirigió con Deibi a la discoteca que le indicaron, allí se reunió con los sujetos y pudo iniciar la negociación.

—Créanme, los resultados están garantizados —avaló un hombre de mirada torcida que hablaba con Deibi en susurros, oculto entre los vehículos aparcados en el estacionamiento privado del establecimiento. Era delgado, pero de músculos fibrosos, con el rostro marcado por cicatrices y los brazos y cuello por infinidad de tatuajes.

Javier, ubicado a varios metros de distancia, recostado en la pared que separaba el lugar de una concurrida avenida, oía sin problemas la conversación gracias a los beneficios que le concedía la bestia. Tenía las manos guardadas en los bolsillos para calmar la ansiedad, por eso decidió no participar en la reunión. Si el sujeto decía o hacía algo que a él o a su bestia no le agradaran, podía cometer un error.

—¿Cuándo? —preguntó Deibi, observándolo con severidad y manteniendo una postura pendenciera. Se metían con tipos peligrosos, no solo por sus acciones criminales, sino por estar acostumbrados a practicar magia negra. Debían manejar con sabiduría la situación, o en vez de generar una solución terminarían empeorando el problema.

—Si quieren, lo hacemos mañana. Es día de San Juan. El santo nos ayudará.

Deibi lanzó una mirada interrogante hacia Javier viéndolo asentir con la cabeza. Luego sacó del bolsillo de su pantalón un fajo de dinero con el billete de más alta denominación que extendió con disimulo hacia el sujeto. Este lo recibió asombrado.

—Si funciona, recibirán otra buena comisión, pero si fallan...

—No fallaremos, amigo —interrumpió el hombre y sonrió con satisfacción dándole una palmada en el hombro a Deibi. Este afianzó la dureza de su postura.

—No soy tu amigo —dijo con irritación—. Y por tu seguridad, no vuelvas a tocarme.

El hombre forzó una sonrisa para aplacar los ánimos y se alejó un paso con las manos en alto.

—Tranquilo. Llámame mañana al caer la tarde para darte la dirección —expresó, alejándose de él y mirando a los alrededores con nerviosismo.

Deibi no apartó su mirada colérica del sujeto mientras se marchaba, había descubierto que iba armado y que estaba asustado porque de un momento a otro podía hallarlo la policía. Lo buscaban por secuestro y asesinato, tanto a él como a los hombres que lo acompañaban y lo esperaban dentro del recinto. Se giró hacia su amigo cuando desapareció de su vista.

En ese preciso instante Javier captó un olor atrayente. Alzó el rostro y dio un profundo respiro siendo invadido por un aroma intenso y dulce que le agitó las palpitaciones y alteró a su bestia. Se envaró y comenzó a caminar con paso apresurado hacia la discoteca. Deibi corrió para alcanzarlo. Podía sentir como se acumulaba la tensión alrededor de su hermano y eso no le gustaba.

Se hallaban en un lugar público, cuyo ambiente estaba desequilibrado por la música estridente y las luces segadoras. Si el animal salvaje que tenían apresado en el alma se liberaba allí, actuaría de manera precipitada contra inocentes.

Isabel entró a la discoteca y se detuvo para observar los alrededores. El sitio estaba abarrotado. Cientos de almas bailaban al ritmo del *dance* totalmente abstraídas y bañadas por el reflejo de luces coloridas. La música retumbaba en sus oídos y enmudecía cualquier otro tipo de sonido, y del suelo salía un humo blanco que olía a vainilla.

Jesenia la arrastró al centro de la pista seguidas por Tyler y otro de sus amigos, el resto se acercó a la barra para pedir bebidas. Enseguida comenzaron a bailar. Al principio, a ella le costó un poco, llevaba un tiempo sin dejarse abordar por la diversión, se sentía rígida y ansiosa. Cuando se dejó invadir por la música y comenzó a moverse al ritmo de los acordes, agitaba su cuerpo y meneaba las caderas permitiendo que Tyler se le acercara lo suficiente como para rodearle la cintura con un brazo. Levantó las manos y se dejó seducir por la melodía, y por el joven que bailaba con ella y no pensaba perder aquella oportunidad para acercarse más y robarle un beso.

Cuando los labios de Tyler se encontraron a escasos centímetros de los suyos, ella sintió un impulso urgente por girar el rostro. Obedeció a sus instintos y se alejó del beso, pero cuando la boca del hombre se ancló en su cuello, los ojos de ella chocaron con una mirada oscura y profunda que la impactó.

Un mar de individuos la separaba del sujeto que había captado su atención. A pesar de las penumbras lo vio parado en el borde de la pista, con su atención fija en ella. El pecho se le hinchó de ansiedades y temores. La fuerza de atracción de aquella mirada desató en su interior un cúmulo de emociones que la inquietó.

Perdió contacto con el hombre al sentir que Tyler la abrazaba y besaba su cuello con ímpetu. Lo tomó por los hombros e intentó alejarlo, pero el chico estaba demasiado extasiado como para reaccionar.

—Tyler. ¡Espera! —exigió, pero para su sorpresa, su compañero se detuvo de forma brusca porque una mano se apoyó sobre uno de sus hombros e hizo tanta presión, que su rostro se comprimió en una mueca de dolor.

—Quítale las manos de encima —le ordenó el sujeto que antes la había hipnotizado y ahora mantenía una postura tensa por la ira.

Al liberarse, Tyler se irguió y trató de enfrentarlo con arrogancia.

—¿Qué te pasa, imbécil?

El hombre endureció la mandíbula y se acercó más a él obligando al joven a retroceder por la amenaza impresa en su mirada, pero un sujeto de ojos grises apareció y se interpuso entre ellos colocando su mano en el pecho del extraño, logrando calmarlo un poco.

Tyler comenzó a quejarse y manoteaba alterado, pero Isabel no escuchaba nada de lo que él reclamaba. Su atención quedó anclada en la del hombre misterioso, que con su cercanía agitaba aún más las sensaciones que se producían en su cuerpo.

Cuando Jesenia se dio cuenta de lo sucedido, ella y su compañero se metieron en la discusión enzarzándose en un debate con el sujeto de los ojos grises, quien trataba de tranquilizarlos a todos. Ella los miró perpleja, pero el contacto cálido del hombre misterioso la obligó a regresar su rostro hacia él. Le había tomado el brazo y la veía con tanta intensidad que parecía capaz de dominar sus acciones. Su respiración se alteró, así como sus ansiedades.

—Ven conmigo —le pidió en susurros, siendo imposible escucharlo por la música, pero ella fue capaz de leer sus labios, así como los temores y anhelos que reflejaban sus ojos negros.

Él se notaba tan desconcertado como ella. Asustado por las fuertes y extrañas emociones que experimentaban. Con sutileza el hombre acarició su brazo, haciéndola estremecer. Isabel no supo en qué momento él se había acercado teniéndolo casi encima, arrojándola con su mirada arrolladora, llena

de promesas y auxilios. Alzó una mano y la apoyó en su pecho, donde pudo sentir un calor tan agradable y reconfortante que la hizo suspirar de alivio.

Al mirarlo, vio como los párpados del hombre temblaban de placer por su contacto y sus labios se entreabrían dejando escapar un gemido, pero la detonación de un disparo dentro de la discoteca rompió de forma repentina la magia que parecía rodearla.

Gritos de espanto superaron el estruendo de la música y un oleaje de cuerpos comenzó a moverse hacia los costados en busca de la salida. Isabel de pronto quedó atrapada en medio de una masa de personas que luchaba por sobrevivir. La estampida la separó del hombre y la arrastró por la pista. La situación era tan caótica que ella no podía determinar a dónde la llevaban, le costaba incluso, mantener el equilibrio.

Cuando comenzaron a sonar los disparos como ráfagas ella tropezó con un escalón y cayó al suelo. Se apoyó para levantarse con el corazón agolpado en la garganta, sabía que si no lograba ponerse de pie la arrollarían y podría perder hasta la vida.

Gritó despavorida al sentir que pasaban por encima de ella y la pisaban, pero un rugido feroz, similar al emitido por la bestia de su sueño recurrente, resonó muy cerca y aumentó el temor en los presentes.

Isabel no sabía si sentir miedo del animal o de las personas que la lastimaban. Al ver que no podía levantarse se ovilló en el suelo y se protegió con los brazos la cabeza, pero algo cayó sobre ella y la cubrió por completo, evitando que siguieran maltratándola. Le pareció oír cerca de su oreja un gruñido. Cerró los ojos y se quedó muy quieta. Si aquel día tenía que morir y esa era la voz de la muerte, ¿qué más podía hacer?

El vértigo la invadió al ser alzada por unos brazos que la acunaron como a una niña. Se aferró al cuerpo tibio que la sacó del recinto. Aquella piel olía a selva y a vegetación fresca, y le producía una intensa sensación de consuelo.

Cuando los ruidos se apagaron y la persona que la cargaba se detuvo colocándola con delicadeza en el suelo, ella abrió los ojos. Se tambaleó hasta recuperar el equilibrio, descubriéndose en un espacio abierto, rodeada de árboles.

En la lejanía se escuchaban gritos y sirenas de policías, debía hallarse a varios metros de distancia de la discoteca, pero, ¿cómo había sido posible que se alejaran con tanta rapidez?

Se giró hacia la persona que la había rescatado emocionándose al notar que se trataba del sujeto que la hipnotizó con su mirada profunda. La única diferencia, era que en esa oportunidad sus ojos parecían más claros, casi amarillentos.

Aunque el cambio la desconcertó, no se angustió. Por alguna razón se sentía segura junto a él.

—¿Quién eres? —preguntó en un hilo de voz, aún afectada por los nervios.

Él se mantuvo inmóvil un instante, mostrándose contrariado, pero de pronto se acercó a ella y le rodeó el rostro con ambas manos, aproximando su nariz a sus labios para aspirar su aroma.

A Isabel le fue imposible mover un solo músculo y cerró los ojos extasiada. Las emociones que se desataron en su interior la embriagaron, volviéndola dócil. Más aún cuando él frotó con dulzura la punta de la nariz en la piel de su rostro, con un contacto tan sedoso y cálido que la hizo gemir de satisfacción.

Al sentir el roce de unos labios suaves sobre los suyos, estuvo a punto de desfallecer.

—Eres exquisita —murmuró él. La sutil vibración de la voz del hombre terminó de excitarla.

—¿Dime quién eres? —gimió, pero él se apartó. Abrió los ojos asustada, sentía que lo perdía. Lo vio alejarse mientras se frotaba el pecho y con su rostro comprimido en una mueca de dolor—. ¿Qué te ocurre? —preguntó

angustiada y estiró el brazo para alcanzarlo, pero él retrocedió aún más.

—No —le ordenó con severidad, transformando su mirada en una amenazante que la paralizó y despertó sus miedos.

—No te vayas —le rogó por instinto.

—Volveremos a vernos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —insistió, sorprendida por la creciente angustia que sentía.

—Te encontraré —le aseguró y finalmente se marchó.

Ella lo miró hasta que se perdió entre las sombras. Quedó por un momento atontada, con la cabeza hecha un lío. A pocos metros se encontraba la avenida por donde pasaban a toda prisa los autos de la policía, camiones de bomberos y ambulancias. La imagen de aquellos vehículos la hizo caer de nuevo en la realidad.

Corrió las dos cuadras que la separaban de la discoteca y encontró el lugar envuelto en caos.

Los oficiales se llevaban esposados a varios sujetos de aspecto peligroso y uno de los laterales del establecimiento ardía en llamas. Decenas de personas se agolpaban en los alrededores, entre ellos: heridos, curiosos y afectados por los nervios.

Con impaciencia comenzó a buscar a su amiga. La confusión le dificultaba la tarea.

Capítulo 4. Noche de San Juan

—Me duele todo —se quejó Jesenia al acostarse en la cama.

—Así estarás por un par de días —respondió Isabel mientras guardaba en una de las gavetas de la cómoda la pomada desinflamatoria que le había aplicado en el hombro derecho.

—Claro, yo no tuve un salvador misterioso que evitara que me arrollaran.

Isabel sonrió con melancolía. Le parecía sorprendente lo ocurrido en la discoteca. Si no hubiese tenido a su amiga de testigo, hubiera pensado que había sido otro de sus extraños sueños.

—Me gustaría volver a verlo.

Jesenia se incorporó en la cama. En el rostro se le reflejaban los malestares que la invadían.

—Ni siquiera le preguntaste el nombre. —La mujer negó con la cabeza—. Tendremos que actualizar tus técnicas, ya se te olvidó cómo conquistar a un hombre.

—¿Cómo esperabas que le preguntara algo? Entre la música y la discusión con Tyler fue imposible conversar. Luego se presentó la balacera y después...

Quedó muda y sumida en los recuerdos.

—Después: el beso —completó Jesenia y rio con burla—. Y dices que yo soy una mujer fácil —volvió a carcajearse—. Nunca imaginé que te vería como una adolescente suspirando por el beso que te robó un desconocido.

—No soy de piedra.

—Eso díselo a Tyler —la aguijoneó su amiga. Isabel puso los ojos en blanco—. Has sido malvada con el chico durante años, pero apenas llega un gigante, lleno de músculos y de ojos enigmáticos, y caes rendida a sus pies.

—No caí rendida a sus pies.

—¿No? —Jesenia no paraba de reír, al tiempo que se acostaba en la cama

con dificultad—. Debí grabar el momento: la cara de momia que pusiste al verlo y la furia de Tyler al verte fascinada por aquel tipo. La escena parecía de película.

—Deja de hablar tonterías —se quejó Isabel mientras simulaba registrar los cajones de la cómoda para que su amiga no notara sus mejillas sonrosadas.

—Solo hazme un favor, cuando vuelvas a verlo, dile que me presente al sujeto de los ojos grises. —Isabel no pudo evitar sonreír—. Estaba divino.

Jesenia se tapó el rostro con un brazo. Se había tomado un calmante que le aliviaría el dolor del hombro, pero también, la haría dormir.

Isabel apoyó los codos en el tocador y ancló el mentón entre las manos. Desde que se había alejado del sujeto no paraba de pensar en él. Nunca había sentido algo tan intenso por nadie. Las emociones eran agradables, pero también, perturbadoras. Se mezclaban con el recuerdo del rugido y con la idea de que sus ojos, al salir de la discoteca, los tenía casi amarillentos, tan parecidos al de la bestia que la perseguía por un sendero rodeado de naturaleza muerta.

Trataba de convencerse de que aquellos extraños hechos eran producto de su cabeza trastornada y la depresión. Sin poder evitarlo mezclaba la realidad con la ficción cada vez que sentía miedo o vivía una experiencia traumática.

«La bestia te asecha. Prepárate». De forma inconsciente recordó al indigente que le había hablado en una plaza de Caracas semanas atrás. La piel se le erizó.

No entendía dónde se hallaba el verdadero peligro. Cuál era la bestia que la asechaba, incluso, en pesadillas.

Horas después y sentado con desparpajo en un sillón en el living de su apartamento, con los brazos y las piernas abiertas y el rostro en dirección al techo, Javier esperaba a que Deibi terminara la conversación telefónica.

El agotamiento y la ansiedad lo vencían.

Al culminar, su amigo se sentó frente a él con su habitual calma y lo miró por unos segundos con atención, evaluando su postura.

—¿Qué? —preguntó Javier.

—Todo está listo. Esta noche se hará el trabajo.

Javier suspiró, sabía que ese día no lo pasaría bien. Su bestia no asimilaba las sesiones de brujería, pero no podía hacer otra cosa. Le urgía quitarse la maldición y volver a sus tierras, pero además, anhelaba encontrarse de nuevo con aquella mujer.

—¿No los agarró la policía?

—Lo hicieron. Hay varios miembros de la agrupación detenidos, pero no los que nos interesan. Además, el brujo que hará el trabajo no estuvo en la discoteca.

Javier suspiró y miró de nuevo al techo.

—¿Qué demonios te pasa? ¿En qué piensas? —indagó Deibi al verlo tan abatido.

—En ella.

El rostro de su amigo se endureció. Se inclinó hacia Javier para hablarle con severidad.

—Ayer de verdad me asustaste. O dejamos de salir en las noches o tendremos que trabajar en tu autocontrol.

—¿Sabes que mi comportamiento es involuntario! —respondió el aludido con enfado.

—Entonces, tendré que prohibirte que vuelvas a acercarte a esa mujer. — Deibi no modificó su postura ante el gruñido amenazante de su amigo. Javier se incorporó en el sillón y quedó frente a él. Lo fulminó con una mirada llena de advertencias—. Eso me preocupa aún más —confesó con total serenidad.

Javier se levantó y se dirigió al balcón. Apoyó las manos en la baranda y

dejó que la vista se le perdiera en la selva de concreto que se extendía frente a él. La tarde caía.

—¿Piensas que a mí no? No quiero actuar así, es frustrante.

—Anoche casi pierdes la humanidad y dejas libre a la bestia en un salón plagado de inocentes y en medio de un caos. ¿Y todo para qué? ¿Para salvar a una desconocida? —dijo mientras se acercaba a él y se paraba a su lado—. Antes de eso, buscas pelea, aun sabiendo que la maldición puede dominarte y obligarte a cometer errores. —Deibi suspiró con cansancio—. Ese tipo no era Gabriel, podrías haberlo asesinado de un solo golpe.

Javier se pasó una mano por la cabeza. Comprender el calibre de sus acciones lo llenaba de temores.

—Lo sé. Yo... esa mujer despertó en mí algo extraño.

—¿Y te parece que no lo noté? —Deibi resopló y se dio la vuelta para apoyar la parte baja de la espalda en la baranda y cruzar los brazos en el pecho—. Tengo la impresión de que en esta ciudad la situación podría empeorar.

—¿Por qué lo dices? —Javier lo miró con el ceño fruncido. Él también lo presentía, pero pensaba que al no decirlo su inquietud no se haría realidad.

—Reaccionaste a ella igual que lo hace Gabriel con Rebeca. Si es lo que nos imaginamos, con la maldición encima y la confusión que tenemos en La Costa... esto se va a poner muy difícil.

Deibi se alejó y lo dejó solo, perturbado y enojado. La intensidad del amor que Gabriel sentía por Rebeca era tan intenso que lo hacía capaz de actuar de forma violenta si alguien se atrevía siquiera a incordiarla. Sin importarle las consecuencias. Sus vidas no solo estaban ligadas por lo que sentían, sino por lo que indicaban sus oráculos, volviendo las reacciones de su hermano más incontrolables.

La furia absurda que sintió en la discoteca al ver cómo aquel sujeto

abrazaba a la mujer que lo había impresionado, fue producida por los celos. Era imposible que sintiera esas emociones por alguien a quien no conocía y se negaba a compararlo con lo que ocurría entre Gabriel y Rebeca. Nunca había experimentado tal emoción por nadie y le parecía perturbador que fuera tan arrolladora.

Lo que empeoraba la situación era que a diferencia de Rebeca, esa chica no pertenecía a la sociedad étnica. No podía conocer sobre el secreto de la bestia o pondría en peligro a los suyos. Unirse a ella sería para él, otra condena más.

—Maldita sea —murmuró y bajó la cabeza con derrota.

—Mejor nos vamos, así llegamos a tiempo —le informó Deibi apareciendo tras él—. O esos imbéciles cometerán otra imprudencia.

En medio de un suspiro Javier se alejó del balcón y lo siguió. Rogaba porque en esa oportunidad el hechizo surtiera efecto.

Después de una larga espera entraron en la casa donde se realizaría el conjuro. El sol se había ocultado, permitiendo que la oscuridad dominara el firmamento.

A pesar de que la residencia era pequeña, el patio trasero era bastante amplio y se perdía en la montaña. Al fondo tenían un cuarto sin ventanas y con techo de teja. Allí se dirigían los sujetos que habían contratado.

Javier estaba inquieto y por la postura rígida de Deibi, era evidente que su amigo se sentía igual.

Mientras esperaban recostados de un árbol, varios hombres de contextura delgada, piel morena y aspecto desaliñado, entraban y salían de la habitación sin ventanas. La preparaban para el trabajo.

—Esto no se ve bien —confesó Javier. Su propia fuerza era superior a la de cualquier ser humano, dominado por la bestia se volvía más poderoso y sabía cómo se ponía de iracundo su espíritu al sentirse acosado. Aquellos sujetos no serían capaces de controlarlo y la intervención de Deibi no sería suficiente.

—Les dije que se prepararan con lo mejor que tenían, que estabas poseído por un demonio de gran fuerza que tomaba la forma de un jaguar.

—¿Te habrán creído? —consultó frotándose las manos sin dejar de evaluar el lugar. La bestia se agitaba dentro de él, la maldición comenzaba a hacerle estragos y la imagen de la mujer de la discoteca le invadía la mente. Tenía una necesidad urgente por probar de nuevo sus labios.

—Esperemos que sí. Estos sujetos están acostumbrados a ver cosas extrañas. No creo que la bestia los asuste. —Deibi tenía un pie apoyado en el tronco del árbol y con los dedos de una mano se golpeaba la rodilla con nerviosismo—. Maldita sea, de todas formas debimos llamar a Gregory para que nos acompañara.

—¿Estás loco! ¿Piensas que Jonathan o Albert no sospecharan si lo hacíamos venir? —Javier obligó a su cuerpo a relajarse. Guardó las manos en los bolsillos y clavó la mirada en la habitación—. Estoy demasiado alterado. Si además tengo que soportar las burlas de Gregory, los sabios consejos de Albert o las quejas de Jonathan, terminaré con una soga al cuello.

—Esto puede ponerse feo y yo solo no podré dominar a tu bestia. Lo sabes.

Javier no apartaba la mirada de los hombres que entraban y salían de la habitación.

—Veamos cómo se desenvuelven las cosas, si se pone difícil, detenemos el trabajo.

Deibi iba a replicar, era consciente que después de iniciado el conjuro sería imposible suspenderlo, pero la llegada de un hombre mayor, vestido de blanco y con un atado de ramas secas en la mano, lo interrumpió.

—¿Señor Aldama? —Javier se acercó. El hombre lo observó con rostro inexpresivo—. Es hora de iniciar, ¿está preparado?

Él asintió. El sujeto les indicó con una mano que lo acompañara.

Al entrar, la bestia de Javier comenzó a retorcerse en su interior. La

habitación era pequeña, estaba pintada completamente de blanco y no poseía ventilación, pero además, en el centro se hallaban sembrados dos tubos de hierro, que en sus puntas, tenían soldadas gruesas cadenas.

Javier retrocedió y tomó a Deibi por un brazo.

—Vámonos —le dijo, pero su amigo lo detuvo. Su reacción provocó que los ojos de Javier comenzaran a aclararse y emitiera un gruñido bajo.

—Es una buena idea, eso me ayudará a mantenerte quieto.

—No me van a encadenar —expresó con la mandíbula apretada.

—Sabes que es lo mejor.

Tres de los sujetos que ayudaban a preparar el cuarto entraron en ese momento. Tanto ellos como el hombre vestido de blanco escucharon el gruñido, pero ninguno hizo algún comentario.

—Tranquilo, estaré a tu lado. No permitiré que te lastimen —aseguró Deibi.

Javier dudaba, miraba con recelo las cadenas. No había considerado esa posibilidad. Su bestia era un espíritu libre que reaccionaba con violencia al sentirse acechada, él no sabía cómo se comportaría si la hacían prisionera.

Aunque siempre tuvo la habilidad de mantenerla calmada en los momentos de crisis, incluso, con la maldición torturándole la existencia, eso era diferente. Ambos perderían por completo la libertad de movimiento.

Deibi lanzó a Javier una mirada de advertencia. Si no hacían el trabajo él seguiría ahogado en esa condena. Le sería imposible regresar a sus tierras y resolver sus asuntos, y jamás podría acercarse a la mujer que despertaba su interés.

Su ausencia le producía una creciente ansiedad, de no calmarla, se volvería más peligroso.

Avanzó ubicándose entre los tubos. Alrededor habían creado un círculo elaborado con sal y dentro de este, velones blancos formaban una estrella de cinco puntas con una alfombra de hojas en el centro, donde él debía pararse.

—Deshágase de todas las prendas de valor, vacíe sus bolsillos y quítese la camisa, el cinto del pantalón y los zapatos y medias —le exigió el brujo.

Javier arqueó las cejas ante su mandato y le dirigió a Deibi una mirada interrogante. Su amigo lo animó a que hiciera lo que le pedían mientras los ayudantes bloqueaban la puerta de la habitación con barras de hierro. Ya tenía un pie dentro de la urna, de allí no saldría hasta que no culminaran el hechizo. Lo que ansiaba, era que ese esfuerzo valiera la pena. Su futuro dependía de que el acto funcionara.

Al estar listo, se ubicó sobre la alfombra de hojas para que dos de los hombres pudieran encadenarlo, otros tres acercaron tambores de diversos tamaños. Uno de ellos era tan largo, que el sujeto que lo tocaría debía sentarse sobre él a horcajadas. Encendieron un manojo de ramas secas y lo colocaron dentro del instrumento, el humo tensaría el cuero para que el sonido fuera más afinado.

Minutos después, se dio inicio al ritual. Era la noche de San Juan, las puertas del más allá se abrían y permitían que ambas dimensiones se conectaran. Aquel era el momento indicado para regresar a su lugar de origen al invasor que le atormentaba el alma.

Los cinco ayudantes entonaron cánticos en honor al santo al ritmo de los tambores mientras el brujo caminaba alrededor de Javier, recitaba oraciones y bailaba al son de la música. En ocasiones escupía sobre él el licor que tomaba o lo golpeaba con un manojo de ramas reprendiendo al espíritu usurpador que albergaba. Aspiraba el humo de un tabaco y lo expelía en el rostro del guerrero, quien soportaba con irritación cada afrenta.

Al pasar más de una hora, Javier comenzaba a mostrar signos de agotamiento. Rugía cada vez que el brujo lo golpeaba y le mostraba los colmillos cuando lo bañaba con licor. A su alrededor, habían encendido algunas barras de incienso y otras especias, y frente a él quemaban huesos de

algún animal. El olor que desprendía lo asfixiaba y le dificultaba controlar a su bestia.

Deibi se ubicó lo más cerca posible, alerta al estado de su amigo. Podía percibir como la tensión se acumulaba a su alrededor. Javier apretaba los puños para soportar los azotes, pero su bestia estaba a punto de perder la paciencia. Por otro lado, la maldición despertaba de su letargo e invadía cada espacio de su ser. Comenzó a luchar contra las cadenas. El retumbe de los tambores le cincelaba la memoria y le agitaba los recuerdos.

La mente se le llenó con cientos de imágenes que giraban en su cabeza sin una relación definida: anécdotas de su infancia, la inmensidad de su selva y las risas cálidas de su gente; pero cuando su memoria se impregnó con un aroma dulce e intenso y visualizó un rostro en forma de corazón, de mirada brillante y enmarcado en una larga cabellera de rizos castaños, enloqueció.

Una urgente necesidad se le extendió por el cuerpo como una humareda. La bestia empujó con fuerza para salir de su prisión, angustiando a Javier. Debía salir de allí, ansiaba llegar a ella.

Deibi, al ver como las manos de Javier empezaban a temblar, se preocupó. Los gruñidos se hacían cada vez más sonoros y agitaban a su propia bestia. A medida que pasaban los minutos la situación empeoraba. Los tambores redoblaban su ritmo, al igual que lo hacían los lamentos del animal, que poco a poco le robaba la humanidad a su portador. Los ojos de Javier dejaron de ser negros para volverse amarillos, incluso, los de Deibi.

Los ayudantes del brujo los observaron con asombro, pero no dejaron de entonar la música, al contrario, lo que hicieron fue aumentar el ritmo de la melodía.

El rostro de Javier se transformó en una máscara de violencia. Comenzó a agitar las cadenas con energía para liberarse. Un poderoso rugido indicó la inevitable aparición de la bestia. Su cuerpo mutó para amoldarse al espíritu

del animal.

Los ayudantes miraban horrorizados como la piel del sujeto encadenado se endurecía y se cubría de un pelo dorado, con manchas negras esparcidas. Las garras de manos y pies se alargaban y las facciones del rostro se volvían felinas.

La imagen colérica de la bestia se hizo presente frente a ellos.

Nerviosos, dejaron los instrumentos y se ubicaron detrás de Deibi que se mantenía imperturbable frente a su amigo, con los ojos tan amarillos como los suyos.

El brujo, en cambio, estaba tan embriagado que parecía no darse cuenta de lo que sucedía, continuaba con más ahínco el trabajo. Se acercó y golpeó con las ramas la cabeza del animal haciendo crecer su furia.

Deibi se apresuró a intervenir, pero no llegó a tiempo. La bestia con facilidad quebró las cadenas y proyectó al brujo de un manotazo contra una de las paredes. Saltó en dirección al techo, llevándose por delante las tejas.

Cuando Deibi salió ya no había rastros de ella. Ni siquiera era capaz de sentir su presencia. El animal había escapado a toda prisa hacia el norte de la ciudad.

Capítulo 5. Juntos

Se sentía asfixiada, no podía respirar y una capa de sudor le cubría el cuerpo. Se levantó de la cama con cuidado para no despertar a Jesenia, aunque la chica dormía con una profundidad envidiable. Caminó en dirección a la cocina siendo agobiada por una sensación de calor. Se acercó al refrigerador y se sirvió un vaso de agua. Comenzó a tomar el líquido, pero no podía tragar. Un nudo en la garganta funcionaba como muro de contención y le provocaba arcadas.

Molesta, dejó el vaso sobre la encimera y salió al patio trasero. Nunca antes una pesadilla la había dejado en ese estado, pero la brisa nocturna le llenó los pulmones con aire renovado y aplacó sus ansiedades.

Observó afligida el cielo. Una enorme luna intentaba brillar, pero varias nubes grises ocultaban parte de su belleza. Cerró los ojos para bañarse el rostro con la frescura de la noche, así se quedó por un tiempo indeterminado, hasta que un ruido producido a pocos metros la sobresaltó. Era como si algo hubiera caído del cielo.

Un gato chilló y salió en carrera del rincón oscuro del patio donde estaba ubicado el frondoso árbol de limón. Isabel miró como el felino, de un salto, alcanzaba el borde de la pared que colindaba con la casa del vecino y se perdía a toda velocidad. Volvió la mirada a las sombras y se acercó para revisar qué lo había espantado, pero una alarma en su interior la detuvo. La piel se le erizó, al tiempo que le pareció escuchar un sonido gutural, similar a un gruñido.

Retrocedió un paso, sin apartar la mirada de las sombras. Sentía miedo, pero también una extraña preocupación. Una inquietud la empujaba a acercarse y consolar a lo que estaba oculto en ese lugar.

Se atrevió a avanzar un poco, por curiosidad, pero el sonido de una

respiración pesada le trajo a la memoria a la bestia de su sueño. Por instinto, se llevó una mano al cuello en busca de su collar, sintiéndose frustrada al no hallarlo. Lo que estaba allí la llamaba a través de su dolor, pero también la repelía, por el halo de ira que lo rodeaba.

—Ven, gatito —expresó en susurros y con voz temblorosa, esperando que fueran felinos lo que se ocultaba.

Se paralizó al ver a una figura grande que se movía como agazapada y unos ojos amarillentos que brillaron en la oscuridad. Emitió un grito ahogado y retrocedió con rapidez, pero perdió el equilibrio y cayó sentada al suelo.

—Isa, ¿estás ahí? —La voz de Jesenia en la cocina la hizo girar el rostro, había dejado la puerta abierta. Su descuido podía poner en peligro a su amiga y a su hermano.

Escuchó que el árbol se agitaba. Lo que fuera que estuviera allí había saltado entre las ramas. Eso la obligó a levantarse y correr hacia la casa.

Jesenia gritó al escuchar que algo pesado caía sobre el techo y corría encima de él a toda velocidad en dirección a la casa de los vecinos. Isabel entró con el rostro pálido y cerró la puerta de un golpe.

—¿Qué pasa?! ¿Qué fue eso?! —preguntó la chica asustada.

Isabel corrió a la ventana mirando intrigada los alrededores. Su esfuerzo no valió la pena, lo que se había ocultado allí ya se había marchado. Se oía en la lejanía que escapaba por los techos de las casas vecinas, alterando a los perros de la zona.

—¿Qué demonios sucede?! —preguntó Aarón al entrar en la cocina. El alboroto lo había despertado.

—¡Gatos! —respondió enseguida Isabel al ver a su hermano y a su amiga observándola con desconcierto—. Salí al patio a estirar las piernas y había gatos —aseguró, sintiéndose incómoda por la versión poco creíble que se le había ocurrido—. Muchos gatos... —agregó con inquietud—. Eran diez... se

asustaron y se fueron —mintió, sin saber por qué lo hacía.

Aarón arrugó el ceño, pero el cansancio lo vencía. En medio de un suspiro regresó a la habitación.

—Mañana hablamos. Cierra bien la puerta del patio —expuso mientras las dejaba solas.

—¿Gatos? —inquirió Jesenia cuando él desapareció y entrecerró los ojos cruzándose de brazos. Isabel asintió con la cabeza— Diez gatos. Que interesante.

Su amiga se dio vuelta y se encaminó al dormitorio. Isabel sabía que a ninguno había podido convencer con su mala excusa, pero eso la mortificaba. Regresó a la ventana para evaluar los alrededores, con una angustia clavada en el pecho. Quizás, lo que estuvo allá afuera realmente había sido un gato, pero su mente sugestionable enlazaba cada hecho que le ocurría a sus pesadillas. Podía jurar que había captado la pena que atormentaba al animal, una condena que la afectaba y la hacía creer que era real, no una ilusión de su alocada cabeza.

Sea como sea, ya no estaba, se había marchado, y ella debía descansar. En la mañana se enfrentaría a la inquisición de su hermano y a la de su amiga, ninguno se quedaría con esa tonta justificación.

—¿Tuviste pesadillas otra vez? —le preguntó Aarón cuando se reunieron en la cocina durante la mañana para desayunar.

—No —mintió Isabel, no quería que su hermano se preocupara aún más—. Anoche tuve mucho... calor. Aquí hace más calor que en Caracas. Por eso, salí al patio, para refrescarme —comentó con inseguridad, ocultaba el rostro entre los estantes mientras buscaba la caja de cereal, así su hermano no notaría su turbación.

Aarón la observó con disimulo. Conocía muy bien a su hermana, sabía que algo le escondía, pero eligió ignorar la situación para no aumentar su

desasosiego. Tomó el periódico de la encimera y se sentó en la mesa para terminar de tomarse su café.

—¿Te quedarás más días? —consultó en dirección a Jesenia buscando cambiar el tema de conversación. La chica estaba sentada junto a él. Tenía una pelea privada con el cartón de la leche que no quería dejarse abrir.

—No. Me iré hoy, tengo algunos asuntos que resolver. Quizás regrese el fin de semana para ir de fiesta.

—¿Irán de nuevo a una discoteca? ¿No les bastó con el problema que tuvieron hace un par de días?

—Vamos, Aarón. ¿Qué probabilidades hay de que ocurra un incidente igual en otro lugar? —expuso la joven al tiempo que torcía el rostro en una mueca por el esfuerzo que hacía para abrir el envase.

—No igual, pero puede ocurrir otro incidente.

—Si fuera así, no saldríamos nunca de casa —se quejó Jesenia y dibujó una gran sonrisa cuando el empaque cedió.

—Además, en casa pueden suceder cosas peores —completó Isabel dejando sobre la mesa los implementos necesarios para preparar el cereal. Recordó el incidente con Jairo y la manera en que él rompió a patadas la puerta de la residencia para llegar a ella y lastimarla. Ese hecho le hacía pensar que no existía en el mundo un lugar verdaderamente seguro.

Aarón se incomodó por el comentario y apretó la mandíbula para no continuar con esa conversación, no quería darle importancia a Jairo. Observó la hora en su reloj de muñeca, dejó el diario a un lado y se tomó de un trago el café que quedaba en su taza.

—¿Irás a trabajar hoy? —le preguntó a su hermana. Ella asintió. Comía con la mirada perdida. Jesenia la observaba de reojo—. Me voy. No dejes de llamarme si algo sucede.

Le dio un beso a Isabel en la cabeza, se despidió de Jesenia y salió de la

casa.

El silencio reinó por varios minutos hasta que las mujeres terminaron el desayuno y se levantaron. Isabel guardaba los comestibles mientras su amiga lavaba los platos.

—¿Te sientes bien? —indagó Jesenia, harta del silencio.

—No sé.

—¿Cómo no vas a saber?

—¡No sé! —expuso Isabel con enfado. Jesenia cerró la llave del agua y se giró hacia ella secándose las manos con un repasador.

—Isabel Fernández, anoche casi me matas del susto por lo ocurrido en el patio y sé que después no pudiste dormir. Te levantabas a cada segundo para mirar por la ventana. ¿Crees que no me doy cuenta de que estas fingiendo? —dijo la mujer con irritación.

Isabel la observó con tristeza. No quería mentirle, pero no podía explicar lo que le sucedía.

—Ya te dije, me sentí acalorada y salí en busca de un poco de aire —respondió con cansancio mientras se dirigía al refrigerador para guardar la leche—. Varios gatos chillaron asustados y brincaron los techos. Pensé que era un animal más grande o un ladrón, por eso corrí.

Jesenia esperaba con la mirada fija en su amiga y las manos en las caderas. Estaba segura de que faltaba más información en esa historia. Isabel se giró hacia ella y suspiró.

—No hay nada más. Solo me asusté y luego... no pude dormir —argumentó—. No es la primera vez que me pasa.

El rostro entristecido de Isabel le dobló el corazón a Jesenia. Desde hacía meses su amiga no la pasaba bien a causa de los innumerables conflictos que debía enfrentar. Ella sabía muy bien cómo se sentía vivir con tanto agobio. Se acercó y le dio un fuerte abrazo.

—Olvidemos el asunto y vamos a ponernos hermosas para salir a la calle a comernos el mundo, ¿te parece? —le dijo para dar punto final al tema. Isabel necesitaba tiempo y ella no tenía problema en concedérselo, pero no quería que acumulara más penas. Por experiencia sabía que aquello no era bueno.

Ambas se dirigieron a la habitación con una media sonrisa dibujada en el rostro. La vida debía continuar.

Isabel llegó al trabajo unos minutos antes de la hora habitual. Eso le permitió prepararse sin apuro. Entró en el cuarto de los casilleros y guardó sus pertenencias, se ató los cabellos en una cola alta y se colocó el delantal naranja que la identificaba como empleada del *Café Gourmet*.

Al estar lista se dirigió al exterior, el lugar iniciaba su ajetreo diario. El negocio se encontraba ubicado en la zona central de la ciudad, junto al patio de comidas de un concurrido centro comercial que desde tempranas horas abría sus puertas a los visitantes.

—Fernández. —Ante el llamado de su jefe se sacudió del rostro cualquier rastro de agonía y alzó el mentón mientras dibujaba una sonrisa—. La señorita Yépez no vendrá, está mal de salud, ¿podrías atender por hoy las mesas de la terraza?

—Seguro, no hay problema —respondió. En realidad, su trabajo allí consistía en mantener organizados y surtidos los mostradores y ayudar a servir los pedidos, pero ese día se producía un cambio que agradecía. Quizá salir de la rutina la ayudaría a olvidarse de sus angustias.

Al llegar a las mesas Isabel notó que una de ellas estaba ocupada. Un sujeto vestido de negro y de espalda ancha ocupaba uno de los puestos. Su figura grande le trajo a la mente al hombre misterioso de la discoteca, haciendo que su corazón palpitara inquieto.

Sacó del bolsillo del delantal una libreta de espiral y un lápiz y se acercó sin apartar la mirada de él. Al llegar a su lado, el hombre despegó su atención

del menú para posarla en ella.

Las emociones que la embargaron al reconocerlo estuvieron a punto de producirle un desmayo. Unos ojos negros y penetrantes le recorrieron el rostro y se internaron en su alma sacudiéndole por completo la existencia.

Hizo un gran esfuerzo por mantener la cordura. Se irguió y se aclaró la garganta mientras estrujaba la libreta dentro del puño que crearon sus manos.

—Hola —fue lo único que pudo expresar, pero de nuevo su autocontrol se vio afectado al percibir la sonrisa seductora que él le dedicó.

—Hola. Te encontré. —Ella sonrió con dificultad, conmovida por su mirada intensa—. ¿Cómo has estado?

—Bien... ¿y tú?

—Ahora que estoy junto a ti, me siento perfecto.

La cara de Isabel se iluminó. Le era difícil disimular la alegría que sentía. La voz lejana de su jefe que hablaba con otro empleado la regresó a la tierra. Levantó la libreta y el lápiz para ocuparse de su trabajo antes de que alguien notara su estado.

—¿Vas a comer algo?

Él miró el menú con indiferencia y alzó los hombros.

—¿Qué me recomiendas?

Las cejas de Isabel se arquearon, no pudo evitar fijarse en sus labios. Anhelaba sentir de nuevo su toque, aunque no de forma sutil, sino a través de un beso arrebatado. Al percibir que la boca del hombre se estiraba en una sonrisa, subió la mirada a sus ojos.

—Yo también lo deseo —murmuró él, haciéndola sentir avergonzada. El sujeto la observaba con detenimiento. Estaba segura que podía percibir cómo el frenesí se reflejaba en su cara.

—¿Te gusta... el *croissant* relleno? —preguntó, esforzándose por controlar el torbellino de emociones que se desataba en su interior—. Los hay de queso

o jamón, pero si lo prefieres dulce, tenemos de chocolate y crema.

El hombre no dejaba de mirarla. Estiró una mano y le acarició el brazo, logrando que ella empalideciera al sentir su contacto. No podía moverse, o tal vez, no quería hacerlo. Ni siquiera tenía ganas de protestar. La sensación era fascinante.

—Tráeme lo que quieras, pero prométeme algo.

Isabel amplió los ojos con incredulidad.

—¿Qué?

—Que irás conmigo a dar un paseo al salir del trabajo. —La chica perdió hasta la capacidad de respirar superada por sus emociones—. Te invito a comer o a tomar un helado, lo que quieras. Así nos conocemos.

Se mantuvo inmóvil mientras el acelerado vuelo de un millón de mariposas se producía en su vientre. La repentina aparición de uno de los empleados, que pasaba a su lado para atender a los clientes que ocupaban la mesa contigua, la sobresaltó y la obligó a separarse de él y evitar su contacto.

Asintió nerviosa, aceptando su propuesta y corrió al mostrador mientras un vapor cálido le recorría el cuerpo.

—Dime —le preguntó una de las cocineras al verla.

—Un... *croissant* de chocolate —expuso, sin estar muy segura de su pedido—, y un café negro.

La mujer se alejó con rostro serio y la dejó sola con su tormento. Ella seguía de cara a la cocina, no quería voltear, sabía que el hombre mantenía la mirada fija en ella. Podía sentirlo.

Se enfureció por su comportamiento adolescente. Era cierto que el sujeto era muy atractivo, su mirada enigmática y su contacto mágico, pero no debía reaccionar de esa manera frente a él ni acceder a cualquiera de sus caprichos. Era un desconocido y eso no dejaba de ser peligroso.

Sin embargo, y fuera de todo pronóstico, se sintió excitada al pensar en ese

riesgo. Le gustaba y eso la hacía enojar. Siempre fue una mujer cautelosa, pero había algo en él que la atraía poderosamente. Deseaba estar a su lado, conocerlo y saber su nombre, y todo lo que tuviera relación con él.

El sujeto estuvo por más de una hora en el lugar. Comió y bebió sin prisa, atento a los movimientos de ella. Isabel lo observaba cada vez que podía, para fundirse con su mirada o regalarle una tímida sonrisa. Por momentos, se sentía una tonta, e intentaba olvidarse de su presencia para ocuparse de sus asuntos. No obstante, existía cierto magnetismo en él que le impedía ignorarlo.

Cuando la llamó para pagar el servicio sintió un nudo en la garganta. Le gustaba tenerlo ahí. Cerca de ella. Después de cancelar su consumición y mientras ella recogía la mesa, él se levantó y con disimulo le acarició el brazo.

—Te esperaré afuera —le dijo al oído, haciéndola estremecer.

Asintió y antes de que él se marchara, compartieron una profunda mirada.

Al verlo salir del café le anunció al otro empleado que iría unos segundos al baño. Se sentía sofocada. Necesitaba con urgencia un poco de intimidad.

Esa mañana las horas de trabajo fueron las más largas de toda su vida, parecían nunca tener fin. Cuando colgó el delantal en el gancho que le correspondía se sintió exultante, ansiosa por salir al encuentro de su hombre misterioso. Se evaluó en el espejo sacando de la cartera su peine para arreglarse los cabellos y luego se retocó el maquillaje. No podía permitir que la agitación le ganara la batalla, quería verse perfecta para volver aquella loca aventura igual de perfecta.

Al salir lo encontró parado cerca del negocio vecino, con el hombro apoyado en la pared y las manos metidas en los bolsillos. Apenas ella cruzó el umbral, él alzó la vista. Sus ojos rasgados se mostraban más seductores que nunca.

—Hola —lo saludó al estar frente a él. El hombre sonrió, se acercó a ella y

sin previo aviso le dio un beso cerca de la comisura de los labios.

—Hola —respondió a pocos centímetros de su piel—. ¿A dónde quieres ir? Pide lo que quieras —dijo mientras le acariciaba el labio inferior con su pulgar.

Isabel se sintió saturada. Embrujada por sus caricias. No debía permitirle que la tocara de esa manera, sin conocerse, aunque no podía negar que le gustaba y había pasado toda la mañana esperando ese contacto. Si fuera tan atrevida cómo Jesenia le hubiera propuesto marcharse a un lugar privado, donde pudiera alimentarse solo de besos y caricias, pero recordó que se había prometido mantener la cordura y tomar el control de la situación. Si quería disfrutar más de él, debía encontrar las formas de retenerlo.

Se aclaró la voz y se alejó un poco irguiéndose y mirándolo con el mentón alzado.

—¿Te gustaría, solo caminar?

Él la observó con una media sonrisa dibujada en el rostro.

—Me gusta lo que a ti te guste.

Ella asintió, los nervios le tenían sellado el estómago. La caminata la ayudaría a relajarse.

Anduvieron sin prisa por los amplios pasillos del centro comercial deteniéndose en un balcón que les aportaba una vista parcial de la zona central de la ciudad. Javier hubiera preferido contar con un escenario menos urbano, pero cerca de aquella mujer no se sentía tan ansioso.

Isabel se acodó en la baranda de cemento y lo observó con detenimiento mientras él fijaba la mirada en las lejanas montañas que bordeaban la ciudad. Repasó su mandíbula cuadrada y sus labios rellenos. Anhelaba perderse en la profundidad de su boca.

—Aún no sé tu nombre.

Él la miró, le tomó la mano y la giró para dejar expuesta la palma. Comenzó

a trazar círculos sobre ella con la punta de un dedo. Isabel se erizó por aquella atrevida caricia, aunque no hizo ningún intento por detenerla.

—¿Cómo le llamarías a lo que sentimos? —Ella se mantuvo en silencio mientras él continuaba rozándole la piel. Se dirigió con lentitud hacia la muñeca, aumentando la sensación de placer—. Si tienes algún nombre para las emociones que se desatan en mí interior cuando te toco, entonces, dímelo, para yo también entenderlo.

La mente de Isabel comenzó a sumergirse en una humareda de pasión que le atontaba los sentidos.

—No deberíamos... —expuso y trató de apartar la mano, pero Javier la apresó entre las suyas.

—No voy a hacerte daño. Me gustas mucho.

Las miradas se entrelazaron. Reflejaban el temor, la confusión y la necesidad que sentían. Con suavidad ella liberó su mano y clavó la vista en las montañas.

—Deberíamos comenzar por... conocernos. —Escuchó que él suspiraba, pero al ver que no hacía ningún comentario decidió empezar aquella extraña relación como debió haber iniciado—. Gracias —expresó con una tierna sonrisa. Él la observó con el ceño fruncido—. Por rescatarme en la discoteca. De no haber sido por ti no habría salido ilesa de ese lugar.

Él trató de sonreír, pero el recuerdo de esa noche le mató la alegría.

—¿Por qué te acercaste a mí?

La pregunta lo tomó desprevenido.

—Estabas... en un aprieto... con ese sujeto.

Rememorar la manera en que aquel joven la había abrazado en la discoteca, le brotó a Javier la furia. Se irguió para calmarse. No quería trastornar a su bestia, muchos menos, a la maldición.

—Tyler estaba un poco ebrio —justificó ella con una sonrisa forzada—. Lo

conozco, estudia conmigo en la universidad.

—Deberías elegir mejor a tus amistades.

La seriedad que él utilizó para decir aquellas palabras sorprendió a Isabel.

—No es mi amigo, solo un compañero de clases.

—¿Y permites que tus compañeros te toquen de esa manera mientras bailan?

Ella amplió los ojos. Le incomodaba que la juzgara de esa manera, aun sabiendo que con él hacía algo similar.

—Iba a encargarme de la situación cuando tú llegaste —respondió irritada.

Javier se inclinó hacia ella, calcinándola con una mirada amenazante.

—No me gusta que otros te toquen de esa manera.

Ella quedó con la boca abierta. No esperaba una reacción tan dominante de parte de él. Notó que sus ojos brillaban de una forma poco habitual, lo que activó sus alarmas y la obligó a retroceder. Los nervios la motivaron a llevarse una mano al cuello en busca de su collar. Necesitaba sentir algo que le diera seguridad.

Javier también retrocedió. Un revoltijo de sentimientos confusos se desató en su interior. La furia se le escurrió por las venas al tiempo que el rostro del sujeto de la discoteca le atenazaba los recuerdos. Estaba seguro de que esa reacción la provocaba la maldición, aquel embrujo siempre se apoyaba en las cosas que lo enfurecían para hacerle perder la cabeza.

—Será mejor que me marche —expuso ella.

—No.

Isabel intentó tomar el camino de regreso, pero él se interpuso. Durante algunos segundos se miraron sin pestañear. Javier pudo captar su miedo. Eso lo angustió. No quería que ella lo viera como el monstruo que era.

—Te acompañaré.

Ella disimuló su decepción. No era así cómo quería culminar ese encuentro, sin embargo, sentía algo distinto en él que la inquietaba.

Caminaron en dirección a la salida, en silencio. Antes de llegar la detuvo y la giró reteniéndola a pocos centímetros de él.

—Quiero volver a verte —le susurró cerca del rostro. Isabel cerró los ojos, ansiosa por lo que venía—. No puedo estar mucho tiempo lejos de ti. —La tomó por la nuca para tener pleno control sobre ella y evitar que se alejara—. No te imaginas lo bien que me siento a tu lado.

Aquellas palabras impregnadas de seducción hicieron su efecto. Isabel gimió y Javier se aproximó a sus labios para aspirar su aliento. La bestia se removió en su interior, presa del anhelo.

—Quiero saborear a profundidad tu boca —le dijo mientras le acariciaba con la punta de la nariz el rostro. Ella se estremeció, invadida por una intensa emoción.

Él le esparció besos por toda la longitud de los labios. Los sorbía como si fueran un trozo de melocotón y los apretaba con los dientes hasta producir involuntarios estremecimientos en ella. Su lengua se hundió en la cavidad de su boca y la recorrió entera.

Sin embargo, cuando el ímpetu amenazó con dominarlo, percibió que una sensación de ahogo se le aglomeraba en el pecho e inquietaba a su bestia. Un dolor punzante le bloqueó la respiración y lo obligó a separarse con brusquedad de Isabel.

—¿Qué sucede? —preguntó ella desconcertada.

—Yo...

Javier escondió la mirada para que la chica no advirtiera el cambio en el color de sus ojos. Sabía que la bestia estaba agitada y exigía ser liberada.

—Disculpa, preciosa... no me siento bien.

Ella intentó tocarlo, pero él se lo impidió. Su cercanía le producía una extraña turbación.

—Perdóname. En realidad, no estoy bien.

—No te preocupes, te entiendo —expresó, sintiéndose incómoda—. Mejor, me voy.

Sin más despedidas, ella se dio vuelta y se dirigió a la salida del centro comercial buscando un taxi. Cuando abrió la puerta trasera del vehículo Javier la detuvo.

—Volveremos a vernos —le aseguró, pero ella solo pudo asentir con la cabeza. Se sentía rechazada y eso le produjo un dolor incontrolable.

Subió al auto y le indicó al chofer el lugar a dónde debía llevarla. Al ponerse en marcha giró el rostro hacia el hombre y lo observó parado en el borde de la calzada, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en ella.

Capítulo 6. El ataque

A medida que avanzaba por el empinado sendero, el sonido se hacía más agudo. Las llamas parecían gemir de deseo al saber que se acercaba. Apretó con fuerza el rociador de la asperjadora y observó fijamente la vegetación. Podía apreciar el humo como una bruma matizada en blanco y negro que se disipaba a su alrededor. El olor a madera quemada le dificultaba la respiración y el calor abrazador parecía bajar en oleadas para advertirle que huyera.

A varios metros de distancia se encontraban siete de sus compañeros. En esa oportunidad subieron pocos. Era un día de semana y a esa hora de la tarde muchos se encontraban en el trabajo o en clase. Solo ocho voluntarios se atrevieron a subir a la montaña para apaciguar la fuerza de aquel incendio. Alguien debía detenerlo, antes de que llegara a los patios de las casas que bordeaban la colina.

Subieron con lentitud hasta llegar al punto que ardía con mayor ímpetu. Sus compañeros, con los bastidores, comenzaron a golpear la maleza encendida para extinguir las llamas mientras él rociaba la zona para evitar que se reiniciara el fuego.

Así pasaron los minutos, hasta que de pronto, sintió una brisa que pasó por su lado acompañada de un sonido similar a una bandada de grillos. Se extrañó sobremanera, notando que el soplo había corrido en dirección contraria al viento.

Volvió a ocuparse de su trabajo, pero enseguida lo detuvo al percibir un suave roce en el brazo. Podía asegurar que se trató de una piel peluda y fría. Una inusual inquietud lo obligó a subir un poco más mientras sus agotados amigos golpeaban la humeante vegetación. La espesura del humo le hacía picar los ojos y le dificultaba la visión. Sin embargo, pudo notar que a varios pasos

de distancia se hallaba un objeto brillante, abandonado en medio de las llamas.

—¿A dónde vas?! —gritó uno de sus compañeros.

Él le señaló a su amigo el objeto que llamó su atención sin detener su avance. Con la asperjadora rociaba el suelo por donde caminaba, aun sabiendo que era inútil. Lo ideal sería continuar el trabajo junto a ellos.

—¡Ven! ¡Vas a gastar el agua! —le insistían, pero el peligro no lo angustiaba, algo lo movía a acercarse. Sus amigos lo siguieron, debían estar juntos si querían superar las llamas. Al estar cerca, notó que se trataba de una garrafa de gas apoyada sobre unas rocas.

¿Cómo demonios pudo aparecer tal cosa en un lugar apartado y en medio del fuego? Pensó. Era evidente que aquel suceso había sido premeditado, hecho con intención de crear caos. El artefacto abandonado representaba una seria amenaza, las llamas se acercaba con rapidez a él.

—¡Corran! ¡Va a estallar! —advirtió a sus compañeros.

Cuando comenzaron a correr montaña abajo, el intenso calor activó el mecanismo y de la garrafa brotó un ramalazo de fuego directo a los voluntarios.

Al girar el rostro, el chico observó con asombro cómo las llamas se acercaban con rapidez y en medio, se distinguía la figura fantasmagórica de un jaguar de ojos enrojecidos que corría furioso hacia ellos.

Rodeados por el fuego, los ocho voluntarios saltaron por un despeñadero. La piel les ardía produciéndoles ansiedad por escapar del calor. La angustia y el dolor no les permitieron apreciar como aparecían cuatro feroces animales de colmillos afilados que cortaban el efecto espectral de las llamas transformándolas en simples lengüetas, y se lanzaban al vacío buscando rescatarlos.

El joven de la asperjadora sintió que algo le cubría la cintura girándolo en

el aire. No obstante, por el poder de la onda expansiva de la explosión no pudo abrir los ojos, sino que se aferró a un brazo que le pareció estar cubierto de pelo hasta que sus pies tocaron la tierra.

Ahogados por el calor y el humo, los voluntarios descubrieron que estaban en medio de un claro apartado del incendio. Tosieron con espasmos para recuperar el oxígeno perdido y al recobrar la coordinación de sus movimientos, se miraron entre sí con extrañeza.

No sabían lo qué había sucedido, ni tenían idea de cómo pudieron salvarse de la explosión o de la caída. Lo único seguro era que estaban vivos y con algunas quemaduras y heridas menores.

Lloraron por varios minutos abrazados entre sí. Temblaban de terror y alegría, agradecidos por la buena fortuna que ese día les había tocado.

Caminaba de un lado a otro con nerviosismo. El apartamento comenzaba a resultarle pequeño y asfixiante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier a Deibi. Su hermano se había retirado a su habitación para recibir una llamada de La Costa. Su instinto presentía los problemas y su bestia captaba la inquietud de la bestia de Deibi.

—Hubo un incendio cerca de la cosecha, varios voluntarios estuvieron a punto de morir. Los rescataron, pero el fuego se vuelve incontrolable y se acerca a nuestras tierras. Piden refuerzos.

—Voy contigo —le dijo Javier con total determinación.

—No. Lo primero que me pidió Albert fue que no te dejara ir. Gabriel está ayudando y hasta ahora, se ha mantenido calmado. Tu presencia lo descontrolará.

Javier rugió de impotencia y se sentó en el sillón mientras Deibi entraba de nuevo a la habitación para cambiarse de ropa. Se sentía frustrado. Tenía que cargar con el peso de la bestia por un pacto hecho por sus ancestros con

intención de proteger a su gente y a sus tierras. No obstante, ahora que ellos necesitaban de él, no podía tenderles la mano. Eso le restaba motivos a su existencia.

Deibi salió de la habitación apresurado, colocándose su cazadora.

—Regresaré cuando la situación esté calmada.

—No tienes que hacerlo —masculló con irritación.

—¿No? Después de las locuras que has hecho estos días, ¿piensas que te dejaré solo? Intentaré volver esta misma noche.

Javier hundió la cabeza entre las manos. No podía depender de otros. Siempre había sido capaz de valerse por sus propios medios, una estúpida maldición no le robaría su autonomía.

—Tengo que hacer algo para recuperar el control de mis acciones.

—No lo hagas mientras yo no esté —le pidió Deibi, al tiempo que se acercaba a una repisa junto a la puerta de entrada en busca de su reloj de muñeca y de las llaves de su vehículo—. No te aflijas, encontraremos pronto una solución —le dijo sin mirarlo a los ojos y encaminándose hacia la salida—. Y ten presente que si esa chica realmente es para ti, comprenderá nuestra realidad. Solo es cuestión de esperar a que toda esta tormenta pase —le aconsejó antes de dejarlo solo, sabiendo cuál era el motivo que lo abrumaba.

Javier se derrumbó en el sillón, afligido. Tenía la fuerte sospecha de que aquella mujer debía estar unida a él de alguna manera, pero la única forma que existía para confirmar sus dudas sería riesgosa para ella. Sus oráculos le marcaron una misión, una confusa, que él no había tenido tiempo de evaluar, pues sus conflictos personales cada vez se complicaban más desviando su atención.

Se levantó del sillón y se dirigió con rapidez a su habitación. Se sentó en el borde de la cama y abrió la gaveta de la mesita de noche para sacar una caja chata del tamaño de su mano, forrada en terciopelo azul. Al abrirla, sus ojos

reflejaron el brillo que el dije de cristal con forma de estrella emitía.

Retiró el collar del estuche y se lo enredó entre los dedos, de la misma manera en que lo había encontrado aquella madrugada, después de haber tenido el sueño más extraño de su vida.

No sabía cómo había sucedido, pero creía firmemente en que el destino ponía en movimiento sus piezas para indicarle el camino. Su estrella, la luz que iluminaría su entendimiento, pronto llegaría. Según sus oráculos, él tenía que saber reconocerla y devolverle el brillo que había perdido, pero en medio de tanta confusión, tenía miedo de equivocarse y envolver a una inocente en su destartalada existencia.

Encerró el dije dentro de un puño y lo apretó contra su rostro. Jamás lograría resolver los acertijos que lo rondaban si no tomaba riesgos. Esperar jamás fue una buena opción para él.

—¡Vamos, cuñi! Es el día de mi cumpleaños, no me eches a perder la fiesta.

Isabel caminaba con desánimo por el pasillo del centro comercial minutos después de haber salido del trabajo. Erika, la novia de su hermano, una chica baja, delgada, de cabellera rubia y sonrisa permanente, la esperó a la salida del Café para que fueran juntas a comprar ropa íntima. Aquel había sido el regalo de Aarón y ella quería estrenarlo esa misma noche.

—No me emociona tener que elegir prendas para conquistar a mi hermano —le respondió. Erika ensanchó la sonrisa.

—Solo me darás tu opinión, quien va a usarlas seré yo.

Caminaron con premura hasta un *sex shop* y se sumergieron en el mar de artículos eróticos expuestos en cestas, ganchos y mostradores. Esa mañana Isabel se había levantado agotada, no había dormido casi nada la noche anterior, gracias a las pesadillas y a una insipiente sensación de ahogo y calor, pero además, por culpa del recuerdo del sujeto misterioso y de sus deliciosos

besos. El anhelo por probar de nuevo sus labios la estaba haciendo enloquecer.

—¿Sabes a dónde nos llevará Aarón hoy? —la aguijoneó Erika mientras estudiaba las costuras de un conjunto de ligero de encaje.

—Se supone que es una sorpresa —contestó Isabel y simuló distraerse admirando una variada exposición de consoladores.

—¡Dime, cuñi! Me muero por saber.

Isabel sonrió y suspiró hondo. A la chica le encantaba tener información de todo lo que ocurría a su alrededor y siempre encontraba los medios para obtener respuestas. Pero ella estaba preparada para ese interrogatorio. No se dejaría vencer por su cuñada.

—Déjate sorprender —le recomendó. Erika emitió un bufido y se alejó un par de metros para evaluar otra prenda.

—Esa frase me gusta.

La piel de Isabel se erizó al escuchar tras de sí esas palabras. Se giró enseguida y alzó el rostro al quedar frente al hombre que le había trastocado el día y no quería salir de su mente.

—Hola —le dijo con inquietud, sonrojándose al haber sido pillada mirando penes de plástico.

—Hola, ¿cómo has estado?

—Bien —respondió y se alejó un paso de la vitrina que estuvo evaluando.

—Fui al Café, pero ya te habías ido.

—Sí, es que... salí unos minutos antes. —Ella no podía apartar su atención de él. Le fascinaba la profunda mirada que poseía—. ¿Cómo me encontraste? —preguntó desconcertada al recordar que nadie en su sitio de trabajo sabía a donde iría.

Javier dudó, no podía decirle que agudizó el olfato y siguió su aroma. Eso sería demasiado perturbador para la chica.

—Vine a realizar una transacción en el Banco que está en la segunda planta, pero al verte, me desvié.

Isabel arrugó el ceño, extrañada por las misteriosas casualidades que siempre lo rondaban.

—Cuñi, ¿cuál de estos modelos te gusta más? —Erika se acercó con dos prendas íntimas de encaje, una color crema y otra negra. La chica, al mirar a Javier, quedó petrificada y lo evaluó de pies a cabeza—. Hola —le dijo con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Hola. ¿Cómo estás? —contestó él sin disimular su diversión.

—Erika, él es... un amigo —expuso Isabel. Su rostro se coloró al darse cuenta que no tenía un nombre con el cuál presentarlo.

—¿Cuñi? —preguntó Javier y paseó la mirada entre las dos mujeres. Aquella era su oportunidad para conseguir información sobre ella.

Erika emitió una carcajada sonora.

—Así llamo a Isabel por cariño. Es un diminutivo de Cuñada y eso es lo que ella es para mí. Yo soy la novia de su hermano, Aarón, desde hace más de dos años, y hoy es mi cumpleaños. Estamos aquí para comprar ropa íntima. Él me la regaló y yo quiero sorprenderlo con algo especial...

La mujer no paraba de hablar. Javier estaba encantado con todos los datos que recibía. Isabel, en cambio, tenía la sangre acumulada en las mejillas, aunque no sabía si era de rabia o vergüenza.

De pronto, Erika dejó de hablar como si hubieran pasado un interruptor para callarla, al darse cuenta de un pequeño detalle:

—Y tú, ¿cómo te llamas? —indagó.

Isabel lo miró ansiosa por conocer la respuesta.

—Javier Aldama —respondió y extendió una mano hacia ella—, y estoy a la orden para lo que necesites —agregó, al tiempo que le guiñaba un ojo a Isabel.

—Encantada de conocerte, Javier —alegó la mujer mientras sacudía su mano con energía—. Dime algo —expresó, y retomó su atención a las prendas íntimas que tenía en las manos—, ¿cuál te gustaría más a ti? Imagina que se las pondrá mi cuñi.

Los ojos de Isabel estaban a punto de salirse de sus órbitas. Javier simuló estudiar la ropa como si se tratara de dos piedras preciosas de alto valor.

—La crema combina con el color de su piel, eso me creará una sensación de desnudez. Así podría disfrutar de la forma de su cuerpo sin distracciones. — Los ojos de Érika se ampliaron y brillaron llenos de expectativa—. El negro tiene un corte bastante provocativo, eso le realzará las curvas y logrará que fije mi atención en las partes que las prendas cubren, que estoy seguro, me dejarán muy complacido.

El corazón de Isabel amenazó con salirse del pecho y Erika, como por arte de magia, había quedado en silencio.

—Me caes bien, muy bien —dijo la chica y abrazó la ropa como si quisiera protegerla de alguien.

—¿Quieres un último consejo? —expresó el hombre acercándose a ella para hablarle de forma confidencial. Erika asintió, fascinada por la camaradería que había logrado con él.

—Elige prendas que puedan amoldarse bien a tu cuerpo, pero que sean fáciles de quitar. Te aseguro que Aarón te lo agradecerá.

Una joven empleada se acercó para verificar si necesitaban ayuda.

—Sí. Quiero ver más prendas de encaje tipo tanga —respondió Érika y se marchó con ella casi a las carreras. Javier no paraba de sonreír. Isabel lo observó detenidamente por unos segundos.

—Sabes mucho de ropa íntima, Javier —expuso con ironía afincándose en la pronunciación del nombre. Un ramalazo de celos le atormentó la existencia.

—No fue difícil mientras la imaginaba puesta en ti —confesó él al tiempo

que la miraba de pies a cabeza con unos ojos llenos de necesidad—. Me gusta el nombre de Isabel.

Ella se inquietó, disimulando su estado aclarándose la garganta.

—Creo que... se rompió la magia.

—Claro que no, preciosa. Esto apenas empieza —aseguró, encargándose de que cada una de sus palabras estuviera impregnada de seducción, pero la conversación fue interrumpida por la llegada de Érika, que venía cargada con cinco piezas de lencería de diversos colores.

—Estoy lista, cuñi. Javier, ¿qué vas a hacer esta noche?

Tanto él como Isabel arquearon las cejas con expectativa.

—Por ahora, nada.

—Que bueno. Verás, por mi cumpleaños Aarón me llevará a comer a un restaurante. Isabel va con nosotros, pero la pobre desde que se mudaron hace un mes a Maracay está muy sola. —El rostro de Isabel empalideció. Érika le daba a Javier más información de la que debía—. No creas que eso nos molesta, la cuñi es especial para nosotros, pero ha estado tan deprimida este tiempo, sobre todo, después de la muerte de mis suegros, que es...

—¡Érika! —La interrumpió Isabel y le dirigió una mirada cargada de advertencias.

—¿Quieres que los acompañe? —indagó Javier, interesado en la propuesta.

—Eres su amigo, ¿no? ¿Estudias con ella en Caracas o eres de aquí?

Isabel puso los ojos en blanco. Javier amplió la sonrisa, pero la diversión no le llegó a los ojos. No le gustó escuchar sobre depresiones, muertes ni sensaciones de soledad. Él sabía muy bien cómo se sentía aquello.

—La conocí en el Café hace unos días —respondió.

—¡Perfecto! Entonces la salida nos servirá para conocernos todos. Te va a encantar Aarón, es un amor.

La preocupación fluyó por las venas de Isabel. Su hermano era

insoportablemente celoso y aunque Érika lo manejaba casi a la perfección, sabía que la velada estaría signada por la tensión.

—Me encantará acompañarlos.

—Excelente, podemos encontrarnos a las ocho en... —Érika agitó una mano en dirección a Isabel. Esperaba que la chica soltara el nombre del lugar donde cenarían.

Isabel achicó los ojos y traspasó a su cuñada con una mirada enfurecida. Érika le había jugado sucio para sacarle información sobre la sorpresa que su hermano preparaba para ella. Suspiró hondo con resignación.

—¿Conoces el *Churchill*? —preguntó a Javier alejando su atención de la impertinente de su cuñada. Erika comenzó a dar brincos de alegría, le encantaba el restaurante, era elegante, tenía buena comida y contaba con excelente música en vivo.

—Seguro.

—¡Qué maravilla! Tienes que estar ahí antes de las ocho, Aarón es en extremo puntual. No le gusta esperar —expuso Erika con emoción.

Javier miró a Isabel con la cabeza ladeada y una sonrisa seductora en los labios.

—¿Quieres que vaya?

Ella quedó paralizada. Cientos de sensaciones le estallaron en el estómago.

—Claro.

—Entonces, iré —le dijo y se acercó para tomarle la mano y besarle los nudillos—. Estaré allí para ti.

Compartieron una profunda mirada que pudo haber durado un siglo entero, luego se giró hacia Erika y se despidió con una inclinación de cabeza.

—Gracias por la invitación y feliz cumpleaños. ¿Puedo llevarte esta noche un obsequio?

—¡Por supuesto! —expresó la mujer con el rostro iluminado—. Me

encantan las sorpresas.

Isabel puso los ojos en blanco mientras la chica sonreía con ánimo. Javier se marchó dejándolas solas.

—Cuñi, ¿de dónde sacaste a ese hombre? —preguntó, notando como Isabel no apartaba la mirada de él mientras se alejaba.

—Apareció de repente —expresó ella con melancolía.

Erika suspiró y se abrazó a la ropa íntima.

—Lo mismo me pasó con Aarón. Recuerdo el día...

La mujer se sumergió en la tienda rememorando el día en que había conocido a su novio, a pesar de que Isabel no la escuchaba. La chica estaba perdida en el delicioso recuerdo del beso que Javier le había dado el día anterior.

Esa noche tendría que ocuparse de que volviera a presentarse la ocasión de probar de nuevo su boca. Se encargaría de eso.

Esta vez, él no se le escaparía.

Capítulo 7. Leyendas

—¿Qué noticias me tienes? —preguntó Javier a Deibi mientras conversaba con él por el móvil. Era de noche y esperaba a Isabel dentro de su Toyota Land Cruise de chasis largo frente al restaurante que ella le había indicado.

Su amigo se encontraba en La Costa. Atendía, junto al resto de los guerreros, la situación presentada en la región durante la mañana.

—El asunto es complicado, pero con ayuda de los líderes, hemos salido de varios aprietos.

—¿Varios aprietos? Me dijiste que solo ibas por el incendio.

Escuchó que su amigo suspiraba y tardaba en responderle.

—El incendio fue una cortina de humo para llamar nuestra atención.

Una punzada en el pecho alteró los nervios de Javier e incomodó a su bestia, justo en el momento en que veía que Isabel llegaba con su hermano y su cuñada dentro de un Corsa color plata y se detenían a varios metros de distancia.

—Explícate mejor —exigió con enfado.

—Tenemos a la policía rondando la región, eso nos ha dificultado la investigación. Encontraron a un pescador muerto en medio de la selva. Le arrancaron el corazón. El asesinato se produjo durante el incendio.

—¿Qué? —Javier notó que Isabel bajaba del auto y oteaba los alrededores. Estaba hermosa, con una blusa ajustada de estampado cobrizo que le hacía resaltar su larga cabellera castaña y una pequeña falda negra que mostraba la perfección de sus largas piernas.

Subió la ventanilla de cristal polarizado para que ella no pudiera divisarlo. La noticia que le daba Deibi inquietaba a su bestia, debía calmarse antes de acercarse.

—Lo más extraño es que antes de sacarle el órgano le extrajeron toda la

sangre. La policía supone que es parte de un ritual.

—Maldita sea —murmuró Javier mientras se estrujaba los ojos con una mano. Sabía que en La Costa se asentaban agrupaciones que practicaban magia negra y solían hacer ese tipo de ritos con animales. Meses atrás, habían hallado a un poblador y a una turista muertos en las mismas condiciones, pero los integrantes de aquellas sectas les juraron que no habían cometido esos asesinatos.

Al no tener cómo acusarlos, les permitieron la estadía en la región, no sin antes advertirles lo que les ocurriría si llegaban a afectar a los habitantes o a las tierras. Sin embargo, lo que Deibi le contaba sobrepasaba los límites impuestos. El ataque podía ser considerado un claro desafío que ponía en riesgo la paz en la zona.

—Hace un rato estuve con Gregory en el poblado de Cumboto, donde vivía el difunto, para buscar más información. Los vecinos no paran de hablar del fantasma de un jaguar de ojos enrojecidos que camina por la carretera y busca almas que lo fortalezcan. Dicen que al pescador lo mató para robarle el alma y viene a La Costa a instaurar la muerte en la región y hacerse poderoso.

—¿Aún siguen empeñados en que no vaya a ayudarlos?

—Haces falta, pero si vienes todo empeorará. Espera un poco. Tal vez las cosas se calmen mañana y podamos resolver cada asunto.

—Lo intentaré. No me dejes desinformado.

—No lo haré —le aseguró Deibi. Sin embargo, al terminar la llamada, no pudo evitar sentirse un traidor.

—Espero que esto no traiga más problemas. Él tiene derecho a saber lo que ocurre. Estas tierras también le pertenecen —expresó Gregory y le dio la espalda para evitar una conversación incómoda.

De los cuatro guerreros que trataban de solventar la problemática entre Javier y Gabriel, él era el único que no estaba de acuerdo con las últimas

decisiones tomadas.

Deibi se llenó los pulmones de aire, se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y continuó el trabajo. Eliminaba las plantas de cacao que habían sido destruidas. Era la única forma de salvar la parte de la cosecha que aún se mantenía en pie.

Después de unos minutos Javier salió del vehículo. Su bestia aún estaba ansiosa, pero no podía hacer más por calmarla. Lo que le había dicho Deibi lo perturbó. La bestia es un espíritu que había sido llamado para proteger a las tierras y a los habitantes de La Costa, y ya se estaban sumando varias muertes que ellos no tenían cómo justificar. Lo único que faltaba era que amenazaran los cultivos para terminar de descontrolarlo. Hacía un esfuerzo por llenarse de esperanzas y confiar en que pronto toda aquella situación terminaría.

Entró en el lujoso restaurante con una pequeña caja forrada en papel dorado en la mano. No tardó mucho en ubicar a Isabel. Estaba sentada en un reservado, con la mirada entristecida clavada en un adorno floral y frente a una pareja de enamorados que no dejaba de acariciarse.

—Buenas noches —dijo al llegar junto a ellos. Las mujeres lo recibieron con una enorme sonrisa, pero el sujeto que las acompañaba endureció el rostro.

—¡Javier! Pensé que no vendrías —le recriminó Erika mientras miraba a Isabel con complicidad, aunque su cuñada no la veía, Isabel no apartaba su atención de él.

—Nunca lo haría. Fíjate, aquí te traigo el obsequio que te prometí.

La mujer recibió la caja con alegría. Aarón en cambio, arrugó el ceño y le dirigió a su novia una mirada llena de reproches.

Erika se concentró en abrir el regalo, eso evitó que notara el estado de su novio, pero Isabel no lo pasó desapercibido.

—Aarón, él es Javier, un amigo. —Ella hizo las presentaciones de rigor

para aligerar el ambiente.

Aunque el hermano de Isabel lo observaba con aprehensión, aquello divertía a Javier. La situación lo ayudaba a olvidarse de los problemas y serenar sus emociones.

—Un gusto —respondió Aarón y le estrechó la mano—. ¿De dónde se conocen?

Isabel amplió los ojos, pero disimuló su estado al invitar a Javier a sentarse en la silla vacía junto a ella.

—Del...Café. Es cliente del Café donde trabajo.

—¿Está permitido hacer amistad con los clientes? —indagó, dominado por la desconfianza.

—Solo fuera del horario de trabajo y como la mirada de tu hermana es tan cautivadora, decidí acecharla a la salida del Café al terminar su turno —alegó Javier. Las chicas lo observaron inquietas. Aarón, por su parte, se notaba cada vez más receloso— ¿Y tú? ¿Cómo conociste a Erika? —preguntó, sabiendo que aquello activaría a Erika logrando que la conversación cambiara de protagonistas.

—¡Ah! Si te contara —expuso la mujer—. Me persiguió una semana entera cuando iba de camino a mi curso de secretariado. Él trabajaba como informático para la compañía de su padre y un día le asignaron una revisión en el instituto donde recibía mis clases. Tuvimos un encuentro casual, muy romántico, pero yo me hacía la difícil, hasta que un día me apiadé de él y...

Erika detuvo la charla cuando Aarón la abrazó diciéndole algo al oído, tal vez, rogándole que no diera detalles. Isabel trataba de esconder su diversión, pero Javier no dudaba en mostrarla y sonrió con amplitud.

—¿Qué te regaló? —le preguntó Isabel para desviar la atención de todos hacia el obsequio y olvidar el tema. Erika terminó de quitar el envoltorio y sacó de la caja un estuche de terciopelo, que al abrirlo, le mostró una pulsera

confeccionada con hermosos cristales Swarovski en rosado y fucsia.

Ambas mujeres ampliaron las orbitas de sus ojos, maravilladas. Aarón, arrugó más el rostro.

—Es un regalo muy costoso y tú eres una persona que acabamos de conocer —expuso con evidente molestia.

—No te preocupes, no son cristales originales, es una buena imitación. Cuando confíes más en mí le regalaré una pulsera con certificado de autenticación.

Aarón no sabía que responder, aquel sujeto resultaba muy irritante para su gusto. Isabel, en cambio, estaba encantada. Su hermano no era una mala persona, solo que prefería desconfiar de los extraños hasta no saber todo de ellos. Así evitaba traiciones como la que tuvo que enfrentar su padre. Sin embargo, Javier sabía cómo dejarlo desarmado.

—Asumes que pronto seremos amigos.

—Mi intención es que seamos algo más que eso.

Ante la sinceridad descarada de Javier, las mujeres tuvieron que adelantar el pedido de la comida. Así evitaban una posible masacre.

Antes de que llegaran los mesoneros con lo solicitado, Isabel tomó la mano de Javier por debajo de la mesa. El contacto le transmitió una sensación agradable que le parecía haberla experimentado en alguna otra ocasión.

—Me alegra que hayas venido —le confesó. Javier apretó el agarre y entrelazó los dedos.

—Después de la cena, ¿podemos dar juntos un paseo? En privado —preguntó. Ella asintió con la cabeza, llena de expectativas.

La cena discurrió sin contratiempos, entre conversaciones triviales. Aarón cada vez tenía el ceño menos fruncido y se sentía más cómodo, y la inquietud de Javier se serenaba. La cercanía de Isabel lo ayudaba a mantener el control.

—¿Vives en La Costa? —preguntó Erika después de que Javier confesara de

dónde provenía—. He escuchado que es una región hermosa, con playas cálidas.

—Las playas son el principal atractivo, pero la montaña también se roba parte de la atención.

—En los primeros años de la universidad tuvimos una materia que estudiaba la cultura de Venezuela, nos explicaron que allí se desarrollan agrupaciones con raíces precolombinas y que la zona está repleta de mitos y leyendas interesantes. ¿Son ciertas? —indagó Isabel, cautivada por el tema.

—Muchas de esas historias son de tiempos ancestrales y forman parte del folklore de la zona, pero la región es una tierra mágica, un eje cargado de energía capaz de conectar las diversas dimensiones haciendo posible que se produzcan avistamientos sobrenaturales.

Isabel y Erika lo escuchaban con atención, fascinadas por sus palabras. Aarón, en cambio, volvió a mostrarse receloso.

—No me digas que crees en esas cosas —dijo en son de burla.

—Es descendiente de indígenas. Claro que cree en esas cosas —intervino Isabel, molesta por la actitud de su hermano.

Javier mostró una media sonrisa y tomó la mano que ella tenía apoyada sobre la mesa.

—Creo que el mundo está lleno de maravillas que nos negamos a aceptar por miedo a lo desconocido —dijo con voz neutra.

Aarón lo observó con desconfianza unos segundos, luego volvió su atención al pay de limón que habían puesto frente a él.

—Yo creo que hemos visto todo lo necesario, por eso estamos aburridos y buscamos historias novedosas para salir de la rutina.

—¿O quizás la rutina nos ha vuelto tan aburridos que dejamos de lado las historias novedosas? —insistió Javier mientras tomaba su café.

—Eres un empresario, no deberías creer en esas estupideces —refutó

Aarón, aún aguijoneado por no encontrar un argumento de fuerza que lo convenciera.

—Los empresarios tenemos que conservar la mente abierta. Esas teorías populares, además de encerrar verdades, ayudan a promocionar a la región y sus productos. El cacao que cosechamos posee un aura mágica que resulta atractiva para los clientes europeos.

Aquella intervención inquietó a Aarón, no creía en esos fenómenos y le parecía irreal que existieran personas que auparan esas locuras.

—Que sirvan de publicidad para promover a la región y sus productos, lo acepto, pero que asegures que encierran verdades... —El hombre hizo una mueca de burla que molestó a Javier. Él tuvo que apretar la mandíbula y morderse los labios. Le hubiera gustado tener la posibilidad de demostrarle lo equivocado que estaba, pero por la seguridad de su gente y de todas las personas que estaban en el restaurante, incluida la chica que le interesaba, no podía hacerlo.

—Te sorprenderías con todo lo que puede encontrarse en una selva solitaria y llena de sombras —concluyó.

Javier y Aarón cruzaron miradas endurecidas, luego, volvieron su atención a la comida.

Isabel y Erika los observaron en silencio, sin entender muy bien a qué se había debido la discusión. Fue Erika quien decidió romper el hielo.

—Yo una vez vi un fantasma. —Aarón la fulminó con la mirada, pero no quiso hacer ningún comentario y siguió atenazando el pay con el tenedor—. Mi abuela siempre nos contaba que en su casa de la infancia vivía el fantasma de un hombre que se les aparecía casi todas las noches. Nosotros no le creíamos, pero nos encantaba escuchar esos cuentos. El fantasma llegó a ser tan habitual que hasta le pusieron nombre, lo llamaban Pedro Pérez.

Aarón emitió algo similar a un gruñido que casi logró que Javier estallara

en risas. Isabel le advirtió con la mirada que no se atreviera a burlarse de su hermano, mucho menos cuando este tenía la sangre caliente.

—La casa está ubicada en un pueblo alejado de la civilización —explicó Erika—. La cuida uno de mis tíos, aunque él pasa más tiempo en otras casas que en esa. Una vez, a mi abuela le dio nostalgia por visitarla y mi padre la consintió con un viaje familiar. Pasamos unos días en medio de la nada, en un hogar que no posee energía eléctrica, donde se cocina en fogones de leña y el único contacto con el mundo es a través de un escueto radio de pilas que solo sintoniza una emisora local y en el que siempre narran cuentos de aparecidos y hombres sin cabeza. —En ese punto de la conversación la mujer se había olvidado del postre y hablaba con una soltura digna de un conferencista.

Aarón trataba de ignorarla con la cabeza casi enterrada en el plato. Adoraba a su mujer y aunque no creyera en esas historias, no se atrevía a interrumpir su muy animada charla.

—Nos encontramos a Pedro Pérez una noche, cuando todos dormíamos en la misma habitación, a pesar de que habían siete desocupadas. Mi abuela fue la única que pudo dormir sola en el que había sido su cuarto de niña. Estábamos mi padre, mi madre, mis dos hermanos y yo sobre la misma cama, conversando en la penumbra, alumbrados únicamente por una vela blanca. Afuera, hacía mucho viento y había luna llena, las sombras de los árboles se dibujaban en la pared como si fueran monstruos que rondaban el lugar. Ninguno quería dormir, aunque estábamos muertos de sueño. Oíamos ruidos que nos erizaban la piel, pero hubo uno en especial que nos llamó la atención, era como si alguien arrastrara un mueble.

Aarón levantó la vista y vio que todos habían interrumpido la comida por escuchar a Erika. Sacudió la cabeza negando y volvió a atender la parte final de su postre.

—Mi padre pensó que mi abuela estaba en la cocina haciendo quién sabe

qué cosa. Se levantó molesto y tomó la vela para salir a reprenderla. Todos nos fuimos tras él, no queríamos quedarnos a oscuras en la habitación. Cuando entramos en la cocina vimos una de las sillas del comedor abandonada en el centro, pero no había nadie. La pobre vela no alumbraba mucho, así que mi padre tuvo que recorrer la habitación para ver si mi abuela estaba en algún rincón. Cuando pasó cerca del fogón, ¡lo vimos!

El grito de la mujer al decir aquellas últimas palabras los sobresaltó a todos, incluso a Aarón, que volvió a gruñir con evidente enfado.

—Estaba parado en un rincón, entre el fogón y una mesa —continuó Erika más animada—. Era pequeño y vestía ropas muy humildes. Tenía un sombrero gracioso y su rostro envejecido estaba pálido y parecía brillar. Los ojos eran del color del vino, de pupilas grandes y profundas.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Isabel al ver que de pronto la mujer había quedado en silencio, sumergida en sus recuerdos.

—¡Gritamos! Mi padre, del susto, soltó la vela haciendo que se apagara. Nos abrazamos llorando de angustia, mi papá corría de un lado a otro buscándonos en la oscuridad para sacarnos de allí, pero de pronto apareció mi abuela con otra vela y nos calmó gritando más alto que nosotros. Ella reía sin parar, nos metió en su cuarto y allí pasamos el resto de la noche. Nos decía que Pedro Pérez era inofensivo, pero ninguno pudo dormir, y apenas salió el sol regresamos a la civilización.

—¿Y qué pasó con Pedro Pérez? —preguntó Javier intrigado.

—No sé. Lo dejamos allá con la silla en medio de la cocina. Nunca más volvimos. Mi abuela sí regresó un par de veces acompañada de otros familiares, pero nosotros ni siquiera hablamos de él. Recordarlo nos da temor, si se queda en el olvido es como si nunca hubiera existido —confesó y volvió a interesarse en su postre.

—Vaya... —comentó Isabel después de superar la inquietud que le dejó la

historia de Erika—. Aarón de pequeño tuvo un amigo imaginario...

La narración que iba a iniciar fue súbitamente interrumpida por un golpe que su hermano dio con el tenedor en la mesa. No estaba dispuesto a que contaran sus intimidades.

Todos disimularon la diversión para dar feliz término a la cena y no seguir aguijoneando el mal humor del hombre. Minutos después, culminó la velada. Isabel y Javier se despidieron de Aarón y de Erika en el estacionamiento y subieron a la Toyota en dirección a un parque público. Querían conversar a la luz de la luna mientras tomaban una bebida y escuchaban un poco de música.

Él abrió la puerta del maletero del vehículo y se sentaron en el borde. Cerca pasaban las parejas que caminaban tomadas de las manos por las anchas caminerías y se veía jugar a los niños en los extensos jardines acompañados por familiares y mascotas.

—Así que eres Javier Aldama, descendiente de indígenas, oriundo de La Costa y uno de los dueños de un productivo sembradío de cacao —enumeró ella con una sonrisa chispeante.

—Y tú eres Isabel Fernández, cuñada de Erika, la novia de Aarón desde hace más de dos años, que cumple años hoy y es casi pariente de Pedro Pérez, un fantasma oriundo de tierras lejanas... —A ese nivel de la conversación Isabel reía con sonoridad. Javier la observaba maravillado, le encantaba verla feliz—. Tengo más información de tu cuñada que de ti, hasta sé que tu hermano tuvo un amigo imaginario.

—No hay mucho que saber de mí —aseguró ella en medio de risas.

—Déjame recordar —dijo él y quedó pensativo—. Erika nombró algo de una universidad en Caracas, de la muerte de tus padres, de una mudanza... y de una depresión.

La alegría se le perdió por completo a Isabel. Bajó el rostro para detallar el cemento de la calzada que rodeaba el parque. Con un dedo Javier le tomó el

mentón y le alzó la cabeza.

—Háblame de ti —le pidió sin dejar de acariciarle la mandíbula. A Isabel el contacto le avivó las emociones y le produjo un cosquilleo en el estómago.

—Estudio Informática en Caracas, pero me tomé unas... vacaciones —explicó algo afligida—. Vine a Maracay por recomendación de mi psiquiatra —señaló. Javier la escuchaba sin dejar de acariciarle el rostro—. Mis padres murieron en un accidente automovilístico hace un año y desde ese momento, mi vida entró en un mar de problemas que me han tenido ansiosa... eso es todo.

—¿Todo?

Ella asintió, no tenía ganas de hablarle de sus conflictos. Acababa de conocerlo. No quería empañar la química que existía entre ellos con problemas y temores.

Sin embargo, tuvieron que dejar la conversación al sentir frías gotas de lluvia que les caían sobre la cabeza. Subieron al auto con premura.

—No pienses que este paseo está suspendido por lluvia —expuso él mientras encendía el vehículo.

—¿Qué haremos?

—Te invito a tomar una copa en mi casa.

—¿Tú casa? —expresó ella con las cejas arqueadas.

—Sí, mi sola y calmada casa. ¿O prefieres que vayamos a la tuya para terminar de celebrar el cumpleaños de tu cuñada?

—No, por favor —le rogó Isabel con una teatral mueca de angustia en el rostro. Si no estuviera con Javier, ella habría tenido que buscar esa noche un refugio para no interrumpir la fiesta privada que su cuñada y su hermano tendrían en casa.

—Entonces, tenemos un destino seguro —expresó él mientras ponía el auto en marcha con una creciente emoción en el pecho.

Capítulo 8. Liberaciones

Minutos después, Isabel y Javier entraron al estacionamiento privado del edificio donde él se residenciaba y aparcaron el auto cerca de los ascensores. Subieron al piso en el que se hallaba el apartamento mientras hacían comentarios graciosos en referencia a la anécdota de Erika y el fantasma de Pedro Pérez. En medio de risas, ingresaron a la vivienda.

Al estar dentro, Isabel quedó maravillada con el lugar. Le encantó su amplitud, sencillez y elegancia. En el centro de la sala se hallaba un gran sofá mullido de cinco puestos y frente a él, uno individual de respaldo ancho, ambos asentados sobre una alfombra color bordó. Dos de las paredes estaban cubiertas con estantes de madera, llenos de libros y adornos; y de la tercera colgaba un enorme cuadro que mostraba la imagen de una playa pintada al óleo.

Al fondo, se encontraba el balcón, tapado con persianas.

Javier encendió el aire acondicionado y calibró la luz para crear una atmósfera íntima.

—¡Guaooo! Para ser el apartamento de un hombre que trabaja la tierra es hermoso.

—¿Qué pensabas encontrar: un conuco poblado de gallinas?

Ella soltó una carcajada que se vio interrumpida por la cercanía de él. Javier se detuvo frente a ella, le sostuvo la cabeza con las manos y la miró con el rostro enfebrecido. Bajó hasta sus labios y la besó con una intensidad arrolladora. Isabel soltó la cartera dejándola caer al suelo y se aferró a su cuello.

Aunque el ímpetu lo dominaba por completo, él procuraba controlarse para no alterar a la maldición, pero tenerla ahí, solo para él, lo llenaba de ansiedades.

—Disculpa, preciosa, pero necesitaba probar tus labios antes de volverme loco —dijo al detener el beso.

—¿Y ya estás más tranquilo?

—No.

Ella sonrió y comenzó a acariciarle el pecho.

—Pero ahora me toca a mí relajarme —señaló con picardía y se mordió el labio inferior. Javier amplió los ojos y pareció que dejaba de respirar.

—Haz conmigo lo que quieras.

Isabel aumentó la sonrisa y retrocedió un paso para evaluarlo de pies a cabeza.

—Quiero verte. Quítate la camisa.

Como un niño obediente, él comenzó a abrirse los botones, mostrando su bronceado y fibroso pecho. No apartaba la mirada de ella mientras quedaba con el torso desnudo.

Isabel arqueó las cejas y repasó con detenimiento su perfecta anatomía. Se humedeció los labios con la punta de la lengua, gesto que aumentó la desesperación de Javier. Avanzó hacia ella, obligándola a retroceder hasta acorralarla contra la pared.

Le tomó las manos y las apoyó sobre la cabeza. Se inclinó para acercarse a su rostro, acariciándolo con la punta de la nariz.

—Yo también quiero verte —pidió, con la respiración lenta y profunda. Se dirigió a sus labios y sorbió el inferior con suavidad.

—Haz conmigo lo que quieras —repitió ella en medio de gemidos. Cerró los ojos al ver que él se dirigía a su cuello y lo saboreaba con besos y sutiles mordiscos.

—Lo quiero todo —susurró él junto a su oreja. La piel de Isabel se erizó de forma instantánea.

—Entonces, tómalo todo.

Más que un permiso, Javier asumió esas palabras como una orden. Le dejó las manos laxas sobre la cabeza y bajó las suyas acariciándole los brazos hasta llegar a su pecho, donde se detuvo para masajearle los senos y luego continuar su camino hasta llegar al borde de la blusa. Sin dilatación la elevó y la sacó de su camino.

Los párpados le pesaban por la pasión acumulada mientras observaba el cuerpo cubierto por un provocativo sujetador color crema que se difuminaba con su piel.

Ni a su bestia ni a la maldición la sentía. Y por el bien de ellas esperaba que siguieran así.

—Seguiste mis consejos —comentó haciendo referencia al tipo de ropa interior que la chica utilizaba, al tiempo que introducía las manos tras la espalda de Isabel para retirar el sujetador.

—¿Logré un efecto positivo? —preguntó ella. Javier emitió un bufido y observó con delicia los senos expuestos.

—Ni te imaginas.

Los cubrió con las manos para masajearlos y pellizcar los pezones con los nudillos. Luego la alzó logrando que ella le rodeara las caderas con las piernas, la dirigió a la alfombra, devorándose su boca con placer. Se sentía demasiado ávido como para caminar hasta la habitación.

Con delicadeza la colocó sobre el felpudo y continuó saboreando su cuerpo. Recorría cada espacio con sus besos, lengua y dientes mientras se deshacía de la pequeña falda y de las sandalias, así como de su propia ropa.

Al tenerla desnuda le abrió las piernas y la preparó para él. Ella gimió extasiada al sentir sus diestros dedos en su interior. Perdió por completo la noción del tiempo y del espacio.

Cuando estuvo lista, se colocó con rapidez un preservativo y se sumergió dentro de ella, disfrutando a plenitud de la pasión que le obsequiaba.

Ambos jadeaban, dominados por las poderosas sensaciones que los alejaban de la realidad y les aumentaba el frenesí a la par de las emociones. El amor que se entregaban les disparaba sentimientos antes no experimentados. Los problemas y preocupaciones se hundían en un pasado que parecía lejano. En aquel espacio solo existían ellos dos. Sus almas unidas, tan acopladas como sus cuerpos, dándole sentido a un destino que aún no había movido todas las piezas de su tablero.

La pasión embargaba a Javier y evitaba que sintiera cómo ciertas energías se acumulaban en su pecho. Cuando pudo percatarse, era demasiado tarde. Su bestia se agitó enfadada y eso lo puso en alerta. Aquel no era un buen momento para exigir atención.

Isabel estaba sumergida en un mar de placer y lo arrastraba al clímax, pero a medida que se acercaba, la ansiedad crecía en el pecho de Javier. Tenía ganas de gritar y sacar lo que tenía atragantado.

Se detuvo e intentó salir de ella para recostarse en el suelo. Se esforzaba por mantener a la bestia dentro de su ser. No obstante, Isabel lo apresó con las piernas y comenzó a menear las caderas con movimientos circulares. No lo dejaría escapar.

La chica le tomó el rostro para consumir su boca con besos enfebrecidos, aquello avivó la llama en Javier. Ahora no podía detenerse. La necesidad de ella lo engullía.

La sostuvo por las nalgas para apretarla más a él y aumentar las embestidas, ignorando como un fuego abrazador se acumulaba en su pecho. El clímax los alcanzó en medio de gemidos, liberándolos a ambos de todas las emociones que tenían almacenadas en el alma.

Pero antes de que Javier cayera rendido por la descarga, su bestia comenzó a empujar hacia afuera lo que aún estaba atorado en el pecho y le restaba libertad de movimiento.

Javier se aterró. No podía dejarla suelta dentro de un apartamento en medio de una ciudad bulliciosa, y a pocos centímetros de una inocente. Una mujer que ahora le pertenecía.

No pudo evitar que un gruñido escapara de sus labios mientras se apartaba de ella y su cuerpo se retorció en el suelo con espasmos de dolor.

Isabel había quedado en otra dimensión. El poder del orgasmo la dejó casi sin conciencia. Escuchaba los lamentos de un animal herido, pero no podía entender si eran producto de sus pesadillas o de la realidad.

Javier se ovilló con los brazos cruzados en el pecho. Ejercía presión para no dejar salir a la bestia. Sin embargo, no era ella lo que estaba por emerger. Abrió la boca al sentir poderosas arcadas y observó impactado como una humareda negra brotó de su interior. Las convulsiones no pararon hasta que su pecho estuvo liberado y su bestia descansó en calma.

Por algunos minutos se mantuvo con el rostro apoyado en el suelo, abrazado a su cuerpo. Jadeaba exhausto, tanto por el acto sexual como por aquella confusa situación.

Su bestia había quedado dormida y era lo único que sentía. Se había liberado de la maldición.

Los labios se le curvaron en una sonrisa al tiempo que hacía un esfuerzo por levantarse. Gateó tambaleante hasta Isabel, que dormía sobre la alfombra, y se recostó a su lado para envolverla entre sus brazos.

Hundió el rostro en los rizos castaños y se quedó allí, rodeado por su dulce aroma. Pronto fue avasallado por el sueño, un descanso que ambos necesitaban para recuperar las energías perdidas.

El escenario había cambiado. Ahora la selva estaba llena de vida, verde y húmeda, repleta de sonidos. Pero además, de un olor asfixiante: a madera quemada, a destrucción y a maldad, aromas que se mezclaban con el salitre del

mar.

Apartó con las manos una cortina de vegetación y observó la edificación que se erguía frente a ella, envuelta entre maleza y con las paredes rasgadas por el deterioro. El techo había desaparecido casi en su totalidad. Los dos pisos de cemento, con ventanales amplios, balcones de estilo colonial y gruesas columnas, estaban marcados por el fuego.

La puerta de entrada se encontraba hecha pedazos en el suelo. Las polillas, gusanos y otros insectos se comían los restos.

Caminó hacia ella y atravesó el portal adentrándose en una habitación desolada, poblada de vegetación y animales rastreros, hasta llegar a lo que una vez fue un patio elegante con piso de piedra, jardines exóticos, fuentes y bancos de hierro forjado.

Todo había sido destruido y la selva reclamaba su derecho a habitar aquella zona abandonada y entristecida.

Decenas de almas fantasmagóricas se encontraban en los alrededores, miraban apesadumbradas lo que ocurría en el centro de la estancia.

Isabel se acercó llena de curiosidad, pero también, de miedo.

La bestia de sus pesadillas estaba allí, arrodillada frente a un gran charco de sangre, con las manos manchadas, y junto a ella, se hallaba un árbol grueso de raíces tubulares, tan alto que las ramas se perdían entre las nubes.

El animal gemía de dolor. Ella quería acercarse y consolarlo, pero algo la detenía. Una certeza, o quizás, un presentimiento.

De pronto apareció una imagen que había estado oculta tras el grueso tronco. Era una silueta espectral con forma jaguar, muy similar a la bestia, pero más grande e intimidante, de rostro cadavérico y cuyos ojos enrojecidos destilaban una ira descomunal.

Una capa de humo lo cubría y dificultaba que pudiera detallarlo. El espíritu estiró la mano de largas garras hacia la bestia, eso la llenó de angustia, quiso

gritar para advertirle, pero estaba muda y los pies se le habían clavado al suelo. No podía alertar al animal de aquella presencia.

Miró al espectro, apreciando aterrada su cara esquelética. Él quería a la bestia, deseaba matarla. Se esforzó por gritar, pero le era imposible. Los músculos de dolían mientras trataba de estirarse hacia el animal que parecía llorar por un gran sufrimiento.

Detuvo sus esfuerzos cuando la bestia alzó el rostro y clavó en ella una mirada enfurecida.

En medio de un grito de espanto despertó. Tenía la frente perlada de sudor y el cuerpo le titiritaba por el miedo. Se llevó una mano al cuello en busca de su collar. Las lágrimas le brotaron al recordar que no estaba.

Javier enseguida la cubrió con sus brazos y le susurró palabras tiernas al oído que la ayudaron a recobrar la calma.

—Tranquila, todo está bien.

Se aferró a él y ocultó el rostro en su pecho. La tibieza de su piel la serenaba y la sacaba del ambiente irreal en el que era sumergida por las pesadillas.

Al estar más tranquila, sintió que estaba sentada sobre una superficie blanda y a su alrededor se arremolinaban sábanas de seda.

—¿Dónde estoy? —preguntó aturdida.

—En mi cama. Te traje hasta aquí para que estuvieras cómoda.

Se apartó de él e intentó observar la habitación oculta en penumbras. Javier encendió una lámpara para transmitirle confianza.

El cuarto era amplio. Contaba con una cama ubicada en el centro cubierta por finos edredones, un enorme clóset de madera del lado izquierdo y junto a este, la puerta que debía dirigir al baño, culminando con largas cortinas blancas que vestían toda la pared derecha.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. Ella asintió avergonzada—

¿Quieres algo? ¿Un poco de agua?

—No. Estoy bien —aseguró, sin apartar la mirada de sus profundos ojos.

Javier volvió a recostarla en la cama, colocándola encima de su hombro. Isabel se aferró a su cuerpo. Aún estaba aprehensiva por el sueño. La pesadilla había cambiado, pero ahora no solo sentía temor solo por la bestia, sino también, por el misterioso ser que parecía acechar al animal.

—¿Sufres de pesadillas? —indagó él sin dejar de acariciarle los cabellos.

—Sí. Desde hace un tiempo.

—¿Todas las noches?

—Casi siempre. Es más, estoy segura que son las doce y cuarenta de la madrugada.

Javier suspiró y después de unos segundos le confirmó sus sospechas.

—¿Te ocurren a la misma hora?

—Mientras esté dormida. Si me mantengo despierta y duermo después de esa hora, no me molestan.

—¿Has hablado de esto con alguien?

Isabel se acomodó entre sus brazos para acercarse más a él. Le incomodaba confesarle sus desvaríos.

—Con mi psiquiatra.

Javier apretó su agarre. Él también padecía de un sueño recurrente y perturbador, aunque el suyo era ocasional. Una pesadilla que en una oportunidad le hizo llegar el collar con dije en forma de estrella que guardaba con celo.

Curiosamente, se le presentaba a esa misma hora: doce y cuarenta de la madrugada.

—¿De qué tratan? —consultó, pero al ver qué pasaba el tiempo e Isabel no hablaba, le frotó los brazos y besó su cabeza. Estaba ansioso por escucharla y confirmar si la mujer que tenía entre los brazos era la estrella que sus oráculos

le vaticinaban.

—Ha cambiado... dos veces.

Él arrugó el ceño. En su caso siempre era lo mismo.

—¿Sobre qué sueñas?

—Antes soñaba cualquier cosa, pero me despertaba porque unos ojos enrojecidos y furiosos, como los de un felino, aparecían de repente. —Javier se mantuvo en silencio con el cuerpo tenso—. Luego, fue más real. Aparecí en medio de una selva destruida, había un camino, una casa hermosa... y un horrible animal.

—¿Un animal? —la animó Javier, aunque temía su respuesta.

—Sí. Es grande, parece un monstruo con garras y colmillos. Tiene la forma de un tigre... un tigre no, es como un leopardo o un jaguar. No tiene rayas, sino manchas. Camina en dos piernas, usa pantalón y tiene el cabello largo hasta los hombros. Es como si un hombre se hubiera transformado en esa fiera.

La angustia comenzó a atormentar a Javier. Su bestia se revolvió en su interior. Tan atribulada como él.

—Me da miedo soñar con ese animal.

—Nunca te hará daño —le aseguró con la mirada endurecida clavada en el techo.

—Lo sé. Es solo una pesadilla, pero sueño tanto con esa fiera que a veces creo que es real. Que existe y me acecha.

Javier apretó la mandíbula. El hecho de que ella soñara con la bestia era un claro indicio de que podía ser la mujer que esperaba, pero que le temiera podría representar un grave problema.

Para lograr que su oráculo se cumpliera debía incluirla por completo en su vida. Ella tendría que aceptar su condición especial.

—¿Esos son los únicos cambios que has tenido?

—No. Hoy fue diferente. —Isabel se incorporó para mirarlo a los ojos.

Javier quedó prendado de su mirada temerosa—. Antes ella me perseguía y me atacaba, pero hoy... creo que está en peligro.

El rostro de Javier se endureció aún más. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo por mantenerse sereno.

—¿Por qué lo dices?

—Llegue a una casa grande en medio de la selva, de esas que tienen un patio enorme en el centro y muchas habitaciones alrededor, como un hotel, pero estaba destruida, había sido incendiada, no tenía techo y la maleza la cubría.

Javier dejó de respirar y se mostró impactado. A pesar de tener dentro de su interior a una bestia ancestral y convivir en una comunidad habituada a utilizar la magia y predecir el futuro, lo que le decía Isabel superaba sus expectativas. El lugar que le describía era similar a uno que realmente existía. El único rincón de La Costa odiado por su gente, y sobre todo, por él. El sitio donde su madre, y muchos otros miembros de la sociedad étnica a la que pertenecía, habían sido asesinados dieciséis años atrás.

—La bestia estaba en el suelo, sobre un enorme charco de sangre, parecía llorar. Habían fantasmas también llorando y... otra cosa.

—¿Qué cosa? —La voz de Javier sonaba grave, desesperada, pero Isabel estaba tan perdida en los recuerdos que no pudo notarlo. Sentía una necesidad apremiante por rememorar los detalles del sueño.

—Era un fantasma o algo así, muy similar a la bestia, aunque más grande, pero estaba como débil, esquelética, y sus ojos eran rojos y proyectaban mucha rabia. Estaba furiosa y... quería a la bestia.

Javier se incorporó con lentitud, obligando a Isabel a sentarse a su lado. Recordó la información que Deibi le había dado por teléfono, sobre la visión de los pobladores del fantasma que aparecía en la carretera en dirección a La Costa.

—¿Estás segura?

Ella asintió, extrañada por su reacción.

—Quería matarla, lo sé. Lo sentí.

Javier apretó el ceño, furioso y asustado por lo que escuchaba, pero se obligó a calmarse para no alterarla. Isabel aún temblaba por el temor que le produjo la pesadilla. Volvió a recostarse en la cama y la ubicó a su lado, entre sus brazos.

Ella cerró los ojos e intentó olvidarse de aquellas imágenes, estaba cansada, había sometido a su organismo a constantes sobresaltos. La cercanía de Javier le transmitía una paz agradable, quería aprovecharla para descansar.

Él, sin embargo, se esforzó por serenarse para permitirle dormir, pero estuvo el resto de la noche con la mirada perdida. Analizaba la información que ella acababa de darle y la que había recibido de su amigo horas antes. Ahora se encontraba libre de la maldición, debía regresar a La Costa para ocuparse de sus problemas y ayudar a sus hermanos a resolver los conflictos que atormentaban a la región.

—¿Y cuándo regresas? —preguntó Isabel horas después mientras disimulaba su desilusión hurgando dentro de su bolso.

—Intentaré que sea hoy mismo, o mañana —respondió Javier al dejarla en su trabajo. Estaba tenso, inquieto. Aunque ya se encontraba liberado de la maldición algo en el ambiente lo ponía nervioso.

—¿Me llamarás?

Él giró el rostro hacia ella para fundirse en su mirada acaramelada.

—Claro que lo haré.

Después de un suspiro, Isabel se despidió con un beso y bajó del vehículo caminando en dirección al centro comercial donde estaba ubicado el Café. Javier la siguió con la mirada hasta que se perdió entre la muchedumbre. Anhelaba estar con ella más tiempo, ahogarse en su boca y vivir solo de sus

caricias, pero debía regresar a La Costa, prometió que lo haría cuando se librara del mal que lo afligía. Ese momento había llegado.

Si aspiraba iniciar una relación estable con Isabel, primero debía eliminar los problemas.

Encendió el auto y oteó los alrededores antes de marcharse. Comprendía que Isabel era un elemento clave para resolver sus asuntos y encontrar la paz, pero no podía abordarla y confiarle su verdad sin comprender lo que sucedía. ¿Cómo era posible que ella tuviera sueños tan reales de La Costa, de la bestia y de los problemas que allí se enfrentaban? ¿Serían esas pesadillas esenciales para entender lo que ocurría?

Había notado esa noche, y en otras oportunidades, que Isabel se llevaba las manos al cuello cuando estaba nerviosa y se tocaba cerca de una pequeña cicatriz. Buscaba algo, quizás un collar perdido. Tal vez, el que él obtuvo después de aquel sueño en que una cálida luz lo liberó de su cautiverio.

Arrugó el ceño mientras aumentaba la velocidad con rumbo a la carretera que conectaba la ciudad con La Costa. Tenía que encontrar una solución para borrarle el temor que sentía por la bestia, era la única manera de incluirla en su vida.

Por tener toda su atención puesta en esos pensamientos, no pudo agudizar los sentidos para sentir la proximidad de la maldad.

A pocos metros de distancia, escondido entre la multitud de transeúntes que iniciaban sus faenas laborales, un hombre de ojos verdes se mantenía atento al camino que tomaba Isabel y la siguió al interior del centro comercial, hasta que ella entró en el Café donde trabajaba.

Jairo sonrió con malicia. Ya tenía ubicado a su objetivo.

Capítulo 9. Destrucción

William dejó sobre la mesa el libro que leía, se quitó las gafas y se frotó los ojos mientras se llenaba los pulmones de aire. Se recostó en el respaldo de la silla, abatido, con la cabeza vuelta espuma de tanto que revolvía los pensamientos.

El sonido de un auto que se estacionaba frente a su casa lo sacó de su letargo. Con toda la rapidez que sus oxidados huesos le permitían se levantó para asomarse por uno de los ventanales. Sonrió de dicha al confirmar sus sospechas.

Se apresuró a salir al pórtico para recibir al visitante.

—¡El hijo pródigo vuelve a casa! —exclamó.

—Pero no vengo arruinado, sino todo lo contrario —le aseguró Javier y salió del auto para acercarse a su padre y estrecharlo en un fuerte abrazo.

—Me alegra que estés aquí, pero, ¿qué sucedió? ¿Arreglaste el problema con Gabriel?

—A eso vengo. Hoy mismo solventaré esa situación.

Javier le hizo un gesto a su padre para entrar en la casa. William obedeció y escondió su preocupación. Por la calma que tenía su hijo podía predecir que no estaba al tanto de los últimos acontecimientos.

Se dirigieron al comedor. William volvió a sentarse en la silla que había ocupado minutos antes y observó a Javier entrar en la cocina para buscar algo de beber antes de reunirse con él.

—¿Cómo has estado? —preguntó Javier cuando regresó con un vaso de limonada en la mano y se ubicó a su lado.

—Como siempre —respondió William y alzó los hombros con desinterés.

—¿Y La Costa? Ayer hablé con Deibi por teléfono y me contó sobre el asesinato del pescador.

William se pasó una mano por su cabello canoso.

—La policía se encarga de ello. No podemos inmiscuirnos. Eso ha despertado temor entre los pobladores y ha llamado la atención de curiosos.

Javier escuchaba con atención a su padre mientras tomaba su bebida y evaluaba las emociones que se reflejaban en su rostro. Lo conocía bien. Podía notar que William estaba nervioso y enfadado.

—Las historias del «fantasma de la carretera», como lo llaman los habitantes, tiene al pueblo revuelto —continuó el hombre—. Pero también a las bestias, sobre todo, a la de Gabriel. Estos días ha estado insoportable.

En medio de un suspiro Javier se levantó.

—En parte, regresé por el tema del fulano fantasma. Me urge hablar con Baudilio. ¿Sabes si se encontrará en su casa?

William lo siguió con la mirada mientras su hijo entraba de nuevo a la cocina. Una media pared dividía los espacios, de esa manera no perdía detalle de sus movimientos.

—Creo que sí. Vive ahogado en el humo de los tabacos y a veces se queda dormido sobre viejos libros o encima de los caracoles. Está obsesionado con una profecía de la que habla Gabriel.

Javier se tensó al escuchar sobre esa predicción. En varias ocasiones su hermano había justificado la ira que sentía hacia él con esa excusa. Quería evitar una profecía que nadie conocía.

Dejó el vaso que había usado sobre una encimera y abrió una lata de galletas saladas.

—Sabes si ha averiguado algo de eso —consultó y le dio un mordisco a una.

—No creo. Ya lo hubiera dicho.

William no sabía qué hacer, entrelazaba las manos sobre la mesa y torcía el rostro en una mueca de disgusto.

—¿Irás a la cosecha? —se atrevió a preguntarle a su hijo.

—Después de hablar con Baudilio.

—Deberías llamar primero a los chicos.

—¿Para qué? Deben estar allá. Pasaré por la cosecha después.

—Deberías llamarlos primero —insistió William y se levantó de la mesa para dirigirse hacia las escaleras ubicadas al fondo de la sala de estar, que lo llevarían a su habitación.

Javier se giró hacia él, confundido.

—¿Tienes algo que contarme?

—No. Habla con Deibi o con Jonathan, tienen más energía que yo para estas cosas.

Las palabras de su padre aumentaron su ansiedad. William se marchó sin darle la cara. Era evidente que algo sucedía.

Terminó de comer y se dirigió a su auto. Ese día tenía mucho que hacer.

Minutos después abría un cercado construido con alambres y troncos para adentrarse a pie en una vieja vivienda. Por fuera, parecía una casa abandonada. Sola, silenciosa y oscura. Altos árboles la ocultaban del sol e infinidad de arbustos y maleza la escondían de la vista de los que pasaban por la vía.

Javier cruzó el porche y se dirigió por un lateral a la parte trasera de la casa. La puerta de la cocina no tenía seguro y Baudilio solía pasarse las horas en esa área.

Aunque el espíritu de la bestia lo había dejado muchos años atrás, cuando su cuerpo ya no tenía la capacidad de soportar sus exigencias, los agudos sentidos parecían no haberlos perdido. Baudilio podía presentir la cercanía de los guerreros, captaba la tensión que predecía la aparición de la bestia y contaba con un instinto especial para sentir presencias poderosas. Algunos en la sociedad étnica aseguraban que si la comunidad hubiera mantenido la

estructura de las tribus fundadoras, él de seguro, sería el chamán. Era el único que aún practicaba las costumbres mágicas de los ancestros, leía los oráculos y estudiaba los diarios dejados por sus antecesores. Desde que había perdido a su esposa, dieciséis años atrás, en el mismo trágico suceso donde Javier perdió a su madre, se mantuvo solo. Nadie más vivía con él. A todos les decía que la soledad era la mejor compañera para un hombre aún afectado por la pérdida.

Javier llegó al patio trasero invadido por hojas y plantas silvestres y se dirigió a la puerta de la cocina.

—Los ancestros te traen hasta aquí. —Escuchó que hablaban desde el interior de la casa. Con una sonrisa entró a la vivienda. El familiar olor del café le invadió los pulmones.

La cocina era amplia y estaba decorada con muebles viejos y deteriorados. Cacerolas abolladas y calderos manchados se encontraban esparcidos por el lugar o colgados de artilugios en el techo, junto a puñados de hierbas, empaques de alimentos y utensilios de cocina.

En el centro de la estancia, sentado en una mesa de cuatro puestos, se hallaba Baudilio, un hombre de piel trigueña, cara ovalada de facciones indígenas y cabellos oscuros y largos hasta los hombros. Sus labios estaban curvados en una sonrisa y sus ojos rasgados brillaban.

—Para ti —dijo al señalar una taza de cerámica repleta de café que se encontraba sobre la mesa. Entre las manos él tenía la suya—. Sabía que vendrías.

Javier no hizo ningún comentario. Se sentó frente a él y le dio un trago a la bebida. No le extrañaba que lo estuviera esperando.

—¿Cómo has estado?

Baudilio alzó los hombros y arrugó el rostro en una mueca de indiferencia.

—Como siempre. Hay cosas que no cambiarán nunca.

Dejó la taza a un lado para tomar una caja de madera que acercó a Javier.

—Toma un puñado.

Él miró por unos segundos los caparazones sonrosados de los caracoles y luego hizo lo que el líder le indicaba.

—Sabes lo que tienes que hacer —dijo Baudilio mientras cerraba la caja y la dejaba a un costado.

Javier los esparció sobre la mesa. El líder tomó un tabaco encendido que había dejado encima de un cenicero y le dio una profunda calada. Expulsó el humo sobre los caparazones y comenzó a evaluar con detenimiento las formas que habían formado.

—¿Has hablado con Gabriel? —preguntó sin abandonar su tarea.

—No.

El hombre señaló un grupo de caracoles agrupados en el centro.

—La estrella está donde debería estar. —Tras el comentario de Baudilio, Javier no pudo evitar inquietarse—. Pero aún no ha hecho lo que debería hacer.

—Estoy libre de la maldición —expuso Javier. El líder lo miró—. Al llegar a Maracay hice de todo para quitármela, pero nada sirvió. Anoche, lo único que hice, fue estar con ella.

Baudilio suspiró y lo señaló con un dedo huesudo.

—Nuestra bestia se alimenta de emociones. Debiste sobresaturarla de sentimientos positivos y eso le concedió la fortaleza para sacar al intruso.

Javier quedó pensativo. Recordaba las fuertes sensaciones que había sentido cuando estuvo con Isabel. Ella era capaz de despertar emociones intensas en él.

—¿Mi oráculo se cumplió?

El líder sonrió con burla y regresó la mirada a los caracoles.

—Liberarte no era el trabajo de la estrella, sino el tuyo.

—Tú dijiste...

—¿Le devolviste la luz? —El guerrero lo observó en silencio—. Tienes que hacerlo para que ella te ilumine. Hasta ahora, lo único que has logrado es un encuentro, cuando hables con Gabriel las cosas cambiarán.

—¿Por qué? Lo que quiero es resolver mi problema con él.

Baudilio se apretó los ojos con los dedos y en medio de un suspiro se levantó de la mesa para dirigirse a una repisa ubicada cerca de la puerta que dirigía a las habitaciones.

Javier lo esperó con la mirada fija en la figura de una estrella que habían formado los caracoles en el centro de la mesa. Segundos después, el líder regresó cojeando. Tenía años con una dolencia en una cadera que jamás se hizo estudiar por expertos.

Se sentó con un grueso libro en las manos, de hojas desgastadas y amarillentas. Apartó los caparzones con un brazo para hacer lugar y abrió el texto buscando una página que tenía marcada con un trozo de hoja seca.

—Ayer, con la ayuda de Gregory, el único de los guerreros que parece escuchar mis palabras —expresó con cierto tono de reproche—, secuestramos a Gabriel.

Javier amplió los ojos, aunque no ponía en duda lo que decía.

Baudilio, para conseguir lo que quería, era capaz de lo que sea. Y Gregory siempre fue un buen aliado cuando se quería obligar a alguien a hacer algo.

—Lo engañamos y lo llevamos a una de las bodegas donde almacenamos las semillas de cacao. Preparé un brebaje para drogarlo e interrogarlo. Gregory tuvo que luchar con él para hacerle tragar la mezcla. Fue una guerra difícil, pero el chico disfrutó a lo grande —expuso con una sonrisa torcida.

Javier cruzó los brazos en el pecho recostándose en el respaldo de la silla y achicó los ojos. Meses atrás, Gregory había cumplido la mayoría de edad, y unas semanas antes había comenzado a experimentar los cambios que la bestia

producía en su cuerpo. Aún se hallaba en una etapa de adaptación, donde conocería a su espíritu y las capacidades que este le aportaba. Con la ayuda de Albert, quien se había convertido en su mentor, lograba llevar el cambio con naturalidad, pero resultaba un riesgo utilizarlo para un engaño como ese. Gabriel estaba perturbado y él no conocía bien su fuerza, pudo presentarse algún inconveniente.

—Lo encadenamos a las tuberías principales de riego y le hice una especie de... exorcismo. —Baudilio apartó la mirada del libro para ver a Javier con angustia—. Pensé que enloquecería, se debatía con violencia. Lo que le hacen a ese chico es grave y si siguen trastornándolo así van a afectarle el cerebro.

Javier se tensó. Las bestias producían un fuerte sentimiento de hermandad entre ellos, un ataque a uno en particular, era una amenaza directa a todo el grupo.

—Si yo pude quitarme la maldición, él...

—Él tiene algo diferente, más poderoso —lo interrumpió—. Además, la naturaleza se está aprovechando de eso para poner marcha sus designios. Lo utiliza.

—¿A qué te refieres?

—A esto —respondió Baudilio y le señaló un dibujo trazado en carboncillo incluido en el libro.

—Varios de nuestros antiguos chamanes hablaron de una profecía, pero ninguno pudo explicarla con precisión. Solo nos dejaron dibujos de sus visiones o frases escritas que escucharon en sueños. —El líder giró el libro para colocarlo frente a Javier. La imagen correspondía a dos bestias paradas sobre una gran roca, frente a una cosecha de cacao. Una de ellas tenía los brazos alzados al cielo, en dirección a la única estrella que poblaba el firmamento—. Esta es la imagen más completa, las fechas que señalan están cercanas a nuestra época y expresa casi lo mismo que pude sacarle a Gabriel.

Javier se inclinó hacia el libro para detallar la imagen.

—Dos guerreros están marcados, uno parece entregar algo, el otro, se asegura de que la entrega se efectúe. Supuestamente esa inmolación logrará un cambio en nuestra sociedad, quizás, en la bestia. El oráculo de Gabriel señala un sacrificio y el tuyo, el cumplimiento de una misión gracias a la luz de una estrella. Los destinos de ambos están ligados a esta profecía y Gabriel lo sabe. No sé cómo, pero lo sabe.

—¿Por eso actúa así?

Baudilio suspiró y bajó los hombros asumiendo una postura de cansancio.

—Ustedes saben por lo que ha pasado ese chico, la infancia difícil que ha tenido por culpa del orgullo de su padre, que se empeña en pisotear sus raíces para transformarlo en alguien «normal».

El líder no dudó en expresar con desprecio las aspiraciones de Ildemaro Veldetta, el padre de Gabriel, un sujeto que después de emparentarse con la madre del guerrero se negó a mezclarse con las tradiciones de la sociedad. Acusaba a sus miembros de fanáticos, sin embargo, sentía gran interés por la cosecha de cacao orgánico que esta manejaba, veía en ella una excelente oportunidad empresarial a nivel internacional. Con pericia se convirtió en el representante legal de la empresa ante los compradores, reconocía la alta calidad del producto y no dudaba en invertir en él y colaborar para que la sociedad alcanzara mayores beneficios con su producción. Luego, después de la muerte repentina del anterior administrador, él se hizo cargo de esa función pretendiendo con ella modificar algunos de los métodos de trabajo de la sociedad.

—Lo único que Gabriel tiene de valor es a Rebeca, esa mujer se ha transformado en su columna. Sobre todo ahora, que la chica está embarazada.

Javier se envaró y apretó la mandíbula.

—¿Piensa que Rebeca es lo que deberá ofrecer?

—La profecía hace mención a «la cosa de mayor valor para el guerrero».

Con verdadera preocupación, Javier se pasó las dos manos por el cabello.

—¿Gabriel piensa que tendrá que sacrificar a Rebeca y yo velaré porque eso se cumpla?

—Eso podría explicar el conflicto.

—¡Es una locura! —Javier se enfureció. Las bestias fueron llamadas para proteger a las tierras y a los miembros de la sociedad. Rebeca y Gabriel formaban parte de ella. Aquella profecía, más que vaticinar un cambio, declaraba una guerra.

—Pero eso no es lo peor.

—¿Qué es peor? —indagó agobiado.

—Gabriel cree que este tema de la estrella es lo que te dará la fortaleza que necesitas para cumplir tu misión. Por eso se empeña en alejarte de estas tierras y de todo lo que amas. No tiene idea de que se trata de una persona que está fuera de La Costa. —Baudilio no apartó la mirada de él. La seriedad de su rostro angustiaba a Javier—. Si llega a enterarse que es una chica que no pertenece a nuestra sociedad, será capaz de cualquier cosa. Puede hacerle daño, no existen leyes morales que se lo impidan, y él hará lo que sea por proteger a su mujer y a su hijo.

En medio de un gruñido Javier se levantó, sus ojos brillaron. El líder alzó las manos en señal de rendición.

—Es una suposición. —Baudilio se quedó inmóvil ante el guerrero, sabía muy bien cuál era el límite que no debía cruzar—. Además, no sabemos si esa chica, la estrella, tendrá alguna vinculación con la profecía. El dibujo no es claro. Pareciera que solo ilumina, no he logrado averiguar si hace algo más.

—Ella tiene sueños —comentó Javier, procurando serenar a su bestia.

—¿Qué dices? —inquirió el líder con curiosidad.

—Sueña con La Costa y con la bestia, aunque jamás ha pisado estas tierras

y nunca le he hablado sobre nuestro secreto. —Baudilio bajó los brazos y lo observó con el ceño fruncido—. Ha tenido pesadillas recurrentes, en una es atacada por una bestia que según su descripción, es Gabriel. Se salva porque logra entrar a mi casa, pero no podemos vernos, en ese punto ambos nos despertamos.

—¿Ambos?

Javier se relajó y sacó una caja de terciopelo del bolsillo de su pantalón.

—Sueño con lo mismo, creo que de forma simultánea. Ella me confesó que despertaba siempre a la misma hora: doce y cuarenta de la madrugada. Es exactamente el momento en que yo logro despertar. La primera noche encontré esto entre mis manos. —Abrió la caja y le enseñó el collar con dije de estrella—. No le he preguntado si le pertenece, pero en varias oportunidades he visto que se lleva la mano al cuello y busca algo que ya no está, y tiene una cicatriz en ese lugar, como si hubiera sido hecha con un cuchillo... o una garra.

Baudilio no podía cerrar la boca ni los ojos. Había sido testigo de innumerables cosas sobrenaturales, pero la vida jamás dejaba de sorprenderlo.

—Anoche estuvimos juntos y no solo pude liberarme de la maldición, su sueño cambió. —El guerrero se sentó de nuevo inclinándose hacia el líder—. Soñó que entraba en el viejo hotel, donde encontró a la bestia llorando junto a un pozo de sangre, rodeada de fantasmas entristecidos y de un espíritu que la perseguía. —Los ojos de Baudilio se ampliaron aún más, el viejo hotel era el lugar maldito donde había ocurrido la tragedia que acabó con media sociedad dieciséis años atrás, incluyendo a su esposa—. La descripción que me dio de ese nuevo ser es exacta a la que dan los pobladores: un jaguar grande y fantasmagórico de ojos enrojecidos, pero ella le vio el rostro, es cadavérico y parece débil. Quiere a la bestia.

El líder soltó en un bufido todo el aire que tenía acumulado.

—El jaguar desterrado —expresó en susurros, su rostro reflejó entendimiento.

—¿De qué hablas?

—Del pacto hecho centenares de años atrás —explicó el líder—. Todo poder tiene dos caras, una buena y una mala. El pacto nos dio la buena, que es la bestia que llevamos dentro, pero la bestia mala fue desterrada, encerrada en lo más profundo del inframundo para resguardar la paz. Si está afuera, es porque estamos utilizando mal nuestro poder y alguien pudo aprovecharse liberándola.

—¿Estamos utilizando mal nuestro poder? —indagó cada vez más desconcertado.

—A la bestia —explicó Baudilio afincando en Javier su mirada severa—. Rompemos el convenio de cuidar y proteger a estas tierras y a la gente, poniendo de primero nuestros asuntos personales. Lo despertamos, facilitándole el trabajo a quien sea que se atrevió a abrirle la puerta.

Javier sentía rabia, pero no sabía si era hacia sí mismo o hacia alguien en especial. Aquel conflicto lo confundía demasiado.

—¿Qué haremos?

—No lo sé. Aunque tenemos más pistas, cada asunto es demasiado complejo. Debemos averiguar quién sacó a la bestia del destierro, que tal vez es la misma que te hechizó a ti y a Gabriel, y buscar las maneras de regresar esa maldición al inframundo antes de que acabe con la vida en La Costa; pero además, comprender el tema de la profecía para darle tranquilidad a Gabriel y traer de nuevo la paz a estas tierras.

Javier hundió la cabeza entre las manos. Frustrado. Ambos se quedaron allí por un tiempo indeterminado, en silencio, sumidos en sus pensamientos, hasta que él reaccionó, guardó la caja que contenía el collar en el bolsillo de su pantalón y se marchó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Baudilio, e hizo un esfuerzo por seguirlo en medio de su cojera.

—Voy a hablar con Gabriel.

El líder suspiró mientras lo veía cruzar el patio en pocas zancadas. Luego volvió a la cocina con los hombros caídos.

—Que los ancestros nos protejan —exclamó, y tomó de la mesa el libro para cerrarlo.

Caminó con una marcada cojera hacia el interior de la vivienda. Sabía que las cartas estaban echadas y no quedaba otra opción que esperar.

Javier se detuvo en medio de la devastación con los puños cerrados y el cuerpo rígido. Sus ojos, ahora amarillentos, oteaban cada tramo destruido de la cosecha en busca de algún indicio de lo que había ocurrido, pero nada divisaba. Todo había sido calcinado, consumido por el fuego, de la misma manera en que la ira le consumía la cordura.

—Imaginé que estarías aquí.

La voz de Jonathan no fue capaz de modificar un milímetro su postura. Había sentido la cercanía de su hermano, pero el rencor que sentía al ver los sembradíos desechos lo dominaba.

—¿Quién fue?

—No sabemos. —Jonathan se detuvo a su lado, con la mirada fija en los restos calcinados—. Sucedió en el mismo momento que el incendio de la montaña. Aquí teníamos a los trabajadores seguros, pero varios voluntarios estaban atrapados entre las llamas allá arriba. No podíamos dejarlos morir.

—Entonces, fue premeditado. —Los puños de Javier se apretaron aún más. La presión le hacía brotar las venas de los brazos.

—No hemos encontrado rastros. El que lo hizo conoce a la perfección nuestras debilidades. Sabe cómo engañarnos.

—¿Gabriel estaba con ustedes?

—En la montaña sí, luego, desapareció.

Javier se giró hacia Jonathan y observó fijamente su rostro trigueño.

—¿No ayudó con la cosecha?

Jonathan guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Gabriel está muy mal, pierde el control de manera repentina, cuando se pone así no podemos serenarlo. La única que lo logra es Rebeca, pero tratamos de no acudir a ella para evitar un posible accidente. Al darnos cuenta lo que aquí había sucedido, nos enfurecimos. Si Gabriel hubiera estado con nosotros, nos habría complicado el trabajo de recuperación. En realidad, no le avisamos.

Al girarse de nuevo hacia la cosecha, o lo que quedaba de ella, Javier sintió repulsión. Si el ataque había sido premeditado fue un abierto desafío contra él. Aunque la tierra se trabajaba en conjunto, cada uno era dueño de una fracción. Fue la suya la afectada, más de la mitad del cultivo se fundió en el fuego.

—¿Por qué no me llamaron? —preguntó irritado.

—No podemos ocuparnos de dos cosas a la vez. Gabriel y tú...

—¡Son mis tierras! —gritó enfurecido.

—¡Lo sabemos! Pero estás perturbado como Gabriel, lo único que hubiéramos logrado era crear enfrentamientos entre ustedes. Debíamos salvar la cosecha —expuso Jonathan con firmeza.

—Ya no tengo la maldición. —El guerrero lo observó con cierta incredulidad. Su desconfianza aumentó la rabia de Javier—. Me libré de ella y no voy a explicar cómo.

—Javier...

—Me quedaré, le guste a Gabriel o no —ostentó con determinación—. Soy dueño de esta cosecha y guardián de esta región. Se acabó el destierro voluntario. Si alguno no lo comprende, se lo haré entender.

—¡Nadie pone en duda tus derechos en La Costa! —se quejó su hermano.

—Bien, entonces, disculpa. Tengo mucho trabajo que hacer.

Después de decir aquello le dio la espalda y se encaminó hacia los restos calcinados. Se quitó la camisa y la dejó sobre una rama. La rabia lo subyugaba, debía exteriorizar todo ese rencor y la mejor manera era trabajando.

Capítulo 10. La profecía

Salió del Café irritada, había pasado la mañana sin recibir noticias de Javier.

Aunque sabía que era muy pronto para una llamada o un mensaje, la cólera no la dejaba en paz. En varias oportunidades cometió el error de demostrar su enfado con los clientes, siendo reprendida por su jefe.

Se marchó a su casa con el rostro crispado y al llegar, abrió con brusquedad la puerta para entrar. Quería evitar congeniar con la vecina, quien constantemente barría la calle en espera de novedades.

Extrañaba el ajetreo de Caracas, caminar entre un mar de gente desconocida que nunca la miraban para ver si estaba feliz, enfadada o triste. Echaba de menos la universidad, la tensión por los estudios, las interminables horas de charlas con Jesenia y las noches de fiesta con sus compañeros.

Dejó de lado su vida, todo lo conocido y amado, para irse a esa ciudad con intención de descansar y olvidarse de los problemas. Sin embargo, allí se encontraba, con el alma arrugada a causa de un hombre al que había conocido unos días atrás. Un sujeto que la desarmaba con una simple mirada y despertaba en ella emociones inquietantes.

Cruzó con rapidez la sala de estar, lanzó la cartera y las llaves sobre una repisa y siguió hasta la cocina con el recuerdo del cuerpo desnudo de Javier en la mente. No había podido borrarse esa imagen de la cabeza durante el día. Le parecía sentir aún en los dedos la suavidad de aquella piel dorada, que cubría un cúmulo de músculos y huesos tan duros como el acero.

Abrió el refrigerador para sacar la botella de agua que estuviera más fría. Quería congelar el impetuoso deseo que le recorría el cuerpo.

—Imbécil —susurró mientras se encargaba de quitar la tapa de rosca y cerraba el refrigerador con una patada.

Se giró para dirigirse hacia su habitación, pero quedó petrificada al darse cuenta que no estaba sola.

—Cuñi, ¿te sientes bien?

Erika tenía los ojos abiertos en su máxima expresión. Se encontraba de pie, inmóvil y con una bandeja de carne asada en la mano; junto a ella estaba Aarón, que se hallaba sentado en la mesa con los brazos cruzados en el pecho y el rostro apretado.

—¿Dónde pasaste la noche? —preguntó él sin modificar su postura. Pudo percatarse que su hermana había pasado por la casa a cambiarse de ropa antes de ir al trabajo, pero eso lo hizo cuando él ya se había marchado.

Isabel bajó los hombros en señal de derrota. Erika le dirigió una mirada condescendiente y le indicó que se sentara en la mesa frente a su hermano mientras ella buscaba otro plato y un juego de cubiertos.

—En el apartamento de Javier —le confesó sin mirarlo a los ojos, centrada en el diseño florido del mantel que cubría la mesa.

—¿Él es el imbécil que te hace enfurecer de esa manera?

—No. Es... un chico del trabajo —respondió pensando en uno de sus compañeros. Si Aarón se empeñaba en exigirle detalles de sus problemas, tendría que utilizarlo para salir del atolladero. No sabía cómo explicar lo que le sucedía con Javier.

Erika llegó con los nuevos utensilios que acomodó rápidamente en la mesa. Volvió a tomar la bandeja y repartió la carne entre los comensales. Aarón la ayudó con la ensalada y pronto el trío estuvo comiendo en silencio.

Ninguno sabía qué decir. Isabel aguijoneaba con desgana los vegetales, tenía poca hambre, no podía olvidarse del recuerdo de Javier. Se arrepentía por haberle confesado sus estúpidas pesadillas. Tal vez por esas locuras él había perdido el interés en ella.

Torció el rostro en una mueca de disgusto, apoyó un codo en la mesa y

hundió el rostro en la mano. No debió confiarle sus intimidades a un hombre que acababa de conocer y le atraía con intensidad, mucho menos, a pocas horas de haber hecho el amor hasta quedar inconsciente entre sus brazos.

—¿Qué sucede? —indagó Aarón con verdadera preocupación—. Sabes que puedes dejar ese trabajo y buscar una distracción más sencilla.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué pasa? —El hombre dejó los cubiertos junto al plato y endureció el rostro— ¿Jairo ha vuelto a molestarte?

—¡No! —respondió Isabel con irritación. Se levantó y se retiró a su habitación sin dar explicaciones.

Tenía un nudo apretado en el pecho. Se tumbó de espaldas en la cama con los brazos abiertos. No entendía qué demonios le sucedía. Las lágrimas estaban a punto de brotarle y tuvo que morderse los labios para evitar gritar los improperios que tenía acumulados en la garganta.

Un tímido golpeteo en la puerta la hizo arrugar el ceño. En ese momento le urgía estar sola.

—Pasa —dijo abnegada. Era consciente de que ni su hermano, ni su cuñada, la dejarían sin una respuesta.

Aarón entró en silencio y se sentó en la cama frente a ella, sin apartar la mirada del suelo.

—Los hermanos de Erika están fuera de la capital por asuntos de trabajo. En su casa hay una habitación disponible...

—No es eso, Aarón —lo interrumpió Isabel mientras se giraba para quedar ovillada y abrazada a la almohada. Su hermano pretendía proponerle pasar una temporada en la capital, pero a pesar de extrañar sus costumbres, no deseaba alejarse de Maracay. Al menos, hasta no tener noticias de Javier.

Después de un profundo suspiro el hombre volvió a intentarlo.

—¿Por qué no llamas a Jesenia? Tenemos las playas de La Costa a una hora

de distancia, les puedo prestar el auto y hablas con Javier para que les recomiende un lugar...

Isabel emitió un bufido sonoro y se volvió a recostar de cara al techo. Por su reacción, Aarón pudo captar el motivo de su estado.

—Sabes que puedes confiar en mí.

—Estoy bien —respondió ella—. Solo que me he vuelto un poco... ansiosa.

—La idea de que estés aquí es que puedas descansar.

—Lo sé. Te prometo que será un mal pasajero —le confesó. Aarón la observó por unos segundos y le acarició el brazo que tenía más cercano.

No podía hacer más. No quería presionarla, ni tampoco intervenir. Isabel no era una niña y aunque él se sintiera responsable de su vida, había ocasiones en que debía mantenerse al margen.

Se levantó de la cama y abandonó la habitación con el ceño fruncido. Recordaba la noche anterior en el restaurante: las miradas profundas que su hermana y el sujeto compartían, las caricias y las manos entrelazadas. No debían tener mucho tiempo de haberse conocido, ni siquiera de relacionarse, sin embargo, ambos se comportaban como si tuviesen juntos una eternidad.

Antes de cerrar la puerta se dirigió a la chica.

—Tengo mucho trabajo esta tarde, pero Erika debe marcharse a Caracas, su madre no está bien de salud. ¿Podrías acompañarla a la terminal de autobuses?

—Seguro.

Aarón la miró con frustración, no quería que su hermana volviera a caer en depresión.

—Hoy mi jefe me confirmará si debo viajar mañana a la capital para comprar unos computadores que nos hacen falta. Me gustaría aprovechar la ocasión para visitar a Armando y ver cómo sigue el asunto de la demanda, y a la madre de Erika. Quizás me quede el fin de semana, pero si estás así, no haré el viaje.

Isabel se obligó a levantarse de la cama. Se sentía abatida, pero se comportaba como una niña frente a su hermano.

—No te preocupes. Llamaré a Jesenia para que venga con algunas amigas, así haremos una pijamada.

Aarón amplió los ojos. Isabel sabía que con eso lo calmaría. Su amiga era muy activa y se esforzaría por subirle el ánimo. Aunque sus acciones, en ocasiones, parecían descabelladas.

—Espera a que me aseguren si debo viajar.

—¿Por qué? ¿Te da miedo Jesenia?

—Jesenia y sus ideas —le confirmó al tiempo que se marchaba con una diminuta sonrisa en los labios.

Isabel lo imitó, pero el gesto le duró poco tiempo. Volvió a tumbarse en la cama con un dolor lacerante en el pecho y la imagen de Javier clavada en la memoria.

Sabía que aquel día sería largo y extenuante.

Golpeaba la tierra chamuscada con la punta de una pala mientras un empleado distribuía abono orgánico y hojas secas. Necesitaban recuperar los nutrientes que había perdido el suelo para dar fortaleza a los nuevos brotes. Deibi pasó por su lado con varias ramas sobre el hombro, podaban los árboles devastados por el fuego.

Al dejar los restos sobre el camión apostado a un costado del camino, se limpió con el dorso del brazo el sudor de la frente y se acercó a Javier. La tarde caía, el sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas.

—Deberíamos terminar la jornada, es suficiente para los trabajadores.

—Yo me quedaré.

—Lo imaginé. Yo también me quedaré, pero no podemos obligar a los empleados a seguir.

Javier detuvo su tarea y se irguió para quedar a la altura de su hermano.

—Trabajaré toda la noche, necesito terminar mañana mismo.

—¿Por qué?

—Debo regresar a Maracay —confesó mientras retomaba su labor.

—¿Por la chica de la discoteca? —preguntó Deibi con curiosidad.

—Sí.

—¿Qué harás? —indagó.

Javier les había contado a sus hermanos, sin muchos detalles, lo sucedido con Isabel y las suposiciones de Baudilio. Gregory se comprometió a colaborar con el líder para encontrar más pistas que aclararan la situación. Albert se encargaría de conversar con Rebeca para tener detalles sobre las ideas que atormentaban a Gabriel, y Jonathan y Deibi se ocuparían de mezclarse con los pescadores y la gente del pueblo para obtener más información sobre el fantasmagórico espíritu que acechaba a las bestias. No podían descuidar ninguna tarea. Menos ahora, que se sentían presionados por una confusa profecía.

—Debo encontrar las maneras de decirle la verdad. Hoy busqué a Gabriel por toda La Costa, pero no lo encontré. —Dejó nuevamente el trabajo para repasar la cosecha con la mirada—. He sido víctima de la violencia de sus locuras, si llega a hacerle algo a Isabel... —Observó a Deibi con los ojos llenos de ira—, seré yo el que va a enloquecer.

Deibi mantuvo su mirada. Sabía que debía cambiar el tema para no agobiarlo más.

—¿Te enteraste del tema de la certificación orgánica? —En el rostro de Javier se reflejó su incredulidad—. Ildemaro Veldetta logró que nos concedieran el certificado de garantía para exportar nosotros mismos el cacao, sin tener que contar con distribuidores extranjeros, así ofrecemos un precio más atractivo asegurando su venta. Todos se alegraron por la noticia, pero eso

generó una discusión acalorada entre los líderes y Veldetta.

—¿Por qué?

—Ildemaro quiere realizar una campaña de venta agresiva que nos llevará a compradores más importantes, eso podría ser beneficioso, pero no permitirá que regulemos el precio. Seguiríamos en lo mismo. Lo que nos ahorramos en intermediarios lo gastamos en marketing. Los líderes quieren vender ya, tenemos a decenas de interesados en el exterior que no pueden acceder al producto por su alto costo, pero según Ildemaro, la publicidad hará que se reconozca el cacao y aumente su valor.

Javier hizo traquear los huesos del cuello para aliviar la tensión, hablar de Ildemaro lo hacía pensar en Gabriel, y eso no lo calmaba.

—Ildemaro sabe que tiene que regirse por lo que decida el Consejo de líderes.

—Lo sabe, pero no lo acepta. Se escuda en el trabajo que ha hecho para conseguir esa certificación y complica las cosas. Dice que le «debemos algo». Se ha vuelto exigente. Además del control legal de la cosecha quiere que le permitamos intervenir en la vigilancia de los sembradíos.

Javier se giró por completo hacia Deibi.

—Ese es nuestro trabajo —asentó con enfado.

—Él lo sabe, pero usa como excusa la quema de la cosecha para demostrar que no podemos atender en todo momento la plantación. Pide incluir a más personal para la vigilancia.

La mandíbula de Javier se apretó, así como sus puños.

—¿A quién?

—No sabemos. Quizás a gente de su confianza. Los líderes tratan de evitar su intervención, pero si seguimos cometiendo errores no tendrán como impedir que él meta sus manos en nuestras tierras. Recuerda que tenemos inversores a quienes rendir cuenta del trabajo, personas que Ildemaro tiene comiendo de su

mano.

Javier desvió la mirada hacia la cosecha para no perder el juicio. Observó a los trabajadores que lo acompañaban, hasta detenerse en el chofer del camión destinado a llevar los desechos a un área de la región especialmente diseñada para ello.

El negro Ismael Miranda apartó sus angustiados ojos de los guerreros para dirigirlos hacia cualquier otro sitio y entrar con disimulo en su vehículo.

Aquel hombre, como algunos otros, eran empleados de confianza de los Veldetta. En varias oportunidades los guerreros los habían pillado vigilando sus acciones, hecho que los incomodaba. Tener a más de esas personas con las narices metidas en sus asuntos aumentaría el clima de tensión que se vivía en La Costa.

—¿Gabriel los apoya? —insistió Javier. No quería perder toda la confianza en su hermano.

—Gabriel está sumergido en el asunto de la profecía. Tal vez, no es consciente de lo que hace su padre.

Deibi regresó al trabajo y Javier se obligó a hacer lo mismo. Ambos querían pensar que el guerrero actuaba desconociendo aquella situación. No querían imaginar que fuera capaz de traicionar a su propia gente, y a su bestia.

Isabel caminó apresurada por la calle desierta. Solo le faltaba atravesar dos más como esa y llegaba a su casa. Minutos atrás había dejado a Erika en la terminal, dentro del bus que la llevaría a Caracas. Su hermano tardaría en llegar, debía viajar al día siguiente a la capital así que tendría algunas cosas pendientes que hacer en la empresa.

Una suave brisa le congeló la piel. Alzó la mirada al cielo y lo vio despejado. La noche era calurosa. Al llegar a la esquina el sonido repentino de un grupo de grillos llamó su atención. Giró el rostro, pero solo encontró

soledad. Cruzó la calle con premura, al llegar al otro lado un fuerte viento, capaz de levantar polvo y basura, la obligó a cerrar los ojos y cubrirse con los brazos. Segundos después todo se aquietó y la luz eléctrica de la calle se apagó.

Oteó los alrededores con el corazón latiéndole a mil por horas para luego seguir su camino. Desconcertada por los fenómenos que se producían esa noche. Unos metros más adelante se detuvo al sentir que le acariciaban los cabellos. Evaluó los alrededores sintiendo una presencia. Sabía que no estaba sola.

El sonido de los grillos regresó y percibió un suave roce en el brazo derecho. La mente se le llenó con el recuerdo del espíritu que acechaba a la bestia de sus sueños. El rostro huesudo de aquel fantasmagórico animal y sus ojos enrojecidos no se le borraban de la mente.

—Conejita...

Ese susurro, mezclado con el sonido de los grillos le erizó la piel. Una sola persona en el mundo la llamaba así, alguien a quien ella no deseaba ver nunca más. Al mirar hacia la acera contraria notó que una figura se movía en medio de la oscuridad. El miedo le disparó la adrenalina y le propulsó las piernas. Corrió sin parar hasta llegar a su casa y encerrarse en ella.

Jairo salió de las sombras. No la perdió de vista hasta que ella se internó en su vivienda. Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios y sus ojos verdes brillaron con lujuria. Se metió las manos en los bolsillos y se marchó en dirección contraria, seguido por el murmullo de los grillos, quienes ahora parecían sus eternos compañeros.

Las horas pasaron. La noche cubría el extenso firmamento y lo llenaba de estrellas. Deibi y Javier terminaban de recoger los últimos restos de la cosecha, habían hecho todo lo posible porque el terreno no perdiera su

fertilidad. Solo quedaban ellos, los trabajadores se habían marchado desde hacía varias horas.

Deibi subió a su Nissan Frontier, cuya parte trasera estaba repleta de desechos vegetales.

—Voy a descargar esto y regreso por lo demás. ¿Estarás bien en mi ausencia?

—Lárgate de una vez —le ordenó Javier mientras apilaba a la orilla del camino las ramas que faltaban, recibiendo una ancha sonrisa como respuesta.

—No me extrañes, bebe —se mofó Deibi. Su broma logró producir una mueca parecida a una sonrisa en su amigo.

Javier se sentía agotado. El trabajo había sido intenso. Quería llegar cuanto antes a su casa, darse un baño, quitarse de encima todo el hollín y la tierra y llamar a Isabel. Le hubiera gustado haber estado con ella, abrazarla, llenarse de su calor y de su aroma, saborear una y mil besos sus labios, pero no podía descuidar sus tierras. Para tener la fortaleza de controlar a su bestia cada aspecto de su vida debía mantenerse estable.

Apenas la camioneta de Deibi desapareció entre la vegetación, él se irguió con la piel erizada. Sus puños se cerraron por instinto. Dejó el trabajo y se giró para enfrentar a Gabriel.

—Te dignaste a aparecer —le reprochó, pero aquellas palabras resultaron como un interruptor para su hermano.

El guerrero corrió hacia él y lo lanzó al suelo. Javier se mantuvo quieto, con la espalda en la tierra y con Gabriel encima, sentado sobre él a horcajadas. Sus largas garras le presionaban el cuello y tenía los dientes afilados a centímetros de su cara.

—Juraste que no regresarías.

—Prometí que no lo haría con la maldición.

Gabriel aumentó la presión de sus manos. Javier utilizó todas sus fuerzas

para golpearlo en la nariz y lograr que perdiera el equilibrio.

Aprovechó su debilidad para quitárselo de encima y cambiar de posiciones. En esa oportunidad era Gabriel quien estaba en el suelo y con la nariz sangrante. Clavaba una mirada enfurecida en Javier, quien sin problemas lograba controlar los esfuerzos que hacía su hermano para liberarse.

—Imbécil, tienes que dejar de hacer eso —le pidió. Gabriel rugía y se debatía, pero Javier parecía tener más poder—. No te haré daño, ni a ti ni a Rebeca. No solo mi naturaleza me lo impide, no pienso participar en esa profecía.

Aquella aseveración inmovilizó a Gabriel. Javier pensó que había logrado convencerlo, así que alivió su agarre para conversar con él de forma civilizada. Sin embargo, el guerrero se aprovechó de su buena intención y lo empujó hacia un costado.

Ambos se levantaron en segundos, pero Gabriel lanzó el primer golpe en el rostro de Javier que lo dejó aturdido y ahí comenzó la lucha.

Las bestias hicieron su aparición y sobre los restos de la cosecha desataron su furia. Entre rugidos y golpes se hacían daño entre ellas, buscando doblegar a la otra.

La bestia de Gabriel logró estrellar a la de Javier sobre una roca y se incorporó para clavarle los filosos dientes en el hombro izquierdo. Un rugido de dolor retumbó en La Costa. Completamente dominada por la ira, la bestia de Javier tomó a su adversaria por la nuca y la lanzó con una potencia arrolladora contra un grueso árbol. El tronco, que se erguía por sobre la vegetación que lo rodeaba, se estremeció con el impacto.

Gabriel cayó de rodillas, con la cabeza y la espalda heridas. La debilidad lo hizo perder la transformación. La bestia de Javier, al percatarse de que el peligro había pasado, le concedió a su portador el control de su cuerpo.

Ambos respiraban con dificultad, sin dejar de vigilarse.

Cada vez que las bestias los abandonaban, el cuerpo les quedaba maltratado por el cambio que había experimentado. Los dolores musculares y las heridas de la lucha podían ser insoportables, pero la rabia que tenían anclada en el alma no les permitía asimilarlo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Gabriel con la voz apagada, lleno de frustración.

—Déjame ayudarte.

El guerrero negó con la cabeza y se levantó tambaleante.

—Lo lograste, ¿cierto? Tu oráculo se cumplió.

Javier se incorporó y alzó las manos en señal de rendición.

—No lucharé más contigo. Somos parte de una misma familia. Podemos encontrar juntos...

—¡NO! —lo interrumpió Gabriel. En su rostro se reflejaba una creciente angustia. Un miedo que se le clavaba a Javier en el alma—. Nunca lo entenderás, no seremos capaces de detener nada. Ya todo el maldito destino está escrito.

—Hay maneras, Gabriel. Los mismos oráculos nos dan las pistas.

—Claro que la dan —respondió mientras se alejaba en dirección a la vegetación sin quitarle la mirada de encima—. La estrella. A ella es a quien tendré que entregar mi tesoro.

Javier endureció el rostro y comenzó a avanzar hacia él. Ambos pudieron sentir la cercanía del resto de los guerreros, el rugido de Javier pudo alertarlos.

—La destruiré, antes de que ella lo haga conmigo.

—Gabriel —lo llamó en tono de advertencia, pero su hermano no captó su amenaza, estaba inquieto por la cercanía del resto de sus compañeros. Después de la emboscada que le habían tendido Gregory y Baudilio desconfiaba de todos ellos. Temía que lo apresaran de nuevo para obligarlo a

cumplir con la profecía.

—La encontraré, te lo juro, y la mataré —expresó con voz temblorosa.

Javier se enfureció y corrió hacia él para hacerlo entrar en razón a los golpes, pero Jonathan y Albert salieron a su encuentro y lo detuvieron, querían evitar más peleas. Gabriel aprovechó la distracción para marcharse, sin prestar atención a los gritos y rugidos de ira de su hermano.

Capítulo 11. Medidas extremas

Gabriel se encerró con llave en su habitación y se dirigió al baño. Se quitó la ropa con brusquedad para meterse dentro de la ducha y abrió al máximo la llave del agua fría. Apoyó ambas manos de la pared y bajó la cabeza para permitir que la lluvia helada cayera sobre su nuca y le recorriera el cuerpo, llevándose consigo la sangre de sus heridas y su ira.

—Maldito seas, Javier Aldama —susurró y alzó la cabeza para que el agua le refrescara el rostro. Estaba exhausto, furioso y temeroso. La amargura le calcinaba las entrañas como brasas y le recordaba el miserable destino que estaba preparado para él.

Al terminar el baño, se secó con una toalla y regresó a la habitación. Sus heridas comenzaban a curarse gracias a los beneficios que le otorgaba la bestia. No podía continuar el juego de enfrentar y amenazar a Javier, aquello no le daba resultados. Tenía que hallar un método más efectivo para terminar de una vez con esa condena.

Se sentó en el borde de la cama y se frotó el pecho. Le dolía, cada vez que la maldición lo dominaba terminaba con un dolor agudo que lo desquiciaba. Recordó el atado de hierbas que María Tomasa le había entregado y él no utilizaba creyendo que era poco efectivo, lo sacó del cajón de la mesita de noche y se lo colocó en el cuello, ansioso porque al menos, lo ayudara a calmarse.

Apoyó las manos en las rodillas y dejó vagar la mirada por el impecable suelo de madera encerada, debía pensar bien en sus próximas acciones. No permitiría que le arrancaran de las manos lo que más amaba en el mundo: a su mujer y a su hijo.

Un tímido golpeteo en la puerta encendió su furia. No tenía ánimos de relacionarse con nadie, mucho menos, con el personal de servicio de la casa.

—¡Lárguense! —gritó, pensando que su reacción había dado resultado al no tener respuestas inmediatas.

—Gabriel, soy yo —una voz sutil lo levantó de forma automática de la cama.

—¿Rebeca? —preguntó, y se enrolló la toalla en la cintura para abrir. El rostro dulce de su mujer apareció frente a él.

La tomó de la mano para introducirla en la habitación y cerró enseguida, pasando de nuevo el cerrojo. La acunó entre los brazos y la besó con desesperación, acariciando con ternura su vientre hinchado mientras el corazón se le estrujaba en el pecho.

Ella era todo para él, perderla sería su fin.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó después de calmar su ansiedad. No vivían juntos para evitar enfrentamientos con Ildemaro. Su padre no aceptaba la relación. Además, no quería exponerla al peligro. No sabía hasta qué punto la maldición lo enloquecería.

—Albert fue a verme.

—¿Para qué? —indagó con el ceño fruncido. Odiaba que sus hermanos se acercaran a ella y la utilizaran en su contra.

—Mi madre me dijo que necesitan con urgencia reunirse contigo, pero no logran llegar a ti.

Gabriel se alejó y se sentó en el borde de la cama con el cuerpo tenso por la ansiedad.

—¿No hablaste con él?

Ella se sentó a su lado e introdujo una mano entre las suyas, permitiendo que él la arropara con su calor.

—No. Le dije a mi madre que me sentía un poco mal. Ella me disculpó con él. Ya no tengo argumentos para mentirles y ocultarles lo que planeamos.

—Tendremos que irnos.

—¿De La Costa? —preguntó la chica con verdadera preocupación.

—Javier regresó.

Ambos quedaron en silencio por unos segundos, con la mirada perdida.

—Te enfrentaste a él, ¿cierto? Por eso las cicatrices —consultó en referencia a las marcas de garras que tenía en los brazos y el cuello.

—Está más fuerte y libre de la maldición. —Apretó el agarre de su mano y la miró con tristeza—. Se cumplió su oráculo, ya no hay vuelta atrás.

Rebeca intentaba mantener la calma, no quería que él cometiera un error. Lo apoyaba, pero sabía que algo lo perturbaba y ella tenía siete meses de embarazo. Las decisiones que tomaran no solo los afectarían a ellos dos.

—Me pondré en contacto con mi familia en Caracas para...

—No. —Él la interrumpió—. Debemos ir a un lugar donde no nos encuentren.

—Pero, Gabriel...

El hombre le encerró el rostro entre las manos para que le prestara toda su atención.

—Si Javier o alguno de mis hermanos nos encuentran, nos obligarán a regresar a La Costa para cumplir con la profecía. Ellos quieren liberarse de la bestia tanto como yo, este pacto ha marcado por muchísimo tiempo a nuestra sociedad y se ha convertido en un peso innecesario. Harán lo que sea para que se dé el cambio.

Rebeca le frotó las manos, aún insegura por lo que proponía.

—¿Y si no fuera así? ¿Si María Tomasa se equivocó? Hablemos con Baudilio, él te dijo...

—¡No! —Gabriel se levantó. Ella trató de detenerlo pero le fue imposible.

El hombre se acercó a la ventana y apoyó las manos en el marco de madera permitiendo que su mirada se extraviara en la selva.

—Baudilio me traicionó, me obligó a confesarle todo sobre la profecía para

saber cómo llevarla a cabo.

—Él lo que quiere...

—¡Maldita sea! ¡¿Estás con ellos?! —La observó con severidad. Rebeca se levantó de la cama y se quedó muy quieta frente a él, con las manos enlazadas en su espalda y el mentón en alto.

—Estoy contigo, lo sabes, pero no podemos cometer errores. Hemos pasado muchas angustias estos días y no quiero afectar más mi embarazo. Es peligroso para nuestro hijo.

Gabriel se irguió, sin quitarle la mirada de encima.

—Nada te sucederá, te...

Un golpeteo en la puerta lo interrumpió. Un gruñido salió de sus labios al tiempo que la mirada se le volvía amarillenta. Rebeca se mantuvo inmóvil mientras él se dirigía a la puerta para atender el llamado.

Al abrir, quedó frente a un hombre alto y delgado, de rostro afilado, cejas pobladas y nariz recta.

—¿Qué quieres? —preguntó con enfado.

Ildemaro Veldetta metió una mano en el bolsillo de su costoso pantalón hecho a la medida. Rebeca no perdía detalle de sus movimientos, le pareció que el hombre apretaba algo en el interior.

Gabriel se envaró y perdió la actitud tosca, aunque sus hombros se notaban tensos.

—Tengo que ocuparme de unos asuntos en Maracay y necesito que vengas conmigo.

Rebeca dio un paso en dirección a ellos, pero se detuvo al recibir una mirada de advertencia de Ildemaro. Gabriel asintió en silencio.

—Vístete y guarda algo de ropa en un bolso. Estaremos por algunos días fuera de La Costa.

La silenciosa aceptación de Gabriel la angustió. Elevó una mano hacia él

recibiendo la desaprobación de parte de su padre.

—Te espero en mi despacho —sentenció Ildemaro y se marchó.

Gabriel cerró la puerta y se dirigió al clóset. Sus ojos estaban completamente negros y sus movimientos parecían programados.

Rebeca corrió hacia él y se atravesó en su camino.

—Mi amor, no vayas. Quédate conmigo.

Con delicadeza, pero aplicando suficiente firmeza, él la tomó por los hombros y la apartó. La mirada la mantenía fija, sin pestañear. Abrió las puertas corredizas y comenzó a hurgar entre su ropa.

El corazón de Rebeca se hacía polvo cada vez que se comportaba de esa manera. No era la primera vez que Ildemaro lo manipulaba. Se acercó a él y lo tomó por un brazo para girarlo hacia ella y obligarlo a reaccionar.

—¡Gabriel, por favor, mírame! —Los ojos sin brillo de su amado se clavaron en ella. Rebeca se estremeció. Lo que vio no fue a Gabriel, ni a su bestia, sino algo diferente y maligno—. No lo hagas —susurró, aunque sabía que era inútil. El hombre de su vida se había marchado. Lo que estaba frente a ella era un cuerpo con otra sustancia. Un peligroso invasor que aún no había despertado por completo.

Gabriel se soltó de su agarre sin inconvenientes y continuó con su tarea, ajeno a la presencia de ella, a su dolor y a su llanto.

Dejó el delantal en el gancho y tomó su bolso al tiempo que soltaba la cola en la que tenía atados los cabellos. Se paró delante del espejo y suspiró, muy profundo. Con frustración se miró las ojeras y los ojos achicados por el cansancio.

No había dormido nada la noche anterior. La rabia por la desaparición de Javier y el temor por haber escuchado la voz de Jairo en la calle la mantuvieron despierta. Sacó su cepillo y comenzó a peinarse. No comprendía

si lo que había en su corazón era temor, furia o simplemente, decepción. Quería dormir, olvidarse del mundo, de la amenaza de Jairo y, sobre todo, del idiota de Javier.

Había pasado otra mañana sin tener noticias de él. Ella le había enviado mensajes de texto a su teléfono durante la noche y no recibió ni una sola respuesta. Se sentía estúpida, ¿por qué esperaba por él? ¿Cómo había sido capaz de entregarse a un sujeto que apenas conocía?

Porque eso fue lo que había sucedido, se entregó. En aquel acto le dejó parte de su alma, sus sentimientos y hasta su intimidad.

—Debe pensar que soy una esquizofrénica —murmuró con irritación mientras guardaba el cepillo en el bolso.

Cuando se dispuso a marcharse el teléfono le sonó. El corazón le palpó con energía. Buscó con desesperación el aparato dentro de la cartera. Al ver la pantalla sintió que el alma se le caía al suelo. Era Jesenia.

Endureció el rostro para no dejar escapar las lágrimas y contestó la llamada.

—Jesi. —Se esforzó por sonar alegre.

—Isa, ¿ya sales?

Un ramalazo de alivio le sacudió parte de la tristeza. Necesitaba que alguien la ayudara a sobrellevar la pena, su amiga sería ideal.

—¿Dónde estás?

—¿Dónde más? Afuera. Acabo de llegar.

Isabel se apresuró a salir del establecimiento. A pocos metros de la puerta divisó a su amiga hablando con un vigilante de músculos inflados y sonrisa seductora.

Se acercó con lentitud, no quería interrumpir ninguna treta de conquista. Al estar tras ella se aclaró la garganta para llamar su atención. Jesenia se giró como si hubiera encontrado un tesoro.

—¡Isa! —gritó y le dio un efusivo abrazo. Isabel la recibió sorprendida—. Sígueme la corriente —le masculló en la oreja y se giró hacia el sujeto—. Rodrigo esta es Isabel, mi prima. —El hombre la observó con cierta lástima. Isabel amplió los ojos, no quería imaginar la excusa que su amiga había utilizado para ganar su confianza.

—No te preocupes, Isabel. Esta noche te sacarás todas las penas —aseguró él con una sonrisa chispeante.

Ella quedó petrificada y dirigió una mirada incrédula hacia Jesenia, que no paraba de coquetear con el tal Rodrigo.

—Entonces, ¿nos pasarás buscando?

—Seguro, linda. A la hora acordada.

—¡Perfecto! —expresó su amiga con emoción y observó el rostro anonadado de Isabel alzando los hombros para restar importancia al asunto—
¿Tienes la dirección?

—No la perdería —garantizó Rodrigo, al tiempo que le mostraba el trozo de papel que tenía guardado en el bolsillo de su camisa celeste.

Se despidieron del sujeto y se internaron por los pasillos del centro comercial en dirección a la calle.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Isabel cuando lo perdieron de vista.

—Tomo medidas extremas para superar tu depresión.

—¿Estás loca? ¿Quién es ese hombre? —indagó Isabel. Llevaba semanas trabajando en ese lugar y jamás había visto al tal Rodrigo. Aunque en realidad, nunca estuvo pendiente del personal de seguridad.

—Será mi compañía en la salida de hoy.

—¿Qué salida? Te llamé para que me acompañaras porque estaré sola el fin de semana, ¿y tú organizas una cita con un desconocido?

Jesenia la miró con exagerada sorpresa.

—¿Me reclamas a mí por tener citas con desconocidos? —El rostro de

Isabel quedó de piedra—. Planifiqué esta salida para olvidar a tu «adorado» y como dicen que un clavo saca a otro clavo...

—Por favor, Jesenia. No me digas que cuadraste un encuentro con Rodrigo y alguno de sus amigos. No estoy de ánimo.

—No soy tan inconsciente —expuso la chica con irritación—. Sé que te sientes mal y para sacarte a un desconocido ingrato, nada mejor que un conocido fiel.

—¿De qué hablas? —Isabel se detuvo en el borde de la puerta de salida. Jesenia, en cambio, siguió hasta la calzada en busca de un taxi.

—Que invité a Tyler. Bueno, él se invitó solo cuando se enteró de que me habías llamado pidiendo compañía. —Jesenia se giró hacia ella con una inmensa sonrisa en los labios mientras un auto se detenía junto a ella—. No siente rencor por lo sucedido en la discoteca. Se mostró alegre al enterarse lo que había hecho Javier.

—¿Le contaste?! —preguntó Isabel escandalizada. Jesenia no atendió sus quejas, se subió al vehículo y le hizo señas para que se apresurara a entrar y así marcharse.

En medio de un suspiro, Isabel hizo lo que su amiga le indicaba. Comprendió cuál era el temor de Aarón: Jesenia era indetenible cuando las ideas le bullían en la cabeza.

Horas después, Javier bajaba por la carretera de La Costa en dirección a la ciudad de Maracay. Los últimos rayos del sol se difuminaban detrás de las altas montañas. En dos oportunidades se detuvo en la vía para intentar comunicarse con Isabel, pero ella no respondía ni sus llamadas ni los mensajes. Aquello lo inquietaba.

—Debe estar furiosa —expuso Deibi concentrado en enviar un mensaje de texto desde el asiento del copiloto.

—Es lo más seguro —masculló Javier. Había pasado dos días en sus tierras trabajando a sol y sombra para recuperar parte de los cultivos. Ansiaba la cercanía de Isabel, pero si quería estar junto a ella, antes debía poner en orden su vida.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le rogarás?

—Si es necesario tendré que hacerlo.

—¿Lo harás?! —preguntó Deibi con sorpresa.

—¿Qué opciones tengo? No puedo complicar más esta situación. Debo prepararla para confesarle la verdad. Gabriel amenazó con hacerle daño. Además, la necesito. El día en que estuvimos juntos fue realmente mágico. Jamás me había sentido tan atado a una mujer después de estar con ella.

Deibi emitió una risa forzada y se irguió en el asiento.

—Eso me preocupa.

—¿Qué?

—Esas cosas que hacen los oráculos: ligarte a una mujer con la que quizás, no serás capaz de congeniar.

—No creo que te unan a una mujer con la que no tengas ningún tipo de conexión.

—¿Te obligan a estar con ella! —expresó con alarma. Javier lo observó por unos segundos, luego volvió su atención a la carretera.

—No es producto de la magia que pueda existir una conexión física con alguien a quien apenas conoces. Los seres humanos tenemos ciertos instintos, como los animales, que nos permite determinar a quién no soportaríamos ni con esfuerzo o quién nos atrae físicamente con solo una mirada. La única diferencia es que nosotros tenemos los sentidos más desarrollados y contamos con los oráculos que nos dan pistas para no cometer errores. No estamos tan ciegos como el resto de los mortales.

—De los errores también se aprende.

—Es cierto, pero he tenido suficiente en mi vida. La bestia es mucha responsabilidad, así como el trabajo en la cosecha. Necesito estabilidad emocional para hacer bien las cosas. —Javier volvió a dirigir una mirada furtiva hacia su amigo, quien mantenía la vista en la selva—. Desde que mi madre murió y nos dimos cuenta lo vulnerables que somos, no he podido dejar de sentirme inquieto. Luego, apareció la bestia y tuve que aprender a dominarla en medio de la depresión de mi papá. Cuando pensaba que todo estaba controlado se desataron los problemas con Gabriel y me invadió una maldición. —Respiró hondo y apretó los puños en el volante del vehículo—. No tienes idea lo bien que me siento cuando estoy con ella. Siempre desee sentirme de esa manera, estar junto a alguien que me ayude a dominar mis emociones y haga que me olvide de la soledad. No quiero dejar de sentir esa paz.

Deibi lo observó por el rabillo del ojo. El ánimo por participar en esa conversación se le había esfumado.

—Los días en que he estado a su lado, todo ha sido diferente, casi normal. Y la noche en que estuvimos juntos fue... increíble.

Después de un minuto, en que Deibi pudo analizar lo que su amigo le confesaba, comenzaron a aparecer las interrogantes.

—¿Qué harás si ella se niega? ¿Si no es capaz de aceptar nuestra realidad?

Javier alzó los hombros. En su rostro se reflejaba frustración.

—Ya te dije: le rogaré.

Ambos regresaron la mirada a la vía y se mantuvieron en silencio, sumidos en sus pensamientos.

En cierto modo Deibi comprendía lo que sus hermanos sentían por las mujeres que les habían robado el corazón. Para Gabriel, Rebeca era una oportunidad para alejarse de la opresora soledad, y para Javier, Isabel representaba su mejor opción para aliviar su alma y desterrar los miedos y

dolores que le impedían seguir adelante.

Una incipiente necesidad comenzó a sembrarse en su pecho. Inquietud que supo ignorar ocupándose en activar el estéreo. Le urgía encontrar alguna melodía intensa que le alejara los malos pensamientos de la cabeza.

Capítulo 12. Un poder superior

—No puedo creer que hayas hecho esto —le recriminó Isabel a Jesenia mientras se sentaban en las banquetas de un bar.

—Vamos, Isa. La cena no fue tan mala —expuso la chica al tiempo que le hacía señas al barman para pedir dos bebidas para ellas.

Rodrigo había tenido la brillante idea de llevarlas a un restaurante de comida árabe al norte de la ciudad. La velada había sido agradable, pero quien terminó pagando la mayor parte del servicio fue Tyler.

—Me da vergüenza con Tyler.

—¿Por qué?

Isabel observó a su amiga asombrada mientras ella revisaba su teléfono móvil.

—¿Cómo que «por qué»? ¡Gastó mucho dinero!

—Él se ofreció.

—No debemos abusar.

Jesenia emitió un bufido de hastío y se giró hacia su amiga.

—Deja de preocuparte por los demás. Tyler está coladito por ti y quiere llamar tu atención.

—Creerá que eso le dará algún derecho y ya no quiero involucrarme con nadie.

—Dale una oportunidad al pobre hombre.

Isabel amplió las órbitas de sus ojos. Jesenia se ocupaba en agradecer al atractivo barman con una pícaro sonrisa, para luego pasarle a su amiga uno de los vasos largos tipo jarra repleto de espumosa cerveza.

—Jesenia, Tyler no me atrae. No quiero jugar con él ni darle esperanzas.

—Aún no lo sabes.

—Lo sé muy bien.

—Si estás tan segura de lo que sientes, ¿por qué no has atendido el teléfono?

Jesenia la observaba con las cejas alzadas, pero a Isabel las explicaciones no le llegaban. Desvió la mirada hacia las botellas de licor expuestas en la vitrina acristalada detrás de la barra. Desde hacía una hora Javier intentaba comunicarse con ella, la llamaba y le enviaba mensajes de texto que ignoraba. Quería que sufriera un poco lo que ella había vivido desde que él la dejó en su trabajo la mañana del día anterior, a pesar de que estaba loca por escuchar su voz.

—Si le vas a hacer pagar por su silencio, hazlo como debe ser.

Ella observó a su amiga con curiosidad, en el preciso instante en que Rodrigo y Tyler regresaban. Se habían tardado buscando un puesto en el estacionamiento.

—¿Pidieron algo de beber? —preguntó sonriente el vigilante. Se notaba pasado de tragos.

—No sabíamos qué preferían, por eso los dejamos elegir —justificó Jesenia. Aunque en realidad no estaba pendiente de las necesidades de su acompañante.

—Chica sabia —dijo el hombre y le dedicó una mirada lujuriosa que ella supo evitar concentrándose en su teléfono móvil.

Tyler se sentó junto a Isabel mientras pedía una cerveza.

—Este lugar está muy animado. Escuché que dentro de poco se presentará en vivo un grupo de músicaailable —comentó el chico atento a lo que preparaba el barman.

Isabel lo miró por unos segundos, no era partidaria de utilizar a las personas, pero su amiga tenía razón. ¿De qué le valía ignorar las llamadas de Javier y ahogarse al mismo tiempo en el arrepentimiento?

Sufrió de ansiedad mientras él no se comunicaba, ¿sufiría también mientras

lo hacía sufrir a él?

Se irguió y transformó su actitud, debía mostrarse más accesible. Se giró hacia Tyler y apoyó una mano sobre su muslo para llamar su atención.

—¿Qué te pareció la cena?

Él la observó con extrañeza. Un oleaje de esperanzas se le agitó en el pecho. Con los ojos brillantes recibió su bebida y la levantó frente a ella para brindar.

—Excelente, y espero el resto de la noche se ponga mejor.

Ella le obsequió una sonrisa expresiva. Chocó con suavidad su vaso con el de él y le dio un largo trago a la cerveza. Necesitaba silenciar las quejas de su conciencia.

Así pasaron los minutos, entre risas y anécdotas. Rodrigo ya mostraba claros indicios de embriaguez, algo que no preocupaba en lo más mínimo a Jesenia, pero mortificaba a Isabel. Más aún el hecho de que su teléfono no paraba de sonar y ella no sabía cómo reaccionar. En una oportunidad estuvo a punto de responder, pero su amiga la fulminó con la mirada y la obligó a guardar el aparato.

Cansada de disimular, se disculpó con los presentes y se dirigió al baño sin cruzar una sola mirada con Jesenia. No quería que su amiga sugiriera acompañarla.

Al llegar, agradeció que el recinto estuviera casi deshabitado. Solo pudo divisar la presencia de una chica en uno de los cubículos de los aseos. Apoyó la cartera sobre la encimera de granito de los lavamanos y se miró en el espejo. Esa noche su amiga se había encargado de su apariencia. El sobrio maquillaje le resaltaba los grandes ojos y le había peinado los cabellos en un moño alto destacándole los rizos castaños que se le formaban en las puntas. El traje de falda corta color rosa y blusa blanca de cuello ancho la hacía verse más juvenil y sensual.

Suspiró, sintiendo un nudo apretado en el centro del pecho. Un mensaje de texto le llegó en ese instante. Ahí no estaba Jesenia para encargarse de que ella llevara a cabo su supuesta venganza, así que sin dudarlo abrió la cartera y sacó el teléfono.

«Estoy frente a tu casa y de aquí no me muevo hasta que llegues. No me importa la hora». Se mordió los labios para controlar el fogonazo que le invadió las entrañas. No podía evitar que la emoción la embargara.

«Esta noche no dormiré en casa», le respondió, esperando que él no se rindiera con facilidad. «Entonces, te buscaré». Su mensaje le alborotó cientos de mariposas en el estómago. «No sabes dónde estoy», lo retó. «En un Honda Civic blanco con tu amiga Jesenia y dos sujetos, que espero, ninguno sea el mismo imbécil de la discoteca». El corazón se le propulsó a mil por horas, aquello superaba sus expectativas. Luego se acordó de su muy conversadora vecina, quien no paraba de barrer la calle sin importar la hora. Ella la vio al salir de la casa.

«Tu informante no maneja todos los detalles», lo aguijoneó, quería ver hasta dónde podía llegar con él. «Yo me encargo del resto, preciosa». Isabel volvió a morderse los labios para evitar sonreír. «¿Tienes amigos en la policía?», le preguntó. «No, un olfato agudo», fue su respuesta.

La mujer que estaba en el aseo salió. Isabel se puso pálida. Creía que Jesenia la había pillado conversando por mensaje de texto con Javier.

Se obligó a dejar el aparato a un lado y disimular que se lavaba las manos mientras volvía a quedar sola. Echó una ojeada para asegurarse de que no había nadie más y tomó el teléfono para responder el mensaje.

«¿Eres un perro?», pulsó el botón de envío y se tapó la boca para ahogar la risa. «No exactamente, pero tu olor me llevará a ti», recibió como respuesta. «No tienes una prenda mía que te ayude a recordar mi olor», expuso, notando que debía cortar esa conversación y volver a la barra. Su amiga pronto se

extrañaría de su tardanza e iría por ella. «El olor de tu piel aún lo tengo en el cuerpo. Jamás desaparecerá».

Aquello la excitó. Miró el teléfono con los ojos muy abiertos. No podía dejar que Javier le ganara la mano.

«Por lo visto, se mezcló con la fragancia de otro cuerpo durante casi dos días, porque ni siquiera pudiste encontrar mi número telefónico», le recriminó, sorprendida de que sus propias palabras le arrugaran el corazón.

Pasaron los segundos y Javier no respondía. Eso la puso peor. Esperaba ansiosa una explicación. Cuando estuvo a punto de rendirse y regresar con sus amigos, sonó una alerta de mensaje.

«¿*Omerta?*», escribió él. Ella emitió un grito ahogado justo en el momento en que otra mujer entraba directo a los servicios. El sobresalto la obligó a soltar el teléfono que cayó dentro del lavabo.

Era imposible. Javier no podía estar fuera del establecimiento donde ella se encontraba con Tyler, Jesenia y el recién conocido vigilante.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer al verla más pálida que un muerto.

—Eh... sí —respondió con inseguridad, al tiempo que rescataba su teléfono y se acercaba al dispensario de papel para buscar algo con qué secar el aparato.

La mujer alzó las cejas con incredulidad y entró en el aseo sin decir nada más. Al quedar sola, Isabel se agarró la cabeza con una mano. Javier no podía haberla encontrado.

Se esforzó por recobrar la compostura, guardó el teléfono en el bolso y se alisó la blusa para volver con sus amigos. Al salir, quedó petrificada pensando que había caído en una realidad paralela. Jesenia estaba en la pista, bailaba al ritmo del merengue con un sujeto desconocido, era evidente su estado de embriaguez. El tal Rodrigo se había dormido sobre la barra y Tyler, conversaba sonriente con dos rubias que parecían gemelas.

Por un momento no supo qué hacer, ni a dónde ir, hasta que Tyler la divisó y le hizo señas para que se acercara.

Con recelo se detuvo junto a él. El hombre la tomó por la cintura y la acercó más, así podía presentarles a las chicas con las que hablaba.

—Estas son Margaret y Jazmín, primas de Rodrigo.

Isabel obligó a sus labios a curvarse en una sonrisa y estrechó las manos de las mujeres en un saludo. Echó una mirada precavida al establecimiento. No esperaba encontrar a Javier, su mente le insistía que era imposible que estuviera allí, aunque su corazón desbocado le asegurara lo contrario. Jesenia se acercó a ella aun bailando.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó al llegar a su lado y con soberbia se inclinó en la barra para tomar la cerveza que había dejado sin importarle si tropezaba a las primas de Rodrigo.

—En el baño.

—Tardaste mucho —le dijo Tyler mientras Jesenia se bebía todo el contenido del vaso como si no hubiera tomado líquidos en semanas.

—Yo... —No pudo exponer ninguna excusa. La piel se le erizó y de forma automática giró el rostro hacia la entrada del bar.

Ahí estaba él, parado firme y con la mirada endurecida en dirección al brazo de Tyler que le recorría la cintura.

Un grito ahogado la hizo dar un respingo y observar a Jesenia.

—¡Isa, mira quien llegó! —vociferó la chica inclinándose hacia ella para hablarle con emoción—. Y vino con el chico de los ojos grises.

Isabel volvió el rostro hacia Javier, que se acercaba con evidente enfado.

No pudo divisar al otro hombre, ya que no podía apartar los ojos de él. Ni siquiera podía moverse.

—Aquí estoy —le dijo al estar frente a ella. Tan cerca que Isabel podía captar el calor de su piel. Sintió el brazo de Tyler tensarse y al chico

levantarse del asiento sin soltarle la cintura.

—Creo que no nos han presentado —escuchó decir a Jesenia, pero ella no podía apartar su atención de Javier. Él, sin embargo, en ocasiones le dirigía a Tyler una mirada furiosa.

—De nuevo ustedes —se quejó el chico e intentó hacerla retroceder para alejarla de él, pero Javier la tomó por el brazo, reteniéndola.

—Dile que te suelte —le exigió entre dientes, ignorando al hombre.

Isabel podía percibir su rabia y la tensión de su cuerpo. Sin embargo, a diferencia del encuentro pasado en la discoteca, esta vez parecía más controlado. Aunque no sabía hasta dónde podía llegar su límite.

Con firmeza no solo se libró del agarre de Javier, sino también del de Tyler. No iba a permitir que alguno de ellos pretendiera dominarla.

—Él es Javier Aldama, un amigo —dijo en dirección a las primas de Rodrigo que miraban la escena con curiosidad, y a Jesenia, que esperaba ansiosa algo de acción.

—Y yo soy Deibi Guerra, su hermano —saludó el hombre de los ojos grises, quien de pronto había aparecido junto a Javier con una sonrisa seductora. Las tres mujeres enseguida se olvidaron de la disputa y se centraron en iniciar una competencia por la atención del sujeto.

—¿No tienen otro lugar a dónde ir? —expuso Tyler con irritación. Javier se envaró para enfrentarlo ante la mirada vigilante de Deibi, pero Isabel se interpuso entre ellos y llamó su atención.

—Vamos a hablar afuera, ¿es posible?

Javier asintió, estaba ansioso por sacarla de ese lugar y alejarla de aquel hombre.

—¿A dónde vas? —preguntó Tyler y la retuvo por un brazo. Los puños de Javier se cerraron, pero Isabel logró calmarlo antes de que se desatara cualquier enfrentamiento.

—Necesito conversar con él —aclaró, cansada de que se metieran en sus asuntos. Se alejó del chico y tomó a Javier de la mano para dirigirse hacia la salida del bar.

Antes de marcharse, Javier le dedicó a Tyler una mirada desafiante que hizo retroceder al joven. Sus instintos de sobrevivencia le permitieron percibir la amenaza impresa en aquellos ojos negros.

Sin decir una sola palabra Isabel llevó a Javier hasta el estacionamiento. La noche estaba asentada y algunas nubes de lluvia manchaban de gris el oscuro cielo. Una suave brisa comenzaba a colarse entre las pocas personas que poblaban la calle.

—¿Cómo te atreves a comportarte así? —reclamó ella apenas estuvieron alejados de la gente y de los vigilantes que cuidaban la puerta del establecimiento.

Javier metió las manos en los bolsillos de su pantalón antes de responderle.

—No me gusta que te toquen de esa manera. Te lo dije.

—¿Y quién te crees que eres para exigirme algo? —Él la observó en silencio, con los labios apretados por la frustración—. Desapareces por dos días sin ser capaz de responder ni siquiera un mensaje de texto y llegas aquí, interrumpes mi cita y pretendes controlarme como si fueras mi dueño.

Los ojos de Javier estaban clavados en ella, su postura era relajada, pero por dentro se ahogaba en la ira. Quería confesarle de una vez todas sus verdades, no tener secretos con ella para solo ocuparse en conquistarla y disfrutar de su compañía. Pero si hacía eso, la asustaría.

—¿Podemos hablar en privado?

Isabel estaba enfurecida por su silencio, por su comportamiento y por las emociones intensas que sentía frente a él y no podía descargar hasta dejarle algunas cosas en claro. No estaba dispuesta a que jugaran con ella. No quería que esa relación fuese una aventura.

—Estamos hablando en privado —expuso y se cruzó de brazos.

—Aquí no. Vamos a tu casa o a la mía.

La idea de estar a solas con él le encendía una hoguera en las entrañas, pero no podía ceder con facilidad. Si quería que la tomara en serio debía hacerlo luchar.

—Estoy con mis amigos. No puedo marcharme contigo.

—De Jesenia se ocupa Deibi y el tal Tyler... —expresó el nombre del sujeto con irritación—, quedó bien acompañado.

—Ellos vinieron hasta Maracay por mí, no puedo dejarlos solos.

Javier suspiró y sacó una mano del bolsillo de su pantalón para acariciarle el rostro. Ella no pudo rechazarlo a pesar de estar furiosa. Anhelaba su cercanía.

—Vamos, preciosa, necesitamos hablar. Tengo muchas cosas que confesarte.

El contacto de la mano tibia de Javier la hizo estremecer. Sin embargo, luchó contra sus sentimientos y retrocedió un paso para evitar su toque. No quería que doblegara su determinación.

—Lo siento. No puedo —expuso mientras controlaba su propia ansiedad. No podía mostrarse débil. Tenía que castigarlo por su falta de comunicación. Si se la ponía fácil, volvería hacerlo.

—Isabel...

—Mejor hablamos mañana —le dijo y se giró en dirección al bar.

Javier la retuvo, pero una sensación de peligro lo obligó a dirigir su atención al final de la calle.

Isabel oyó de nuevo el sonido de los grillos. La piel se le erizó. Recordó haber escuchado la voz de Jairo el día anterior después del canto de esos insectos.

—¿Qué es eso? —expresó angustiada.

—¿Puedes oírlo? —inquirió Javier con sorpresa. Él gozaba de mayor

agudeza en los sentidos gracias a la bestia, el murmullo se producía a varios metros de distancia, era imposible que los oídos humanos de Isabel lo captaran, mucho menos, teniendo cerca el ruido de la música, de los vehículos y de las personas que circulaban por el lugar.

—Sí, es... como grillos.

Javier apretó la mandíbula y oteó los alrededores.

—¿Lo habías escuchado antes?

Ella asintió. Ambos compartieron una mirada, pero un intenso olor fétido puso en alerta a Javier.

—Ve adentro —le ordenó, sin apartar la mirada de las sombras que rodeaban la calle. Un lejano trueno retumbó en el firmamento al tiempo que Deibi salía del bar—. Entra —volvió a exigirle, pero Isabel dudaba. Paseaba la mirada temerosa entre él y el final de la calle. La idea de que Jairo estuviera cerca le preocupaba.

—Isabel, Jesenia está en el baño, no se siente bien. Te necesita —mintió Deibi.

Ella observó al chico de los ojos grises por un momento. Estaba igual de tenso que Javier. Con toda su atención puesta en el fondo de la vía.

Sin poner más impedimentos entró en el local no sin antes echar una última ojeada hacia los hombres. Los vio caminar con sigilo hacia el lugar donde había escuchado el sonido. Sus movimientos pausados y acechantes despertaron sus temores. Debía marcharse de allí cuanto antes.

Javier y Deibi caminaron con premura hacia el final de la calle. Los indicios de la pronta llegada de la lluvia obligaban a los transeúntes a buscar refugio. Eso les facilitaba el trabajo. Si se presentaba un enfrentamiento no tendrían a inocentes en los alrededores.

Las bestias estaban en estado de alerta, los ojos amarillentos de sus portadores confirmaban su presencia. Sentían una fuerza similar a ellas en las

cercanías.

—Se escucha más cerca —expresó Deibi y corrió en dirección a la esquina derecha de la calle que estaba más sumergida en las sombras. Javier lo siguió, pero al llegar al lugar la sensación desapareció.

—¿Qué se hizo? —preguntó enfurecido. El camino moría en una vía que circulaba en sentido vertical. El lado derecho dirigía a una avenida transitada y el contrario se estrechaba y curvaba hasta sumergirse entre callejones solitarios que daban cobijo a fábricas pequeñas o bares pocos concurridos.

Deibi golpeó el hombro de Javier y le mostró la sombra de un hombre alto y robusto que escapaba a toda prisa en dirección a la avenida. Enseguida sus instintos de cazadores se activaron y corrieron detrás del sujeto.

Por más que aceleraban el paso no podían alcanzarlo. Al llegar a la vía notaron que cruzaba sin problemas, parecía prever el momento en que los autos no se atravesaran en su camino. Sin perder tiempo se lanzaron tras él, pero el constante paso de los vehículos impedía que lo alcanzaran. Si querían atraparlo, lo mejor era aprovechar los beneficios de la bestia y saltar por encima de los autos. Sin embargo, aquella maniobra los pondría en evidencia. No debían arriesgarse de esa manera.

Como pudieron llegaron al otro lado y vieron como el hombre brincaba hacia el interior de una cañada. La brisa aumentaba y el sonido de los grillos se escuchaba con mayor intensidad.

Dentro de la quebrada aprovecharon la privacidad para sacar a relucir sus capacidades sobrenaturales. Debían atrapar al sujeto. Corrieron a gran velocidad saltando por encima de troncos caídos y desechos en cuatro patas, como los jaguares que eran. No obstante, cuando estuvieron a pocos metros, ambos se lanzaron sobre él siendo detenidos por una especie de campo de poder que los expulsó hacia los costados.

El hombre se detuvo y se giró hacia ellos. Javier se levantó rápidamente y

se sacudió la cabeza para esfumar el aturdimiento. Al verlo, pudo divisar la silueta de su anatomía entre las sombras y unos ojos verdes que lo observaban con burla.

Gruñó al tiempo que corría para embestirlo. El hombre lo detuvo con un manotazo. La fuerza del golpe lo despidió hasta estrellarlo contra el tronco de un árbol.

Deibi observó la escena mientras se levantaba. Lleno de ira rugió en dirección al extraño, pero no pudo atacarlo. Una brisa enérgica pasó a su lado y lo hizo perder el equilibrio.

Como un tornado el viento rodeó al hombre de los ojos verdes y lo hizo desaparecer. El sonido de los grillos se apagó en el preciso instante en que dejaron de captar su silueta.

—¿Qué demonios fue eso? —inquirió Deibiy totalmente desconcertado.

Javier se aproximó al lugar donde él había estado, aún tenía a la bestia a flor de piel e intentaba olfatear su aroma fétido o escuchar el sonido de los grillos, pero todo se había esfumado.

Gruñó con los puños apretados. Le enfurecía no haberlo detenido.

—Esto es superior a nosotros —expuso Deibi con preocupación.

—Y está detrás de Isabel —confesó Javier con ira.

Por última vez evaluaron los alrededores y regresaron al bar. Ahora más que nunca debía conversar con ella.

Capítulo 13. Una historia sorprendente

Al llegar al establecimiento notó la ausencia de su aroma. Sabía que adentro aún estaba Tyler, quizás con las rubias, pero ni Isabel ni su amiga se encontraban.

—Maldita sea —masculló mientras llegaba a su camioneta y la ponía en marcha.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Deibi al ocupar el asiento del copiloto.

—Tomaré un atajo para tratar de llegar antes a su casa. Te llevas a Jesenia y yo me quedo con Isabel.

Deibi observó a su amigo con los ojos muy abiertos. Acompañó a Javier a Maracay para investigar sobre una supuesta visita del pescador fallecido a unos brujos de esa ciudad mientras su hermano se encargaba de reunirse con Isabel. Entre sus planes no estaba hacerse cargo de la amiga de la chica, una joven atractiva, carismática y en ese momento, pasada de tragos.

—¿Y qué se supone voy a hacer con ella?

Javier alzó los hombros con desinterés sin apartar su atención de la vía. Aceleraba el vehículo para llegar cuanto antes a la casa de Isabel.

—Llévala a mi apartamento y la duermes.

—¿Dormirla? —el chico se angustió, eso significaría acercarse con ella a la cama. Antes no tenía ningún problema en hacer ese trabajo, estaba habituado a esas situaciones, pero por alguna razón aquella ocasión era distinta.

—¡Está pasada de tragos! —expuso Javier, como si fuera evidente que el estado de embriaguez de la chica la imposibilitaba para hacer cualquier otra cosa. Sin embargo, observó por unos segundos las facciones del rostro de su amigo—. ¿A qué le temes?

Deibi resopló.

—No vine a hacer de niñera.

—Es solo por esta noche. Necesito privacidad para hablar con Isabel — expuso, pero para Deibi esa excusa no era suficiente. Se rascó la cabeza mientras disimulaba una mueca de desaprobación.

Javier no estaba pendiente de la inquietud de su amigo. Eran guerreros capaces de soportar condiciones extremas. Acompañar a esa chica por unas horas no le representaría ninguna dificultad. Su mente estaba centrada en alcanzar a Isabel y en deducir cómo demonios comenzaría a adentrarla en su mundo.

Llegó a la casa en el preciso instante en que un taxi se estacionaba frente a la puerta. Ubicó su Toyota detrás y sin apagar el motor se bajó del vehículo. En medio de un suspiro Deibi tomó su puesto mientras observaba cómo su hermano se dirigía al auto para ayudar a Jesenia a bajar.

—¿Qué haces?! —le gritó Isabel al ver que él llevaba a su tambaleante amiga a su camioneta en vez de ayudarla a meterla en la casa. No pudo seguirlos porque el chofer le exigía el pago del viaje.

Después de cancelar, corrió para rescatar a Jesenia. Quedó petrificada al ver que la Toyota arrancaba y su amiga se despedía de ella desde la ventanilla del copiloto agitando una mano y con una inmensa sonrisa en los labios.

Llena de furia se giró hacia Javier, que esperaba con resignación una retahíla de improperios, pero Isabel apretó los labios al ver a su vecina salir de su vivienda con la escoba en la mano.

—¡Por Dios, es casi la media noche! —escupió entre dientes mientras se dirigía a su casa.

No se preocupó en invitar a Javier, sabía que él la seguiría. Esperaba estar en la privacidad de su hogar para decirle a ese arrogante todo lo que se merecía.

—¿Cómo te atreves?! —preguntó ella con irritación al tiempo que lanzaba la cartera y las llaves sobre una repisa y se giraba hacia él. Javier cerró la

puerta con suavidad, sin dejar de observarla— ¿Quién te crees que eres? ¡Eso fue un secuestro! —dijo en referencia a lo ocurrido con Jesenia—. Tengo derecho a denunciarte.

—Jesenia estará bien.

—¡No me importa! No tenías por qué llevártela así. Ni siquiera tenías derecho a aparecerte esta noche y arruinar mi cita. —Javier soportaba en silencio los reclamos mientras se acercaba con lentitud.

—Necesito hablar contigo y no me das otra opción.

—¡Te dije que hablaríamos mañana!

—Mañana podría ser muy tarde.

Isabel sentía la furia fluir por sus venas. Odiaba que él pretendiera dominarla, no quería sentirse de nuevo acechada y sin armas para defenderse.

—Quiero que te vayas de mi casa y me dejes en paz —exigió con el rostro tenso.

Javier se detuvo frente a ella. Ansioso por devorar su boca. La cercanía de Isabel lo desequilibraba.

—Solo te pido una hora de tu tiempo. Luego me iré y traeré de regreso a Jesenia.

—¡No! —expresó ella e intentó retroceder para entrar a la cocina, pero Javier la retuvo por los brazos y la acercó más a él.

—Isabel, no estoy aquí para hacerte daño. Me interesas mucho. Dame una oportunidad para demostrártelo.

—¿Interesarte? ¿Por eso desapareciste por dos días sin responder ni uno de mis mensajes?

—Puedo explicarlo.

—Pero ya no quiero oír esas explicaciones. Lo único que deseo es que te vayas de mi casa y de mi vida. ¡Ahora!

Ella se liberó de su agarre con un movimiento brusco, Javier la dejó ir. No

podía obligarla a nada. Isabel se alejó de él unos pasos, apoyó una mano en su cintura y la otra en la cabeza. Se sentía exhausta y agobiada. Su angustia no solo era por la situación con Javier, estaba segura de que Jairo la había vigilado esa noche, cómo lo hizo el día anterior.

—No quería darte la noticia de esta manera, pero me obligas a hacerlo.

—Vete —le ordenó. Se detuvo frente a él con las dos manos apoyadas en la cintura y el mentón en alto. Los ojos los tenía inundados de lágrimas que no estaba dispuesta a dejar escapar.

—Estamos unidos, preciosa. Si vamos contra el destino empeoraremos la situación —Isabel se mordió los labios para no decir nada. Mantuvo una mirada implacable en él—. Muy bien, prepárate —le advirtió al tiempo que introducía una mano dentro del bolsillo de su pantalón. Isabel alzó las cejas y lo observó con incredulidad, pero no modificó su postura—. Solo quiero que sepas que me acerqué a ti con otra intención. Tu belleza me impactó y tu compañía ha sido una delicia, sobre todo, tus besos y tu cuerpo —expuso mientras sacaba la caja de terciopelo azul que extendió hacia ella—. Quiero estar a tu lado porque me gustas, pero ahora, que he descubierto esta realidad, lucharé contra cielo y tierra por tenerte entre mis brazos.

Aquellas palabras le erizaron la piel. Se esforzó por no perder su pose desafiante, no podía derretirse ante las palabras halagadoras de un hombre. No obstante, cuando Javier abrió la caja y vio su contenido, perdió por completo su actitud arrogante.

Él se quedó muy quieto. Esperaba que ella reaccionara. Al verla con el rostro impactado y la mirada fija en el collar de cadena con dije de estrella, comprendió que no se había equivocado en su sospecha. Aquel objeto le pertenecía.

—¿Cómo puedes...?

Isabel había quedado petrificada. Miraba con terror el collar guardado en la

caja.

—Isabel...

—¿De dónde lo sacaste?! ¿Cómo sabías que tenía uno así?!

Ella estaba alterada. Javier sabía que aquello podía suceder, por eso se había llenado de paciencia.

—Yo también tuve un sueño. —Isabel retrocedió con la mirada clavada en él—. Era yo quien estaba encerrado en la casa, a quien liberaste. Al abrir la puerta caíste en mis brazos —expuso, narrándole de manera resumida los hechos de su propio sueño—. Al despertar tenía el collar enredado entre los dedos. No sabía de dónde provenía, ni cómo lo obtuve.

—Eso es imposible —masculló Isabel con la voz entrecortada. Temblaba y paseaba su mirada entre él y la caja de terciopelo.

Javier la cerró y la volvió a guardar en el bolsillo de su pantalón. Pensó que quizás al no verla, ella podía controlar un poco los nervios.

—Formo parte de una antigua sociedad étnica habituada a utilizar la magia y conocer lo que nos depara el destino.

—Vete de mi casa —rogó ella con voz débil, pero Javier no podía marcharse. No la dejaría así, tenía que llegar hasta el final. Las cartas ya estaban echadas.

—Lo siento, créeme que lo siento. No quería que te enteraras de esta manera. Pero el tiempo parece agotarse y la situación se vuelve cada vez más peligrosa.

Isabel retrocedió hasta quedar pegada de la pared. Javier avanzaba con pasos cortos y sutiles. No quería alterarla más. Debía encontrar una forma de calmarla y hacer que lo escuchara.

—Mi gente cree en los oráculos. En ellos encontramos pistas de lo que nos deparará el destino y nos ayudan a tomar decisiones. En el mío aparece una estrella que llegará a mi vida y la llenará de luz.

Se detuvo a pocos centímetros de ella. Procuraba no hacerla sentir acorralada. Solo quería estar preparado en caso de que se le ocurriera huir. No podía dar más largas a esa conversación. Afuera había un ente más poderoso que su bestia y la acechaba. Si quería protegerla debía confesarle la verdad para que pudiera confiar en él.

—Ese sueño me indicó que mi oráculo estaba por cumplirse. No pude verte el rostro, pero tenía el collar. Eso me ayudó a encontrarte.

Isabel negaba con la cabeza, las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Sé que es difícil de creer, preciosa, pero te digo la verdad. En mi tierra están ocurriendo situaciones extrañas y al parecer, tus sueños pueden darnos algunas claves. Necesito que confíes en mí y me ayudes a resolver el enigma.

Isabel estaba muda. No podía creer lo que Javier le decía. Era imposible transferir objetos a través de los sueños. Si eso era verdad, entonces, lo que tuvo no fue una simple pesadilla, sino algo peor. Un hecho que podría ser real, al igual que lo era ella o Javier o el collar que ahora él tenía. De ser así, la bestia también podía existir.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Eso no puede ser posible! —Ella se alejó en dirección al centro de la sala. Él tuvo que dejarla apartarse. Tenía que permitirle asimilar la noticia—. Te conté la otra noche de mi pesadilla, averiguaste sobre el collar y estas aquí para engañarme.

—¿Engañarte para qué?

—Para convencerme de volver a acostarme contigo.

Javier la miró con el rostro enfurecido y avanzó en su dirección.

—¿Crees que me sería difícil convencerte de acostarte conmigo? —Isabel amplió los ojos al ver cómo él se acercaba—. He notado cómo reaccionas cuando estoy cerca. Mi presencia te atrae, mi olor y mi calor. Es exactamente lo que me ocurre contigo.

—No te acerques más —le pidió, sorprendida de que Javier la obedeciera y

quedara inmóvil a pocos pasos de ella.

—No necesito valerme de la historia del sueño para tenerte entre mis brazos. Si lo hago, es por otra razón. —Isabel se llevó una mano al cuello y la cerró en un puño al recordar que el collar no estaba donde debería estar—. La vida ha unido nuestros caminos. Si quieres los mantenemos así o nos alejamos, pero antes, necesito que me ayudes. —Ella no decía una sola palabra, solo lo observaba con temor—. Afuera hay algo poderoso que pretende dañar a mi gente y te acecha. Quiero protegerte, pero necesito descubrir qué es y cómo dominarlo. La única que puede darme pistas eres tú.

El recuerdo del sonido de los grillos que en dos ocasiones había escuchado, así como la idea de que Jairo la perseguía, parecía aclararle el entendimiento. Sin embargo, le era imposible relacionar al hombre que la acosaba desde hacía meses con los problemas de Javier en La Costa.

—No puedo creer lo que dices —expuso con voz temblorosa. Javier relajó un poco la postura.

—Tienes que hacerlo. Dame una oportunidad.

Estiró una mano hacia ella. Isabel la observó con desconfianza. El temor y la incertidumbre la vencían, pero sabía que no ganaba nada con un arranque de histeria o malcriadez. Si le daba lo que él quería, podría salir de esa situación cuanto antes.

Se irguió, se limpió las lágrimas del rostro y pasó por el lado de Javier en dirección al sofá. Evitó rozarlo y procuró mantener su arrogancia. No debía dejarse atrapar por las sensaciones que se avivaban en ella con su contacto. Ahora más que nunca necesitaba que todos los sentidos le trabajaran con normalidad para entender los hechos inexplicables que la rodeaban.

Javier se ubicó en una banqueta frente a ella y con mucho tacto y paciencia le dio un resumen detallado de la conformación de la sociedad étnica a la que pertenecía, sus tradiciones, algunas costumbres y el uso e importancia que le

daban al pronóstico de los oráculos. Prácticas que habían perdido con el tiempo a causa de la atención exclusiva que le otorgaban a los sembradíos de cacao.

—Esa cosecha, más que una fuente de ingreso, es parte de nuestra cultura. La hemos mantenido durante siglos y nos hemos dedicado a perfeccionarla y explotarla sin afectar al medio ambiente. Por eso nos duele que la hayan atacado de esa forma.

—¿Y qué dice la policía? —Isabel, aunque estaba más calmada, aún se sentía recelosa por el asunto del collar; pero Javier mantenía el objeto oculto y desvió la conversación hacia la sociedad y sus tierras para lograr que los nervios se le serenaran antes de tocar temas más escabrosos.

La confesión sobre la bestia la dejaría para otro día. Si la abrumaba, la perdería para siempre.

—Para ellos fue una pérdida lamentable causada por un incendio de vegetación. Tienen cosas más importantes que resolver.

—Pero, es injusto. Si fue premeditado...

—¿Premeditado por quién? ¿Por un espectro al que solo tú has visto en sueños y que los pescadores suelen encontrar caminando por la carretera? —A la chica el cuerpo se le estremeció al recordar la imagen cadavérica del espíritu que acechaba a la bestia de sus pesadillas. Le era difícil creer que pudiera ser real—. Imagina a un manojito de oficiales buscando entre los matorrales cada vez que oigan a un grillo o sientan un olor fétido. ¿Crees que alguno se prestará para realizar esa búsqueda? Considerarán nuestra historia como ilógica, nos tomarán por locos y nos ignorarán. Siempre pasa lo mismo. —Javier apretó los puños. Ansiaba tocarla y tomarla de las manos, pero no quería angustiarla más. Debía ser paciente.

—Entonces, ¿qué harán?

—Lo buscaremos nosotros.

—¿Cómo?! —preguntó aterrada. Su mente no podía asimilar que aquel fantasma fuera real, mucho menos, que existiera la posibilidad de encontrarlo.

—Primero debemos saber qué es y qué quiere. De esa manera podríamos dar con él.

—¿Y cómo puedo ayudarlos? Solo lo veo en sueños involuntarios y lo he escuchado un par de veces...

Ella quedó en silencio. Su mirada preocupada vagó por la habitación. Aunque era cierto que había escuchado el sonido de los grillos y sentido un tacto en la piel, no había visto nada. Solo había oído la voz de la persona a quien relacionaba con la bestia que la acechaba en sueños.

Javier, al verla divagar, se atrevió a tomar sus manos. No podía perderla ahora. Necesitaba toda la información que podía darle.

—Vamos, preciosa. Dime lo que sepas, por más absurdo que te parezca.

Los ojos húmedos y enrojecidos de Isabel se clavaron en los oscuros de él. Ella permitió que la arrullara con sus manos porque le urgía su contacto. La cercanía de Javier le transmitía emociones agradables y consoladoras. Era una especie de sedante.

—Comencé a soñar con la mirada enfurecida de la bestia después de la muerte de mis padres —expuso con inseguridad—. Mi psiquiatra decía que era un efecto causado por el estrés, pero para mí era una manera de presagiar catástrofes. Dicen que algunos sueños pueden ser proféticos.

Javier la escuchaba con atención. Ansioso por hallar alguna pista.

—Hay un hombre que apareció en mi vida después de esa tragedia. Me acosa y molesta a mi hermano para impedir que continuemos con un reclamo por la herencia que nos dejó mi padre. Yo he asociado a la bestia de mis sueños con él. Es tan horrible y aterrador como ella.

La mandíbula de Javier se comprimió. No quería que Isabel opinara de la bestia de esa manera. Eso le hacía más difícil el hecho de confesarle su

existencia.

—Nos mudamos a Maracay, en parte, para alejarnos de él, pero ayer, cuando dejé a Erika en la terminal de autobuses, de regreso escuché el sonido de los grillos por primera vez y pude ver una sombra que se movía en la oscuridad y decía: conejita... —Respiró hondo antes de continuar. Javier sentía que la ira comenzaba a recorrerle las venas—. Así me llama ese sujeto cuando quiere algo de mí. Creí que era él y corrí hacia la casa. Hoy, al escuchar de nuevo a los grillos, enseguida pensé en él.

—¿Quién es?

—Se llama Jairo Contreras. La última vez que lo vi se desangraba en el suelo de la residencia donde vivíamos en Caracas. Entró borracho e intentó violarme, pero le clavé un cuchillo en un hombro y mi hermano le dio una paliza.

La furia amenazaba con dominar a Javier. Se levantó para caminar por la sala y calmar a su bestia. Como pudo controló las emociones y volvió a acercarse a ella. Esta vez se sentó a su lado en el sofá y le cubrió las manos con las suyas.

—¿Cómo es? ¿Tiene ojos verdes?

Isabel lo observó con el rostro pálido.

—¿Lo conoces?

Javier no dijo nada, pero su cuerpo tenso revelaba su estado. Aquello era una posibilidad. Él sabía muy bien que las personas podían ser invadidas por espíritus, sobre todo, las de alma y mente débil.

—Necesito me cuentes todo de él. Su físico, costumbres, datos personales, lo que sepas —expuso con autoridad.

Isabel se irguió en el asiento. Ella no tenía plena seguridad de que la persona involucrada fuera Jairo. Aunque no sentía ningún tipo de interés por protegerlo, tampoco podía acusarlo sin pruebas.

—¿Qué piensas hacer?

—No voy a decírtelo, te he involucrado demasiado.

—¿Demasiado? —Ella se levantó con enfado y se paró delante de él señalándolo con un dedo acusador—. Mi collar llegó a tus manos por medios que no puedo entender y mis pesadillas tienen pistas que te ayudarán a conocer a la persona o cosa que amenaza tus tierras, un espíritu que además, me persigue. Creo que estoy completamente involucrada en esto, así que exijo saber lo que harás.

Javier se levantó con suavidad. No quería inquietarla más de la cuenta.

—Saber su nombre y su descripción podría ayudarnos a establecer nexos. —Isabel lo observó confundida, con la ansiedad agolpada en los ojos—. Quizás no es él, sino otros lo que están despertando esa maldad. Es evidente que utilizan magia negra. Yo estuve afectado por un hechizo hace poco y el espíritu con el que sueñas tuvo que ser liberado por alguien que utilice ese tipo de magia. Lo único que quiero es buscar a los verdaderos culpables.

Ella trago grueso y cruzó los brazos en el pecho. Le costaba asimilar esa realidad: pesadillas, magia negra, espíritus, hechizos... Nunca fue partidaria de ese tipo de creencias, pero no las desconocía.

—Yo... es poco lo que te puedo decir. Su nombre es Jairo Contreras, suele cambiar de residencia y no tiene un trabajo definido. Es una especie de... contratista independiente, se ocupa de cualquier cosa: mantenimiento, construcción, transporte... —enumeró mientras se obligaba a recordar lo poco que sabía del sujeto. No quería pensar en él—. Tendré que hablar con mi abogado. Él maneja más información.

—¿Tu hermano no tendrá más datos?

—Si le mencionas a Aarón el nombre de Jairo, lo único que despertarás será su furia —expuso con evidente incomodidad—. Ese hombre nos ha fastidiado muchas veces. Evitamos hablar o saber sobre él.

Javier se acercó a ella y le encerró el rostro entre las manos. Isabel quedó abrumada. El aroma y el calor de su piel le producían un hormigueo en el cuerpo y le agitaba las emociones.

Él le acarició las mejillas con los pulgares y se aproximó a su rostro en busca de sus labios. No soportaba más. Necesitaba de ella.

Isabel pensó en detenerlo, aún se sentía dolida por su desaparición y temerosa por el tema del sueño, pero no podía negar que necesitaba de su cercanía. Al sentir la dulzura de sus besos se aferró a sus cabellos para acercarlo más a ella.

Motivada por el ímpetu, bajó los brazos para alcanzar la cinturilla del pantalón y sacar la camisa. Javier se apartó un poco para dejarse desnudar sin problemas mientras sus ojos enfebrecidos la observaban con lujuria.

Al ver su torso desnudo. Ella le acarició los músculos del pecho y bordeó con la punta de los dedos índice las sensibles tetillas.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él. Ella asintió sin dejar de tocarlo.

—Te necesito —rogó, llena de miedo. Ansiaba que él aplacara sus emociones.

—Yo también. Permíteme hacerte olvidar.

Isabel sonrió con dificultad. Quería eso, olvidarse de todo, dejarse amar, sentirse protegida y deseada. Javier volvió a apoderarse de su boca al tiempo que le quitaba la blusa. Isabel lo empujó con suavidad para sentarlo en el sofá y ella misma se quitó el sujetador seduciéndolo con una mirada impetuosa.

Por unos segundos, el control de Javier estuvo a punto de fallarle. Quería apoderarse de ella, marcarla como suya para siempre, pero con esfuerzo mantuvo la calma y le permitió que lo dirigiera.

Isabel se sentó a horcajadas sobre él. La falda se le arremolinó en las caderas. Se frotó contra la fogosidad de su cuerpo, despertando un tumulto de sensaciones escandalosas en su pecho y vientre.

Mientras ella se movía, Javier se dedicaba a saborear la tersa piel de sus pechos y le acariciaba las piernas, amoldándola más a su cuerpo.

El corazón de Isabel estaba a punto de reventar. Creía que el alma se le iría en los miles de suspiros que producía de manera inconsciente. Se frotó contra el cuerpo duro con más frenesí, arañándole la espalda, sin percatarse que con eso le aumentaba a él la ansiedad.

Javier le tomó la cabeza y enroscó los dedos entre los cabellos para consumirse su boca en un beso penetrante, ansioso.

—Hazme tuya —gimió Isabel sobre su boca.

Al escuchar su ruego, él se sintió enloquecer. Aquellas palabras le dieron un vuelco a su vida.

La alzó para girarla y acostarla en el sofá, ubicándose sobre ella. Hizo un último esfuerzo por alargar el momento, no quería que por nada del mundo terminara. Con besos y caricias bajó por su cuello, clavícula y pecho hasta detenerse de nuevo a saborear sus senos mientras la despojaba de la ropa interior y se quitaba su propia ropa.

Aunque quería, no podía invertir más tiempo en cortejos. Estaba a punto de explotar. Necesitaba con urgencia unirse a ella.

Se colocó el preservativo y, sobrecargado por la pasión que lo dominaba, la poseyó con la mayor delicadeza posible, manteniendo la mirada fija en sus ojos brillantes. Le entregó con devoción todo el amor que poseía mientras escuchaba su respiración acelerada y sus tiernos gemidos. Su cuerpo monumental la abarcó por completo. Ella estaba acurrucada debajo de él, hundida en el mullido sofá con las piernas enroscadas en su cintura y las manos aferradas a su espalda.

Ambos dejaban un poco de su alma y corazón en ese acto, accionados en una perfecta comunión que los unía más a cada segundo.

Isabel creía que flotaba en una nube. La piel de Javier la sentía como seda,

suspiraba su nombre una y mil veces, al tiempo que sentía tenues caricias en el rostro producidas por los labios de Javier.

—Eres mía, preciosa... mía... —le susurró al oído y aumentó las embestidas.

Juntos estallaron en medio de un gemido que los dejó sin aliento ni fuerzas. Quedaron envueltos en un amasijo de brazos y piernas con los corazones latiendo bajo un mismo ritmo. Para Isabel aquella explosión movió varios centímetros el curso de rotación de su mundo. Fue un momento sublime que le quedaría marcado en el alma. Comprendía que ya nada sería igual, ni en la relación con Javier, ni en su propia vida.

—Esto ha sido maravilloso —le confesó e intentó recuperar la respiración.

Con una amplia sonrisa Javier la miró a los ojos. Ahora Isabel no solo era su luz y su fortaleza, sino además, la fuerza que movía su corazón, sus ganas de vivir.

—Para mí fue igual de intenso —declaró, luego bajó hasta su oído sin dejar de acariciarle la piel con la punta de la nariz—. Y te prometo que las próximas serán mejores.

Isabel no pudo evitar sonrojarse y sonreír.

—Espero seas un hombre de palabra —le advirtió. Se mordió el labio inferior y le dedicó una mirada seductora.

—Eso puedes jurarlo.

Después de aquella garantía, Javier volvió a apoderarse de su boca.

La noche aún no había terminado.

Capítulo 14. El rostro de la bestia

La mañana del sábado llegó sin contratiempos. Javier se acercó a ella mientras Isabel se ajustaba la cola en la que había atado sus cabellos frente al espejo de la cómoda. La abrazó por la cintura y hundió el rostro en su cuello para aspirar su aroma.

—Me gusta más cuando lo llevas suelto.

—Pero hoy no estarás conmigo —expuso ella con cierto tono de reproche. Él apretó el abrazo.

—Será por pocas horas.

—Así dijiste hace unos días.

La giró entre sus brazos para mirarla a los ojos. Isabel se notaba relajada, pero él podía captar su decepción.

—Si pudiera te llevaría conmigo, pero no quiero exponerte.

—No te preocupes. Déjame aquí con... el fantasma y ve a La Costa —expresó e intentó apartarse de él. Javier le impidió que se alejara. El corazón lo tenía hecho un nudo en el pecho.

—Isabel...

—Estoy siendo sarcástica —confesó. Aunque ni ella misma se creía sus palabras—. Si no tomo esta situación a la ligera no la podré enfrentar.

La empujó hacia él y la apresó de nuevo en un abrazo.

—Esta misma tarde estaré aquí. Así que prepárate —expuso categórico. A Isabel la sangre se le arremolinó en las mejillas.

—¿Para qué?

—Para comenzar a soportarme —le advirtió y la besó con arrebató—. De ninguna manera podrás librarte de mí, ¿entiendes?

Con la piel erizada ella se dejó embriagar con más besos. La boca de Javier la abducía por completo de la realidad y la llenaba de una paz que durante

meses había anhelado.

Al detenerse, Javier la apartó un poco. La mujer quedó pasmada, como si la hubieran alejado del alimento después de pasar semanas sin probar bocado.

—No te he regresado esto —le dijo y sacó la caja de terciopelo del bolsillo de su pantalón.

Tomó el collar con una mano ante la mirada expectante de Isabel. Se paró tras ella y le envolvió el cuello con la prenda para regresarla a su sitio. Ella frotó el dije con los dedos. No pudo evitar que los ojos se le humedecieran. Ese objeto le recordaba a sus padres fallecidos.

—Ahora todo está en su lugar —vaticinó Javier y la rodeó con los brazos. Isabel se aferró a él, nerviosa por lo que venía—. Te juro que estarás bien. Cuidaré de ti.

La besó por última vez con intensidad antes de salir juntos de la casa. Acordaron que ella pasaría la mañana en el apartamento de él, con Jesenia. De esa manera evitarían algún acecho mientras él viajaba a La Costa.

Isabel se había comunicado con Armando, su abogado, a primera hora de la mañana, y logró obtener algunos datos de Jairo. Javier debía reunirse con el resto de los guerreros e informarles de los últimos acontecimientos para así dividirse el trabajo. No podían descuidar la cosecha, pero tampoco, debían ignorar lo que sucedía. Tenían que eliminar la amenaza que se ceñía sobre sus tierras y sobre ellos mismos.

Minutos después, Javier y Deibi se encontraban de camino a La Costa, habían dejado a Isabel y a Jesenia resguardadas en el apartamento.

—Estamos solos, ¿puedes decirme qué te ocurre? —pidió Javier al notar el rostro circunstancial de Deibi y su actitud huidiza.

—Nada. No dormí bien —respondió sin mirarlo a los ojos, ocupado en la revisión de su teléfono móvil.

—¿Nada? —Javier sonrió. Recordó que al llegar al apartamento su amigo

se notaba nervioso. A Jesenia, en cambio, la felicidad le brotaba por los poros —. ¿Te hizo algo? Puedes confiar en mí, no diré...

—¡No seas idiota! —reclamó Deibi y lanzó el teléfono al asiento trasero. Observó el camino con el ceño fruncido y los brazos cruzados en el pecho. Javier aumentó la sonrisa, aunque procuraba evitarla para no enfadarlo más.

—Es la primera vez que te veo perturbado por una mujer. Este es uno de esos momentos sublimes en que...

—¿Puedes callarte?!

Esta vez Javier no evitó la risa. Lo que apretó más el ceño de su amigo.

—Dime qué sucedió. ¿Tan peligrosa es esa mujer?

—No hables idioteces, me he enfrentado a cosas peores.

—¿Entonces?

Deibi suspiró sin apartar la mirada de la carretera y aún con los brazos cruzados en el pecho.

—Estaba muy ebria. La acosté en tu cama para que tuvieras que encargarte de ese asunto en la mañana. Pensé que pasaría toda la noche vomitando y se levantaría al medio día.

—¿Y? —indagó Javier al ver que su amigo no continuaba la narración de los hechos.

—No la sentí —reveló con frustración—. Maldita sea, no la sentí cuando se metió en mi cuarto y se subió a mi cama hasta que se acostó a mi lado.

Javier soltó una carcajada sonora.

—No es gracioso —se quejó Deibi—. Eso es peligroso. Debo tener los sentidos activos en un cien por ciento para evitar que me ataquen, pero no pude sentir la cercanía de esa mujer.

—Ella no representa ningún peligro —expuso Javier controlando la risa—. La bestia reacciona si algo amenaza nuestras vidas.

—¿Y te parece que esa mujer no es una amenaza?

Javier tuvo que detener el auto a un costado de la carretera para seguir riendo. Deibi resopló con frustración.

Minutos después, cuando logró calmar su diversión, Javier lo observó con detenimiento.

—¿Qué te hizo?

—Nada. Se quedó dormida. Me dijo que le daba miedo estar sola.

Javier apretó el ceño, cada vez más confundido.

—¿Qué es? —insistió. Deibi lo miró con extrañeza, pero enseguida giró de nuevo el rostro hacia la vegetación— Vamos, dame una pista.

—No sé.

Ambos quedaron en silencio mientras Javier retomaba el camino.

—¿Interés? ¿Necesidad?

Deibi relajó la postura y se pasó una mano por el cabello con preocupación.

—No. Creo que es... temor.

Javier arqueó las cejas y lo miró por unos segundos.

—¿A qué?

—A lo que está sucediendo con Gabriel y contigo. No quiero pasar por lo mismo.

Javier apretó la mandíbula para no hacer ningún comentario. Deibi parecía abatido. Su amigo siempre había sido un hombre alegre, independiente, enamorado y espontáneo. Una relación estable le cortaría sus largas alas. Esa podría ser la razón de su temor.

Lo que dijera en ese momento no serviría de nada. Cada uno debía vivir su propia experiencia y aprender de ella.

No estaba seguro si lo que sentía Deibi era causado por un efecto producido por Jesenia o por lo que ocurría a su alrededor. Podía incluso, confundir una cosa con la otra. En ese caso, él no debía intervenir. Tenía que dejarlo comprender sus propias emociones. De la misma manera en que él lo hacía.

Isabel se apartó hacia el balcón del apartamento para conversar por teléfono con Aarón mientras Jesenia se ocupaba en revisar la bien abastecida despensa de Javier, en busca de algo especial qué preparar para el almuerzo.

—Si no puedes ir avísale a Armando para que cancele la cita. Yo no puedo moverme de aquí. La familia de Erika aprovechó mi visita para reunirse y organizar una cena familiar. No dejarán que regrese hoy a Maracay.

—No te preocupes, a esa hora estaré disponible. ¿Con quién será la reunión? —indagó con nerviosismo.

—Con un empleado de la compañía del... sujeto ese —respondió su hermano con irritación. Le molestaba hablar del antiguo socio de su padre. Evitaba, incluso, mencionar su nombre—. No tienes que sentarte a conversar con él, solo recibir los documentos. Después de que los evaluemos se realizará una reunión más formal en la que debemos estar los dos y Armando —le comunicó.

Isabel se sintió aliviada. Su hermano le pedía que buscara durante la tarde una propuesta enviada por el socio para evitar que ellos continuaran con la demanda. No tenía problema en retirar la documentación, pero no quería encontrarse con Jairo. Mucho menos, después de haber escuchado todo lo que Javier le había contado la noche anterior.

Si Jairo realmente estaba poseído por un espíritu malvado, se vería en serios problemas.

—Lo haré y disfruta de la cena.

Al cortar la llamada suspiró y clavó la mirada en las altas montañas que servían de telón de fondo a la ciudad. ¿Cuántos misterios pueden estar escondidos en sus fauces, ocultando realidades que subsisten al margen de los humanos?

Se llevó una mano al dije en forma de estrella y lo cubrió dentro de su puño.

Con él se sentía protegida, pero no exenta de peligro.

Giro el rostro hacia su amiga y la miró bailando despreocupada al ritmo de una salsa caribeña mientras abría todos los cajones que encontraba. Una sonrisa cansina se dibujó en sus labios. La presencia de Jesenia la relajaba y mejoraba su humor. Su optimismo la fortalecía y necesitaba de eso para enfrentar lo que venía.

Alrededor de la mesa del comedor de la casa de Javier, se hallaban cinco de los guerreros con el ánimo mezclado entre la ira y la frustración.

—Hablaré con mi padre para que le pida al comisario que nos apoye con información sobre ese hombre —expresó Albert desde su posición, sentado con rigidez en el cabecero de la mesa.

Javier y Deibi les habían narrado lo ocurrido en Maracay, el enfrentamiento con el espíritu, el encuentro que Isabel tuvo con él un día antes y la posibilidad de que Jairo Contreras estuviera poseído por aquella fuerza para acercarse a ellos. Pablo, el líder de mayor jerarquía en la sociedad y padre de Albert, contaba con algunos contactos en la policía que pudieran facilitarle información más exacta que la dada por el abogado de los Fernández. Debían ubicar cuanto antes al sujeto, para averiguar si estaba relacionado con alguien de La Costa que quisiera dañarlos y detenerlo.

—Hay otra situación. —Todos voltearon para fulminar a Gregory con la mirada, pero él no se inmutó ante los ceños fruncidos de sus compañeros. Se mantuvo relajado, con la espalda apoyada en una de las paredes laterales y cerca de uno de los ventanales—. He notado que cada vez que Gabriel desaparece lo hace también Ismael Miranda, uno de los encargados del transporte en la cosecha. Conversé con varios empleados y me dicen que desde hace semanas el hombre se comporta de manera extraña, con temor, y sacó a toda su familia de La Costa. Ese hombre es uno de los empleados de

confianza de los Veldetta, si actúa así, por algo será.

Jonathan, sentado en una de las sillas laterales y con los brazos cruzados en el pecho, torció en cuello para relajar los músculos sin dejar de observar a Deibi, que se encontraba sentado frente a él con la mirada perdida en la madera de la mesa.

—¿Averiguaste algo sobre las reuniones del pescador con los brujos de Maracay? —indagó en dirección a su hermano. Deibi alzó por unos segundos el rostro para observar a su amigo.

—No. Tuve que encargarme de otro asunto.

—¿De cuál? Sabes que el problema que tenemos aquí es primordial —rebatió Jonathan con irritación.

—Lo sé, eso jamás se me olvida —respondió furioso. Ambos se debatieron en un duelo de miradas.

Deibi siempre había sido el más despreocupado del grupo y aunque nunca incumplía sus responsabilidades, todos conocían sus preferencias. Las mujeres, las fiestas y el juego eran su parada reglamentaria cada vez que visitaba Maracay o cualquier otra ciudad.

—Si es así, ¿por qué no hiciste lo que te pedimos? ¿Era muy difícil la tarea?

La actitud tosca de Jonathan enfureció al guerrero. Que pusieran en tela de juicio su trabajo era algo que no le agradaba. Jamás había dejado de lado una obligación, nunca les había fallado. No comprendía la reacción de su hermano y no estaba dispuesto a soportar reclamos.

Se levantó de la mesa con postura amenazante. Jonathan no se inmutó por el desafío.

Javier decidió intervenir. Estaba sentado cerca de ellos, podía sentir cómo la tensión de las bestias se acumulaba a su alrededor. Si las fieras salían, encerradas en aquella casa, destruirían todo y motivarían la aparición de las demás hasta crear un escenario de caos innecesario.

—Creo que tenemos suficiente con los problemas entre Gabriel y yo. — Ninguno de los guerreros pareció asimilar sus palabras. El resto se preparó. Gregory abandonó su posición cerca de ventanal para acercarse a Jonathan, y Albert se levantó de la silla dispuesto a lanzarse encima de Deibi en el momento en que fuera necesario—. Él faltó a su obligación por mi culpa — agregó para aliviar la tensión. Agradecía que su padre no estuviera en casa, aquella situación podía volverse peligrosa de un momento a otro—. Isabel estaba acompañada de una amiga, para hablar con ella en privado necesitaba sacar a la chica de la casa.

Jonathan emitió un bufido sin dejar de vigilar los movimientos de su hermano.

—Imagino que Deibi se ofreció de voluntario.

—¿Qué demonios te sucede conmigo? —preguntó ofuscado el agredido, al tiempo que se apartaba de la mesa para no tener obstáculos que le impidieran encarar a su hermano.

Jonathan también reaccionó y se puso de pie asumiendo una pose desafiante que obligó al resto de los guerreros a actuar.

—¡Ya basta! —exigió Javier, dando un fuerte golpe a la mesa—. Afuera tenemos a un enemigo poderoso que se aprovecha de estas debilidades. No podemos detenerlo si no estamos unidos.

—¿Y es ahora que vas a entender eso?! —le recriminó Jonathan.

—Sí, y me alegro de haberlo hecho a tiempo.

Javier no pudo evitar que la pregunta de su amigo le afectara. Se había comportado como un idiota durante el tiempo que estuvo poseído por la maldición.

—Entonces, ¿qué? ¿Tenemos que esperar que llegue el tiempo en que Deibi se estabilice emocionalmente para que nos ayude?!

—¡Maldita sea, Jonathan! Jamás he fallado. Lo sabes —rebató Deibi.

Estuvo a punto de rodear la mesa para encarar a su amigo, pero Javier lo detuvo.

—Jonathan, no empeores la situación —le advirtió Albert.

Si bien el liderazgo entre los guerreros siempre lo había obtenido Jonathan, por ser el más disciplinado, las intervenciones de Albert tenían un gran efecto. Su actitud serena y acertada lo rodeaba de un aura de sabiduría.

Después de unos segundos de incómodo silencio, Jonathan se marchó.

—Iré a supervisar los trabajos de mantenimiento —se excusó antes de cerrar la puerta.

Javier compartió con Albert y Gregory miradas de preocupación mientras Deibi volvía a retomar su puesto en la mesa y hundía la cabeza entre las manos.

Aunque se había liberado de la maldición, comprendía que la maldad se empeñaba en amellar la relación de hermandad que siempre había existido entre ellos. No podían concederle más terreno. Debían detener esa situación.

Llegada la tarde, Isabel se dirigió con Jesenia a un edificio de oficinas ubicado al este de la ciudad. Su amiga decidió quedarse en la planta baja, hurgando entre las ofertas expuestas en una boutique de ropa deportiva mientras ella subía al primer piso por unas escaleras estrechas y buscaba, en un largo pasillo exento de ventanas, el despacho de la constructora que pertenecía al antiguo socio de su padre.

El hombre era un empresario arriesgado, que le gustaba invertir en empresas pequeñas pero con un gran potencial. Las ayudaba a fortalecerse para luego desangrarlas e hincharse los bolsillos con las ganancias que generaban. Se valía de trampas para obtener más beneficios que los dueños originales, e incluso, se atrevía a apartarlos a ellos si notaba que eran extremadamente lucrativas. El padre de Isabel se dio cuenta muy tarde de las

verdaderas intenciones del hombre. Sin embargo, nunca se rindió e hizo lo posible por romper la sociedad. Su repentina muerte le impidió liberarse a tiempo de ese control. No obstante, le otorgó al socio las herramientas necesarias para reclamar el dominio total de la empresa después de su desaparición, e incluso, se cobró supuestas deudas con el embargo de su casa y de otras pertenencias.

Isabel apretó la mandíbula y se esforzó por olvidar los amargos recuerdos. Caminó varios metros hasta llegar al final del pasillo donde estaba ubicada la oficina. Al llegar, se acercó a la reja de hierro que bloqueaba la entrada y observó la figura diminuta de una secretaria sentada tras un escritorio e inclinada encima de una revista de chismes. Estiraba con los dedos de una mano una goma de mascar que tenía aprisionada entre los dientes.

Golpeó el marco metálico para llamar su atención. La mujer alzó el rostro y en medio de un suspiro guardó el chicle en su boca y apartó los rizados cabellos de su cara para dirigirse a la puerta.

—¿Sí? —preguntó a través de las rendijas, al tiempo que evaluaba a Isabel con desconfianza de pies a cabeza.

—Vengo de parte del abogado Armando Blass para retirar unos documentos que...

—Ya, ya, ya. —dijo la mujer con fastidio y abrió la puerta para darle paso. Caminó delante de ella en dirección a la primera oficina—. Espera aquí, la persona a cargo te entregara los documentos.

Isabel entró en el reducido espacio y se sentó en una butaca apostada frente al escritorio. Se sentía nerviosa. Ubicó la cartera sobre los muslos y se aferró a ella como si temiera que en cualquier momento alguien se la arrancara de las manos. La secretaria cerró la puerta al salir. Sus pasos se perdieron hacia el fondo de la instalación.

Miró con aprehensión los escasos adornos de las paredes, ansiosa por

terminar pronto con esa tarea. Un amargo presentimiento se le aglomeraba en el pecho. El corazón se le detuvo al escuchar que abrían la puerta dando paso a una brisa helada que le erizó la piel. Mantuvo la mirada fija en el escritorio, pero de reojo pudo divisar la figura de un hombre alto, de músculos anchos, que se detuvo a su lado.

Alzó el rostro hacia él para mirarlo, quedando petrificada por la impresión. Una mirada oscura, dirigida desde un rostro endurecido de facciones indígenas e italianas, le despertó el temor. Aunque el sujeto tenía el cabello castaño recogido en una cola a la altura de la nuca, ella podía predecir que era un poco largo, al menos, le debía llegar a los hombros. Todas esas similitudes la angustiaron. Sentía que se había metido en la boca del lobo.

El hombre también parecía impactado. Con las manos apretadas en puños se sentó en la butaca detrás del escritorio y mantuvo la mirada fija sobre Isabel, cómo si esperara que ella hiciera un movimiento en falso para atacarla.

—¿Tú eres...? —preguntó con un frialdad que la estremeció.

—Isabel... Fernández —respondió con inseguridad, sintiéndose una tonta por reaccionar de esa manera. Enderezó los hombros y alzó el mentón. No se dejaría manipular por miedos infantiles—. Vengo de parte de Armando Blass.

El sujeto la fulminó con la mirada. Estaba sentado con rigidez en el asiento, era evidente que se sentía incómodo con su visita.

Isabel notó que él dirigía su evaluación hacia su cuello. Por instinto cubrió el dije en forma de estrella de su collar, para evitar que lo mirara.

—Vine a buscar unos documentos —aclaró. Él asintió y sin dejar de vigilarla abrió un cajón del escritorio para sacar una carpeta amarilla que colocó con delicadeza frente a ella.

—Tienen dos días para enviarnos una respuesta —expresó con autoridad.

Aquello molestó a Isabel. Se irguió aún más para responderle:

—Dos días es poco tiempo. Nosotros...

—Dos días, Isabel. O procedemos.

La voz amenazante y rencorosa del hombre le bajó por completo la valentía. Para evitar demostrar su miedo se levantó y procuró mantener una pose altiva.

—¿Y tú eres...? —indagó furiosa. El sujeto no solo era irritante, sino que además, se atrevía a tutearla sin conocerla.

Él se paró de la silla con lentitud y alzó la comisura de los labios en una mueca que podía confundirse con una sonrisa socarrona.

—Gabriel Veldetta, el hijo de Ildemaro.

Isabel sintió un remolino de ira en su vientre. Ildemaro Veldetta era el sujeto que se había asociado con su padre y les había robado, a ella y a su hermano, la herencia que les correspondía.

—Me llevaré los documentos —respondió mientras tomaba del escritorio la carpeta—, cuando tengamos una respuesta nos comunicamos con tu abogado.

—Dos días, Isabel. Recuérdalo —advirtió Gabriel.

Ella clavó la mirada en él, pero no quiso iniciar una discusión. Había algo en ese sujeto que ponía en alerta sus instintos de sobrevivencia. Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

Mantuvo el mentón en alto y una postura desafiante al marcharse, sin preocuparse en despedirse, pero al abrir la puerta y ver a la persona que estaba parada detrás de esta, quedó de piedra.

—¿Cómo estás, conejita? —la saludó Jairo con una voz resquebrajada por el deseo y con una sonrisa despreciable.

La piel de Isabel se erizó en rechazo a la evaluación que él le hacía al mirarla con lujuria de pies a cabeza. Se esforzó por mantener la calma y no entrar en pánico. Quiso retroceder, pero al sentir que Gabriel Veldetta caminaba hacia ella, el miedo le bombeó la determinación. Pasó a un lado de Jairo, tropezándolo, y se dirigió a toda prisa a la puerta de salida.

Ni siquiera le dedicó una mirada a la secretaria. Notó que la reja estaba

abierta y se marchó de la oficina sin confirmar si la seguían.

No se detuvo hasta llegar a la planta baja y encontrar a Jesenia, que hablaba muy animada con un sujeto atractivo en la entrada de la boutique. Su amiga, al ver el rostro pálido e inundado de preocupación de Isabel, se despidió del hombre y la tomó de la mano para salir del lugar.

En ese momento no necesitaba explicaciones. Pronto las tendría.

Capítulo 15. Marca de nacimiento

—¡Esto es increíble! —expresó con emoción Jesenia después de haber escuchado la narración de Isabel sobre sus pesadillas, la pérdida y recuperación de su cadena y la misteriosa similitud del hijo del antiguo socio traidor de su padre con la bestia de su sueño.

—¿Increíble? Me parece terrorífico —rebatía ella mientras hurgaba en su clóset en busca de ropa para cambiarse.

Se encontraban en su casa. Javier le había informado por teléfono minutos antes que tardaría algunas horas más en La Costa. Aunque él no estaba muy de acuerdo con dejarla ir a su casa, por temor al acecho de Jairo, no podía prohibírselo. Jesenia y ella necesitaban darse un baño y en el apartamento de él no tenía lo necesario.

—Isa, es imposible que se traspasen objetos por medio de los sueños. Si Javier obtuvo el colgante no creo que sea porque una fuerza mágica lo absorbió y lo dejó en su mano. Quizás, tú estuviste realmente en esa selva.

Isabel dejó por un momento su tarea para observar con desaprobación a su amiga.

—¿No te das cuenta lo absurdo de tus palabras?

—¿Absurdo? ¡Niña, no fui yo la que te entregó el collar! —expuso con ofensa al tiempo que sacaba de su bolso de viaje los artículos personales para un baño.

—Me dijo que lo del sueño fue posible porque nuestros oráculos están unidos —explicó Isabel y dejó sobre la cama un pantalón corto de jean y una blusa vaporosa de flores color chocolate—. Compartimos un mismo destino, aunque somos capaces de tomar la decisión si lo seguimos o no.

—¿Y qué es lo que siempre eliges cuando estás frente a él?

La mirada perspicaz de su amiga la ponía nerviosa. Isabel regresó con

rapidez al clóset en busca de unas sandalias con plataforma de corcho.

—Me gusta. Es muy atractivo.

—Tyler también lo es y ni siquiera ha logrado un beso en dos años.

Isabel emitió un bufido y cerró el ropero con los zapatos en la mano.

—Es diferente. Entre Tyler y yo nunca existió química. —Se quedó pensativa mientras desenredaba los cordones de las sandalias—. Con Javier es... especial.

Jesenia detalló el rostro impregnado de melancolía de su amiga, quien tenía la mente perdida en lo que parecían ser deliciosos recuerdos.

—¡Guaooo! Es más fuerte de lo que imaginé.

Isabel salió de su ensoñación y la miró con el ceño fruncido.

—No seas tonta.

—¿Tan pronto uno puede enamorarse? —Isabel se alejó de ella para entrar en el baño—. Digo, ¿no es necesario conocerse y ver en qué son compatibles y en qué no? —Su amiga no le respondía. Se encerró en el baño para iniciar su aseo—. Vamos, Isa, no te molestes. Es que... no pensé que el amor fuera así.

Con frustración Jesenia miraba las lentejuelas cosidas a un cinto grueso que había sacado de su bolso. No podía apreciar su rostro en el brillo de las laminillas. Por eso no pudo distinguir la humedad que se había apoderado de sus ojos, ni tampoco de la presencia de Isabel a su lado.

—No te puedo asegurar si lo que siento por Javier es amor o no. Es intenso y profundo, pero está mezclado con el temor y la curiosidad. Lo único que puedo confesarte es que... se siente bien.

Jesenia alzó el rostro y se hundió en la mirada de su amiga.

—Yo sé que tú también pronto lo sentirás —le aseguró Isabel, pero a Jesenia no le gustaba demostrar su vulnerabilidad a nadie. Así que amplió la sonrisa y obligó a la pena a ahogarse en su alma.

—¡Ah, por favor, Isa! Yo me enamoro todos los días. —Isabel puso los ojos

en blanco sin animarse a rebatir sus palabras. Sabía que su amiga se esforzaba en ocultar sus sentimientos. Si la presionaba, la lastimaría aún más.

—Sí, claro.

—Hay muchos hombres divinos allá afuera esperando por mis atenciones.

—Por supuesto, pero procura no elegir a esos que se quedan dormidos en la barra de un bar —se burló Isabel, arrancando una risa escandalosa en su amiga.

—Hablando de Rodrigo... —expuso Jesenia al recordar algo que el hombre le había confesado— Él me dijo que trabajaba en sus ratos libres con un primo que es santero, le hace encargos y esas cosas.

Isabel la miró con preocupación. Sabía por dónde venía Jesenia.

—Podríamos hablar con él para contarle lo de tus sueños. Así hallarías respuestas de cómo y por qué sucedieron. —Isabel consideró la propuesta—. Si Javier dice que ahí puedes encontrar claves para ubicar al espíritu malo, alguien debe ayudarte a descifrarlas. ¿No crees?

—No sé si será...

—¡Vamos, amiga! Puede ser emocionante.

—Esto no es un juego —le recriminó Isabel. Imaginar que afuera podía estar Jairo asechándola e invadido por un espíritu poderoso y mortal, le ponía los vellos de punta.

—Lo sé, por eso debemos estar preparadas. ¿Qué dices? ¿Llamo a Rodrigo y le pido que nos lleve con su primo para hablar con él?

El ofrecimiento de Jesenia resultaba demasiado atractivo. Quería respuestas para tomar sus propias medidas preventivas. Sabía lo peligroso que era Jairo, con o sin espíritu, y lo malvado que podían ser los Veldetta.

Aquella sensación que sintió frente al hijo del Ildemaro era una señal. Que Gabriel Veldetta le recordara a la bestia de sus sueños aumentaba la posibilidad de nuevos problemas por venir. Tenía que estar preparada.

—En un momento las atenderá —les informó Rodrigo una hora después y con una sonrisa chispeante. Jesenia le había prometido una nueva salida juntos si las ayudaba con aquella necesidad y esa era una oportunidad que él no desaprovecharía.

Isabel se sintió inquieta. Ambas se hallaban sentadas en la sala de un hogar que ni por dentro ni por fuera parecía la oficina de trabajo de un santero, sino la vivienda de algún millonario.

—Deben tener mucho dinero. ¿No te parece? —preguntó Jesenia al quedar solas. La casa se hallaba ubicada en una zona exclusiva de la ciudad, decorada con un estilo moderno, con adornos suntuosos y elegantes.

Al fondo de la sala, una escalera en forma de caracol se extendía hasta la primera planta, y era por donde había subido segundos antes Rodrigo para averiguar si su primo podía recibirlas.

Isabel se sentía inquieta. Presentía que algo estaba por suceder.

Mantuvo su atención sobre un grupo de sujetos que se reunían en el área de la cocina, separada de ellas por una puerta abatible. El tiempo que estuvo allí había visto ingresar a varios hombres de aspecto intimidante que las observaban con recelo y parecían esconder cosas bajo las cazadoras que portaban.

Procuró dirigir su atención hacia la escalera, rogando que Rodrigo se apresurara y se reuniera con ellas, pero un golpe fuerte en la cocina la hizo dar un respingo.

Las dos mujeres observaron hacia el lugar. Una pequeña rendija en la puerta permitía apreciar los movimientos que se producían en esa zona. Algunos hombres caminaban de un lado a otro, pero había un sujeto moreno sentado en una mesa, que sostenía su cabeza entre las manos con agobio. No era posible detallarlo bien, pero por su postura, era evidente que se encontraba preocupado.

—Ismael, ¡cálmate! Con esa actitud no lograrás nada —se oyó la intervención de alguien. Isabel sintió gran curiosidad, pero le era imposible comprender el resto de la conversación. Solo frases sueltas le llegaban. Las que lograban pronunciar en un tono alto.

—¡No podemos hacer eso, es peligroso! ¡No pienso volver! —exclamó segundos después el moreno. Las chicas compartieron entre ellas una mirada confusa. El corazón de Isabel se propulsó en su pecho, comenzaba a arrepentirse de dejarse llevar por las locuras de su amiga.

Sostuvo con fuerza entre las manos su cartera y estuvo a punto de decirle a Jesenia que se marcharan, pero apareció la figura de Rodrigo que bajaba por las escaleras con una amplia sonrisa en el rostro.

—Es hora, chicas —les informó y las animó a subir—. Arriba encontrarán un pasillo. Al final, antes de llegar a la terraza, hay una habitación con una puerta abierta. Allí está mi primo, Kenaí. Él las atenderá —les dijo y no hizo amago de moverse.

—¿No irás con nosotras? —consultó Jesenia al acercarse a él.

—Claro que no. Imagino que la consulta es privada.

Ninguna de las dos rebatió sus palabras. Isabel prefería que nadie se enterara de sus desvaríos, pero se sentía nerviosa. Aquel sujeto era el único al que conocían en ese lugar.

Se guardó las dudas en la memoria y subió con su amiga para dirigirse al encuentro con el santero. No podía dar marcha atrás. Necesitaba respuestas.

Ambas siguieron las instrucciones de Rodrigo y casi enseguida estuvieron dentro de una habitación amplia, cuya pared izquierda era en su totalidad un ventanal de cristales gruesos. Al fondo se hallaba un altar de tres niveles, repleto de santos de diversos tamaños, colores y culturas; así como velones encendidos, flores, juguetes, dulces, monedas y billetes de alta denominación.

En el centro, un sujeto moreno de contextura delgada pero fibrosa, vestido

completamente de blanco y con un gorro del mismo color ceñido a la cabeza, fumaba un tabaco sentado sobre grandes almohadones. Ese debía ser el tal Kenaí. Frente a él se hallaba una mesa de vidrio baja, que contenía como único adorno un cenicero de vidrio. El cuarto estaba inundado por un olor a incienso que les revolvió a ambas el estómago.

El hombre apartó la mirada de la punta encendida del tabaco y la dirigió hacia ellas. Al verlas, sacudió el cuerpo con exageración.

—¿Qué traen? —reprochó con el ceño fruncido.

Jesenia sonrió con nerviosismo. Isabel se llevó una mano al dije con forma de estrella.

—Dudas —respondió e intentó aparentar calma.

Kenaí gruñó, dejó el tabaco sobre el cenicero y se limpió los brazos como si los tuviera llenos de tierra.

—Es fuerte. Una de ustedes está marcada. —Ambas se miraron con incredulidad—. Será mejor que se vayan.

Isabel se irguió. No había llegado hasta ahí para ser echada en menos de un minuto.

—¿Marcada?

—No quiero que dejen aquí su peste, suficiente con la que tengo en la casa.

—¿Peste? —Ahora fue Jesenia quien arrugó el ceño y apoyó las manos en la cintura.

—¿Qué tengo? —preguntó Isabel, sabía que era ella la que causaba esa reacción en el santero. Se acercó logrando que el sujeto se sintiera amenazado. Él se levantó del suelo y la miró con desafío.

—No puedo ayudarte.

—Si puedes —insistió ella.

—Regresa por donde viniste.

—No me iré hasta que me des la información que necesito.

La determinación que se reflejaba en la postura de Isabel intimidó a Kenaí.

—Bien... eh... —Echó un vistazo en dirección al altar y al ver un pequeño saquito atado a un cordón negro, sintió alivio—. Toma —le dijo y se lo entregó sin tocarla—, esto te protegerá.

Ella lo recibió sin comprender su utilidad.

—Lo que tienes no es algo impuesto por un humano, es una marca que llevas desde tu nacimiento, otorgada por los dioses. Por eso no puedo hacer nada por ti.

Isabel amplió las órbitas de sus ojos y abrió la boca para preguntar algo, pero el santero se movió nervioso por la habitación y tomó varios manojos de ramas que se hallaban entre las flores del altar.

—Tienen que irse, eso es muy poderoso —expuso mientras golpeaba el aire con las ramas.

Isabel se estremeció.

—Dime qué es.

Kenaí negó con la cabeza y se acercó a ellas para sacarlas de la habitación a empujones. En el forcejeo, a Isabel se le cayó el pañuelo que le sostenía los cabellos en una cola floja a la altura de la nuca.

—Sueña. Ahí lo encontrarás —le recomendó al tenerla fuera de la habitación, finalmente cerró dando un portazo.

Ambas se quedaron allí por unos segundos, enfurecidas y confundidas.

—Que pedazo de imbécil es este tipo —expresó Jesenia con irritación y caminó con altivez hacia la escalera.

Isabel la siguió con el atado de hierbas apretado en un puño. El sujeto lo único que hizo fue ponerla más nerviosa.

Descendió las escaleras detrás de su amiga y al llegar a la planta baja no pudo evitar dar una mirada hacia la cocina. En esa oportunidad la puerta se encontraba más abierta, las voces que salían de allí se oían con mayor nitidez.

—Sus órdenes fueron entrar hoy a La Costa. Si hacemos lo que dice, no sospechará nada.

La mención del lugar donde vivía Javier la paralizó. Su amiga, en cambio, continuó su camino sin que nada la afectara. Era evidente que Jesenia estaba molesta por la actitud que había tenido el santero.

—El problema no es el jefe, sino el hijo. Ese ataque lo enloquecerá — expresó el mismo hombre que minutos antes había hablado de un peligro. El tal Ismael.

—Deja el drama, Ismael. Al hijo y al resto de sus hermanos podemos controlarlos. Sabemos cómo dominar a esos animales.

Isabel se estremeció. No podía moverse. La voz que acababa de escuchar le resultaba demasiado familiar.

—Es una locura, si cometemos un error...

—¡No existe el error!

Al utilizar un tono de voz más alto, Isabel pudo ampliar sus sospechas. Aquella voz le resultaba muy parecida a la de Jairo Contreras. La sangre se le heló, lanzó una mirada angustiada hacia su amiga que la esperaba con impaciencia en la puerta de la vivienda, pero Jesenia estaba tan enfadada que no podía percatarse del terror que se reflejaba en el rostro de Isabel. Ansiaba marcharse de ese lugar cuanto antes.

—Haremos lo que diga el jefe y después del ataque, tomamos el control y actuamos según nuestro plan.

Un sujeto salió en ese momento de la cocina y la observó con aprehensión. El miedo le propulsó las piernas y la obligó a salir de la casa a toda prisa, llevando consigo arrastrada a Jesenia.

Horas después se encontraba en la seguridad de su casa, contándole a Javier su loca osadía, sentados en el patio trasero del hogar.

—No debiste ir.

—Tenía que hacerlo.

—Podías haber esperado a que llegara —recriminó él después de escuchar sobre el encuentro con Jairo Contreras en la empresa del antiguo socio de su padre y la posibilidad de haber escuchado su voz en la casa del santero al que había visitado.

Javier se hallaba sentado sobre una mesa de madera con los pies apoyados en una banqueta y los brazos descansando sobre las rodillas, molesto por la acción inconsciente de Isabel. ¿Cómo le hacía comprender la peligrosidad de la situación?

—Ese tema del espíritu me está volviendo paranoica, quizás por eso escucho la voz de Jairo en todos lados.

—Pudo haber estado allí. —Ella miró a Javier con irritación. Él no ayudaba a que se calmara—. Si nuestras sospechas son ciertas y ese hombre fue invadido por un mal espíritu, no es de extrañar que frecuente esos lugares.

—No quiero hacer afirmaciones que podrían ser erróneas.

Javier se frotó el rostro con ambas manos.

—Dame la dirección de esa empresa y la del santero, yo verificaré.

—No conoces a Jairo.

—Tengo su descripción. Si está en Maracay llegaré a él y confirmaré si es el famoso portador del espíritu o no.

La mirada decidida de Javier la intimidó, pero conocía hasta donde podía llegar Jairo con sus perversiones. Si se sentía amenazado, era capaz de asesinar.

—¿Por qué no vamos a la policía? —propuso ella y se cruzó de brazos. Javier apretó la mandíbula. Incluir a oficiales complicaría la situación en La Costa.

—Mi gente está acostumbrada a manejar este tipo de situaciones. La policía se convertirá en un obstáculo.

—Jairo es un sujeto peligroso.

—Yo también lo soy.

El tono de voz que utilizó Javier dejó a Isabel sin palabras, podía percibir la amenaza impresa en su afirmación. Sin embargo, ella conocía muy bien a Jairo. No quería complicar las cosas y poner a peligro a otras personas. Mucho menos, a él. Lo mejor era cambiar la conversación.

—Fui a ese santero para obtener una respuesta y lo único que me dio fue esta cosa —dijo y sacó del bolsillo de su falda el atado que le había entregado.

Javier lo tomó y se lo acercó al rostro para olerlo.

—Son simples hierbas.

—Me dijo que me protegería.

—Estas hierbas no protegen, solo curan.

—Dijo que no podía ayudarme, que lo que tenía era una marca de nacimiento y era muy fuerte.

Javier se guardó el atado en el bolsillo del pantalón, esa podía ser una pista.

—Ven —la llamó y estiró una mano hacia ella.

Isabel se acercó con los hombros caídos. Se sentía frustrada. Se dejó abrazar y consentir con besos. Aquellos halagos le resultaban como un bálsamo para las preocupaciones.

—¿Quieres visitar a un verdadero vidente que no te echará de su casa? — Ella lo observó con renovado ánimo. A él se le dibujó una sonrisa ancha en los labios—. Aarón no llegará hasta mañana y no quiero que estés sola aquí. Acompañame a La Costa, así conoces mis tierras y a un iluminado real, estarás a salvo y hasta podrías divertirte.

Isabel se mordió el labio inferior. Aquella propuesta resultaba interesante. Eso le permitiría conocerlo más a él.

—Tengo que pensarlo —mintió e intentó aparentar indiferencia.

Javier la apresó más entre sus brazos y alcanzó con facilidad su boca. Consumió toda su arrogancia con un beso profundo que le llegó hasta el alma. Al culminarlo, no la apartó de su lado, le repartió besos dulces en la cara y le acarició la piel con la punta de la nariz.

—Acompáñame. Es duro estar lejos de ti.

Esas palabras la derritieron. Se incorporó para cubrirle el cuello con los brazos y retomar el beso que había detenido. Javier se dejó llevar y ladeó la cabeza para darle más facilidad y concederle todo lo que quería. El corazón le palpitaba con energía cada vez que se entregaba a ella.

—Eso es un sí —preguntó en medio de jadeos apenas ella se lo permitió.

—¿Qué crees? —respondió traviesa—. Pero no podemos dejar a Jesenia. Ella vino para que yo no estuviera sola.

Javier suspiró sin borrarle la sonrisa del rostro. No sabía si la presencia de la chica en La Costa afectaría a Deibi, pero sería divertido hacer la prueba.

—Estoy seguro de que a ella le gustará la idea.

Volvieron a mimarse con besos y caricias. Para Javier, llevar a Isabel a sus tierras era algo que lo satisfacía, pero más que eso, le garantizaba su protección. No sabía hasta qué punto ese espíritu pudiera amenazarla. Al menos lo tranquilizaba el hecho de que Gabriel no estuviera en la zona fastidiándoles la estadía.

Ya tendría tiempo para buscar al sujeto de los ojos verdes. Estaba seguro de que aquel hombre sería la clave para ubicar a las personas que habían creado los problemas en La Costa.

Capítulo 16. De la fantasía a la realidad

—¿Regresará a La Costa?

—Aún no —aseguró Gabriel mientras rebuscaba entre un montón de papeles que tenía su padre sobre el escritorio de su despacho, en la casa que solía utilizar cuando viajaba a Maracay por negocios.

—Pero, joven, debe avisar a sus hermanos lo que está por ocurrir y...

La mirada mortal que le dedicó Gabriel silenció a Ismael. El negro trataba de persuadirlo de que avisara en La Costa sobre la pronta presencia de un grupo de asesinos que irían comandados por el propio Ildemaro para crear el caos, demostrando así que los guerreros eran incapaces de proteger los cultivos siendo necesaria la intervención del empresario para cuidar de la inversión, pero Gabriel estaba sumergido en sus propios conflictos.

—Esos hombres no actuarán durante estos días. Solo se instalarán y esperarán instrucciones. Tenemos tiempo de sobra.

Ismael escondió una mueca de impaciencia. No había tiempo para nada. El joven se negaba a comprender la problemática.

—¿Y qué hará usted?

Una sonrisa perversa se dibujó en el rostro de Gabriel al encontrar la información que buscaba con anhelo.

—Ese no es tu problema. Vuelve a La Costa, yo iré en un par de días.

Ismael arrugó el ceño y se retiró de la habitación. No pensaba regresar. Esas tierras se convertirían en un hervidero de problemas. Lo mejor era alejarse de aquella situación.

Su trabajo ya estaba hecho, allá nadie lo extrañaría. Tenía a su familia asegurada en Maracay.

Dejó al joven solo, revisando el material que tenía entre las manos. Se trataba de toda la información personal que Ildemaro había reunido sobre los

Fernández: direcciones, teléfonos, hábitos y costumbres, entre muchas otras cosas.

El padre de Isabel fue en vida un genio informático capaz de crear variados sistemas administrativos que ahora ayudaban a Ildemaro a hacerse más rico. A Gabriel los asuntos de su padre no le importaban, mucho menos, sus egoístas y codiciosos planes. Lo único que quería era llegar a Isabel, la estrella. La ficha que faltaba para que se cumpliera la profecía que pretendía desgraciarle la vida.

Pudo reconocerla al encontrarse con ella en la empresa. Esa mujer fue quien protagonizó el misterioso sueño que le vaticinó su desgracia.

Era a ella a quien quería y a quien debía eliminar.

Para Isabel, el viaje a La Costa resultó más reconfortante de lo que pudo imaginar. Después de pasar la alcabala militar y adentrarse en la carretera, sintió como si hubiera pasado a otra dimensión.

Una estrecha y zigzagueante vía los elevó por la montaña y los hundió en la espesura de una selva nublada. El manto vegetal cubría de verde cada rincón y dejaba visible solo el tramo asfaltado. Inmensos árboles abrigados con plantas trepadoras y musgos bordeaban la carretera. Helechos y frondosos arbustos bañaban el suelo y lo adornaban con orquídeas, bromelias, hierbas y hongos, entre muchas otras especies.

—Este lugar es magnífico —comentó. Javier sonrió al verla tan feliz. Quería que ella amara a esas tierras y se sintiera a gusto.

—Dime una cosa, Javier —habló Jesenia desde el asiento trasero—: en La Costa, además de Deibi, ¿hay otros chicos como tú?

—¿Cómo yo?

—Sí, así de fuertes y musculosos —expuso la chica y arrancó varias risas en sus compañeros de viaje.

—Hay algunos.

Jesenia dio palmaditas de alegría y retomó su puesto junto a la ventana para maravillarse con el hermoso escenario natural. Isabel negó con la cabeza sin abandonar su gran sonrisa. A su amiga nada ni nadie podía detenerla. O eso suponía.

Al llegar a la parte más alta del camino observaron cómo la neblina cubría por completo la montaña. Abrieron las ventanillas del auto para sentir en el rostro el frescor del rocío y llenarse los pulmones con el aire más puro que jamás habían sentido.

En diversos tramos rocosos pudieron disfrutar de pequeñas caídas de agua y de los sonidos característicos de los pájaros y otros animales.

—¿Es cierto que en esta montaña habitan bestias salvajes?

La pregunta de Jesenia sobresaltó a Isabel y endureció el rostro de Javier.

—¿Bestias?

—He escuchado historias sobre animales feroces que viven en esta región. Dicen que se comen a las mujeres embarazadas y te atacan si te robas las plantas o dañas el lugar.

Javier aferró las manos al volante. Conocía la inmensidad de las leyendas que se habían producido en la zona. La gran mayoría eran inventadas por su gente para proteger el secreto de la bestia.

—Existen muchas historias ancestrales y otras más recientes. Por ejemplo, en este tramo de la vía —expuso y señaló la construcción de una capilla ubicada a un costado del camino en el borde del barranco. Se trataba de un nicho creado en honor a la Virgen del Carmen, patrona de los afligidos, lugar donde se habían producido varios accidentes ya que la vía era estrecha e inclinada y poseía curvas muy pronunciadas así como depresiones hondas—. Dicen que si viajas de noche puedes ver a los muertos caminar por la carretera y si manejas embriagado y te detienes en este sector, desapareces.

Ambas mujeres lo observaron con incredulidad. Javier no pudo evitar ensanchar la sonrisa.

—Hay otras que dicen que si lanzas piedras hacia los árboles más altos, los monos bajarán para vengarse por la afrenta.

—¿¡Monos?! —Aquello alarmó a Jesenia. Isabel estalló en risas.

—Sí. También es probable que salgan jaguares o tigres —culminó él con tono burlón. Jesenia cayó abatida en el asiento con las dos manos cubriendo su impactado corazón y la mirada fija en la selva.

—No se te ocurra detener el auto —le exigió. Javier emitió una risa estruendosa que contagió a Isabel.

—Tranquila, son solo leyendas.

Jesenia pareció serenarse.

—¿Así como la historia de la bestia de la montaña? —preguntó Isabel haciendo referencia al sueño que ambos habían tenido.

Javier la miró con seriedad por unos segundos, luego regresó su atención al camino.

—Son solo leyendas —fue lo único que pudo responder.

Isabel quedó pensativa. Evaluaba la vía con mayor detenimiento. Días atrás no era capaz de creer en cuentos de brujas, bestias ni fantasmas, pero el mundo comenzaba a girar a su alrededor y le mostraba una cara oculta que ella pensó solo existía en la literatura o en pesadillas.

No volvieron a hablar del tema. Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar al pueblo el camino se acompañaba por el caudal del río. El agua cristalina estaba alfombrada por cientos de piedras que parecían teñidas en plata y en los alrededores, se apostaban viviendas pintadas en colores vivos como el de las flores silvestres. Unas habían sido fabricadas en bahareque y con techo de bambú, otras, con bloques de cemento y tejas. En alguna de ellas se ofrecía venta de dulces, empanadas de carne, pollo o pescado, y sopa

elaborada en fogones a leña, así como bebidas refrescantes o calientes.

Se podía divisar además, en algunas zonas, la presencia de turistas y habitantes del lugar que disfrutaban del agua y de la montaña.

Al atravesar ese sector el ambiente cambiaba. La selva nublada desaparecía para dar paso a una vegetación más cálida, impregnada de olor a mar.

Cruzaron un arco de cemento que señalaba la entrada al pueblo de La Costa. Decenas de casas se apilaban a los lados como compañeras mudas de los niños que jugaban en libertad entre sus calles. Todos ellos de piel oscura, cabellos ensortijados y sonrisa ancha.

Sin embargo, no entraron al pueblo. Tomaron una vía alterna que parecía sumergirlos de nuevo en la vegetación. Javier pudo notar que Isabel comenzaba a admirar el paisaje con aprehensión.

—¿Todo está bien? —indagó, aunque creía conocer las razones de su estado. Isabel le había dado en una oportunidad detalles exactos sobre sus sueños.

—Es... extraño.

En los ojos de la chica se podía apreciar la confusión.

Minutos después Javier se internó por un sendero de tierra rodeado de plantas frutales. Isabel se abrazó a su cuerpo.

—No dejes de decirme lo que te ocurre —le pidió, pero ella no apartaba la mirada de la selva.

—¿Falta poco para llegar a la playa? —preguntó Jesenia. Javier se obligó a sonreír para que la joven no notara su inquietud.

—Estamos un poco lejos. Primero pasaremos por mi casa y luego iremos a la playa.

Ante sus palabras, Isabel lo observó atónita. Reconocía ese camino. Sabía muy bien a donde la llevaría.

A los pocos segundos entraron en un claro en el que estaba asentada una

casa de estilo campestre, rodeada de jardines floridos, caminerías de suelo empedrado y una fachada de ensueño que estremeció a Isabel de pies a cabeza.

—¡Guao!!! ¿Esta es tu casa? —preguntó Jesenia con emoción. Al estacionar el auto a un costado de la vivienda, la chica se bajó para observar con más detalle el lugar.

—Recuerdas esta casa, ¿cierto? —le preguntó él a Isabel, quien se mantenía muda, con los ojos fijos en la vivienda.

El hogar era más grande de lo que recordaba. Tres escalones daban entrada a un pórtico largo que ocupaba toda la parte delantera, precedidos por un borde de piedras de río que la hacían parecer una fortaleza.

Los grandes ventanales de hojas panorámicas estaban cubiertos por cortinas color crema, que resaltaban a través del oscuro y brillante caoba de las maderas que adornaban parte de la estructura.

—¿Estás bien? —insistió Javier, inquieto por su silencio. Le tomó con sutileza una mano y le acarició el dorso— Dime algo —le pidió.

—¿No piensan salir? —inquirió Jesenia ansiosa desde el exterior, atenta a la puerta de la casa que comenzaba a abrirse con suavidad.

—Es la misma... —confesó Isabel casi en susurros. Impactada por estar frente al hogar que había escenificado la más aterradora de sus pesadillas.

—No tengas miedo. Este lugar es seguro. Te lo juro.

Ella mantenía la mirada fija en la entrada y observó a un hombre alto, de cabello blanco y piel dorada que salía hacia el pórtico con una sonrisa.

—Es mi padre. ¿Quieres conocerlo? —expresó él.

Isabel asintió con la cabeza, se esforzaba por no dejarse dominar por el terror. Se bajó del vehículo al tiempo que Jesenia se animaba a acercarse a la casa para presentarse. Su amiga no tenía problemas al relacionarse con otras personas.

Antes de que pudiera dirigirse a la vivienda, Javier estuvo a su lado y la

tomó de la mano.

—¿Lista?

Para ella su apoyo era importante. Le otorgaba la fortaleza que necesitaba para afrontar sus miedos. Sin embargo, no podía evitar preguntar por su mayor temor.

—Si todo es real... ¿y la bestia?

Él endureció el rostro al notar el miedo que la invadía. Se sentía frustrado.

—No te preocupes, aquí estás segura. Daría mi vida por ti si fuera necesario —expresó con una voz impregnada de seguridad, pero también, de cierta resignación.

Isabel confió en su palabra. No obstante, se percató de que él nunca negaba la existencia de aquel ser.

Se armó con todo el valor que aún le quedaba en su perturbado organismo y se dirigió sonriente al lugar que había visitado en sueños. Dispuesta a atravesar la puerta que tuvo que liberar con las manos para defenderse del acecho de una aterradora bestia que por alguna extraña razón, quería su vida.

Los temores se le extinguieron a Isabel gracias a la amena conversación que mantuvo con William Aldama, el padre de Javier. Con él pudo recorrer recuerdos y añoranzas de tiempos pasados. No solo paseó a través de la vida de Javier, sino de la sociedad y de aquella región. Conoció de boca de aquel sabio hombre, tradiciones y costumbres que hasta ese momento le eran ajenas, pero que ansiaba cada vez con mayor ahínco experimentar.

Se sentía identificada con esa cultura, con la solidaridad, la entrega y el respeto que se profesaban y que mantenían con el ambiente.

Al final de la tarde el trío se disponía a visitar la plantación de cacao. A esa hora del día los trabajadores ya debían haber culminado la faena. Los guerreros estarían recogiendo los materiales de trabajo y cerrando las bodegas para dar fin a la jornada.

Javier quería llevar a Isabel con Baudilio, pero no era prudente inmiscuir a Jesenia. A pesar de que la chica conocía parte de la situación era suficiente para él tener que explicar misteriosos sucesos a una sola mujer. Necesitaba dejarla con alguien, en ese caso no había nadie mejor en La Costa que Deibi.

Se llegaron hasta los patios de secado donde estaban ubicados los cuartos utilizados para guardar el material de trabajo. Javier estacionó el vehículo a un costado de la vía y bajó con las mujeres para reunirse con Gregory, el único de los guerreros que estaba a la vista.

—¿Y los demás? —preguntó al llegar a su lado. El joven dejó caer al suelo los gruesos manojos de cuerdas que enrollaba y se irguió para recibir al grupo con una sonrisa.

—Adentro, haciendo inventario.

—¿Inventario? —Javier y Gregory compartieron una mirada que expresaba más que decenas de explicaciones—. ¿Me esperas aquí un momento? —preguntó en dirección a Isabel. Ella asintió y lo observó dirigirse apresurado hacia la entrada de una de las bodegas apostada a un costado del terreno.

—¿Tú debes ser Isabel? —inquirió Gregory con una expresión divertida en el rostro.

Ella le sonrió. El chico, a pesar de ser más alto que Javier y poseer un cuerpo musculoso y definido, reflejaba en las facciones de su rostro su juventud. No debía pasar de los dieciocho años.

—Sí, y ella es Jesenia, una amiga.

Él guerrero estrechó la mano de la morena exótica que acompañaba a la novia de su hermano. La mujer, con total descaro, lo evaluó de pies a cabeza y le tocó los brazos como si sopesara sus músculos.

—Vaya, ¿todos ustedes son así? —indagó con picardía.

—¿Así cómo? —consultó Gregory contrariado.

—Grandes, fuertes y seductores —expuso la chica en referencia a la

anatomía de los hombres.

Isabel no pudo evitar reír ante las disparatadas ocurrencias de su amiga. Gregory anchó la sonrisa. Se sentía orgulloso de que lo consideraran atractivo.

—Te aseguro que soy el mejor de todos —respondió el joven—. Pero no se lo digas a mis hermanos, pueden sentirse inferiores.

—¿Tus hermanos? —curioseó Isabel. En ocasiones ella había notado que Deibi y Javier se trataban entre ellos de la misma manera, pero al hablar con William y enterarse de que Javier era hijo único, la referencia le extrañaba.

—No somos hermanos de sangre, pero sí de espíritu —argumentó el joven y luego se inclinó para recoger las sogas que había dejado en el suelo sin percatarse de los rostros contrariados de las mujeres.

Isabel prefirió no hacer más comentarios, pensó que el chico se refería al hecho de que todos pertenecían a una misma agrupación de raíces indígenas y creían en temas místicos. Ya tendría oportunidad de averiguar más sobre el asunto.

Dentro de la bodega, Javier encontró a Deibi, Jonathan y Albert evaluando los instrumentos de trabajo almacenados.

—¿Qué ocurrió? —preguntó mientras echaba una ojeada a los alrededores. Era evidente que faltaba parte de los equipos.

—No sabemos. Los empleados se retiraron hace una hora, el único material que estaba afuera era el que usábamos nosotros —explicó Albert arrodillado en un rincón de la habitación. Valoraba unas pisadas marcadas con lodo.

—Alguien debió entrar mientras trabajábamos en la cosecha —expuso Deibi—. Faltan varios machetes, azadas, escardillas y palas. Quien se los llevó tiene pensado cosechar algo.

—Creo que tenemos que hacer rondas esta noche —propuso Jonathan.

—Traje a Isabel conmigo —confesó Javier—, y a su amiga. —Deibi giró el rostro hacia él.

—¿Jesenia está aquí?

—Sí. Y necesito que estés con ella mientras llevo a Isabel con Baudilio.

El guerrero se rascó la cabeza y sonrió algo tenso.

—¿Qué sucede ahora? —averiguó Jonathan.

—Le expliqué un poco la situación y ella está dispuesta a colaborar. Quiere conversar con Baudilio sobre sus pesadillas.

—¿A tenido más? —consultó Albert.

—No, pero cree que sus sueños tienen relación con su propia realidad. Hoy tuvo un encuentro con Jairo y antes de toparse con él, sintió que la gente que lo acompañaba también tenía algo que ver con la pesadilla.

—Estará sugestionada, como la gente de este pueblo que ahora ve fantasmas hasta dentro de sus casas —expuso con irritación Jonathan.

—¿Siguen produciéndose avistamientos? —inquirió Javier.

—No sabemos si son reales o es parte de la imaginación popular, pero las anécdotas se están multiplicando de manera alarmante —apuntó Albert.

—¿Dónde encontró Isabel al tal Jairo? —preguntó Deibi mientras salía con los guerreros de la bodega.

—En una empresa del antiguo socio de su padre. Tengo la dirección, cuando estemos en la ciudad nos daremos una vuelta por el lugar.

—Esta noche tendremos que hacer rondas para investigar lo sucedido con los materiales de trabajo —recalcó Jonathan, al tiempo que cerraba las pesadas puertas corredizas de la bodega.

—Gregory, tú y yo podemos ir al pueblo y hablar con los trabajadores —planteó Albert—. Como Deibi debe hacer de guía turístico, que vaya al poblado de Cumboto a conversar con los amigos del pescador difunto.

Todos sonrieron con burla, menos Deibi, que contrajo el rostro en una mueca de preocupación. Sin embargo, al dirigir la mirada hacia el lugar donde estaban las mujeres y verlas cómo se afanaban para ayudar a Gregory a subir

las sogas a la parte trasera de la Toyota Range Rover de Jonathan, no pudo evitar sonreír también.

Jesenia tomaba el grueso rollo con ayuda de Isabel sin quejarse y luchaba con él hasta lanzarlo sobre la plataforma. Esa mujer era temeraria, graciosa y tierna.

Se acercaron a ellos, interrumpiendo el trabajo que realizaban.

—Son eficientes, creo que tendremos que contratarlas —expuso Javier mientras se acercaba a Isabel y la envolvía entre sus brazos.

—Les dije que no lo hicieran, pero amenazaron con voltear el auto si no las dejaba trabajar —reveló Gregory socarrón.

—Te creo —bromeó Deibiy y saludó a Jesenia con un efusivo abrazo, sin notar que Jonathan había quedado paralizado a pocos metros de él con la mirada fija en la mujer.

—¿Ahora sí vamos a ir a la... —La chica quedó petrificada al ver al guerrero— playa? —preguntó. Sus palabras arrancaron sonrisas en los presentes, menos en ella y en Jonathan. Ninguno podía apartar los ojos del otro.

—Es posible. La noche es joven, vamos a disfrutarla.

Deibi se encaminó a su vehículo con un brazo alrededor de la cintura de Jesenia. Después de subirla al asiento del copiloto observó con recelo a Jonathan. Todos los guerreros pudieron captar que la tensión en su hermano aumentaba a medida que la pareja se alejaba. Sus manos cerradas en puños temblaban mientras veía cómo su amigo se marchaba con la mujer.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó Albert en susurros. Gregory se apresuró a guardar las últimas sogas y Javier subió a Isabel a su Toyota, atento a los movimientos de su hermano.

—Nada. Yo... estoy bien —mintió y entró en su auto con la mandíbula apretada.

Deibi se alejó del lugar. Jesenia perdió su habitual alegría y antes de que la distancia lo evitara, giró el rostro en dirección al vehículo de Jonathan cruzando de nuevo una mirada con él.

—Cuando termines la visita a Baudilio me llamas y organizamos las rondas de vigilancia de esta noche —pidió Albert a Javier.

Al recibir una respuesta positiva, Gregory y él subieron al auto de Jonathan para dirigirse al pueblo. Javier se marchó con Isabel, arrepentido de haberla llevado a La Costa.

No era el mejor momento para que ella visitara sus tierras. Se preocupaba por mantener bajo control a su bestia, pero no podía vigilar a la de sus hermanos. Ellos también experimentaban reacciones violentas sin motivos aparentes.

Sin embargo, ya no había vuelta atrás. Solo esperaba que la situación no se complicara.

Capítulo 17. Confía en mí

Javier cruzó la parte lateral de la casa de Baudilio hasta llegar al patio trasero. Isabel caminaba junto a él, tomada de su mano. Observaba todo con atención.

Al ver que el joven se acercaba a la puerta dispuesto a abrir como si aquella fuera su propia casa, lo detuvo.

—¿No llamarás antes de entrar?

—Ya sabe que estamos aquí —respondió él con una sonrisa.

Al abrir, el intenso olor del café recién hecho le llenó los pulmones. La habitación estaba sumida en las sombras. A pesar de que era espaciosa y tenía algunas ventanas abiertas, la vegetación del exterior era tan espesa que impedía el paso de los rayos del atardecer. Una débil bombilla era la única fuente de luz.

—Bienvenidos —saludó un hombre moreno de cabellos oscuros. Su porte era tan recio que Isabel lo comparó con uno de esos caciques antiguos representados en dibujos en los libros de historia.

—Baudilio, ella es Isabel —expresó Javier mientras ambos ocupaban un puesto en la mesa, frente a un par de tazas llenas de café.

—Lo sé, los esperaba.

Javier era consciente de que el líder tenía conocimiento de su visita. La presentación la hizo pensando en Isabel, quien evaluaba con curiosidad todo lo que la rodeaba.

—Vinieron por respuestas y algo de eso les daré. Sin embargo, yo estoy en la misma búsqueda.

Isabel se mantenía muda. Observó la taza que tenía frente a ella y evitó mostrar recelo.

—Es solo café —aclaró Baudilio—. Lo preparé como a ti te gusta.

Ella se sonrojó. El hombre le sonreía con entusiasmo, parecía tener la habilidad de leerle el pensamiento. Tomó la taza y dio un tímido trago. El ceño se le arrugó al notar que la bebida realmente estaba preparada como a ella le gustaba: dulce y suave.

—¿Cuáles son tus dudas? —le habló el líder. Isabel echó un vistazo hacia Javier sin saber qué decir. El hombre la intimidaba.

—Ella quiere entender los motivos de sus sueños —comentó el guerrero para ayudarla a adaptarse.

—Yo no puedo responder a eso —explicó Baudilio y terminó su bebida. Dejó la taza a un lado para tomar el tabaco—. Los seres humanos siempre preguntamos por qué esto o por qué lo otro, sin darnos cuenta que cada suceso que ocurre a nuestro alrededor está signado por nuestras propias acciones.

—Yo no hice nada para que se dieran esas pesadillas —rebatía Isabel.

—Creaste el ambiente idóneo.

—¿Cómo? —preguntó inquieta. Javier le tomó la mano. El contacto la serenó.

—El mundo se mueve con ayuda de energías. Ellas se producen cada vez que tomamos una decisión. El problema es que poseemos una especie de tentáculos invisibles que se unen con los tentáculos de otras personas, incluso, con los de la naturaleza. Afectamos a las personas a las que estamos unidas con la energía que emanan nuestras decisiones, eso las motiva a actuar también. Es como el efecto dominó: tú haces si yo doy un paso.

—¿Trata de decir que mis sueños fueron ocasionados por mis decisiones? —consultó la chica con el ceño fruncido.

—Y por las decisiones de otros. —Baudilio dirigió por un momento la mirada hacia Javier. Luego, volvió su atención a ella—. Tus sueños son una reacción a la energía que te transmitieron y elegiste responder a ella.

—Pero... ¿cómo? —ella seguía sin entender.

—Tomaste tus propias decisiones. Tanto antes, como después.

Isabel suspiró. Se sentía agotada, aún no comprendía lo que el líder intentaba explicarle.

—Baudilio, ¿es posible que las pesadillas de Isabel se hayan producido por una decisión mía? —agregó Javier para intentar dar sentido a sus palabras.

—Claro, y también por el de las personas que están atadas a ustedes. Verán, los sueños son una forma de expresión de nuestros miedos, inquietudes y deseos más profundos, a través de ellos hablamos y buscamos lo que en realidad anhelamos, es una exploración inconsciente. Cuando yo busco un cambio y trabajo por eso, activo también el cambio de las personas que están enlazadas a mí, a las que afectaré con mi nueva actuación. Ese sueño se dio porque muy internamente ambos querían lo mismo y esa era la única forma de que sus deseos se unieran.

—Es decir, ¿yo las produje? —concluyó con frustración Isabel.

El líder dejó el tabaco sobre el cenicero y se inclinó en la mesa para acercarse más a ella.

—Tú, él —indicó señalando a Javier— y el resto de los implicados en el sueño. —Ella se envaró. ¿La bestia estaba incluida en eso?—. El asunto no es por qué se produjo. Tú tienes tus motivos y él el suyo, yo te recomiendo que no pierdas el tiempo buscando la causa, enfócate en la consecuencia. Si yo me dejo afectar por una energía y tomo una decisión voy a afectar a otro y la decisión que ella tome volverá a afectarte a ti y te obligará a hacer otras cosas que quizás no quieras —alegó antes de terminarse su café—. Todos tenemos una misión en la vida, llegamos al mundo por una razón. Nuestras decisiones permiten que ese motivo se cumpla al inicio o al final de nuestra existencia, pero también depende de las decisiones de otras personas o de la naturaleza. Quizás nuestra misión es la de ser el héroe de alguien en medio de una destrucción causada por un fuerte terremoto, pero no cumpliremos nuestra

meta hasta que ese fenómeno no se dé. En ese caso, dependemos del planeta.

Baudilio interrumpió su conversación para rellenar su taza con el café que tenía guardado en su termo. Al probarlo, su rostro reflejó el placer que experimentaba al consumir la bebida. Aquello motivó de manera inconsciente a Isabel y a Javier a tomar el que tenían en sus tasas.

—Las decisiones que ocasionaron tus pesadillas quizás fueron tomadas antes de tiempo. Pudieron haber sido forzadas por alguien o algo. Eso también puede pasar. Nuestra sociedad indígena está fuertemente unida a la naturaleza, dependemos de ella y de sus decisiones. Si alguien altera el ciclo natural de las cosas ella debe reaccionar. Tus sueños pueden ser una forma de nivelar el proceso que fue acelerado. Por eso aporta pistas, la propia naturaleza necesita equilibrarnos. Tal vez —continuó el líder señalándola con un dedo—, si no hubiera sido por las pesadillas, tú no habrías tomado las decisiones exactas para encontrarte con Javier. —Ella dirigió la mirada hacia el guerrero. Él apretó el agarre de la mano de la chica, la idea de haber tenido que esperar más tiempo para encontrarla le producía ansiedad—. En ocasiones, ellas muestran lo que te sucederá más adelante, tu futuro más cercano. Un camino que debes transitar para cumplir con tu misión. En tu caso hablamos de una pesadilla muy viva, casi real, y si la naturaleza permitió que eso sucediera, es porque a ella misma le urge que hagas algo.

—Pero, ¿qué? En un sueño soy atacada por una bestia y en otro, esa bestia es acechada por un espíritu.

—Tienes que analizar cada aspecto del sueño para que logres entenderlo, yo no puedo ayudarte, es tu misión. Pero debes considerar a quienes están enlazados a ti antes de tomar una decisión, recuerda que eso provocará que ellos actúen y sus acciones volverán a afectarte. Y esta vez, podría ser más peligroso.

Isabel amplió los ojos en su máxima expresión. Javier se enfureció.

—Creo que es suficiente —sentenció. Lo menos que quería al llevarla a ese lugar, era que ella se aterrorizara más de lo que ya estaba.

—Tiene que conocer los riesgos, debes confesarle todo —insistió el líder.

—Es hora de irnos —expuso Javier irritado en dirección a Isabel, al tiempo que se levantaba de la mesa y la alzaba para llevarla consigo. Él sabía que el líder se refería a la bestia, pero aún no podía tocar ese tema con ella. No quería perderla.

—No son sueños comunes —exhortó Isabel. Se soltó del agarre de Javier y se inclinó hacia Baudilio para continuar la conversación. Aún no había aclarado sus dudas—. A través de ellos pude traspasarle este collar a Javier —señaló y tomó el dije con forma de estrella para mostrárselo al líder—. Y he soñado con su casa y con esta selva, aunque nunca había estado aquí.

—Son claves para que comprendas tu misión. Estás atada a él por una unión poderosa e indisoluble, así como a este lugar —expuso el líder en medio de un suspiro—. Haznos un favor a todos: no te quites nunca ese collar.

Los ojos de Isabel brillaron por la incertidumbre y el temor.

—¿Y la bestia? ¿Es posible que exista? —agregó ella.

—Vamos.

Javier la tomó por un brazo y la arrastró hacia la salida antes de que Baudilio dijera algo más. El rostro se le había transformado en piedra.

—Confía, Isabel. Si no lo haces... estamos perdidos.

Las últimas palabras del líder la llenaron de más dudas. Nadie negaba la existencia del animal, ni siquiera, sus propias pesadillas.

Se dejó llevar por Javier hacia el auto en silencio. Debía analizar la información que había obtenido.

Horas después, Isabel y Jesenia se encontraban recostadas en una amplia cama de suaves edredones. La media noche se marcaba en los relojes de sus teléfonos móviles.

Luego de la visita a Baudilio, Javier la llevó a la playa para reunirse con sus amigos, intentaron pasar una tarde agradable, pero Isabel no paraba de hablar sobre las pesadillas y lo que le había dicho el líder. Durante la noche cenaron con William. No obstante, los chicos debían encontrarse con el resto de los guerreros en la cosecha y averiguar sobre la pérdida de parte de sus materiales de trabajo, por eso a ellas les tocó quedarse en casa, analizando en soledad todo lo ocurrido ese día.

Ninguna de las dos podía conciliar el sueño. Isabel estaba recostada boca abajo, abrazada a la almohada y con la mirada fija en la luna que se mostraba a través del ventanal, y Jesenia tenía la vista clavada en el techo de madera, con la mente sumergida en recuerdos.

—¿Viste al moreno alto que salió junto a Javier y Deibi de las bodegas? — preguntó la chica a su amiga. Isabel vagamente recordaba la imagen de Jonathan, sus ojos siempre estaban atentos a Javier.

—Sí.

—¿Qué te pareció?

Isabel se giró en la cama para observar a Jesenia.

—Normal.

—¿Normal? ¿Estás loca? Era increíblemente atractivo.

—Eso mismo dijiste de Deibi —se quejó Isabel y regresó a su posición anterior.

—Deibi es atractivo, pero este es «increíblemente atractivo».

Isabel sonrió con poco ánimo. Había notado la contextura recia y seductora de todos los supuestos hermanos de Javier, pero su cabeza solo podía notar la belleza que había en él.

«Estamos unidos, preciosa. Si vamos contra el destino empeoraremos la situación», recordó las palabras que él le había dicho antes de mostrarle el collar. Su advertencia se mezclaba con lo que le había confesado el santero

que visitó esa tarde: «Lo que tienes no es algo impuesto por un humano, es una marca que llevas desde tu nacimiento, otorgada por los dioses». Una marca, algo enlazado por otros. «Estás atada a él por una unión poderosa e indisoluble, así como a este lugar», le confirmó Baudilio.

Comenzaba a notar que lo que sentía por Javier era más fuerte que cualquier otro sentimiento antes experimentado. Alrededor de él giraban dudas, misterios y temores, sin embargo, ella podía asegurar que a su lado estaba más protegida que en cualquier otro rincón del planeta. Aunque no lo conocía muy bien, sentía que se enamoraba lentamente de él, de sus besos, de sus caricias y de sus palabras. Incluso, de los secretos que aún mantenía ocultos.

Suspiró y se aferró aún más a la almohada. Quería que ese sentimiento fuera sincero, no impuesto por ningún destino o extraños seres que aún desconocía.

Si la unión se había dado por una misión, ¿qué sucedería después de que lograra culminarla? Por lo visto, la tarea incluía a toda la sociedad a la que él pertenecía, por eso estaba tan interesado en que ella colaborara.

¿Qué sentiría en realidad? ¿Se estaría enamorando de ella como ella lo estaba de él? ¿O su empeño en seducirla era solo para llevar a cabo aquella imposición del destino?

El corazón se le hacía añicos a medida que sus dudas aumentaban. No quería tener una aventura pasajera, esa podía encontrarla en otro sitio menos perturbador. Con Tyler, por ejemplo.

Estaba dispuesta a seguir hasta el final con esa extraña misión no solo para librarse de sus temores, sino para saber hasta dónde podía llegar con Javier. Aunque debía avanzar con paso cauteloso, sin permitir que él terminara rompiéndole en millones de pedazos el corazón.

Se levantó de la cama y se asomó por el ventanal. Afuera, cada rincón se encontraba bañado en oscuridad, calmado y silencioso. Se llevó una mano al cuello y encerró el dije en forma de estrella en su puño. Allí estaba la selva de

sus sueños, ocultando al espíritu malévolo que la acechaba. En algún lugar de ese vasto territorio se hallaba el hombre de su vida, pero... ¿estaría también la bestia de los ojos amarillos?

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, encontraron a Javier y a Deibi en la cocina esperándolas con un nutritivo desayuno. A pesar de haber pasado toda la noche fuera de casa realizando las rondas de vigilancia, ambos se veían energéticos, como si hubieran tomado un profundo descanso.

—Quiero llevarte a un lugar especial —le informó Javier al abordarla en privado minutos después de comer.

—¿Ahora? —Él asintió—. ¿Y Jesenia?

—Deibi se encargará de ella, ya lo conversamos.

Isabel dudó unos segundos, pero no podía negar que estaba ansiosa por ir con él. Quería compartir más tiempo a su lado.

Le confirmó con una sonrisa que le iluminó el rostro a Javier. Él la tomó de las manos y la sacó a toda prisa por la parte trasera de la casa. No necesitaba avisarle a nadie de su salida. Deibi podía captar su ausencia y al ver que Isabel no aparecería, sería sencillo llegar a una conclusión.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella después de caminar varios minutos entre una espesa vegetación.

—Al lugar que utilizo desde niño como guarida.

—¿Guarida? Eso suena a depósito de travesuras —dijo entre risas.

Javier no soltaba su mano mientras andaban por un sendero de tierra. Ella lo único que podía divisar eran inmensos árboles rodeados de plantas trepadoras, arbustos y palmeras. El verde de la selva se comía al azul del cielo, e incluso, al marrón de la tierra.

—No es un depósito, pero sí un escondite. Te va a encantar.

Varios metros más adelante, los pasos de Isabel se detuvieron y se soltó del agarre de Javier. Habían entrado en un claro traspasado por un río. Las ramas

de los altos árboles formaban sobre el agua una bóveda de hojas y troncos con una abertura en el centro que permitía la entrada de algunos rayos de sol. La semipenumbra que se creaba le daba al ambiente una apariencia llena de fantasía y misterios.

Con el corazón conmovido se acercó al borde del arroyo y observó embelesada el agua cristalina que corría sin prisa. En el fondo podía notar peces que nadaban contra la corriente y una alfombra de piedrecitas de colores que brillaban como si fueran piedras preciosas.

Frente a ella, emergía del agua un inmenso peñasco y tras él, altos árboles con ramas cargadas de semillas que sonaban como sonajeros cada vez que el viento soplaba.

Allí existía la magia, sus sentidos podían confirmarlo. El olor de la tierra húmeda, el roce de la suave brisa, la música de los árboles y la increíble vista, se le metían en el cuerpo y le impregnaban el organismo con energías renovadas.

—¿Qué te parece? —la voz de Javier la sacó de su idílica apreciación. Giró el rostro hacia él para quedar aún más asombrada.

El hombre se hallaba sobre una roca con la mirada perdida en el río. Su imagen parecía formar parte de esa naturaleza. Su cuerpo se fundía con el paisaje como si fuera un elemento propio del lugar.

Los ojos de él la observaron con un brillo indescriptible, donde la calma, la satisfacción y el deseo se mezclaban.

—¿Te atreverías a nadar un rato? —Su pregunta la regresó a la realidad.

—¿Yo? ¿En el agua?... ¿ahora? —Ante sus escuetas respuestas él no pudo evitar sonreír.

—Sí. Tú. En este río. Conmigo.

—Pero no tengo traje de baño y si llego a empapar esta ropa tendré que regresar así a Maracay.

—Entonces, quítatela.

Los ojos de Isabel se agrandaron. Javier no dejaba de sonreír mientras se quitaba la camisa y la lanzaba sobre la arena.

—Te aseguro que nadie vendrá. Aunque no me creas, puedo sentir cuando alguien se acerca y espantarlo antes de que ponga un pie en el borde de este río.

Isabel se mordió el labio inferior sin apartar la mirada de su cuerpo perfecto. Una calurosa sensación le recorrió el rostro y el vientre. Observó como él se desprendía de cada pieza de su vestimenta hasta quedar completamente desnudo. La inmensidad y potencia de su cuerpo quedó al descubierto y ella no podía hacer otra cosa que mirarlo con las cejas arqueadas.

—Ahora tú —la incitó.

Su sonrisa, impregnada de una seductora picardía, le alborotó a la chica un hormigueo en el estómago. Isabel miró a todos lados en busca de posibles ojos curiosos, sin notar que él se acercaba y se detenía a escasos centímetros de ella.

—Te juro que estamos solos. —Su proximidad fue el detonante para que se decidiera a imitarlo. Se quitó la ropa bajo la mirada lujuriosa y llena de admiración de Javier. Al no tener más prendas que retirar se quedó muy quieta frente a él—. ¿Te he dicho alguna vez que eres hermosa?

Un gemido escapó de los labios de la joven. Estaba ansiosa por tocarlo, su piel dorada parecía llamarla a gritos. Pero había algo en sus ojos y en su postura que la mantenían inmóvil. Era como un animal salvaje que aguardaba un movimiento en falso de su presa para devorarla.

De forma imperceptible Javier temblaba. Tenerla allí, en su territorio, envuelta entre los olores y sonidos de su selva, y completamente desnuda, lo llenaba de una necesidad incalculable.

Se acercó un poco más y se atrevió a acariciar el cuerpo tibio de la mujer. Tenía miedo de perder el control y lastimarla. Ella era como aparición celestial: frágil, vulnerable y preciosa. Los dóciles gemidos que emitía al sentir su tacto estaban a punto de lanzarlo al abismo. Sabía que se encontraba en el lugar perfecto, en el momento perfecto y con la mujer perfecta, la única que lograba arrancarle del alma cualquier rastro de cobardía e indecisión, y le otorgaba el valor y la fortaleza necesaria para resistir cualquier golpe de la vida.

La miraba cerrar los ojos para sentir con mayor intensidad sus caricias. Le recorría el rostro, el cuello y los hombros para finalmente amoldar sus palmas a sus senos llenos pellizcando con suavidad sus duros pezones. Ella abrió los labios para gemir, atrayendo los de Javier que enseguida atraparon su boca devorándosela a gusto.

Mientras la saboreaba, continuaba con las caricias, y en el recorrido tropezó con el dije en forma de estrella que le colgaba del cuello. Aquella era la señal que el destino le había entregado y estaba dispuesto a darle toda la energía que tenía almacenada en el alma para hacerla resplandecer con gran potencia.

Se hundió aún más en su boca absorbiendo la pasión que ella tenía aprisionada. Con suavidad la apoyó contra su cuerpo, infundiéndole su calor. Ella se abrazó a él y se entregó sin reservas, se integró a su cuerpo hasta formar una sola entidad. Él la alzó y caminó hacia el interior de las tibias aguas del río. Sonrió cuando ella enlazó las piernas en su cintura, exponiéndose para él.

Ya nada se interpondría en su camino. Isabel se daba entera, ansiaba pertenecerle de la misma manera en que él ya le pertenecía. Esa mujer era la dueña de su existencia, bastaba con que solo alzara una mano para que él acudiera presto a sus brazos y se entregara a sus designios.

La llevó hacia una zona profunda, cercana al peñasco, donde pudo sumergirla. Segundos después salieron con sus labios aún unidos, compartiendo el mismo aliento.

Isabel soltó su cuello y abrió los brazos para recostarse sobre el agua mientras él la hacía girar admirando su hermosura. Luego la llevó hasta una piedra inclinada y la apoyó en ella para acariciarle y besarle la piel a gusto, sin dejar un solo rincón sin atender.

Le abrió más las piernas y se zambulló sin preámbulos a devorar el elixir que su cuerpo le ofrecía. Isabel exhaló gemidos ahogados y lo tomó por los cabellos para acercarlo más. Estaba perdida en el placer. Javier la atormentaba con su lengua y con los dedos, provocaba estallidos que la dejaban sin aliento.

Al sentirse satisfecho, se irguió y la observó con unos ojos tan negros como el carbón, llenos de una lujuria desmedida. Su cuerpo tenso la cubrió y la penetró de una sola embestida.

Con un beso, Javier silenció su grito, no quería abordarla con rudeza, pero la necesidad que sentía era infinita. Sin embargo, a Isabel no pareció molestarle. Le clavó las uñas en la espalda y lo empujó hacia su piel que ardía por el deseo.

Esa mañana solo la naturaleza fue testigo de aquella entrega. Los gemidos se mezclaban con el sonido del correr del río, el cantar de los pájaros y los insectos, y el ritmo armónico que producían las cáscaras cargadas de semillas de los árboles. El agua mantenía bajo control la pasión que abordaba a los amantes y evitaba que el fuego abrazador que corría por sus venas los consumiera hasta volverlos cenizas.

Se amaron sin descanso, en ocasiones de forma acompasada y en otras, envueltos en el frenesí. El estallido les llegó con un poder abrumador y les sacudió cada fibra del cuerpo.

Cuando a Javier le regresaron las fuerzas salió de ella y la alzó para sumergirla de nuevo en el agua. Ella se abrazó a su cuello y hundió el rostro en su piel mientras recuperaba la respiración.

—¿Qué te pareció el río? —preguntó él con voz ronca.

—¿Qué río? —respondió Isabel entre jadeos. Aún abrumada por la impetuosa experiencia que acababa de vivir.

Javier emitió una risa entrecortada que intentaba abrirse paso entre los restos de la pasión que le recorría el cuerpo. Se sentía dichoso.

Se aferró más a ella y la cobijó con dulzura entre los brazos. El contacto de su cuerpo cálido le aceleraba el fluir de la sangre en las venas y le renovaba el deseo.

Con Isabel, nunca quedaría satisfecho. Su risa, su mirada, su voz y su presencia se encargarían de mantener siempre viva la pasión en él.

Capítulo 18. El fondo del abismo

Al regresar del río, compartieron con William hasta después del almuerzo. Jesenia tuvo que viajar a Caracas durante la mañana por asuntos personales y Deibi se encargó de trasladarla a Maracay para que tomara el bus hacia la capital. Isabel y Javier pasaron la tarde en el pueblo, conociendo la región.

Javier debía entrevistarse con algunos trabajadores de la cosecha sobre lo ocurrido el día anterior. Aún desconocían el paradero de los equipos de trabajo desaparecidos en las bodegas y temían que los ladrones fueran los mismos que habían quemado los sembradíos. No sabían si los bandidos pensaban utilizar los implementos en su contra.

Anduvieron por el malecón y por la plaza amurallada construida frente al mar que servía de rompeolas, Isabel pudo hundir los pies desnudos dentro de las cálidas aguas del Mar Caribe y visitó las chocolaterías para disfrutar de bebidas, exquisitos dulces y bombones preparados con el cacao que la sociedad cosechaba.

Antes de la hora del crepúsculo, la chica se despidió de William para retomar el camino a Maracay. Javier palmeó el hombro de su padre y conversó con él de manera confidencial mientras ella entraba en el vehículo.

—Ayer, cuando visité a Baudilio, se me olvidó mostrarle esto. —Le entregó el atado de hierbas que guardaba en el bolsillo de su pantalón—. Un santero de la ciudad se lo entregó a Isabel. Supuestamente, es una especie de amuleto que la protegerá del espíritu que la acecha, pero yo creo que solo es un manojo de hierbas. Me gustaría que él lo revisara.

—Se lo daré —aseguró William y observó con curiosidad el objeto que tenía en su mano.

—No sé si regresaré esta noche o mañana. Llámame ante cualquier novedad.

Después de las últimas despedidas, la pareja tomó el camino hacia la ciudad. Isabel observaba con melancolía la selva, sabía que extrañaría ese lugar.

—¿Te sientes bien? —preguntó él al ver que ella se mantenía en silencio.

—No hallé todas las respuestas que necesitaba.

Javier suspiró, también se sentía frustrado por no llevarse más que dudas y preocupaciones.

—En algún momento las conseguiremos.

—Y mientras tanto, ¿qué haremos? —Ella giró el rostro hacia él. Javier podía captar su pena. Desde la unión en el río le parecía tener la capacidad de presentir las emociones de Isabel.

—No dejaremos de buscar —aseguró. Ella suspiró con cansancio—. No podemos rendirnos.

—Yo no hablo de rendirnos.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Esto es... inestable. ¿Qué pasará con nosotros? —inquirió. Javier arrugó el ceño.

—¿De qué hablas?

—De ti y de mí. De nuestra relación.

Él la miró sin comprender a qué le temía.

—¿Piensas que este problema afectará nuestra relación?

—Lo hace.

—¿De qué manera?

—Estamos juntos por una misión para ayudar a tu gente, por eso te acercaste a mí. Pero, ¿y nosotros?

La mente de Javier comenzó a aclararse. Aceleró el auto y buscó un espacio seguro en la vía donde estacionarse. Llegó a una estrecha franja de tierra ubicada a un costado de la carretera y detuvo el auto apagando el motor.

Necesitaba poner toda su atención en esa conversación.

—¿Crees que me acerqué a ti solo para salvar a mi gente?

A ella los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Dijiste que mis sueños tenían las claves para comprender ese problema.

—¿Y crees que eso lo sabía el día en que te encontré en la discoteca? ¿O cuando te busqué en tu trabajo un día después para insistirte que pasaras un tiempo a mi lado?

—No sé si...

—Estoy tan confundido como tú. —La interrumpió Javier—. Una noche, después de una pesadilla, apareció un collar en mi mano. No sabía qué era, de quién era, ni cómo había llegado a mí. Solo sabía que era una pista, que algo especial llegaría a mi vida. Mi oráculo también lo anunciaba. No comprendí nada hasta que te vi y me deslumbraste con la intensidad de tu brillo —expuso con cierto tono de frustración—. Esa es la verdadera razón por la que me acerqué a ti.

Isabel lo escuchó con el corazón encogido.

—Al principio dudé —continuó él—, no quería cometer un error, pero no podía alejarme de tu lado, ni ignorar la fuerza de lo que sentía. Fueron esos sentimientos los que me empujaron a seguirte, a conocerte... y a tenerte. Lo demás, llegó después.

—Pero no es algo que nació al conocernos, eso ya estaba ahí y te obligó a actuar. Estamos marcados.

Javier cerró los ojos por unos segundos, se apoyó en el volante del auto y dejó que su mirada vagara por la vegetación.

—¿Nunca te has levantado de la cama pensando que ese día sería especial, que estaría por ocurrir un hecho que cambiará tu vida para siempre? —Ella recordó la mañana en la que tuvo que marcharse de la universidad porque se sentía extraña. Ese día presentía que algo sucedería y fue cuando su existencia

dio un giro radical que la trasladó incluso, a otra ciudad—. Quizás el destino no está escrito, pero prefiero creer que yo estaba destinado a encontrarte, que eres mi alma gemela y este conflicto no es más que el trabajo del universo para ayudar a que nos encontremos y estemos juntos. Yo creo en eso, creo en lo que me dice mi oráculo y en lo que siento por ti.

—¿Y si no es así? ¿Y si la naturaleza está jugando con nuestros sentimientos para mantenernos unidos y lograr que trabajemos por alcanzar su fin, y luego... esto se apaga?

Ambos compartieron una mirada llena de ansiedad. Para Javier, era imposible que sus sentimientos fueran una manipulación del destino. Las emociones eran muy fuertes, capaces de fortalecerlo a él y a su bestia. Perderla sería como perder el alimento. Pero tampoco podía juzgarla por tener dudas. Ella no había sido criada en su cultura, tenía una forma de pensar y unas creencias diferentes a las de él, además, sus conflictos personales afectaban sus decisiones. Estaba llena de temores e inseguridades que no se superarían de la noche a la mañana.

Se incorporó para poner en marcha el vehículo y volver a la carretera.

—Cuando quitemos del medio esta maldición te demostraré que eso jamás sucederá.

Isabel no continuó la discusión. Tenía el corazón hecho un nudo en el pecho. Le dolía y no podía evitarlo. Se mantuvo en silencio el resto del camino, con la atención fija en la selva. Trataba de encontrar en ella respuestas. O algo que le aliviara la pena del alma.

Al llegar a su casa pasó directo a su habitación. Después de la discusión con Javier en la carretera no volvieron a conversar. El viaje fue tenso y la despedida fría, dejándole el ánimo apesadumbrado.

Lanzó sus pertenencias sobre un sillón y se acostó en la cama con los brazos abiertos. Un toqueteo en la puerta la sacó de sus divagaciones.

—Pasa.

Aarón entró. Tenía en la mano el sobre que contenía las propuestas enviadas por Ildemaro Veldetta para evitar la demanda. Se sentó en la cama a su lado.

—¿Cómo te fue en La Costa?

—Excelente. —Y era verdad, aunque el regreso parecía demostrar lo contrario.

—Estuve leyendo las propuestas y hablé con Armando por teléfono. Ninguna se ajusta a lo que solicitamos.

Isabel contrajo el rostro en una mueca de disgusto. Tenía demasiados problemas en la vida. Quería que al menos uno encontrara pronta solución.

—Nos regresará la casa, pero la empresa la divide de forma injusta — continuó Aarón—. Dice que todos los equipos le pertenecen, que papá los compró con el dinero que él le dio y los que ya tenía los mejoró con ese mismo aporte. No piensa entregarnos nada, solo algo de dinero.

El padre de Isabel había creado una compañía tecnológica independiente para el diseño y mantenimiento de avanzados sistemas administrativos automatizados. Solicitó un crédito a la empresa financiera de Ildemaro Veldetta con intención de mejorar sus equipos y emprender nuevos proyectos, poniendo su casa como garantía, pero como sus planes resultaban muy rentables, Ildemaro lo convenció de realizar una asociación para hacer crecer aún más la compañía. El éxito de los sistemas llegó a ser arrollador y estaban calando muy bien a nivel nacional, las aspiraciones de Veldetta aumentaron, pero el padre de Isabel prefería asentar primero la producción antes de asumir responsabilidades más grandes. Allí vinieron los conflictos, las discusiones por los contratos, las miles de exigencias, y luego, una muerte repentina. Enseguida Ildemaro exigió quedarse con la empresa, devolviéndoles a los herederos la casa y algunas otras pertenencias, pero al recibir la negativa de Aarón, que pretendía hacer una repartición justa cómo la ley lo señalaba,

decidió dejarlos sin nada amparándose en unos supuestos acuerdos que había firmado el hombre antes de fallecer.

—En una de las propuestas reconoce una pequeña parte de la empresa como nuestra, pero es casi una limosna —indicó Aarón—. Papá fue quien formó la compañía, realizó los programas y se encargaba de mantenerlos activos. Él lo único que hizo fue poner dinero para que el trabajo fuera más eficiente.

—¿Qué haremos?

—Exigir que acepte nuestras condiciones o iniciar el litigio en tribunales.

Isabel se incorporó para sentarse junto a su hermano.

—Jairo estaba en la constructora cuando fui a buscar las propuestas. —Aarón la observó con la sorpresa y la furia mezcladas en los ojos—. No sucedió nada, solo estuvo allí junto al hijo de Ildemaro, que fue el encargado de entregarme los documentos.

—Maldito, hijo de puta —masculló. Al ver cómo la rabia consumía a su hermano, Isabel decidió no contarle sobre sus sospechas de que él la perseguía, y posiblemente, estaba invadido por un espíritu peligroso—. Ildemaro no se cansa de provocarnos, sabe que Jairo tiene prohibido acercarse a ti.

Aarón se levantó de la cama con evidente enfado.

—No estuve mucho tiempo allí y cuando me fui, él no me siguió —expuso Isabel para intentar serenarlo, pero sabía que era imposible.

—Ese no es el punto. Ildemaro conoce los problemas que tenemos con ese sujeto y sabe que estamos en esta ciudad. Seguramente lo envió para fastidiarnos.

Isabel suspiró con agobio. Los problemas comenzaban a superarla.

—Hablaré con Armando, tiene que haber una forma de acabar con esta situación. No voy a esperar a que ocurra otra tragedia —sentenció Aarón antes de salir de la habitación con la furia anclada en su rostro.

Isabel se quedó allí. No podía hacer nada para calmarlo. Solo esperar a que realmente aquello no desatara una nueva tragedia.

Estacionó la Toyota a un costado de la desolada calle. A ambos lados se erguían casas de arquitectura variada y ostentosa, con acabados elegantes y jardines ornamentados.

Deibi ubicó su Nissan detrás de él y al bajarse del auto se acercó a su amigo.

—¿Estás seguro que este es el lugar? —le preguntó Javier.

—Sí. Es la dirección que me dieron. —Después de llevar a Jesenia a la terminal de autobuses, Deibi se quedó en la ciudad para buscar información sobre las reuniones del pescador asesinado en La Costa con brujos de esa zona. Descubrió que el sujeto había visitado en varias oportunidades a un santero al que le llevaba encargos, así que decidieron hacerle una visita para interrogarlo.

Deibi se acercó a la entrada de una de las casas. La reja de acceso al jardín estaba abierta. No tuvo problemas en llegar a la puerta y tocar el timbre.

—Tienen poca seguridad —comentó Javier.

—A esta hora ofrecen sesiones de consulta. Imagino que dejan la puerta abierta para dar mayor comodidad a sus clientes.

Javier evaluó el lugar con desconfianza. Su teléfono móvil sonó en el preciso instante en que alguien pasaba la llave de la puerta. Se alejó un poco para atender la llamada, Deibi se encargaría de preguntar por el sujeto al que buscaban.

—Dime —le dijo a su padre al atender la llamada. Supo que era él al ver el número marcado en la pantalla del móvil.

—Hablé con Baudilio, le mostré el atado de hierbas. Me confesó que no sirve, pero es el mismo que tiene Gabriel.

Javier quedó inmóvil. No sabía cómo reaccionar ante semejante noticia.

—¿Gabriel tiene uno?

—Sí. Se lo vio el día en que lo interrogó. Él le dijo que se lo habían dado para restarle poder a su maldición.

—¿Quién? —Javier comenzó a preocuparse. Si Isabel tenía un amuleto igual al de su hermano, era posible que quién se lo entregó fuera la misma persona que asesoraba mal a Gabriel. O quien lanzó el hechizo para alterar a sus bestias.

—No logró enterarse del nombre del brujo, pero me dijo que el de Isabel es exactamente igual, incluso, tiene impregnado los mismos olores. Lo preparó la misma persona.

Los vellos de la nuca de Javier se erizaron. La puerta de la casa se abrió y un sujeto bajo y delgado invitaba a Deibi a entrar. Su amigo le hacía señas para que lo siguiera. Él culminó la llamada con su padre y lo acompañó controlando la ira que comenzaba a recorrerle las venas.

Entraron en una casa amplia, decorada con un estilo moderno. El hombre que los recibió los dirigió hacia unas escaleras en forma de caracol y subieron a la primera planta.

—Al final del pasillo, antes de llegar a la terraza, encontrarán una puerta abierta. Allí está Kenaí, él los atenderá.

El hombre se marchó y los dejó solos arriba. Los guerreros compartieron una mirada confusa y caminaron en la dirección que les había indicado. Cuando faltaba poco para llegar a la puerta, Javier captó un olor que le sacudió los sentidos. Era débil, pero indudablemente, era el de ella.

La bestia se agitó en su interior, empujó a Deibi a un lado para adelantarse y entrar en la habitación.

Su amigo intentó detenerlo, pero ya Javier estaba adentro y había agarrado por el cuello a un sujeto delgado pero de textura fibrosa, vestido

completamente de blanco. Lo presionó contra la pared elevándolo varios centímetros del suelo.

—Javier, cálmate —exigió Deibi, pero su amigo ya le mostraba los colmillos al sujeto.

—¿De dónde lo sacaste?

Deibi notó que su hermano tenía un pañuelo apretado en la mano que había tomado del altar ubicado al fondo.

—¡Por Dios, Javier, vas a matarlo! Así no podremos sacarle información —intervino, al ver que los ojos del sujeto se brotaban cada vez más.

Como si le repeliera su piel, Javier lo soltó y se alejó de él, aún con el pañuelo en la mano.

—¿Qué es? —preguntó Deibi en referencia a la prenda que apretaba como si fuera un objeto de gran valor.

—Es de Isabel, tiene su aroma. Estaba en el altar —respondió con sus ojos amarillentos fijos en el sujeto. La bestia estaba a flor de piel.

Deibi se agachó junto al hombre que tosía con dificultad tratando de recuperar el aire perdido. El sujeto, al verlo, se asustó e intentó retroceder, pero estaba contra la pared.

—Kenaí, ¿cierto? —El santero asintió con temor—. Mi amigo está poseído por un demonio, por eso estamos aquí —mintió para justificar la apariencia demoniaca que tenía Javier—. Ese pañuelo es de su novia, ¿por qué lo tienes?

El hombre los observó a ambos con nerviosismo y con los ojos abiertos en su máxima expresión.

—Es... es... de un... cliente —gimoteó.

Deibi se giró hacia Javier, observó cómo su amigo se calmaba y regresaba a la bestia a su sitio. Estaba pensativo, parecía analizar la información.

Regresó su atención al santero, quien temblaba como gelatina y los miraba aterrado.

—¿Ella te lo dio?

Kenaí sacudió la cabeza.

—Se le... cayó, cuando se marchó.

Deibi asintió y se irguió hasta quedar frente a Javier. Alzó los hombros sin saber qué más preguntar. Al menos su amigo estaba calmado y la bestia se encontraba donde debería estar.

Javier se agachó, sobresaltando al sujeto y obligándolo a ovillarse contra la pared.

—No te haré daño —le dijo, pero sus palabras no surtieron efecto—. Cuando la chica vino le entregaron un atado de hierbas. ¿Quién lo hizo?

No obtuvo respuestas. Javier se frotó el rostro con una mano, estaba a punto de perder la paciencia de nuevo.

—Si no me respondes te clavaré las garras en el estómago y te sacaré las tripas para comérmelas delante de ti antes de que te mueras.

La amenaza no solo horrorizó al santero, también a Deibi, a pesar de saber que aquello lo decía como una treta para obligarlo a hablar.

—Los traen... de La Costa —respondió, estremecido por el miedo.

La noticia interesó a Deibi, quien se agachó junto a su hermano.

—Muéstrale las garras —propuso para asustarlo más. Kenaí emitió un grito ahogado.

Javier lo reprendió con la mirada. Si aumentaban su miedo podrían matarlo de un infarto y ellos quedarían sin información.

—En La Costa, ¿quién trabaja para ustedes? —consultó Javier.

El hombre no contestó. Miró de reojo la puerta, consideraba correr hasta ella. Javier emitió un gruñido que lo angustió aún más.

—María Tomasa —confesó en medio de llantos.

Javier y Deibi compartieron una mirada impactada, conocían a la bruja. Era una de las más despreciables de la zona.

Se levantaron y salieron de la casa. Era suficiente lo que habían obtenido. No podían presionarlo más o harían estallar a su corazón.

Se revolvió en la cama para buscar una posición cómoda, pero el colchón parecía haberse transformado en piedra. Buscaba mantenerse despierta hasta que pasara la hora de las pesadillas. Sin embargo, el cansancio la dominaba. Había dormido poco la noche anterior.

Isabel se sentó con la espalda apoyada en el cabecero y dejó vagar la mirada por la habitación. Debía encontrar una distracción. Los párpados le pesaban y la mente con lentitud se le desconectaba de la realidad.

Faltaban minutos para la media noche, pensó que tenía tiempo para descansar un rato sin que fuera atacada por su subconsciente. Se atrevió a cerrar los ojos para relajarlos, pero no quería tentar a la suerte, así que los abrió enseguida.

El temor la invadió por completo. No estaba en su habitación, sino dentro de un cuarto en penumbras, sentada en el suelo y con la espalda apoyada en paredes agrietadas y manchadas por hollín.

Restos de mueblería calcinada se esparcían por doquier, algunas cubiertas por delgadas raíces, plantas trepadoras, musgo o maleza. El techo de madera revestida se hundía y de él caían constantes gotas de agua. Olía a madera podrida, mezclado con el hedor de cuerpos de animales en descomposición. Hacía frío, aunque no un frío producido por una baja temperatura, sino un frío de ultratumba, de esos que hacían erizar la piel y advertían del peligro.

Frente a ella se encontraba una puerta derrumbada, sostenida del marco por una oxidada bisagra. La chapa de roble estaba rasgada en su centro, como si hubiera sido cortada a cuchilladas.

Se levantó con el corazón latiéndole a mil por horas y caminó hacia la salida. A medida que se acercaba oía débiles gemidos. Lamentos que se le

clavaban en el alma y la llenaban de angustia.

Miró hacia el exterior y pudo apreciar a la bestia de sus pesadillas. Estaba abatida en el suelo del patio empedrado que había escenificado su sueño anterior, sangraba y sufría. El espíritu del jaguar fantasmagórico de ojos enrojecidos se hallaba sobre ella, sentado a horcajadas. Con una mano de filosas garras le apresaba el cuello para cortarle la respiración y con la otra le apretaba el pecho clavando en él sus grandes uñas, rompiendo la piel en busca del corazón.

El fantasma acercó el rostro cadavérico al del animal, que boqueaba en busca de oxígeno. Abrió la mandíbula más de lo normal y comenzó a succionarle el alma. Isabel se aterró al ver cómo un soplo oscuro salía de la boca de la bestia y entraba en la del espíritu. La fortaleza de la fiera se perdía a medida que le entregaba su esencia, volviéndose un cadáver. El fantasma, en cambio, se hacía más grande y poderoso. Mucho más de lo que había sido la propia bestia.

Un fuerte sentimiento de ira le irrumpió el pecho. No podía dejarla morir.

Corrió hacia ella en medio de gritos y llantos, pero sus pasos no eran rápidos. Las piernas le dolían y sentía que la arrastraban de nuevo hacia la habitación. Sin embargo, no se rendía, a pesar de que el esfuerzo por avanzar le producía un fuerte dolor en las entrañas.

Comenzó a sangrar copiosamente por la nariz y la boca, casi enseguida estaba bañada en su propia sangre. Sin embargo, se esforzó por continuar su avance.

Al llegar se arrojó sobre el espíritu e intentó apresarlo con los brazos, pero como si hubiera sido un holograma, pasó a través de él y cayó en un abismo. Gritaba mientras caía al fondo, hasta que perdió por completo la visión.

Despertó como todos los días: con el cuerpo helado y el rostro marcado por lágrimas y sudor. Se levantó de la cama furiosa. No podía evitar las malditas

pesadillas. Caminó un rato hasta que se relajó mientras trataba de analizar los nuevos hechos.

Observó el reloj que tenía sobre la mesa. Marcaba las doce y cuatro de la madrugada. No solo la pesadilla había cambiado, algo en ese mundo también lo hacía, ya que había despertado antes de la hora habitual. Eso la hizo pensar en una nueva teoría: el final estaba cerca.

Se abrazó a su cuerpo y se asomó por la ventana para mirar el cielo estrellado, sin imaginar que en la lejanía, unos ojos amarillentos y llenos de furia la vigilaban.

Capítulo 19. La amenaza de la bestia

Isabel terminó de maquillarse y salió a la cocina donde su hermano hablaba por teléfono. Se sentó en la mesa y esperó a que culminara la llamada.

Ese día no iría al trabajo, ya se había comunicado con su jefe para informarle de su falta. Aarón había logrado organizar una reunión improvisada con Ildemaro Veldetta y su abogado, de esa manera le haría llegar la negativa de las propuestas que había enviado y le enumeraría las nuevas exigencias y reclamos por el empeño del hombre de enviar a Jairo Contreras a los encuentros con ellos. La cita se realizaría en el despacho de un amigo de Armando, su abogado, un sitio neutral que esperaban fuera respetado.

Mientras se preparaba recordó al hijo de Veldetta. Le inquietaba ese sujeto, tanto su postura arrogante como su impresionante parecido con la bestia de sus sueños.

Desde que iniciaron las pesadillas ella solía relacionar a la bestia con Jairo. Sin embargo, en los escasos rasgos humanos que le había encontrado al animal, este no era similar a su acosador, sino a Gabriel Veldetta. ¿Acaso él sería un nuevo integrante en ese juego macabro del destino?

Sacudió la cabeza para eliminar esos pensamientos. Gabriel Veldetta no tenía ninguna relación con la sociedad a la que pertenecía Javier, ni con La Costa. Era imposible que formara parte de ese conflicto. Pero él trabajaba con Jairo, por tanto, alguna relación tendría que haber.

Apoyó un codo en la mesa para anclar la cabeza en la mano. Aquella situación la estresaba más de la cuenta. Le era difícil hallar las respuestas.

—Vamos. Armando ya está en Maracay —informó su hermano mientras se dirigía hacia la entrada de la vivienda.

En medio de un suspiro ella lo siguió.

No sabía que sucedería en esa reunión, si Jairo estaría presente o el hijo de

Veldetta. Solo esperaba contar con el valor necesario para no desfallecer ante ninguna dificultad.

Javier estacionó el auto frente al edificio de piedra donde estaban ubicadas las oficinas de una compañía constructora, lugar en el que Isabel se había encontrado dos días atrás con Jairo Contreras.

La noche anterior había viajado a La Costa para recorrer con el resto de los guerreros la región en busca de la bruja María Tomasa, pero ni ella, ni Gabriel, daban señales de vida.

Esa mañana viajó a Maracay con Deibi. Ambos buscaban alguna manera para llegar hasta el tal Jairo, quizás al encontrarlo a él, ubicarían a María Tomasa o al brujo involucrado en el conflicto.

La policía no les había aportado información que pudiera servirles de algo, el hombre era muy inestable, las direcciones que tenían de su residencia o de los sitios donde trabajaba eran de Caracas, sin embargo, ellos sabían que él se encontraba en Maracay.

—¿Si no lo hayamos aquí, qué hacemos? —preguntó Deibi mientras bajaba de su Nissan y se dirigía con su amigo hacia las escaleras que los llevarían a la primera planta.

—Iremos a Caracas y revisaremos las direcciones que nos dieron el abogado de Isabel y la policía.

—Así perderemos mucho tiempo.

—Es lo único que nos queda por hacer. Debemos ubicar a ese hombre, o a la bruja o a Gabriel. Él seguramente estará en Caracas con Ildemaro.

Caminaron por el pasillo hasta llegar a la puerta donde se encontraba la empresa. Una reja cerraba la entrada, pero en el interior se podía divisar a una mujer menuda de abundantes cabellos rizados que masticaba con exageración un pedazo de chicle. La chica, al verlos, quedó absorta por unos segundos,

luego se levantó con rapidez y ensanchó una sonrisa.

—¿Buscan a alguien? —les preguntó con voz seductora.

Deibi sacó a relucir su sonrisa más expresiva.

—¿Aquí trabaja el señor Jairo Contreras?

El rostro de la mujer se torció en una mueca de disgusto, aunque enseguida la borró.

—No está, pero yo puedo ayudarlos en lo que sea —dijo y levantó el pecho para que su gran busto se marcara en el escote.

Mientras la secretaria repasaba a los visitantes de pies a cabeza, Javier echaba una mirada precavida al interior de la oficina. Captaba un aroma familiar.

—¿Podrías ayudarnos a encontrarlo? Verás, lo contratamos para un trabajo muy importante y necesitamos establecer algunos acuerdos con él.

La mujer alzó las cejas hacia Deibi invitándolo a que hiciera algo más que impactarla con una sonrisa sensual. Él comenzaba a observarla con recelo.

—Está en Maracay, pero nunca en un mismo sitio. Quizás anda con el jefe provisional.

—¿El jefe provisional?

—Sí, con el hijo del dueño. Desde hace unos días lo nombraron encargado de la compañía. Jairo lo acompaña a todos lados.

Javier se irguió, comenzó a reconocer el aroma y eso le aumentó la angustia.

—¿Podría decirnos cómo encontrar a ese jefe y cómo se llama? —preguntó impaciente.

Deibi compartió una mirada furtiva con él, también podía captar el olor, pero estaba tan ocupado intentando sacarle información a la secretaria que no tuvo oportunidad de analizarlo.

—Su nombre es Gabriel Veldetta y creo que ahora está en una reunión con unos abogados. Desconozco el lugar.

El rostro de Javier se volvió de piedra. Sin despedirse, se marchó en dirección a las escaleras. Deibi le agradeció rápidamente a la secretaria antes de apresurarse a alcanzar a su hermano.

—Javier... —llamó su atención mientras bajaban con pasos acelerados las escaleras.

—Lo sabía. Maldita sea, sabía que algo así pasaría.

Javier estaba enfurecido. Su cuerpo rígido, de puños y mandíbula apretada, lo demostraban.

—Esta empresa pertenece al antiguo socio del padre de Isabel, el hombre que los estafó y les quitó su herencia. Jairo trabaja para él y suele acechar a Isabel por orden del hombre para evitar que mantengan una demanda. ¿Y quién crees que es ese socio? Ahhh, el padre de Gabriel Veldetta, el jefe provisional —expresó con sarcasmo.

Deibi caminaba junto a él en silencio. En muchas ocasiones no comprendía las enfermizas jugadas del destino.

—Maldición, y ahora Isabel está con Gabriel. Hace una hora me mandó un mensaje diciendo que se reuniría con el antiguo socio de su padre y su abogado. Estoy seguro que Gabriel está con Ildemaro y la va a reconocer.

—¿Cómo puede hacerlo? Las veces que la has llevado a La Costa, Gabriel no ha estado cerca.

Javier se detuvo junto a su auto y sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón para intentar llamarla.

—Ella soñó con la selva, con mi casa y con la bestia. —Apretó el teléfono lleno de ira y miró al cielo con agotamiento. Isabel no respondía sus llamadas —. Yo tuve el mismo sueño, lo conozco desde mi perspectiva y la bestia que ella me describió era la de Gabriel. Estoy seguro que él también estuvo allí, ella no lo reconoce porque lo vio transformado, pero Gabriel sí la vio a ella.

Deibi se pasó una mano por el cabello en el instante en que su propio

teléfono móvil sonaba dentro del bolsillo de su pantalón. Lo sacó para atender la llamada mientras Javier subía al auto y encendía el motor.

Cuando se disponía a sacar el vehículo del estacionamiento, Deibi lo detuvo con rostro angustiado.

—Albert me llamó. Encontraron a María Tomasa, está muerta, sin una gota de sangre y sin corazón, y descubrieron un campamento abandonado en la montaña. Había sedante para animales, nuestros equipos de trabajo y restos de dinamita. Piensan que lo demás debe estar enterrado en la región.

Javier apretó los puños en el volante, comenzaba a sentirse superado por los conflictos.

—Iré por Isabel. Ve a La Costa, nos encontraremos allá.

Después de decir aquello se marchó. Trataba de comunicarse con ella, pero aún no respondía el teléfono. Debía estar en medio de la reunión.

Podía ubicarla por su aroma, solo esperaba llegar a tiempo y que Gabriel no notara su presencia hasta que pudiera ponerla a salvo.

La reunión llevaba varios minutos de haber iniciado. Los abogados de ambos bandos se encontraban sumergidos en una tensa discusión que Ildemaro seguía con mirada aburrida y Aarón se esforzaba por no participar. El hombre estaba furioso e indignado, harto de que Veldetta los tratara como simples estorbos.

Sin embargo, la pelea por la herencia no era lo que preocupaba a Isabel. Gabriel estaba dentro de la oficina, se movía por la habitación con tanto sigilo que le ponía los pelos de punta. No le quitaba la mirada de encima. El odio se le podía reflejar en la mirada.

Ella procuraba mantenerse calmada, pero cada vez que se giraba hacia Gabriel, él había cambiado de lugar y la evaluaba con tanto descaro, que no entendía como nadie más dentro de la habitación no había notado su escrutinio.

En una oportunidad se perdió completamente de su campo de visión. Pensó que estaría detrás de ella, esa idea le erizó la piel. Recordó el acecho que había vivido en el primer sueño, cuando la bestia la persiguió a través de una selva muerta.

Ansiosa por saber dónde estaba, se incorporó en la silla para mirar atrás, pero se detuvo al escuchar una voz ronca que le hablaba cerca del oído.

—Tú y yo tenemos que hablar.

El corazón se le detuvo por un momento y el rostro le empalideció.

—No tengo nada que hablar contigo —dijo entre dientes, lo más bajo posible. No quería que su hermano o alguno de los presentes la escucharan.

—Busca las maneras de salir. Nos vemos frente a los ascensores.

—No.

—Hazlo o te juro que te arrepentirás. Mira a tu lado.

La amenaza la estremeció de pies a cabeza. Junto a ella se encontraba su hermano. No quería que Gabriel le hiciera daño a Aarón. No obstante, no pensaba dejarse dominar por sus temores. Se sostuvo con fuerza de los brazos de la butaca y se giró hacia él con el ceño fruncido para encararlo y dejarle las cosas en claro, pero Gabriel ya no estaba, había salido del despacho.

El miedo comenzó a recorrerle las venas. Se relajó en la silla y respiró hondo para recuperar la cordura. Quizás Jairo tendría algo que ver en esa situación. Si era así, enfrentaría a Gabriel Veldetta. No seguiría huyendo, estaba harta de ser la débil.

—Aarón, quiero irme a casa —le comunicó a su hermano en susurros. Él la miró con extrañeza.

—¿Te sientes bien?

—No, me siento sofocada y me duele el estómago.

—Pero, necesitas estar presente.

—Lo que ustedes decidan yo lo apoyaré. Confío en ti y en Armando.

Aarón se incorporó en su asiento y miró con recelo a los abogados que continuaban una intensa discusión. Presentía que esa reunión no terminaría pronto. Ninguno daba su brazo a torcer y él no estaba dispuesto a irse de allí sin llegar a un acuerdo justo.

—Está bien, vete a casa. Al salir de aquí me iré a la empresa, nos vemos en la tarde.

Ella asintió y rápidamente se despidió de los presentes. Salió de la oficina seguida por la mirada implacable de Ildemaro.

Cruzó la recepción sintiendo cómo el corazón le iniciaba un galope desenfrenado en el pecho. Se aferró a las tiras de su bolso pretendiendo sostenerse de él para no desfallecer. No comprendía por qué el miedo le crecía a pasos agigantados.

Al llegar al pasillo vio a Gabriel recostado con despreocupación en la pared cercana a los ascensores. Las manos las tenía guardadas en los bolsillos y el rostro en dirección al suelo.

Al sentir que ella salía, Gabriel alzó el rostro y clavó en ella una mirada llena de furia. Sus ojos negros ahora se notaban amarillentos.

El temor se le subió a la cabeza a Isabel. La mente se le invadió con la imagen de la bestia que la había atacado en sueños. Sus pasos retrocedieron de forma inconsciente. Los instintos de sobrevivencia se le activaron al tiempo que una vocecita le gritaba en la cabeza: «Corre».

—No lo hagas —le advirtió Gabriel al percatarse de su intención, pero el corazón y la conciencia de Isabel habían tomado una decisión por ella.

Se giró y corrió hacia las escaleras. Abrió la puerta con un golpe y bajó a toda prisa los escalones. Sin embargo, cuando alcanzó el primer rellano, sintió que una mano le apresaba el cuello y la empujaba con fuerza hacia la pared.

—Estúpida, no vuelvas a hacerlo.

El terror le nubló los sentidos. La voz de Gabriel se volvió gutural, hablaba

en medio de gruñidos. Sus ojos amarillos se afincaron en ella con saña y su boca se abría sutilmente para mostrarle colmillos filosos.

—La próxima vez no me controlaré y te arrancaré la cabeza de un manotazo.

Isabel amplió los ojos en su máxima expresión, estuvo a punto de gritar, pero la mano transformada en garra de Gabriel le apretaba el cuello y le impedía hablar.

—Te lo diré una sola vez y espero me obedezcas: aléjate de mi mujer o te juro que te asesinaré con mis propias manos y convence a Javier que se aleje de La Costa.

El pánico comenzó a apoderarse de ella. La falta de oxígeno y el terror impedían que pensara con claridad. La bestia de sus pesadillas se hacía real ante sus ojos.

Gabriel ladeó la cabeza y pareció sonreír con malicia. Su rostro comenzaba a invadirse de pelo dorado y sus orejas se alargaban volviéndose puntiagudas.

—¿No lo sabías? ¿El imbécil de Javier no te habló sobre la bestia?

Ella gimió en busca de aire. Su cuerpo empezaba a perder fuerza.

—Esta maldición nos marcó desde que nacimos. Javier también la tiene. La bestia es una condena que nuestra sociedad ha cargado desde hace centenares de años. Eres bien estúpida si no te habías dado cuenta.

La soltó y la dejó caer en el suelo cómo si la aborreciera.

—Te acercas a mi mujer y estás muerta. No lo olvides.

Isabel se esforzó por recuperar el oxígeno. Tenía el cuerpo laxo y el corazón invadido por el terror. Al alzar la mirada notó que él ya no estaba. Se había marchado sin hacer ningún tipo de ruido.

Las lágrimas se le desbordaron. Apoyó la frente en el suelo para llorar su miedo y terminar de recuperar el aire perdido. Cuando logró reunir fuerzas, gateó hasta la baranda de las escaleras y como pudo se levantó.

Aferrada a los tubos de acero se esforzó por serenarse. Se limpió con

manos temblorosas el rostro, tomó su bolso y terminó de bajar las escaleras. Gabriel no estaba, así que salió con premura al exterior para marcharse del lugar.

Estacionó el auto frente a un edificio de ladrillos rojos, pero su aroma se extinguía. Miró en dirección a la avenida que se extendía frente a él y donde su esencia se difuminaba. Isabel se había ido.

Trató de sentir la presencia de Gabriel, pero esta también era débil.

—Espero no la estés siguiendo, imbécil —lanzó la amenaza al aire y aceleró el vehículo para dirigirse a la casa de ella.

Al llegar, evaluó los alrededores. No había rastros de Gabriel, eso le permitió relajarse un poco, aunque presentía que algo sucedía. Abrió la reja del pórtico y pasó en dirección a la entrada. Tocó con insistencia la madera, sabía que Isabel estaba al otro lado, podía sentirla. Sin embargo, no obtuvo respuestas. Volvió a tocar, pero ella ni siquiera se movía.

—Isabel, sé que estás ahí. Ábreme.

Silencio. Javier comenzaba a impacientarse, captó el sonido de suaves pasos que se acercaban a la puerta. Ella se recostó tras la madera, no tenía intención de abrir.

—Mi amor, ¿qué sucede? Confía en mí.

Aún sin respuestas. Él apoyó la frente donde sabía que ella estaba y cerró los ojos. Dejó que la bestia le agudizara los sentidos. Escuchó un ligero llanto y olfateó el olor de las lágrimas. Eso le encendió la furia.

—Habla conmigo, dime qué ocurrió.

La ira le recorrió las venas. Si descubría que Gabriel la había lastimado, sería capaz de arrancarle la piel como venganza.

—Vete —gimoteó ella con voz débil. Él apretó los puños contra la puerta.

—Ábreme, confía en mí.

—Déjame sola.

—Dame una oportunidad. Quiero ayudarte.

—No puedes hacerlo.

Javier odiaba tener un obstáculo. Si Isabel no le abría, tendría que forzar la cerradura, pero de allí no se iría hasta que no hablaran cara a cara.

—Puedo hacerlo, si me dejas entrar te lo demostraré.

—¡No! Lárgate. Me has mentido todo este tiempo.

Aquello encendió sus alarmas. Se apartó de la puerta y comenzó a estudiar el mecanismo de entrada. Tenía que llegar a ella.

—Nunca lo he hecho. Déjame entrar.

—No. Por favor, vete —le suplicó.

El corazón se le resquebrajó por el temor que captó en la voz de ella.

—No me iré y si no abres en los próximos cinco segundos romperé la cerradura —expuso con enfado.

Esperó paciente y con la respiración agitada, hasta que ella volvió a intervenir.

—Te abriré si prometes que te mantendrás alejado de mí.

La ansiedad lo exasperaba.

—Lo haré.

—¡No me mientas!

—¡Abre de una vez, Isabel! ¡Necesito saber qué sucede!

Escuchó que pasaban la cerradura con una lentitud pasmosa, hizo un último esfuerzo por mantenerse sereno. Sin embargo, al abrirse la puerta y ver el rostro atribulado de Isabel, estuvo a punto de perder el juicio.

—¿Quién demonios te hizo eso? —En su mente se dibujaba la imagen de su hermano, pero quería darle un último voto de confianza. Se negaba a creer que Gabriel fuera capaz de lastimar a la mujer que estaba destinada para él.

Isabel retrocedió un paso y soltó el pomo de la puerta para abrazarse a su

cuerpo sin apartar su mirada temerosa de él.

—Isabel —la incitó y entró en la casa. Ella seguía retrocediendo hasta apoyar la espalda a la pared.

—La bestia existe —dijo con la voz entrecortada. Javier notó que aquello era una afirmación. De alguna manera se había enterado de todo.

—Vamos a sentarnos para conversar —pidió y señaló el sofá ubicado en el centro de la estancia. Isabel negó con la cabeza. Javier cerró con sutileza la puerta y se acercó un poco más—. Aclararé todas tus dudas.

—¡Mentira! —expuso ella con irritación—. Pudiste haberme advertido antes y no lo hiciste.

—No lo hice porque eran demasiadas cosas juntas. No quería abrumarte.

—¿Abrumarme? ¿Cómo crees que me sentí cuando Gabriel se transformó frente a mí? ¡Casi me mata!

El cuerpo de Javier se tensó. Los puños le temblaban.

—¿Qué te hizo? —preguntó con voz grave. Isabel se pegó más a la pared para alejarse. Su postura le recordaba a la de Gabriel.

—No quiero verte nunca más. Vete de mi casa y de mi vida.

—Eso no podrá ser.

—No tengo más pistas qué darte. Conoces mis sueños ¡Resuelve ese problema con tu gente!

Javier intentó relajarse. No podía dejarse dominar por la rabia, primero tenía que calmarla y convencerla de que confiara en él.

—No puedo alejarme de tu lado y no solo por conflicto en La Costa. Me perteneces.

Ella se irguió y asumió una postura altiva.

—No le pertenezco a nadie. Me utilizaste. Lo único que te preocupa es el problema en tus tierras. No soy importante para ti.

—Eso no es así. Vamos a sentarnos y hablemos —insistió. Debía encontrar

una forma para hacerla entrar en razón.

—No. Quiero que te vayas. Esto es demasiado para mí.

Con paso lento, él se acercó a ella. Isabel lo miraba con recelo, preparada para correr ante la más mínima señal de peligro. Pero Javier solo deseaba tocarla, sabía que su contacto lograba un efecto sedante en ella. Así como ella lo hacía en él.

—Te lo explicaré todo. No tienes que sentir miedo de mí. No te haré daño.

A medida que él se aproximaba, ella se inquietaba. Sabía que estaba acorralada. Recordó la velocidad y el sigilo con que se movía Gabriel. Sería imposible escapar de ellos.

—No te acerques más.

—Créeme, no te haré daño.

—Eres un monstruo. —Aquellas palabras las expresó con tanta repulsión que lo paralizaron.

—Yo no pedí a la bestia, ella me eligió y nunca la he utilizado para infundir terror.

—No es natural, no debería existir —rebatía ella con lágrimas en los ojos.

—La maldad muchas veces no tiene un rostro deformado, podrías conseguir a verdaderos monstruos en los corazones de personas a las que consideras naturales.

Ella pestañeó varias veces y pareció dudar. Javier sabía que con eso había ganado algo de terreno. Durante su vida, Isabel se había enfrentado a otros monstruos más dañinos que su bestia. Aprovechó su desasosiego para aproximarse.

—¿Cómo puede ser posible? —preguntó ella dominada por la incertidumbre.

—Siéntate.

—No. —Sacudió la cabeza con energía—. Aquí estoy más segura.

Javier suspiró y continuó su lento caminar hacia ella.

—¿Recuerdas cuando te hablé de la sociedad a la que pertenezco? —Isabel lo escuchó con la mirada vidriosa clavada en el suelo—. Fue fundada hace más de quinientos años, en el tiempo en que estas tierras eran descubiertas y habitadas por extranjeros. Los nativos que se rebelaron contra esa invasión eran exterminados u oprimidos, hasta que se cansaron y utilizaron la magia para defenderse.

Ella arrugó el ceño y levantó el rostro para mirarlo a los ojos. Eso no fue lo que le habían enseñado en las clases de historia en la escuela.

—No querían acabar con ellos, solo reclamar un lugar. Despertaron al espíritu de la bestia y delimitaron un territorio. La Costa es esa región. El que se acerque con intención de dañar la tierra o a nuestra gente, será eliminado. En caso contrario, será bien recibido.

Isabel lo observó con desconfianza. Lo que vio esa mañana no fue a un animal protegiendo su territorio, sino a una bestia furiosa capaz de partírle el cuello en segundos.

—Es imposible... —murmuró.

Javier se encontraba a pocos centímetros de ella. Alzó una mano y le acarició con la punta de los dedos el hombro. Ella se estremeció, su piel estaba helada, pero no se apartó. Una pequeña ráfaga de alivio comenzó a transferirse a su organismo.

—Es una condena que hemos mantenido en secreto con ayuda de leyendas. Algunos de nuestros ancestros decían que el día en que el peligro dejara de azotar a La Costa, ella se iría, pero ya han pasado muchos años.

Los dedos de Javier se movían con suavidad sobre su brazo. La respiración de Isabel poco a poco se asentaba y su piel comenzaba a entrar en calor.

—Vive dentro de nosotros y sale cuando se siente acechada. Toma nuestra humanidad para luchar contra el enemigo, luego vuelve a su celda. Es difícil

manejarla, pero ya estoy habituado a ella —le confesó con una sonrisa triste en los labios—. Es un espíritu y se alimenta de sentimientos positivos, los negativos la debilitan y descontrolan. Tú despiertas en mí emociones fuertes, la fortaleces. Jamás te haría daño. Al contrario, vivirá para protegerte.

Isabel soltó un bufido. Se encontraba más calmada, pero aún recelosa.

—Hace un rato no parecía muy dispuesta a protegerme.

Javier volvió a tensarse y clavó la mirada en las marcas rojizas que ella tenía en el cuello.

—Gabriel está invadido por un mal hechizo que descontrola a su bestia y a él le bloquea el entendimiento —explicó—. Hay una profecía que creemos, se está activando en La Costa. Ella habla de un cambio, pero para eso debemos pasar por un sacrificio. Es Gabriel el marcado para realizar esa inmolación y yo seré quien se asegure que se haga el trabajo. —A esa altura de la conversación Javier tenía su mano apoyada en el hombro de Isabel. Ella estaba recostada de la pared con el cuerpo relajado. Eso le permitió acercarse un poco más—. Está asustado. Lo único que tiene es a su mujer embarazada. La ama y haría cualquier cosa por salvar a su familia.

—¿Su mujer? Me dijo que si me acercaba a ella me arrancaba la cabeza.

Javier apoyó la otra mano en la pared para mantener la calma.

—No volverá a lastimarte, te lo juro. Me encargaré de que así sea.

—Quiere que te alejes de La Costa.

—No puedo. Mi gente está sufriendo la invasión de un enemigo que no conocemos, ahora más que nunca me necesitan.

Ella recordó al espíritu malévolo que la perseguía. Se sintió agotada. Bajó el rostro y observó sus pies.

—Esto se sale de toda lógica. No puede ser posible.

Él posó un dedo en su mandíbula y alzó su rostro.

—Es posible y podemos manejarlo.

Capítulo 20. Peligro

Isabel negó con la cabeza.

—Necesito pensar... por favor, vete.

—No.

Sus ojos se llenaron de súplicas.

—Quiero estar sola.

—No te dejaré así. —Javier comenzó a acariciarle el rostro hasta hundir los dedos en sus cabellos—. Estoy lleno de ira, necesito de tu fortaleza para enfrentar esta situación y sé que tú me necesitas a mí.

—No tengo fortaleza. Tengo miedo.

—Confía en mí. —Bajó el rostro hasta alcanzar los labios de la chica y rosarlos con sutileza con los suyos—. Eres la luz que ilumina mi entendimiento. Dame tu fuerza, mi amor. —Le esparció decenas de besos en la mandíbula y avanzó hasta llegar a su oreja—. Lléname de tu calor.

Isabel apoyó las manos en su pecho. Se estremecía, tanto por el temor como por el deseo.

—¿Y la bestia?

Javier le acunó la cabeza entre las manos y le elevó el rostro. Con la punta de la nariz le acarició el contorno de los labios mientras dejaba besos furtivos.

—Está dentro de mí. No nos molestará.

—Pero...

—Hemos estado otras veces juntos y nada ha pasado. Por favor, confía en mí.

Isabel recordó las palabras de Baudilio: «Confía, Isabel. Si no lo haces... estamos perdidos». Ella quería fiarse de él, pero aquella situación superaba sus expectativas. La vida se volvía desconocida, la realidad era otra, y no se

sentía capaz de enfrentarla.

Javier se apoderó de su boca con exigencia. Quería beberse toda su pena y sus miedos. Ella obligó a su mente a olvidar, estaba abrumada, le urgía un descanso. Necesitaba sentirse protegida y Javier le transmitía una paz y una seguridad que nunca pudo hallar en otro lugar.

—No pienses en la bestia, sino en mí —le susurró—. Tócame para que te des cuenta que soy el mismo. Siempre lo seré.

Ella alzó las manos y las enroscó en su nuca. Se fundió con él en un beso profundo, que los marcaba más que su propio destino. Javier bajó los brazos y tomó su cintura, dejaba en claro que nada ni nadie la apartarían de su lado. Ella le pertenecía.

El estallido de emociones que se produjo en el pecho del hombre le dio el ánimo que le faltaba. Hundió la lengua dentro de la boca femenina y gimió al sentir su sabor dulce. Frotó su miembro hinchado en su vientre logrando aumentar su desesperación.

Isabel se acercó más a él, ansiosa por su contacto. La ropa le impedía que su calor la impregnara por completo.

En medio de jadeos, él la alzó, y por instinto, Isabel abrió las piernas para enroscarse en sus caderas. De esa manera, sus sexos, hipersensibles ante el roce, se unieron provocando gemidos apasionados.

Javier le rasgó la blusa con una mano y devoró con frenesí sus senos expuestos. Los sonidos febriles de Isabel lo hicieron gruñir por la excitación, pero ella no pudo reconocer el bramido por tener la cabeza sumergida en el deseo.

Por un momento, él pensó en llevarla a la cama, o al menos, al sofá. Sin embargo, el anhelo lo dominaba, así que solo pudo llegar al suelo.

La acostó en el piso y besó con ardor su cuerpo mientras le quitaba el pantalón. Al tenerla desnuda se hundió entre sus piernas para saborearla.

Isabel gritó al sentir su lengua recorriendo su intimidad. La vista se le nubló, el mundo se le aglomeró con rapidez en el vientre y exigía una liberación.

—Javier, por favor...

—Aún no —ordenó y se incorporó para quitarse la ropa, colocarse un preservativo y envolverla con una mirada sugerente—. Lo haremos juntos.

Se ubicó sobre ella y en medio de gemidos la penetró. Isabel se aferró a él, necesitaba sostenerse de algo o caería irremediablemente en el abismo. Javier se apoyó en sus manos y abrió un poco las piernas para embestirla con mayor profundidad. Mirarla agitarse y jadear con cada una de sus acometidas, rendida ante él, le despertaba un fuerte sentido de pertenencia. Ella era su mujer, la luz que le aportaba calidez a su vida. Cuidaría de ella y apartaría cada una de las amenazas que la rondaban.

—Confía en mí. Te protegeré —le susurraba. Isabel abrió los ojos y dejó escapar una lágrima. Alzó las manos y las hundió en sus cabellos para bajarle el rostro.

—Lo haré —le confirmó antes de apoderarse de su boca con un beso suave que estremeció a Javier y provocó una colisión de emociones en su interior.

Cayó sobre sus brazos sacudido por espasmos que estimularon el clímax de Isabel. Ella le clavó las uñas en la espalda y lo arañó mientras la onda expansiva de su orgasmo terminaba de hacerle estragos.

Javier había perdido por completo las fuerzas, se recostó sobre el cuerpo reluciente de la mujer que le había robado el alma y, agotados, cerraron los ojos hasta recuperar la coordinación de los sentidos, sin notar cómo luminosos rayos los cubrían.

—Ten lista la maleta, en una hora te busco —le ordenó Gabriel a Rebeca al tiempo que abría su Nissan y lanzaba el bolso de mano en la parte trasera. Conversaba con ella por teléfono móvil.

—Jonathan ha venido varias veces, me dijo que necesitaban con urgencia que los ayudaras —comentó la mujer con angustia. La Costa se había transformado en un infierno.

—Diles que no has logrado comunicarte conmigo.

—Pero, Gabriel...

—¡Ahora no, Rebeca! —expresó enfurecido y puso en marcha el auto—. No me pude controlar y casi le quito la vida a Isabel —le confesó.

—¿Isabel? ¿Quién es ella?

—La mujer de Javier. Tenemos que salir de La Costa, él me buscará y esta vez no será para hablar. Si me encuentra, hará hasta lo imposible por llevar a cabo la profecía como venganza.

Rebeca estalló en llanto. El corazón de Gabriel se astilló en pedazos.

—No llores, maldita sea, confía en mí.

—Lo hago, pero esta situación se nos sale de las manos. ¿Si Javier te atrapa antes de que llegues a mi casa?

—No lo hará. Ahora debe estar muy ocupado —explicó Gabriel sin detenerse. Sabía que el error cometido con Isabel en vez de detener el conflicto, podía avivarlo. Su hermano no se quedaría con esa ofensa.

Cortó la llamada y aceleró el vehículo. Debía llegar cuanto antes a sus tierras.

Javier e Isabel aún permanecían en el mismo lugar. Él se había ubicado de espaldas al suelo y ella se acurrucó a su lado con la cabeza sobre su hombro, envuelta entre sus brazos. Acariciaba su pecho, sorprendida por la existencia de la feroz bestia que se alojaba en su interior.

—¿Cómo es posible? Me cuesta entenderlo.

Javier suspiró y la aferró más a ella para besar su coronilla.

—Existe una línea muy delgada entre esta y otras dimensiones. Es posible

abrir una brecha e invocar un espíritu, pero si actuamos con desconocimiento podemos atraer seres peligrosos como el espíritu que ronda a La Costa... y a ti.

Ella se incorporó para mirarlo a los ojos. Las preguntas se le acumulaban en la garganta.

—¿Cómo la haces salir?

—Está atada a mis emociones, capta mi temor, mi rabia o mi curiosidad. En esos momentos se mantiene alerta y espera que le permita actuar.

—¿La controlas?

—Sí, pero si me dejo dominar por las emociones ella puede actuar por su cuenta. Es un mecanismo de protección.

Isabel lo observaba con detenimiento.

—En mi sueño tenía una apariencia, pero Gabriel tenía otra cuando me atacó. ¿No estaba completamente transformado?

Javier endureció la mandíbula. Recordar la cuenta pendiente que tenía con su hermano lo ponía irritable.

—Es posible recobrar el control cuando estamos a mitad de la transformación. Al calmarnos, ella también lo hace. Así podemos aprovecharnos de sus beneficios para alcanzar un objetivo. —Sonrió con cierta picardía—. Por ejemplo, cuando necesito hallarte. La bestia agudiza mi olfato y me ayuda a ubicar tu aroma.

Ella amplió los ojos.

—¿Cómo los perros?

Javier emitió una risa sonora.

—Algo así, pero por favor, no vuelvas compararme con un perro.

—Y, ¿la tendrás por siempre?

—No. Solo hasta que ella lo considere —explicó—. Necesita un cuerpo sano y fuerte para actuar. Nos elige al nacer, pero se activa cuando llegamos a

una edad madura y nos deja cuando envejecemos. Así le sucedió a mi padre.

—¿Tú padre la tuvo?

—Sí y Baudilio. En el caso de él, fue diferente. Quedó herido de gravedad en un ataque que hubo en La Costa hace dieciséis años, por eso cojea. Al no ser lo suficientemente fuerte para cumplir con las exigencias de la bestia, ella lo dejó.

Isabel apoyó las manos en su pecho y ubicó la mandíbula encima de ellas. Javier sonrió al ver sus ojos iluminados por la curiosidad.

—¿Solo Gabriel y tú la tienen?

—No. Somos seis portadores: Deibi, Jonathan, Albert, Gregory, Gabriel y yo.

—Por eso el parecido físico —formuló ella. Abrió la boca para continuar el interrogatorio, pero el sonido del teléfono móvil de Javier la interrumpió.

Ambos se incorporaron para que él pudiera buscar el aparato entre el puñado de ropa que estaba esparcida por los alrededores. Al alcanzarlo, se levantó para atender la llamada. Isabel aprovechó la ocasión para recoger las prendas regadas y dirigirse a su habitación en busca de ropa. Javier le había rasgado la blusa y el cierre del pantalón en medio de su ansiedad.

Dejó las prendas dañadas sobre la cama y se dirigió al baño, pero la tempestiva llegada de Javier la detuvo antes de que cruzara la puerta.

—Debo ir a La Costa.

El terror la invadió.

—No.

—Lo siento, preciosa. Me necesitan.

—Iré contigo.

—Isabel no puedo...

—¡No me dejarás aquí con Gabriel convertido en bestia!

Javier apretó la mandíbula y los puños. Ella tenía razón. No sabía si su

hermano tenía la capacidad de atender el llamado de los guerreros o continuaba enloquecido en esa ciudad. No podía dejarla sola. Si Gabriel volvía a lastimarla desataría una guerra entre ellos.

—Está bien, pero será peligroso —le advirtió. Ella asintió con los ojos inundados de lágrimas—. Muy peligroso —enfaticó, para que ella comprendiera el nivel del riesgo. Isabel se abrazó a su cuerpo.

—Creo que me estoy acostumbrando al peligro.

Javier bajó los hombros en señal de derrota. Odiaba que ella tuviera que pasar por esa situación. Isabel corrió hacia él, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

—No me dejes. Lejos de ti siento mucho miedo —reveló la chica. Javier la abrazó con fuerza.

—No tienes nada que temer. No te apartaré de mi lado.

Levantó su rostro y la besó con frenesí, absorbido por los sentimientos de amor y ternura que ella despertaba en él. Finalmente la animó a que se vistiera con rapidez. Los conflictos en La Costa comenzaban a estallar.

Minutos después Javier conversaba por teléfono y manejaba a través de la serpenteante carretera en dirección a La Costa. Isabel no podía comprender cómo era capaz de mantener la concentración en ambas actividades y menos en una vía tan llena de curvas peligrosas.

Retorcía las manos sobre su regazo y miraba la vegetación temiendo que de un momento a otro Gabriel apareciera transformado en la bestia.

—Maldita sea —masculló él y apagó el teléfono para lanzarlo en la guantera del auto. Isabel miró su rostro endurecido y pudo notar que el color de sus ojos cambiaba.

—Javier... —dijo, pero el temor se le ató en la garganta y no le permitió completar la frase.

Él estaba pensativo, al girarse hacia ella y observar su rostro angustiado

comprendió a qué se debía su aprensión. Respiró hondo y se apretó el puente de la nariz.

—Disculpa. Puedo controlarme.

—¿Qué sucede?

—Se complicaron las cosas, Gabriel no aparece y todos comienzan a desesperarse.

Al notar que Javier se relajaba y el color de sus ojos volvía a la normalidad, ella intentó calmarse también. No quería entrar en pánico.

—¿Cómo se complicaron? —preguntó.

—Hubo una explosión. Hay muertos, heridos y desaparecidos.

Isabel vio como sus manos se apretaban en el volante del auto. Aquello lo afectaba.

—¿Dónde?

—En la cosecha. Mi padre está en el dispensario del pueblo, ayuda a los heridos. Te dejaré con él. —El corazón le bombeó con energía, pero sabía que no tenía más opciones—. Iré con mis hermanos para colaborar en la búsqueda, luego regresaré por ti para llevarte a mi casa.

Isabel se mantuvo en silencio. Rumiaba en su cabeza lo ocurrido en los últimos días, quería darle alguna esperanza. Lo veía abatido y no quería que estuviera así. Eso le permitió recordar detalles que podían ser importantes.

—¿Recuerdas que hace unos días te hablé de un santero al que visité para saber de mis sueños?

—Sí. Allí fue donde creíste escuchar la voz de Jairo —manifestó Javier. La discusión que había tenido con ella por la bestia lo hizo olvidarse de esa situación.

—Antes de reunirme con él pude oír a un grupo de hombres que hablaban de La Costa, uno de ellos se llamaba Ismael. Decían que harían lo que el jefe les había mandado, pero después de un ataque seguirían su propio plan.

Javier la miró con interés.

—El tal Ismael les decía que sería riesgoso, pero ellos aseguraban que el peligro estaba en el hijo, que enloquecería con ese ataque, pero que sabían manejar a esos animales.

Los ojos de Javier reflejaron entendimiento, las piezas del puzle comenzaban a calzar.

—Mis hermanos encontraron un campamento abandonado en la montaña. Hallaron rastros de dinamita y sedante para animales. La única manera en que pueden dominar a la bestia es envenenando nuestro cuerpo para debilitarlo antes de que logremos la transformación, así nos hacen vulnerables. —Aunque su mirada estaba clavada en la vía, su mente analizaba cada una de las palabras dichas por Isabel—. Ismael, el jefe, el hijo —masculló cómo si hablara con él mismo. Detuvo el auto a un costado del camino y buscó el teléfono móvil para encenderlo.

Isabel prefirió no hacer comentarios. Estaba segura de que Javier había logrado descifrar un dato importante.

—Deibi busquen a Ildemaro, hay posibilidades de que los hombres que atacaron la cosecha tengan algo que ver con él. Allá les explicaré.

Al cortar la llamada, regresó a la carretera.

—¿Ildemaro... Veldetta? —inquirió ella con sorpresa. Javier asintió.

—La madre de Gabriel formó parte de la sociedad, al casarse con él lo transformó en socio y desde entonces, ha hecho hasta lo imposible por hacerse con el control de la cosecha. Como se lo hemos impedido se ha valido de artimañas para demostrar que no tenemos la capacidad para asumir el trabajo y él debe intervenir. Si esos hombres están relacionados con él, esta podría ser una trampa para hacernos quedar como unos incompetentes y apoderarse de todo.

—¿Por qué supones que es Ildemaro la persona de la que hablaban aquellos

sujetos?

Isabel no podía asimilar que el hombre que le había hecho tanto daño a su familia estuviera inmiscuido en el conflicto en La Costa. Más que una casualidad, eso parecía un juego cruel del destino.

—Esta mañana estuve en la casa de ese santero, Kenái, y allí capté tu aroma, había un pañuelo que habías perdido el día en que lo visitaste —le confesó—. El pescador que murió en La Costa estaba relacionado con ellos y con una bruja de la región, ella fue quien elaboró el amuleto que te entregaron. Gabriel tiene uno igual, seguramente fueron ellos quienes nos embrujaron para enfrentarnos y lo enloquecieron con la profecía. Es posible que Ildemaro tenga sus manos en este asunto, quien haya pagado por todo. Desde hace un tiempo ha querido demostrar que no podemos cuidar de nuestras tierras. Él tiene conocimiento de la bestia y sabe que utilizando la magia puede perturbarlas y así, nos declararía incapaces de proteger la cosecha.

—Él sería «el jefe» y Gabriel «el hijo» —formuló Isabel. Comenzaba a comprender la situación.

—Sí. Y nosotros los «animales».

Ella se estremeció. La idea de que Javier corriera peligro la llenaba de más angustias. No podía perderlo ahora que conocía sus secretos y había descubierto que no le temía. Quería estar con él, a su lado.

—¿Crees que ellos lo traicionarán?

—Es posible. Aún no sabemos nada del espíritu y si Jairo está invadido por él y actúa según sus designios, Ildemaro deja de ser el enemigo y se transforma en un instrumento. Todos estamos siendo manipulados.

Nuevamente aquel misterioso ser se interponía en su vida. La mención le permitió recordar otro pequeño detalle.

—¡Mi pesadilla cambió! —confesó alterada— Estaba encerrada en una habitación destruida, en la misma edificación del segundo sueño. Al salir, vi al

espíritu acabando con la bestia, le absorbía el alma y le arrancaba el corazón. Me lancé sobre él para salvarla, pero resultó ser un holograma. Lo atravesé y caí en un abismo.

Javier la observó por unos segundos y apretó la mandíbula. La parte final del sueño no le gustaba.

En ese momento cruzaban el arco de cemento que daba bienvenida a la región de La Costa. Entró al pueblo en dirección al dispensario para dejar a Isabel con su padre. La impaciencia le trastornaba el juicio.

—Resolveremos todos esos acertijos hoy mismo. Te lo prometo.

Continuaron el camino en silencio. Javier estaba decidido a darle punto final a esa situación. Se negaba a considerar la posibilidad de perder a Isabel.

Faltaban pocos minutos para la llegada del medio día. El sol calentaba con furia a La Costa, al tiempo que pesadas nubes de lluvia se acercaban por el horizonte.

Gabriel tenía su vehículo detenido a orillas de una carretera que conectaba el pueblo con las tierras de la sociedad y junto al sendero de tierra que daba paso a la casa de la madre de Rebeca. Donde ella vivía.

Se frotaba el pecho con los ojos cerrados para sosegar el dolor. Algo lo oprimía, le dificultaba la respiración y le producía arcadas. Se arrancó el colgante de hierbas que le había entregado María Tomasa y lo lanzó a la vegetación. Aquel artilugio no le servía de nada.

Dejó a un lado sus preocupaciones al ver cómo Rebeca caminaba apresurada por la selva en dirección su auto, con un bolso de tela colgado de un hombro. Le abrió la puerta del asiento del copiloto para facilitarle la entrada.

—¿Por qué no tomaste el sendero? —le preguntó irritado mientras ella subía.

—La madre de Albert está en la casa. Hubo una explosión en la cosecha, preparan comida para la gente que está en el dispensario acompañando a sus familiares heridos. Si tomaba el sendero, me descubrirían.

Él se incorporó en el asiento con el rostro desencajado por la ira y encendió el auto para marcharse del lugar.

—En pocos minutos saldremos de aquí y estarás a salvo. Después tendré que regresar para encarar a mis hermanos —expresó con la mandíbula apretada.

—No quiero estar lejos de ti.

—Tendremos que soportarlo. La bestia no me dejará en paz si ignoro lo que sucede.

—Pero, ¿y si te encuentras con Javier?

Una mueca de disgusto contrajo el rostro de Gabriel. Estaba plenamente seguro de que su hermano, en ese momento, lo estaría buscando.

—Lo enfrentaré. Tarde o temprano tendré que hacerlo.

Rebeca quedó en silencio, con la mirada perdida en la vegetación. No podía angustiarse más, eso le afectaría el embarazo. Confiaba en Gabriel, estaba segura de que él resolvería esa situación.

Apoyó la cabeza en el asiento y se despidió de la selva con lágrimas en los ojos. Aquel lugar debió ser su refugio, pero sin imaginarlo, se transformó en su condena. Si no dejaban atrás esas tierras, tanto ella como su hijo estarían sentenciados a morir.

Acarició con ternura su vientre. Tenía que asegurar el porvenir de ese niño, esforzarse por brindarle la seguridad que necesitaba para vivir. Siempre pensó que La Costa lo cobijaría con su magia y belleza, pero tenía que acostumbrarse a la idea de estar alejada de esas tierras. Debía olvidarse de sus raíces, de sus creencias y cultura para poder sobrevivir.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios. Centenares de años atrás sus

ancestros se habían encontrado en una situación similar e invocaron a la bestia para afrontar el problema. Esta vez, la bestia era la causante del conflicto y quien los arrastraría a un destino nefasto.

Dejó de pensar en esas injusticias cuando cruzaron los límites del pueblo y se internaron en la carretera. Los altos y frondosos árboles creaban una bóveda sobre la vía, lo que impedía que los rayos del sol llegaran a ella sumergiendo en penumbras cada rincón de la montaña.

Gabriel mantenía todos los sentidos funcionando al máximo, atento a los sonidos y movimientos de la selva. Esa precaución le permitió detectar el peligro.

No se habían alejado muchos kilómetros del pueblo cuando notó que una camioneta Ford Explorer de color negro tenía bloqueado el paso. Detuvo el auto a una distancia prudencial y sin apagar el motor comenzó a escanear el lugar con el olfato y el oído.

Un gruñido salió de sus labios. Pudo captar el aroma del sudor masculino, mezclado con el miedo y la excitación. Calculó la presencia de aproximadamente ocho hombres que se hallaban escondidos en la selva y dentro del auto.

El sutil chasquido de un arma cargándose le erizó la piel y agitó a su bestia.

—¿Qué sucede? —preguntó Rebeca, sin apartar la mirada del vehículo detenido en medio de la vía.

—Nada. Quédate tranquila, pronto te sacaré de aquí —le respondió. Ella lo observó y pudo notar cómo sus ojos amarillentos recorrían cada palmo de selva.

Si hubiera estado solo saldría del auto para que su bestia tomara el control y eliminara en segundos al enemigo, pero estaba junto a su mujer embarazada, una escena violenta la perturbaría y si algo salía mal, ella quedaría desprotegida. Lo más inteligente era huir, poner a Rebeca a salvo y luego,

encargarse de esos hombres.

—Ponte el cinturón de seguridad —le ordenó y preparó al auto para retroceder.

Ella obedeció enseguida para no alterar más sus nervios.

—¿Quiénes son?

—Los asesinos contratados por mi padre —expuso Gabriel con un deje de reproche en la voz. Sabía que Ildemaro había llevado a esos sujetos a La Costa con intención de crear el caos. Durante semanas los mantuvo vigilados para conocer sus acciones y saber cómo evitarlos, pero ese enfrentamiento era un comportamiento espontáneo. No estaba dentro de los planes que habían trazado.

Cuando la Nissan comenzó a retroceder los hombres salieron de su escondrijo. Se apresuraron a rodear el auto y lo apuntaron con sus armas.

Gabriel hizo crujir los cauchos en el asfalto y retrocedió a toda velocidad llevándose por delante a uno de ellos, cuyo cuerpo salió proyectado hacia la montaña por el impacto.

Sus manos se volvieron garras que les permitieron arrancar de un solo tajo el cinturón que protegía a Rebeca y empujarla hacia el suelo, ya que los hombres comenzaron a descargar sus ametralladoras en ellos quebrando en miles de pedazos el vidrio del parabrisas.

Sin detenerse, giró con brusquedad y abandonó la carretera para adentrarse en la selva. Nadie conocía esa zona mejor que él.

Se internó por la vegetación hasta llegar a un maltrecho camino de tierra, rajado por depresiones y obstruido por centenares de pedruscos. Rebeca se abrazó al asiento para no zarandearse y golpearse el vientre. Tenía el llanto contenido en los ojos.

Llegaron a un río y lo cruzaron con rapidez para tomar otra vía más despejada que la anterior, que bordeaba los sembradíos de plátano y café de

las haciendas vecinas. Cerca, se encontraba la finca la Gran Madonna, propiedad de su padre, allí podría ocultar a Rebeca mientras se enfrentaba al problema.

Estaba furioso, sabía que los hombres que seguían su rastro no descansarían hasta atraparlo. Maldijo varias veces al toparse con un portón fabricado con árboles caídos. Detuvo el auto y se bajó para abrirlo, así tendría posibilidad de entrar al patio de una hacienda que colindaba con la de él. Sin embargo, al eliminar el obstáculo y disponerse a volver a su auto, la Ford Explored se acercó presurosa y dos de sus ocupantes sacaban medio cuerpo por las ventanas para dispararle.

—¡Rebeca, cúbrete! —le exigió, al tiempo que se lanzaba hacia la vegetación para evitar que las balas lo alcanzaran.

Aún no estaba transformado por completo. Su cuerpo era tan vulnerable como el de cualquier humano, podía ser herido con facilidad.

Capítulo 21. Sálvame

La Ford Explored se detuvo detrás de su auto y en segundos se bajaron todos los tripulantes con las armas cargadas. Él salió de los matorrales y dejó que la bestia tomara el control de su humanidad, pero antes de alcanzar el cambio, recibió el impacto de una bala en el muslo derecho y dos dardos que se le clavaron en el pecho y el cuello.

Cayó al suelo arrodillado. Los dardos contenían un veneno potente que le recorrió las venas con rapidez y lo debilitó.

Un sujeto delgado y de piel morena, vestido completamente de blanco y con un gorro ceñido en la cabeza, observó con sorpresa sus ojos amarillos de pupilas felinas y las manos de garras afiladas como cuchillas.

—Maldita sea, ¿cuántos son? —dijo mientras Gabriel gruñía y le mostraba unos dientes puntiagudos—. ¡Rodrigo! —Llamó a su primo, quien acudió presuroso con la mirada llena de temor—. Lleva a la mujer al auto, Jairo nos espera —ordenó.

El sujeto de inmediato hizo lo que le habían ordenado con ayuda de dos secuaces mientras Gabriel inútilmente balbuceaba amenazas. El sedante hacía efecto.

Kenaí, impactado, vigilaba que los hombres a su cargo amordazaran y trasladaran a la mujer a su vehículo.

Gabriel se estremecía al observar cómo Rebeca luchaba contra ellos para liberarse en medio de llantos y estiraba los brazos en dirección a él. La furia lo consumía, pero el veneno le había restado todas sus fuerzas. Cerró los puños y se esforzó en acumular la poca energía que le quedaba en el cuerpo antes de caer inconsciente al suelo, para emitir un rugido ensordecedor al tiempo que los sujetos se alejaban con Rebeca.

Se desmayó después de lanzar un llamado de auxilio a sus hermanos.

Isabel quedó paralizada al escuchar el poderoso bramido de un animal. Todas las personas reunidas en la pequeña sala de espera del dispensario se levantaron de sus asientos y salieron a la calle para averiguar de dónde provenía.

Ella no pudo moverse. Temía toparse con Gabriel convertido en la bestia.

—Isabel, nos iremos con Baudilio a una posada del pueblo, ya todo lo que podíamos hacer aquí está hecho —le informó William. Ella podía notar el nerviosismo que invadía al hombre.

—¿Qué fue eso? —preguntó. Él la observó en silencio, sin saber qué responderle. No sabía qué tanto le había confesado su hijo—. Es la bestia, ¿cierto? ¿Es Gabriel?

El hombre la tomó del brazo para apartarla a un rincón solitario. No quería que nadie los escuchara, aunque los presentes tenían toda su atención puesta en lo que ocurría fuera del dispensario.

—Sí, creo que fue Gabriel, pero era un llamado de auxilio, algo le ocurrió. Espero que los chicos puedan llegar antes que la desgracia.

Los ojos de Isabel casi se salían de sus órbitas.

—Javier estaba furioso con él, ¿y si se enfrentaron?

—Espero que ese no sea el caso.

Ella se cubrió la boca con ambas manos y dirigió la mirada al suelo de granito. Aún no podía asimilar esa realidad. Baudilio se acercó a ellos y les habló en tono confidencial.

—Ildemaro está muerto. —Isabel lo observó con el rostro pálido. William dejó de respirar—. Lo hallaron en su casa. Su cuerpo no tenía ni una gota de sangre y le arrancaron el corazón, de la misma manera en que murió el pescador y María Tomasa.

Ninguno de los presentes dijo nada, estaban conmocionados con la noticia.

—Los llevaré a la posada y me iré a mi casa. Al parecer, Gabriel está herido. Deibi acaba de comunicarse conmigo.

—¿Y Javier? —indagó ella con angustia.

—Debe estar bien, no me dijeron nada de él.

Isabel se recostó de la pared para no caer al suelo, sentía las piernas débiles.

—Le avisaré a Pablo que nos iremos —notificó William y se encaminó con prontitud al interior del dispensario donde otros líderes servían de apoyo a los familiares de los heridos y al personal del centro de salud.

—Maldita sea —masculló Baudilio mientras revisaba la pantalla de su teléfono móvil. Estaba frenético, anhelaba obtener más noticias.

Isabel lo observó por unos segundos, sentía una fuerte necesidad por intervenir y ayudar de alguna manera.

—Mi pesadilla volvió a cambiar —le confesó. Baudilio la miró con interés—. El espíritu había dominado a la bestia, le arrancaba el corazón y abrió una gran boca para aspirarle el alma.

El líder se quedó por un momento inerte, con la mirada fija en ella y el ceño fruncido.

—¿Dónde se produjo esa visión?

—En el mismo lugar del segundo sueño.

—El hotel —murmuró para sí mismo y dejó divagar su mirada por la sala.

—¿Qué hotel?

Baudilio negó con la cabeza.

—Iré a avisarle al resto de los líderes ese detalle. Tus sueños podrían darnos alguna pista. Espera aquí.

El líder entró en la sala de enfermería donde antes William había ingresado. Ella se abrazó a su cuerpo y recorrió con la mirada el lugar. Las personas que habían salido para investigar de dónde provenía el sonido del animal aún se

encontraban afuera. Estaba sola en aquel salón.

Se acercó al ventanal y oteó las altas montañas que bordeaban la región. Su distracción le impidió sentir la cercanía de una persona tras su espalda hasta que una inmensa mano le tapó la boca y otra la sostuvo con fuerza de la cintura, apresándole los brazos. Trató de luchar y gritar, pero le fue imposible. Nadie la oiría.

—Si haces algo estúpido, conejita, te juro que mataré al padre de tu adorado novio y al resto de viejos que lo acompañan.

La sangre se le heló al escuchar la desagradable voz de Jairo en su oreja. Cerró los ojos con fuerza para sosegar a su corazón y encontrar alguna forma de liberarse de él.

—Vamos a salir de aquí. No llames la atención. Ahora tengo superpoderes y solo tengo que levantar una mano para que alguien muera.

Isabel se aterró, la imagen del espíritu malvado que invadía sus sueños le vino a la cabeza.

—Ven conmigo. —Caminaron en dirección a la salida del dispensario. Jairo tenía un brazo sosteniendo con firmeza su cintura y con su mano libre le acariciaba el rostro y los cabellos—. Un movimiento en falso y te parto el cuello. Luego acabo con toda esta maldita gente —le decía con una voz gutural.

Ella trató de calmarse, eso le permitió captar un olor fétido que provenía de él. Lo miró por el rabillo del ojo y detalló su rostro pálido y huesudo. No se había percatado de que estaba más delgado.

Atravesaron a los curiosos que se hallaban arremolinados en la entrada, quienes hacían conjeturas sobre el supuesto animal que estaba suelto en la montaña, y se encaminaron a un Jeep estacionado a varios metros de distancia.

Él abrió la puerta del copiloto y la lanzó con brusquedad dentro del vehículo.

—Recuerda: haces algo estúpido y mato a los viejos.

Se quedó inmóvil, con la mirada fija en los ojos sin brillo del hombre. Allí ya no había vida.

Jairo entró y puso en marcha el vehículo. Tomaron el camino hacia la montaña. No sabía a dónde irían. Rogaba que Javier fuera capaz de ubicarla pronto.

—Recibió una dosis muy fuerte —comentó Albert mientras obligaba a Gabriel a beber una de las pócimas que Baudilio utilizaba en casos de mordedura de serpientes venenosas. Se encontraban en la casa del líder y ya le habían sacado la bala del muslo. Gracias a los beneficios de la bestia la herida comenzaba a curarse.

Gregory lo ayudaba. Le sostenía los brazos para que no se agitara y pudieran darle el medicamento. Gabriel, aunque estaba consciente, no tenía los movimientos coordinados.

—Eso no le hará efecto, vamos a provocarle el vómito. Yo le aprieto el estómago y tú le metes los dedos en la garganta —propuso Gregory.

—¡Por favor, dejen de torturarlo! —exigió Deibi. Intentaba encender su teléfono móvil que minutos antes se había apagado—. Maldita sea, es imposible. La batería está muerta.

—Debiste ser más precavido —le reprochó Jonathan.

—Disculpa, no sabía que era el encargado de las comunicaciones —rebató Deibi con disgusto. Jonathan se acercó a él y lo encaró con desafío.

—Es hora de que comiences a encargarte de algo.

Deibi arrugó el ceño. Se olvidó del teléfono para enfrentarse a su hermano.

—Creo que no es momento para discusiones —exigió Albert, procurando que Gabriel bebiera otro trago del brebaje—. Ocúpense en llamar a Baudilio.

Su demanda pareció calmar los ánimos de los guerreros.

—Baudilio sabe que estamos aquí, no tienen que volver a llamarlo — expuso Javier, que se hallaba parado en la entrada de la cocina con un hombro apoyado en el marco, los brazos cruzados en el pecho y el rostro endurecido.

Observaba con irritación como Gabriel se retorció de dolor. Lo habían hallado semiinconsciente y herido en medio de la selva, lo trasladaron a la casa del líder en su propio auto.

Estaba ansioso por mantener una dura conversación con él y hacerlo pagar por el daño físico y psicológico que le había hecho a Isabel, pero otros problemas lo obligaban a esperar: parte de la cosecha había sido destruida por una explosión, decenas de heridos, muertos y desaparecidos debían ser atendidos. Además, aún no hallaban a los hombres que habían utilizado el campamento en la montaña y quienes habían sembrado la dinamita en sus tierras.

Como aderezo, Ildemaro y la bruja María Tomasa habían sido asesinados por métodos poco ortodoxos que ellos debían investigar y Rebeca estaba desaparecida. Las desgracias les habían llegado en lote.

Necesitaban que el guerrero les explicara lo ocurrido para actuar. Si no le daban pronta solución a cada situación, la región se volvería un caos que pondría en peligro el secreto que durante centenares de años habían protegido.

—Rebe... Reb... —mascullaba Gabriel. Tenía la boca dormida por el sedante. Se esforzaba por hablar.

—No podemos quedarnos aquí —expresó Jonathan—. Vamos a dividirnos y recorrer La Costa, es evidente que Rebeca fue secuestrada. Donde esté ella estarán los sujetos que atacaron a Gabriel y a nuestras tierras.

—Pero, ¿qué hacemos con Gabriel? —preguntó Albert.

—Lo dejamos aquí. Que uno se quede con él hasta que llegue Baudilio. Tenemos que hacer algo antes de que aparezcan más policías, periodistas y curiosos.

Todos aceptaron la propuestas, pero ninguno quería quedarse, mucho menos, Gabriel.

—¿Qué haremos cuando encontremos a esos hombres? —indagó Gregory, aún sin soltar a su hermano.

—No debemos acabar con ellos. Tenemos que interrogarlos —expuso Albert.

—No creo que mi bestia me permita controlarme —confesó Deibi.

—Debemos esforzarnos. Si no llegamos a la raíz del problema no lo vamos a eliminar —continuó Albert. Era el único que se mantenía sereno, los demás demostraban su ansiedad—. Allá afuera hay un espíritu que no sabemos qué es, ni quién lo trajo. Además, nada nos garantiza que al acabar con esos sujetos después no vendrán otros para terminar lo que ellos comenzaron...

La intervención del guerrero se interrumpió cuando Gabriel se arqueó para expulsar por la boca todo lo que tenía en el estómago. Gregory le había inducido las náuseas.

—Lo siento, pero comenzaba a ponerse azul —justificó el chico con una gran sonrisa.

Escucharon que un auto se acercaba y salieron al patio para recibir a Baudilio.

El líder bajó del vehículo con el rostro ajado por la preocupación. Jonathan, Deibi, Albert y Javier lo observaron con detenimiento. Gregory se había quedado dentro de la casa para ayudar a Gabriel.

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar Jonathan.

—Se llevaron a Isabel. —Javier gruñó y se acercó a él con los puños apretados y los ojos amarillentos. Deibi lo detuvo—. Algunos testigos aseguran que se fue por voluntad propia, con un sujeto alto y de ojos verdes. —Javier apretó la mandíbula. Por la descripción sabía que era el tal Jairo—. Además, un familiar de María Tomasa nos dijo que la bruja trabajaba para

Ildemaro y ayer había tenido una fuerte discusión con él en su casa por un trabajo mal hecho. Creen que esa puede ser la causa de la muerte de la mujer. El pescador fallecido trabajaba con ella, así que todo cuadra.

—Ildemaro fue quien inició toda esta situación, pagó a esos hombres para que nos embrujaran y atacaran La Costa, pero ellos lo traicionaron —exclamó Javier lleno de cólera.

—Sí, pero aún no sabemos por qué —inquirió Deibi.

—La cosecha —reveló Gabriel desde la puerta de la casa. Caminaba con la ayuda de Gregory.

—¡Tú, maldito imbécil, tienes una cuenta pendiente conmigo! —espetó Javier y se lanzó hacia Gabriel con las manos convertidas en garras. El resto de los guerreros se interpuso para detenerlo.

—No tenemos tiempo para esto —le advirtió Jonathan.

—¡Se transformó delante de Isabel e intentó estrangularla! —declaró Javier. Todos le dedicaron a Gabriel una mirada de reproche.

—No quise..., yo...

—¡Te voy a matar!

Javier forcejeó para llegar a él, pero los guerreros se lo impedían.

—Solo... protegía...

—¿A Rebeca?! ¿Quién la secuestró: Isabel o los hombres que trajiste?!

—Yo no los... traje...

—¡Ya basta! —exigió Baudilio— Todos hemos sido manipulados, no podemos perder tiempo buscando a culpables. —Caminó en dirección a la casa, pasando junto a los guerreros sin importarle si estaban a punto de liberar a sus bestias—. Hablé con Ciro, el santero con mayor poder en el pueblo, él me ayudará a atrapar al espíritu, creo saber de qué se trata. Me reuniré con él en la selva. Ustedes hagan lo que tengan que hacer. ¡JUNTOS!

Aquella última palabra el líder la pronunció con intensidad y enfado,

sabiendo que esa era la única manera que tenían para salir bien librados de esa batalla. El conflicto los había dividido y el miedo los empujaba a actuar de manera independiente, pero si querían sobrevivir a ese ataque y resguardar el secreto de la bestia, debían trabajar en equipo.

Un enemigo más poderoso que ellos estaba suelto en sus tierras. No solo destruyó parte de la cosecha y acabó con las vidas de varias de las personas a su cargo, sino que además, les robó la confianza y a las mujeres que amaban.

—Cuando le demos fin a este conflicto, tú y yo vamos a resolver definitivamente nuestros problemas —le dijo Javier a Gabriel con amenaza y lo señaló con un dedo acusador. Luego se dirigió al exterior de la vivienda para iniciar la búsqueda.

—Javier. —Baudilio detuvo sus pasos—. Recuerda donde se escenificaron los últimos sueños de Isabel.

El guerrero lo observó por unos segundos y después de un profundo suspiro continuó su camino. El resto lo siguió en silencio. La ira comenzaba a dominarlos.

Jairo se detuvo frente a una edificación en ruinas y sacó a Isabel a empujones por el lado del conductor. Le apretó con rudeza el brazo para arrastrarla hasta el interior de un edificio agrietado y manchado por el paso del tiempo y el fuego.

Ella observó el lugar y se erizó al reconocerlo. Era el escenario de sus dos últimas pesadillas. La selva lo rodeaba, incluso, se había adueñado de buena parte de la construcción.

Se dejó llevar en silencio y sin oponer resistencia mientras detallaba el lugar. Cruzaron una especie de recepción hasta llegar al patio central. Altos árboles se erguían hacia el cielo y sus gruesas raíces levantaban las lajas de cemento que cubrían la tierra, por la que escapaban manojos de maleza. El

patio estaba rodeado por un pasillo que lo conectaba con infinidad de habitaciones, cuyas puertas, en su mayoría, estaban derribadas.

Igual de arruinado se hallaba el primer piso. En algunas zonas faltaba el techo y en otras, se apreciaban grandes boquetes en las paredes.

Caminaron hasta llegar al centro de la estancia donde un árbol de raíces anchas y tubulares se imponía. Detrás de él, se encontraba un grupo de hombres. Cargaban escopetas con lo que parecían ser dardos y afilaban cuchillos del tamaño de machetes.

Sus ojos se agrandaron al reconocer a uno de los sujetos, quien al verla se sobresaltó. Era Rodrigo, el vigilante del centro comercial donde ella trabajaba. La última conquista de su amiga Jesenia.

Su rostro reflejó súplica, pero el hombre la ignoró. Bajó la mirada y continuó impregnando dardos con un líquido amarillento para luego entregárselos a sus compañeros.

Al fondo del patio, una amplia escalera de cemento daba acceso a la primera planta. De ella bajaban tres hombres. Uno de ellos era Kenaí, el santero que había visitado unos días antes, quien mostró gran preocupación al verla.

—¿Qué haces con esa mujer?

—Es asunto mío —respondió Jairo con rudeza.

—No es bueno tenerla aquí, está marcada, tiene algo poderoso —expuso mientras se esforzaba por seguirlos en dirección al pasillo izquierdo.

Jairo no parecía prestarle atención. Llegó hasta la única habitación que tenía la puerta en buen estado y la apoyó contra la pared. Sacó una llave de su bolsillo para abrir el candado de la cadena que la mantenía bloqueada.

—Ocúpate de las tareas que te corresponden.

—Nos afectará a todos. Ella...

—¡Ya basta! —gritó Jairo, haciendo uso de una voz aterradora que no le

pertenecía.

Isabel y el brujo quedaron inertes al ver cómo el rostro de Jairo se transfiguraba frente a ellos. Los huesos de la frente, pómulos y quijada le brotaron, los ojos se le volvieron dos pozos oscuros y la boca se le ensanchó mostrando una afilada dentadura. El hombre tuvo que hacer una inspiración profunda para recuperar la cordura y regresar a la normalidad.

—Encárgate de tu parte del trato y no te metas en mis problemas —expresó con una forzada tranquilidad para luego continuar con su tarea.

Isabel le dirigió a Kenaí una mirada cargada de ruegos, pero este se hizo el desentendido y retrocedió en silencio. Se apartó rápidamente en dirección a Rodrigo, que observaba la escena con disimulo.

—Lleva el auto a la parte trasera del hotel —le ordenó en susurros—. Déjalo cerca de la salida, escondido entre la vegetación, y no quites la llave del contacto. Si algo sucede, nos marcharemos de aquí a toda prisa.

El hombre asintió con el rostro pálido.

El santero ocupó el puesto de su primo para que no notaran su falta. Le pagarían una alta suma de dinero por acabar a las bestias y aunque era consciente de que el trabajo sería peligroso, no había captado el calibre real del riesgo. Debía tomar las medidas necesarias para garantizar su sobrevivencia.

Isabel entró a trompicones en la habitación. Jairo la empujó adentro y enseguida cerró la puerta sellándola con el candado. Tuvo que esperar algunos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Al escuchar que los pasos de él se perdían en la lejanía, comenzó a estudiar el sitio. A medida que la vista se le aclaraba podía percibir que era el mismo cuarto de su último sueño.

Se abrazó a su cuerpo estremecido, sin saber qué hacer. Debía serenar a su organismo para pensar en una estrategia de escape. Era imperioso huir de allí.

Hilos de luz se escurrían por las rendijas que dejaban las maderas que bloqueaban una ventana. Quiso acercarse a ella para intentar abrir un boquete, pero al escuchar que algo se agitaba cerca pegó un salto.

Animales rastreros corrían de un lado a otro en busca de refugio.

Camino algunos pasos hasta que sintió gotas de agua fría que le caían sobre la cabeza, alzó el rostro y vio que el techo estaba a punto de desplomarse. La putrefacción de las losas que conformaban su estructura lo haría ceder de un momento a otro.

Un movimiento producido al fondo de la habitación la alarmó. El sonido se oía más pesado y pausado que los primeros. Algo grande estaba oculto entre las sombras.

Se quedó inmóvil, con la mirada fija en el rincón donde pensaba se hallaría el animal, pero una silueta humana, ovillada en el suelo, fue lo que comenzó a revelarse.

—¿Qué... Quién...? —quiso preguntar, pero los nervios se habían adueñado de su cuerpo.

—Hola. —Una voz débil y femenina la sobresaltó. Retrocedió un par de pasos—. No... —la mujer oculta se levantó. Isabel notó que alzaba los brazos en señal de rendición—. No me temas. Soy Rebeca Oropeza. Estoy secuestrada.

—¿Rebeca? —Isabel trató de hacer memoria. La única Rebeca de la que había escuchado hablar era la mujer de Gabriel— Oh, no.

Retrocedió aún más, aterrada, hasta que su espalda se apoyó en la pared junto a la puerta. Gabriel le había advertido que si se acercaba a ella la mataría.

—No me tengas miedo... no te haré daño —expuso la chica con la voz cortada. Se encontraba tan asustada como ella.

—¿Tú... tú... conoces a Gabriel Veldetta? —preguntó Isabel temiendo por

la respuesta.

—¡Gabriel! —expresó la mujer con alivio y se acercó a Isabel, pero al ver que ella se arrinconaba más a la pared se quedó inmóvil en medio de la habitación— ¿Sabes algo de Gabriel? ¿Sabes si está bien?

Los suaves rayos de luz que se escurrían por la ventana iluminaron su rostro. Isabel pudo observar a una mujer delgada, de piel trigueña y grandes ojos almendrados inundados de lágrimas, con el vientre un poco hinchado. Debía estar embarazada, eso le preocupó aún más.

—Está... herido. Iban a llevarlo con Baudilio para que lo sanara.

Rebeca suspiró y pareció relajarse. Su mirada melancólica se clavó en el suelo. Pero segundos después volvió a elevarla.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Isabel dudó. Si Gabriel sentía un odio desmedido por ella, por una razón que desconocía, no tenía idea lo que pudiera sentir esa chica.

—Soy... Isabel. La novia de Javier.

La mujer emitió un grito ahogado y retrocedió. Volvió a ocultarse en un rincón.

—Espera... —Ahora era Isabel quién intentaba calmarla—. No te haré daño. Yo... yo estaba con William en el dispensario y Jairo... —Se detuvo al no tener seguridad si Rebeca conocía o no al monstruo que la había encerrado en ese lugar—. Él me secuestró. No sé por qué, no sé qué hago aquí... no sé por qué Gabriel me odia o por qué los oráculos de esta selva me eligieron a mí para estar aquí.

Al decir aquellas palabras un nudo se le apretó en la garganta.

—Yo conocí a Javier y... me enamoré. —Se sorprendió ante su propia afirmación—. Sí, eso sucedió. No sé cómo, no sé cuándo... —Una risa nerviosa se hizo eco en su pecho mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, los nervios la tenían conmocionada—. Y ahora... ahora... —Se

llevó las manos a la boca al darse cuenta de la cruel realidad—. ¡Oh, Dios! Jairo está poseído por un espíritu que quiere a la bestia. ¡Por eso estoy aquí! Para que Javier venga. ¡Jairo lo va asesinar!

Rebeca volvió a acercarse a ella. Interesada por lo que decía.

—¿De qué espíritu hablas?

Isabel comenzó a caminar de un lado a otro. Su mente repasaba las pesadillas que había tenido.

—Todo se está cumpliendo. Mis sueños. Este lugar... —Se quedó pasmada y observó con los ojos muy abiertos la habitación—. ¿Dónde estamos?

Jairo la había llevado a través de carreteras de tierra donde la vegetación solo le permitía ver parte del cielo. Escuchaba a lo lejos el mar y podía oler el salitre en la brisa, pero no sabía en qué parte de La Costa se hallaba.

—Esto era antes un hotel de lujo, pero hace dieciséis años fue consumido por el fuego y desde ese día, el lugar fue abandonado —dijo la chica con un deje de tristeza en la voz que despertó la curiosidad de Isabel.

—¿Se incendió?

—Sí. La sociedad lo había elegido para celebrar la excelente cosecha que tuvieron en esa época, sin saber que eran vigilados por unos cazadores. Los sorprendieron en medio de la fiesta. Cuando presintieron el ataque era muy tarde. Muchos murieron asesinados.

Isabel recordó a los fantasmas de su segundo sueño, quienes miraban afligidos a la bestia que sufría junto a un charco de sangre y era acechada por el espíritu.

—Mi padre murió aquí y la madre de Javier también —reveló Rebeca—. Así como muchos otros.

El corazón de Isabel se arrugó. Se abrazó a su cuerpo sin saber qué decir.

De pronto, una nefasta idea se le clavó en la mente: la bestia que lloraba de pena era Gabriel. En cada uno de sus sueños la apariencia del animal era

siempre la misma. Él fue quien la atacó cuando ella había llegado a la casa de Javier y a quien el espíritu le robaba el alma y el corazón. El inmenso charco de sangre debía ser algo que él amaba, por eso lloraba. Quizá, un tesoro valioso: el sacrificio que la profecía anunciaba.

—Tenemos que salir de aquí —demandó Isabel al tiempo que caminaba por la habitación estudiando su estructura. Tenía que encontrar una forma de escapar. Si no sacaba a Rebeca de ese lugar se produciría una tragedia. Gabriel quedaría abatido por la pérdida y así sería vulnerable para el espíritu.

No sabía qué podía ocurrir después, pero no se quedaría sentada esperando que la vida se le escurriera entre las manos.

Capítulo 22. En equipo

Eligió un descampado en medio de la selva para realizar el trabajo. El mar resonaba con fuerza a pocos metros, junto a un acantilado que servía de puerto a las persistentes olas. La brisa barría las chispas de agua que estas creaban y las dirigían en dirección a la montaña.

El escenario le otorgaba todo lo necesario para llevar a cabo la ofrenda: agua, tierra y aire. Del fuego se encargaría él.

Ayudado por William y el negro Ciro, un santero reconocido en La Costa, Baudilio cavó un hoyo en la tierra y colocó ramas secas para encender una fogata.

—¿Estás seguro de que el conjuro servirá? —indagó Ciro. Se informaron muy poco sobre el espíritu que la bruja María Tomasa había despertado por accidente y nunca pudo regresar a su dimensión.

—Algo tenemos que hacer. Al menos, espero verle la cara.

El negro dirigió la mirada al cielo y apretó el ceño al ver las densas nubes de lluvia que se acercaban con rapidez. El viento se agitaba y zarandeaba hasta los árboles más pesados.

Baudilio realizó un círculo de sal frente a la fogata mientras William se encaraba de encender el fuego. Ciro sacó de la mochila que había llevado una botella de vidrio forrada, que contenía un aguardiente fermentado elaborado por él con diversas especias.

Cuando el fuego comenzó a arder, Baudilio se colocó una corona de plumas de colores y se ató adornos de tela y plumas en los brazos y muslos. William lo ayudó a dibujarse en el cuerpo diversos símbolos indígenas.

De cara al norte, el líder inició una danza sin salir del círculo de sal, con cánticos entonados en una lengua poco utilizada por los miembros de la sociedad, que pretendía clamar a los dioses de la selva su intervención para

devolver a su sitio al espíritu que rondaba La Costa. Ciro le pasó un velón blanco encendido que sostuvo en su mano izquierda y bebía cada cierto tiempo el aguardiente que el negro había llevado. Con cada trago el hombre se estremecía, su función era embriagarlo y ponerlo en sintonía directa con los dioses.

Minutos después, una brisa descontrolada salió de la vegetación y se acercó a la fogata. Ciro y William retrocedieron y se ubicaron cerca de unos árboles, dejaron a Baudilio solo en medio del claro con el extraño fenómeno. La corriente de aire retorció y alargaba las llamas formando figuras casi humanas.

Baudilio comenzó a gritar oraciones con desafío y lanzaba al fuego puñados de hierbas molidas que tenía en un saquito atado a la cintura.

Las lengüetas de fuego se unieron para formar la silueta de un jaguar parado sobre sus patas traseras. El líder quedó inmóvil frente a la imagen que poco a poco se iba revelando y de la que tanto le habían hablado los pobladores e Isabel.

El cuerpo era descomunal, alto y musculoso, y la piel tenía una tonalidad terrosa. El rostro, sin embargo, era huesudo y deformado, de ojos hundidos, con los iris enrojecidos y la mandíbula desencajada. Por primera vez estaba cara a cara con la versión maquiavélica que había sido desterrada de la bestia.

Cuando la imagen apareció por completo emitió un fuerte rugido y provocó una explosión en la fogata como si esta estuviera llena de dinamita. La onda expansiva lanzó al líder a varios metros de distancia y lo estrelló sobre unas piedras.

En medio de un chillido atronador las llamas fueron tragadas por las maderas que formaban la hoguera, hasta que se extinguieron.

Tuvieron que pasar un par de minutos antes de que los presentes recuperaran la cordura.

—¿Lo acabamos? —preguntó William. Aún no se creía lo que había visto.

—No creo. Esto es más poderoso de lo que pensábamos —aseguró Baudilio. Se levantó con dificultad de las piedras y comprimió el rostro en una mueca de dolor.

—Maldita María Tomasa —repudió Ciro.

Los tres compartieron una mirada angustiada. Nunca lograrían saber con exactitud lo que había hecho la mujer para atraer semejante peligro.

—Es un demonio come almas, así se fortalece. Si logra recobrar su humanidad podrá mezclarse entre nosotros y ser capaz de cualquier cosa —aseguró Baudilio al relacionar la imagen con lo que Isabel había visto en sus sueños.

—¿Cómo te protegiste? —preguntó Ciro con desconfianza—. Nosotros nos ocultamos tras los árboles, pero a ti el fuego te alcanzó, ¿por qué no te quitó el alma?

Baudilio sacudió el grupo de collares con cuentas de colores y piedras semipreciosas que tenía colgados del cuello. Separó uno del grupo y se lo mostró al brujo.

—Cuarzo transparente —expuso con una sonrisa—. Esto me protegió —aseguró y observó maravillado la piedra que colgaba de su cuello, confeccionada en el mismo material que el dije con forma de estrella del collar de Isabel.

—¿Cómo lo sabías? —inquirió el santero.

—Un sueño me lo predijo —alegó sin darle más detalles. Aquella historia era muy larga y tenían un trabajo urgente que realizar.

Por un milagro se salvaron de un ataque del demonio, pero debían hallar las formas de detenerlo. Ahora comprendían la razón por la que el espíritu perseguía a la bestia. Consumir el alma de una de ellas le valdría mil almas humanas. La fuerza que ganaría sería incalculable y al obtenerla, podría liberar del infierno todo tipo de desgracias.

No debían permitir que cumpliera su cometido.

Las bestias se inquietaron al escuchar un poderoso rugido, pero no pudieron buscar al agresor. La tierra bajo sus pies comenzó a moverse. Algo saldría de las profundidades, así que decidieron agazaparse entre la vegetación para emboscar a lo que estaba por aparecer.

La espera se hacía larga y una de las cualidades de Gregory y de su joven bestia, era actuar con espontaneidad. Harto de mantenerse agachado entre matorrales saltó al centro de un camino agitando lo que se ocultaba bajo la tierra.

Como salidas del mismísimo infierno, serpientes de más de tres metros de largo y tan negras como el carbón se escurrieron a su alrededor dejando una estela de humo a su paso.

El resto de los guerreros al ver la amenaza que rondaba a su compañero, se lanzaron sobre ellas en medio de rugidos de guerra. Algunas escaparon arrastrándose entre arbustos, otras, de un salto volaron para confundirse entre los ramajes de los árboles haciendo más difícil la cacería.

Albert fue capaz de atrapar a una de las escurridizas serpientes, pero otra salió en su ayuda y lo apresó por el tobillo arrastrándolo hacia un acantilado. Deibi corrió como un bólido y antes de que su amigo fuera lanzado al vacío, clavó sus filosas garras en la agresora y comenzó a debatirse con ella mientras su hermano luchaba con la otra.

Gregory fue envuelto entre las colas de dos serpientes, que al inmovilizarlo, abrieron sus bocas llenas de colmillos venenosos y afincaron sus ojos rojos en su cuello, pero Jonathan llegó a tiempo, y atrapó las dos cabezas para darle tiempo a su hermano de liberarse y ayudarlo a eliminarlas.

Javier corría a gran velocidad por la selva detrás de una de ellas. Sin embargo, la maldita lo evadía con facilidad entre la maleza y los árboles

caídos. Cuando pudo alcanzarla le clavó las garras de una mano en la cola, pero el animal se giró con una rapidez pasmosa y lo golpeó proyectándolo a un costado. Quedó aturdido por la caída. Antes de que tuviera la oportunidad de levantarse vio cómo la serpiente volaba hacia él con los colmillos preparados para devorarlo.

No obstante, cuando el animal estuvo a centímetros de alcanzarlo, una fiera apareció y le atrapó la cola en el aire. Gabriel puso los pies con firmeza en el suelo y dio un giro para ganar fuerza y lanzar a la serpiente contra el árbol más grueso. La cabeza le estalló por el impacto y salpicó sangre negra encima del guerrero.

Estuvo a punto de rugir para celebrar su triunfo cuando una segunda serpiente lo envolvió y le inmovilizó los brazos. La presión que hacía en su cuerpo le cortaba la respiración y amenazaba con hacerle añicos los huesos. La bestia luchaba y gemía de dolor, viendo a la serpiente abrir su gran boca frente a su cara.

Javier le atrapó la cabeza y le torció el pescuezo. Aun así, la víbora seguía apretando el cuerpo de Gabriel, por tanto, tuvo que descuartizarla por completo para liberar a su hermano.

Después de la sangrienta carnicería ambos guerreros se levantaron con dificultad. Las bestias compartieron una mirada enfurecida y en medio de gruñidos se unieron al resto de sus compañeros que terminaban de aniquilar a los demonios que habían escapado del infierno.

Solo necesitaron escasos segundos para asegurarse de que no quedaban enemigos. Enseguida se pusieron en marcha, no podían perder más tiempo.

El espíritu que invadía sus tierras comenzaba a sentirse acechado y llamaba a sus refuerzos. Si no lo detenían pronto, La Costa estaría inundada de demonios ansiosos por acabar con la región y luego, con el resto de los poblados.

Aquel peligro comenzaba a tener consecuencias apocalípticas. A toda prisa corrieron al lugar donde sabían que el invasor los esperaba: El viejo hotel.

Rebeca se frotaba el vientre con nerviosismo mientras observaba a Isabel que estaba encaramada sobre una escalera improvisada, creada con los restos que había en la habitación, y con la ayuda de escombros golpeaba las lajas podridas del techo para formar un boquete y así pasar al primer piso. Sin embargo, ambas quedaron paralizadas al sentir que la tierra vibraba.

—¡Son las bestias! —expresó Rebeca alarmada. Isabel trabajaba con sutileza para no hacer mucho ruido y llamar la atención de Jairo, pero al ver la desesperación reflejada en el rostro de la mujer comenzó a golpear con energía el techo.

En segundos, y en parte gracias al movimiento que producían las bestias al acercarse, las láminas cedieron. Isabel tuvo que lanzarse al suelo para evitar que los restos de la construcción le cayeran encima. Al ver que había quedado un hoyo lo suficientemente grande para que ambas pasaran, se alegró. Trepó por la montaña de desechos y se asomó a la primera planta.

Arriba, el escenario parecía más devastador, la naturaleza se había apoderado de casi toda la edificación y daba la impresión de que se derrumbaría de un momento a otro. Apoyada en sus brazos subió y se sentó en el borde, para luego hacerle señas a Rebeca buscando que la siguiera. La chica dudó unos segundos, pero la evidente cercanía de las bestias la animó a arriesgarse. El hotel vibraba con los pasos briosos de las fieras, pronto las bases cederían. No debían quedarse allí.

A medida que salían oían los gritos de los hombres que acompañaban a Jairo. Vociferaban órdenes y amenazas por igual.

Cuando ambas estuvieron arriba corrieron en dirección al fondo de la primera planta, donde estaba ubicada la escalera que conectaba ese piso con

el patio central y se hallaba junto a una puerta trasera que daba acceso a la selva. Esa era la mejor opción que tenían para escapar.

Sin embargo, el suelo era inestable. Inmensos pozos de agua debilitaban la estructura. Debían ser rápidas, pero también, precavidas.

Se tomaron de las manos y avanzaron por el entramado de vigas que aún se mantenían erguidas. Al pasar por un boquete en la pared Isabel pudo apreciar a Jairo ubicado en el centro del patio, junto al gran árbol, con los ojos cerrados y las manos alzadas al cielo. Los hombres que lo acompañaban corrían de un lado a otro sin saber a qué apuntarle con sus armas.

Las mujeres quedaron inmóviles al ver cómo un humo negro salía del suelo acompañado por enormes serpientes de piel negra y se expandía alrededor de Jairo. El hombre dirigió una mirada iracunda hacia ellas, antes de comenzar a estremecerse con lo que parecían ser dolorosos espasmos.

Un olor pestilente y el sonido de cientos de grillos inundó el lugar, en el preciso instante en que seis bestias furiosas saltaban por encima de los restos del hotel y caían sobre de los hombres que disparaban sus armas, y de las serpientes.

—¡Tenemos que seguir! —gritó Rebeca, pero Isabel no reaccionaba. La imagen de aquella lucha enardecida y los gritos de Jairo mientras se convertía en algo diabólico, le robaron cualquier rastro de inteligencia.

Se soltó de Rebeca y se acercó al borde de la pared con la boca y los ojos abiertos en su máxima expresión. Se inclinó para mirar a las bestias de sus sueños. Los animales combatían con ferocidad contra las extrañas serpientes, al tiempo que evitaban ser alcanzados por los dardos envenenados y les arrancaban las escopetas a los hombres para partirlas en dos como si fueran delgadas ramas.

Dejó de respirar cuando una de las bestias se giró hacia ella y la observó con detenimiento. La piel se le erizó por completo mientras era absorbida por

aquella mirada impregnada de furia.

Por unos segundos el animal pareció relajar las facciones del rostro al reconocerla. Ella también lo reconoció, allí estaba el hombre que le había cambiado la vida por completo y se había adueñado de su corazón.

Sin embargo, la cercanía de una serpiente que pretendía morderle el pie obligó a la bestia a regresar su atención a la batalla.

—¡Vamos! —Rebeca la empujó y la hizo reaccionar para continuar la huida. El hotel comenzaba a desplomarse.

Baudilio se hallaba en medio de un trance que lo hacía desligarse de la realidad. A su alrededor, una decena de santeros, comandados por el negro Ciro, y el resto de los líderes de la sociedad, iniciaban oraciones y cánticos a diversos dioses y santos solicitando su ayuda. Ellos también tuvieron que equiparse con refuerzos.

Un inmenso espejo redondo yacía en el suelo, frente a ellos, rodeado de un delgado círculo de sal. William había acomodado algunas piedras alrededor de él, así como velones encendidos.

La selva se agitaba con la brisa. El humo de los tabacos, los inciensos y las hierbas que eran incineradas para crear la atmósfera necesaria, se mezclaban con un olor pestilente.

Ninguno detenía sus oraciones. Se esforzaban por atraer al enemigo y atraparlo en la dimensión de la que nunca debió salir.

El cuerpo de Jairo se transformaba de manera violenta a medida que el demonio se apoderaba de él. El hombre gritaba al sentir cómo los huesos y los músculos se le desgarraban y por las venas le recorría un líquido ardiente.

Miró con los ojos brotados e inyectados de sangre a la fiera que se acercaba furiosa hacia él. La bestia de Javier intentaba encontrar una forma de traspasar

la cortina de humo que la separaba de su enemigo.

—Ayúdame... —le rogó Jairo. Pedía que le evitaran más sufrimiento.

La bestia arrugó el ceño, no pensaba ayudarlo, sino acabar con él. Tras ella, la lucha continuaba, aunque sus compañeras eran quienes comenzaban a tener el control de la situación.

El pecho de Jairo se despedazó. De él brotaron dos garras huesudas de largas pezuñas que se abrían paso rompiendo el cuerpo para salir.

La bestia rugió con fuerza al ver a un demonio esquelético de piel terrosa, muy similar a ella, que mostraba su horrible cara huesuda. Se lanzó sin pensarlo al interior del espacio tubular creado por la humareda y terminó de descuartizar el cuerpo de Jairo buscando a la cosa que había emergido de él.

Nada halló. El humo se extinguió y las serpientes desaparecieron como por arte de magia.

Las seis bestias quedaron confundidas en medio del patio y entre los restos de los animales que habían destruido, así como de los cuerpos sin vida de los hombres que se atrevieron a atacarlas mientras ellas luchaban contra los demonios. Todas rugieron con furia en el preciso instante en que Isabel y Rebeca bajaban las escaleras. Pensaron que el conflicto había acabado, pero de pronto, la tierra comenzó a temblar con violencia. Las bestias se agitaron al presentir que algo saldría de ella.

Los hombres que decidieron no atacar y se ocultaron en las habitaciones salieron aterrados. Gritaban y corrían en todas direcciones aumentando el nerviosismo de las fieras.

Cientos de serpientes comenzaron a salir en busca de víctimas para ser devoradas, las bestias reiniciaron su lucha con ellas, pero resultaban ser más de las que podían manejar y algunas escapaban con los cuerpos de los hombres en sus bocas.

En esa oportunidad fue Isabel quien tomó la mano de la impactada Rebeca y

la arrastró hacia la puerta trasera. Salieron a la vegetación y vieron un auto estacionado a pocos metros. Corrieron hacia él para escapar de aquella zona de guerra, pero la repentina aparición de un sujeto, que también se dirigía al vehículo, los detuvo.

Kenaí los miró atónito. Tenía el cuerpo ensangrentado por la marca de una garra que le traspasaba el pecho. Alzó un brazo tembloroso hacia ellas y apuntó con su arma.

—Maldita, tú trajiste a esos demonios —reclamó con voz ronca. Pero para sorpresa de Isabel, el sujeto no mantenía el arma en su dirección, sino hacia Rebeca.

Baudilio, los líderes y los santeros aumentaron sus clamores al ver cómo los árboles a su alrededor se rasgaban por la mitad y de él salían engendros delgados de colmillos filosos, y de largos brazos terminados en garras.

Los seres infernales salían de su escondrijo como si fueran cervatillos recién nacidos, sus débiles piernas se arqueaban y los obligaban a gatear con lentitud para llegar a ellos. Los demonios buscaban almas para fortalecerse.

A pesar del peligro, ninguno se movió de su sitio. Unieron sus oraciones y cantaron a coro salmos de auxilio. Aquello, hizo la diferencia.

Rebeca abrazó su vientre y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras el hombre comenzaba a jalar del gatillo.

Isabel sintió un fuerte hedor y escuchó el sonido de cientos de grillos que salían de la selva. Recordó la pesadilla: el charco de sangre, el dolor de la bestia y la manera en que el espíritu se fortalecía al tomar su alma y corazón.

Apretó los puños y se movió con rapidez hacia Rebeca, justo en el momento en que el santero disparaba su arma.

Un demonio infernal salió de la vegetación gritando su ira. Isabel observó

cómo el espíritu con forma de jaguar se engrandecía tras Kenái y con los brazos abiertos se lanzaba sobre ella. Sus ojos enrojecidos la traspasaron con odio y de su boca brotaron dientes afilados que sabía, le perforarían el cuerpo hasta alcanzarle el alma.

Un intenso dolor en el pecho le confirmó que la bala la había penetrado y el demonio le arrancaba la vida. Cerró los ojos con fuerza al tiempo que el despavorido grito de Rebeca se unía al fiero rugido de una bestia.

Su cuerpo perdió en segundos la fuerza y se dejó caer hacia atrás, sintiendo como era tragada por un abismo. Sin embargo, unos tibios brazos detuvieron su caída y la arrojaron con ternura transmitiéndole una agradable sensación de bienestar.

Al sentirse segura se dejó dominar por el sueño. Se sentía exhausta.

Capítulo 23. Regresa a mí

El cielo estaba despejado, lleno de estrellas y coronado por una enorme luna. Para muchos era una noche perfecta, para Javier, no.

La luz que le daba calor a su existencia no estaba a su lado. Su brillo se había apagado y a cada segundo se volvía más débil.

A su alrededor la vida continuaba. Faltaban pocos minutos para la media noche y la entrada de una de las clínicas ubicadas al norte de Maracay tenía más agitación que cualquier otro centro nocturno de la región. Sirenas de ambulancias y patrullas de policías alumbraban con sus colores los rostros abatidos y cansados de los familiares que esperaban fuera de la instalación mientras sus seres queridos eran atendidos.

Sentado en un banco de cemento, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza baja, trataba de esfumar el amargo *dejavú* que le recorría la piel. Dieciséis años atrás se encontraba en ese mismo lugar, aferrado al brazo de su padre. Esperaban que les entregaran el cuerpo sin vida de su madre para darle sepultura. No quería volver a pasar por esa situación, no ahora, su alma no lo soportaría.

En las manos tenía el colgante con el dije en forma de estrella. Lo miraba absorto y frotaba con ternura la figura de cuarzo transparente.

Cuando ella cayó en sus brazos después de recibir el disparo, el colgante se desprendió. Igual como ocurrió en el sueño. La diferencia era que en esa oportunidad, la estrella ardía.

Aquel objeto le transmitía esperanzas. Sabía que ella pronto regresaría a su lado. Era una garantía, un pacto de unión.

Alguien se sentó a su lado y lo sacó de sus divagaciones. Respiró hondo antes de apoyar la espalda en el banco y dirigir la mirada hacia las puertas de la clínica.

—La sacaron del quirófano y la tendrán en observación hasta su recuperación.

—Quiero verla.

Aarón ladeó el cuello para relajar los músculos y vio la hora en su reloj de muñeca. Aquel día parecía no terminar jamás.

—¿No crees que ya ha tenido suficiente?

Javier lo observó con severidad.

—Ódiame todo lo que quieras, pero no me alejes de ella. No ahora.

Sabía que Aarón terminaría culpándolo por lo sucedido, ambos estaban agotados y enfurecidos, necesitaban canalizar su rabia.

—Intercederé para que te dejen entrar —le respondió con abnegación, logrando que Javier disminuyera la postura altiva. Por ahora, eso era suficiente para el guerrero. La sociedad tenía contactos en esa institución, le sería fácil obtener el permiso para entrar, pero no quería pasar por encima de Aarón. De alguna manera se ganaría de nuevo su confianza—. Pero cuando Isabel salga de aquí tendremos una larga conversación. No quiero que se envuelva en más conflictos.

—Yo tampoco lo quiero. Y estoy de acuerdo en que conversemos, tengo algunos puntos que dejar en claro.

—¿A qué te refieres? —Aarón apartó la vista de los alrededores para clavarla en los ojos oscuros y llenos de determinación de Javier. Su hermana era una mujer independiente, pero él nunca dejaría de velar por su seguridad.

—A que la quiero conmigo, a mi lado, y no voy a permitir que nada ni nadie nos vuelva a separar —sentenció.

Aarón lo observó en silencio. No tenía nada en contra de Javier, pero la relación que existía entre él y los Veldetta lo desquiciaba. Ildemaro había muerto de forma trágica, sin embargo, quedaba su hijo, con quién Isabel y él tendrían que continuar la pelea por la herencia.

—Ya habrá tiempo para tratar esos asuntos —le dijo mientras ponía su atención en la entrada del centro de salud.

Ambos quedaron en silencio, esperando a que alguna noticia les llegara.

En La Costa, los guerreros y los líderes poco a poco recobraban el control de las tierras. El viejo hotel terminó de volverse cenizas a causa de un incendio voraz que, según las autoridades, había sido producido por una guerra entre bandas delictivas. Una excusa iniciada por los líderes de la sociedad que parecía viable para la policía. Las armas y los prontuarios de los hombres hallados muertos dentro de la instalación le daban fuerza a esa teoría.

El mal parecía haberse marchado de la región. El hechizo que Baudilio, los líderes y los santeros de La Costa prepararon, logró atrapar a los demonios que escaparon del infierno. Los perversos seres estaban débiles y ellos supieron aprovecharse de esa situación.

Las serpientes se esfumaron, se volvieron humo en el aire después de que el espíritu no lograra su cometido y fuera tragado por la tierra.

Los desaparecidos por la explosión comenzaron a ser encontrados por los guerreros. El incendio y el caos los obligó a escapar hacia la montaña y allí se extraviaron. Y para todos los que habían perdido la vida en ese fatídico hecho, la sociedad les preparaba un funeral especial, en el que incluyeron a Ildemaro y a la bruja María Tomasa, y a los hombres que perecieron en el viejo hotel. A pesar de su maldad, merecían un adiós.

De Kenaí no supieron nada. El hombre huyó hacia la selva y por más que las bestias intentaron rastrear su aroma, no daban con su rastro.

Gabriel, por su parte, se sentía agradecido por tener a su mujer y a su hijo sanos y seguros, pero a la vez, el arrepentimiento le hacía mella la paciencia. De alguna manera tendría que reparar el daño que había creado con su tozudez y egoísmo.

Javier no pensaba en él, ni en sus tierras, ni en lo vivido. No abandonó las puertas de la clínica desde que había llevado a Isabel y aunque la compañía no le faltaba, se sentía solo y vacío.

Horas después, cuando la mañana ya se había instalado, tanto él como Aarón lograron estar unos minutos con ella. La bala no había logrado afectarle ningún órgano vital, se incrustó cerca de la clavícula izquierda y solo le lastimó el hueso, pero durante el traslado había perdido una cantidad considerable de sangre que ameritó una transfusión.

Cuando al fin le tocó su turno, Javier no dudó en internarse entre los enormes y transitados pasillos hasta llegar al área de recuperación. Se colocó los implementos requeridos y se sumergió en una habitación dividida en cubículos gracias a delgadas paredes cubiertas de baldosas blancas. Caminó hasta el último cuarto donde sabía que se encontraba ella. Al llegar, no pudo apartar la mirada del cuerpo pálido que descansaba inerte en la cama, arropado por una sábana, con el hombro y el brazo izquierdo inmovilizado por vendas y un catéter incrustado en el brazo derecho conectado a una botella de suero que colgaba de un soporte de aluminio.

Se paró a su lado, maravillado por la belleza de su imagen. La circunstancia no le restaba hermosura, al menos, no para sus ojos.

Con delicadeza le rozó la piel de la mejilla mientras se llenaba los pulmones de aire para darle espacio a su corazón comprimido y a su bestia afligida. Apartó un bucle castaño que había escapado del gorro que le cubría la cabellera y reposaba cerca del ojo, enredó su dedo en el espiral para sentir su fineza.

Los ojos se le ampliaron al notar que el pecho de Isabel se elevaba para profundizar la respiración. Con un ligero temblor los párpados se le fueron abriendo.

El rostro de Javier se debatía entre la alegría, el miedo y la expectación. Su

estrella regresaba a la vida.

Vio cómo danzaba la mirada por el techo de la habitación mientras la luz de la lámpara de halógeno ubicada sobre ella, le hacía brillar el rostro con un aura blanquecina. Le acarició la cabeza para que notara que estaba a su lado y sonrió al tener sus esplendorosos ojos sobre él.

—Mi amor —susurró.

Una mueca parecida a una dulce sonrisa se dibujó en el rostro de su chica. Aún estaba afectada por los sedantes, sin embargo, hacía un gran esfuerzo por mostrar la dicha que la embargaba.

—Te amo, preciosa. Me haces mucha falta. —Los ojos se le humedecieron al decir aquellas palabras y el pecho se le hinchó de satisfacción. Le seguía acariciando los cabellos con una mano y con la otra, repasaba la piel de su rostro y labios—. Descansa mi vida, te necesito fuerte y sana. Te quiero a mi lado, para siempre.

Ella intentó articular palabras, pero Javier la calló pasando con delicadeza un dedo sobre sus labios.

—No digas nada, todo está bien. Solo recupérate, estoy ansioso por construir una vida a tu lado.

Isabel sonrió de nuevo y cerró los ojos.

Para Javier ese momento se había convertido en una segunda oportunidad. El destino le devolvía el amor que una vez le había entregado y luego, le arrancó con violencia.

Ahora esa vida estaba enlazada a su alma y lo estaría por siempre.

Con ternura le besó la frente y los labios, sintiendo a su alma fortalecerse. Su estrella recuperaba el brillo perdido y él estaba dispuesto a mantener su fulgor durante toda su existencia.

Con desazón se apartó para informar a las enfermeras de su estado. Dos mujeres entraron en el cubículo para evaluar a la paciente. Tuvo que retirarse

tras la orden de una de ellas, no sin antes contemplar una vez más a su amada y jurarle amor eterno con la mirada.

Semanas después...

Los cuatro guerreros sonreían con satisfacción mientras hundían los dedos de los pies en la suave arena. El color mostaza del suelo que pisaban se aclaraba a medida que llegaba a la orilla del mar, donde se mezclaba con la blanca espuma que producían las olas al romper. Desde allí el agua reflejaba el azul de un cielo despejado que se intensificaba a medida que se hacía más profundo y se perdía en el horizonte. El único objeto que rompía la uniformidad celeste del firmamento era el sol, que calentaba el aire salino con sus rayos.

—¿No es el lugar más hermoso de la tierra? —preguntó Jonathan, embobado por la imagen de aquella playa caribeña.

Se encontraba junto a sus hermanos frente al imponente mar, vestidos únicamente con unos bermudas estampados hasta las rodillas, dejando al descubierto sus torsos musculosos.

Los turistas los observaban con curiosidad, aunque aquello no parecía molestarlos, estaban acostumbrados a llamar la atención de esa manera. El interés de todos ellos estaba puesto en el agua que tenían ante sus ojos.

—Estoy de acuerdo contigo —expuso Gregory. En su rostro juvenil se mostraba la ansiedad por zambullirse en el mar y sentir su frescura.

—No sé ustedes, pero yo voy a durar horas sumergido, hasta que la piel se me arrugue y me duela —declaró Deibi y se inclinó para llenarse las manos de arena y prepararse para un lanzamiento de cabeza en las olas.

Con una sonrisa traviesa empujó a Gregory para que este cayera sobre Albert, y este último sobre Jonathan, antes de correr en dirección al mar. Gregory lo siguió jurándole, en medio de risas, que se vengaría por la afrenta.

Ambos corrían en el agua y saltaban para evitar que las pequeñas olas los detuvieran. Cuando Gregory lo alcanzó, se lanzó sobre él y rodaron juntos hundiéndose en el mar.

—Algunos no van a crecer nunca —se quejó Jonathan mientras los observaba con el ceño apretado. Parecían chiquillos que se perseguían nadando de un lado a otro, buscando sumergir a su compañero a la fuerza. Albert rio con sonoridad y le palmeó el hombro.

—A uno le falta lo que el otro tiene de sobra. Eso nos hace un equipo perfecto. ¿No lo crees, hermano? —expresó y se dirigió con rapidez al mar seguido por Jonathan que sonreía con resignación.

Tras ellos, las palmeras se mecían ligeramente con la brisa. Su sombra abrigaba a los turistas, y al fondo, inmensas montañas se elevaban como una fortaleza impenetrable, donde el mal nunca podría fundar sus raíces.

Al menos, mientras las bestias de la montaña aún existieran.

Después de una intensa jornada de trabajo en la cosecha, Javier se disponía a regresar a Maracay. Llegó a su casa y se duchó, pero al terminar de vestirse recibió una visita que lo incomodó. Se irguió frente al espejo mientras cerraba el cinto de su pantalón, podía sentir su presencia.

Con una mueca de fastidio bajó a la sala. No tenía ganas de conversar, mucho menos, con Gabriel, pero sabía que de un momento a otro tendría que cruzar algunas palabras con él. Ambos habían evitado por demasiado tiempo ese asunto.

Lo encontró en la mesa del comedor, sentado con disgusto. Sus miradas se interceptaron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Javier con sequedad.

—Vengo a disculparme —expuso Gabriel y se levantó para pararse frente a él.

William prefirió encerrarse en su habitación y concederles privacidad. No era la primera vez que se encontraban después de aquellos hechos, el tiempo en que Isabel estuvo hospitalizada Rebeca insistió en visitarla en varias oportunidades y Gabriel tuvo que ceder a sus peticiones. Le debía mucho a esa mujer. Sin embargo, los encuentros entre ellos se reducían a un escueto saludo y una silenciosa presencia mientras las mujeres conversaban. Ya no había guerra entre ellos, pero las heridas tardaban en sanar.

—No son necesarias las disculpas.

—Sabes que sí. Actué de manera egoísta y sé que por mi actitud Isabel terminó mal herida.

Javier apretó la mandíbula. Quería reclamarle muchas cosas, pero sabía que no era necesario. Su hermano ya pagaba por sus errores. Con eso debía bastarle.

—Isabel está bien y es lo que importa, así como Rebeca, la cosecha y toda la sociedad. Lo mejor es dejar que la vida siga su rumbo.

Después de decir aquello se acercó a la alacena en busca de las llaves del auto, quería distraerse con algo para no seguir encarando a Gabriel.

—Rebeca quiere seguir visitando a Isabel.

—Puede hacerlo las veces que quiera, a Isabel le agradan sus visitas —expresó y alzó los hombros con indiferencia.

Gabriel observó por varios segundos sus pies antes de elevar la mirada hacia Javier, que al hallar las llaves se había girado hacia él.

Con paso inseguro se acercó y estiró una de sus manos.

—¿Hacemos las paces... hermano?

Javier observó su gesto con desconfianza, pero sabía que debía dejar de lado sus rencores y colaborar para que la unión en el grupo se diera de una vez por todas. Con la mirada en Gabriel estrechó su mano. El apretón fue firme y extraño para ambos, pero reconfortante. Incluso, pudieron captar cómo las

bestias se complacían en su interior.

Al separarse, buscaron algo con qué entretenerse y evitar alargar aquel momento incómodo.

—Me voy —anunció Gabriel—. Por favor, comunícale a Aarón que durante la semana uno de los abogados de la sociedad se reunirá con él para iniciar los trámites de la entrega de la empresa y de la casa que les pertenece.

Javier asintió y observó en silencio cómo su hermano se retiraba. El alivio le recorrió el cuerpo. Al menos, habían dado el primer paso, el resto, se lo dejarían al tiempo.

Al quedar solo se sentó en la mesa un rato, se sentía abrumado. Tantas muertes y situaciones confusas estuvieron a punto de dominarlo, pero había encontrado en Isabel paz y fortaleza. Junto a ella podía enfrentar cualquier problema.

Para él, su prioridad era su chica. Isabel se había recuperado satisfactoriamente de la herida y colaboraba en su recuperación. Aún no comprendía como un sencillo collar la había protegido del ataque del demonio. Baudilio les había explicado que el prodigio se debía al material con el que estaba fabricado el dije. El cuarzo transparente era utilizado como amuleto para resguardar el alma de su portador, pero la piedra, además de protegerla, ayudó a que la profecía se cumpliera. Fue un elemento utilizado por los dioses para que se llevaran a cabo los designios del destino.

El sacrificio de Gabriel no consistía en entregar su tesoro para una inmolación, se lo daba a la estrella para que cuidara de él. Ella supo cómo resguardarlo, afrontando el peligro para que él no muriera. Con su sacrificio, no solo evitó los malos augurios de sus sueños, sino además, cumplió con su propia misión.

Cansado de perder tiempo, se levantó de la silla y se dirigió a la habitación de su padre para despedirse. El pasado era mejor dejarlo atrás, aprender de él

y utilizarlo de soporte para impulsarse hacia el futuro. Un futuro desconocido, ya que nadie podía intuir de qué trataba el cambio que vaticinaba la profecía, pero al menos, seguía vivo y junto a su amada, y sus tierras y los suyos estaban seguros.

Lo demás, llegaría cuando le correspondiera el momento. Por ahora, se encargaría de fortalecer la existencia que aún le tocaba vivir.

Javier llegó a la casa de Isabel cuando la noche comenzaba a apoderarse del cielo. No tenía que tocar la puerta, le habían suministrado una llave como un miembro más de la familia. Tenía incluso la posibilidad de quedarse en casa. Al principio, Aarón y sus celos de hermano mayor justificaron esa acción como parte de la recuperación de Isabel, pero luego, ya no le daba importancia al asunto.

Isabel, aunque todavía debía soportar un incómodo cabestrillo en el brazo izquierdo, aseguraba sentirse con la fuerza suficiente como para levantarse de la cama. Sin embargo, cada vez que él llegaba y la veía de pie haciendo alguna labor, la reprendía con una mirada llena de reproches.

—Otra vez haciendo lo que no debes hacer —le reclamó descubriéndola organizando su ropa en el armario.

Isabel se giró hacia él con una inmensa sonrisa y se lanzó a sus brazos.

—¿Cómo estás, preciosa? —fue lo único que pudo preguntar antes de que ella lo consumiera con sus besos. La abrazó con cuidado, temiendo lastimarla, sin dejar de saborear su dulce boca.

—Excelente —le aseguró—. Me hiciste mucha falta.

—Y tú a mí. No imaginas cuánto.

—Erika está embarazada —soltó Isabel. Javier sonrió sin dejar de lisonjearla.

—Vas a ser la mejor tía del mundo.

—Adulador —le dijo entre risas—. Aarón está feliz, pero también muy

nervioso. No la deja hacer nada y apenas tiene un mes de embarazo. Erika ya está desesperada.

—Va a ser interesante ver al rudo de tu hermano vuelto gelatina con ese embarazo, sobre todo, cuando llegue el niño. —Ambos rieron con complicidad, pero enseguida Javier la alzó para llevarla en brazos a la cama.

—¡Puedo caminar! —demandó Isabel con falsa indignación.

—No me importa. Mientras menos te esfuerces, más rápido podrás recuperarte.

—Ya estoy bien —le insistió. Sin embargo, Javier la dejó con sutileza en la cama, le acomodó las piernas para quitarle los zapatos y la arropó con una cobija—. Me cuidas demasiado.

—Quéjate todo lo que quieras, cuando yo esté aquí tú no moverás un solo dedo.

Con gestos teatrales ella simuló sentirse incómoda. Aunque en realidad, le fascinaban las atenciones y los cuidados exagerados que él le prodigaba.

—Te burlas de Aarón, pero ya te veré cuando sea yo la embarazada.

Javier se sentó en la cama, a su lado, y le entregó una bolsa decorada que había traído de La Costa.

—Déjame superar un susto a la vez, ¿sí?

Ella rio y abrió la boca para seguir aguijoneando su paciencia. No obstante, su rostro se transformó al ver el contenido de la bolsa. Javier la ayudó a sacar una caja transparente que contenía bombones de chocolate negro rellenos de dulce de frutas.

Llena de satisfacción, Isabel le obsequió un fuerte abrazo.

—Ey, pareciera que te alegraron más los chocolates que mi presencia —reclamó él. Ella lo besó con tal intensidad que casi le cortó la respiración.

—¿Te quedó claro qué es lo que más me emociona?

Javier sonrió, adoraba estar junto a esa mujer, verla tranquila, segura y

alegre. Hundió la nariz en sus cabellos y aspiró su aroma dejándose acariciar el rostro con los suaves rizos.

—Me vas a llevar a la tumba con tus besos.

Ella lo apartó para meterle un bombón en la boca, que él tuvo que aceptar con obediencia.

—Cállate y bésame, quiero comer chocolate de tu boca.

Sin pensarlo dos veces, él se perdió entre sus labios. Se sentía más vivo y fortalecido que nunca y estaba en completa armonía con su destino y con su bestia. Al lado de la mujer que amaría por el resto de sus días.

Capítulo 24. El sueño de los ancestros

Baudilio suspiró hondo sin apartar sus ojos cansados del dibujo que habían hecho los ancestros.

—Mientras más averiguamos sobre Ildemaro, más crímenes aparecen — comentó William parado en la ventana de la casa del líder con su mirada severa clavada en la selva.

—Todo es nuestra culpa, olvidamos nuestras raíces y nuestras responsabilidades —reprochó Baudilio con enfado—. Dejamos que Ildemaro asumiera nuestro trabajo.

Ahora fue William quien suspiró y bajó su mirada furiosa al suelo.

—Asesinó hace meses al administrador para dirigir las finanzas, contrató a la bruja malvada de María Tomasa para descontrolar a los guerreros y dirigir la producción, era evidente que luego nos aniquilaría a nosotros para tomar por completo la dirección de los sembradíos.

—En eso último, te equivocas —alegó irritado y tomó el tabaco que había dejado sobre un cenicero para darle una calada—. Hace dieciséis años Ildemaro nos aniquiló. Pagó a unos cazadores para asesinarlos, pero como no pudo acabarnos a todos, hizo algo más cruel —sentenció obteniendo la atención de su compañero—: nos enriqueció. Logró que la cosecha fuera exitosa, nos vendó los ojos con objetos materiales y viajes, haciendo que olvidáramos por completo de donde somos y a quién nos debemos. Nos robó la humildad y la fraternidad —dictaminó con furia y se levantó de la mesa para acercarse a William—. Hizo que nos apartáramos de nuestras raíces y de nuestras responsabilidades —repitió con amargura.

Ambos observaron por la ventana el verdor que los rodeaba, la selva que siempre los había cobijado, alimentado y enriquecido, pero a la que le habían dado la espalda.

—La profecía no se ha cumplido —agregó afligido—. Lo único que ha hecho es mostrar a los elementos que la conforman, pero aún falta.

—¿A qué te refieres? —preguntó William mirándolo con el ceño fruncido.

—Ve el dibujo y lo notarás.

William se acercó a la mesa donde estaba abierto el viejo libro de la sociedad. La imagen de las bestias paradas sobre una roca con las manos alzadas hacia una estrella era lo más resaltante, el resto se difuminaba en el papel con trazados borrosos y poco entendibles.

—Veo lo de siempre.

—Lo mismo me ocurrió —respondió Baudilio aproximándose a él—. Mismente solo analizó la imagen más clara, la de las bestias, no me esforcé por ver más allá, por hurgar en el fondo y en los pequeños detalles.

Williams se inclinó más en el libro colocándose sus gafas. Las figuras que rodeaban a la imagen de las bestias eran difusas y estaban mal trazadas.

—Parecen árboles. Aunque están como torcidos. Dijiste que era la cosecha. Baudilio sonrió con poco ánimo.

—Eso parece, pero es una naturaleza muerta y si prestas mayor atención, verás el suelo cuarteado, como si estuviera roto o erosionado. —Williams lo miró con extrañeza—. Pero no todo son árboles, fíjate en estas figuras —indicó señalándole la imagen borrosa de lo que parecía un animal que caminaba en dos patas y muy encorvado—. Son las bestias, hay pocos y todos se ven igual, como si estuvieran heridos.

—¿Pocos?

—Sí. Eso me ayudó a identificar que la visión correspondía a esta época. Cuando nuestros ancestros realizaron el pacto con la naturaleza, las bestias pasaban del centenar. Luego, con el tiempo, la cantidad fue bajando a medida que el peligro pasaba. Hoy solo tenemos a seis guerreros.

William detalló con atención el dibujo en su totalidad.

—Veo solo a cinco bestias, contando a las dos que están sobre la roca — enfatizó desconcertado y sin dejar de evaluar la imagen en busca de otras.

—Yo veo a seis, contando a esta —dijo Baudilio y posó un dedo en una figura alargada, pero en sentido horizontal.

—Esa no es una bestia.

—Claro que lo es. Fíjate en sus patas y en las garras de las manos, no le vemos el rostro ni el cuerpo porque está caída, boca abajo —insistió mostrando los detalles de los que hablaba.

William arqueó las cejas y se enderezó para observar al líder con alarma.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

Baudilio también se enderezó mostrándose preocupado.

—Que la profecía no se ha cumplido —vaticinó con resignación—. La entrega se dará cuando todas las condiciones estén dadas. Eso es lo que nos indicaron los ancestros —razonó alejándose hacia la cocina y colocándose el tabaco en la boca.

Williams lo observó un instante con inquietud, luego regresó su atención hacia el dibujo. Si era cierto lo que su compañero le mostraba, era posible que las tragedias aún no se hubieran acabado en La Costa.

SOBRE LA AUTORA

Johana Connor es el seudónimo utilizado por **Jonaira Campagnuolo**, escritora de novela romántica, para publicar novelas de fantasía romántica y romance paranormal. La autora nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, donde aún vive con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a trabajar como freelance, a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO** (<http://desdemicaldero.blogspot.com>) y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.